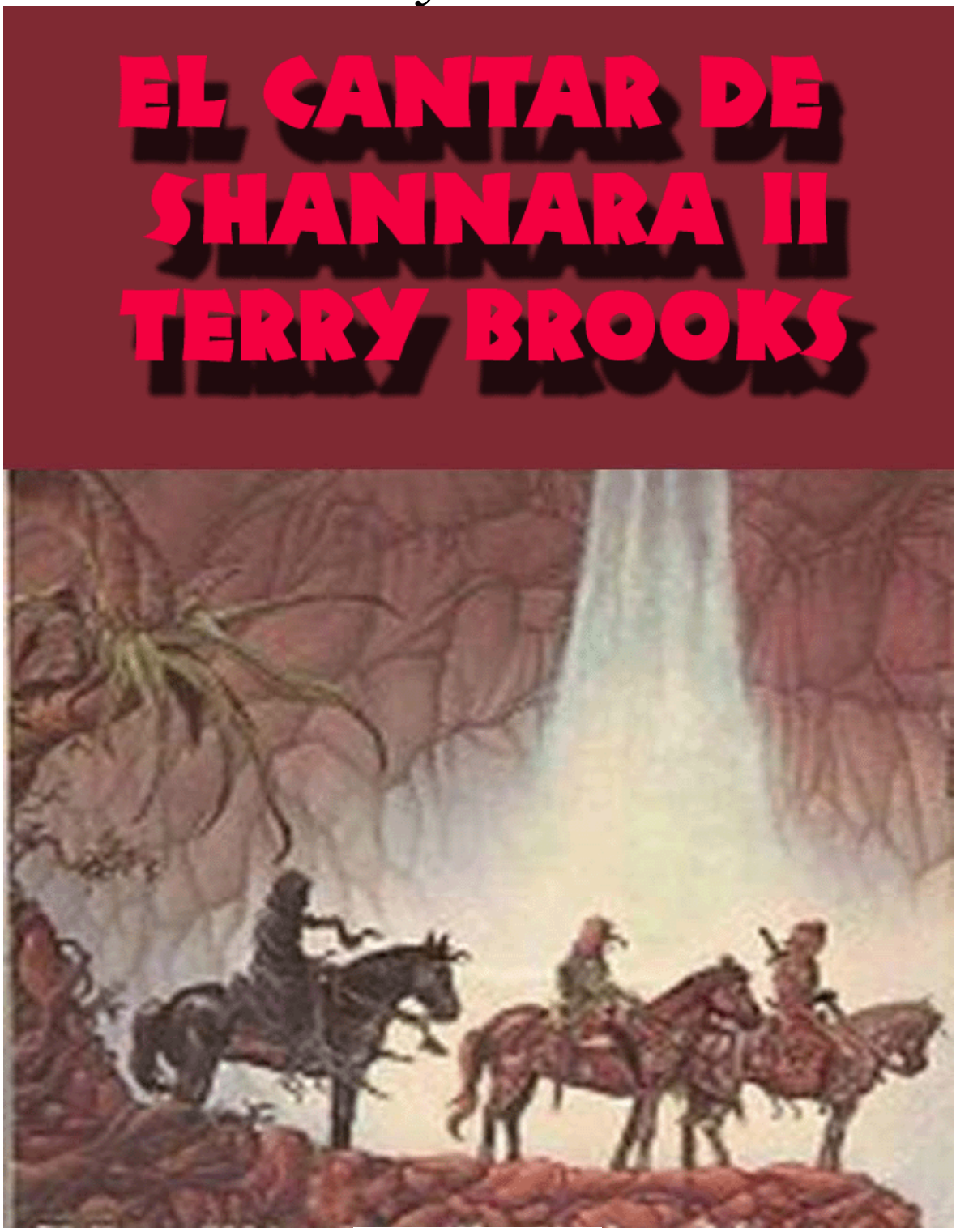
El cantar de Shannara II

Terry Brooks



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Fuertes lluvias otoñales caían sobre Callahorn, desde el sur de los llanos de Streleheim hasta el lago del Arco Iris, el atardecer del día en que Paranor desapareció para siempre del mundo de los hombres. Las tormentas azotaban las tierras fronterizas, los bosques y las praderas, los Dientes del Dragón y las montañas de Runne, hasta llegar a la amplia extensión de los llanos del Rabb. Fue en este lugar donde la tormenta alcanzó a Allanon, Brin y Rone Leah, que viajaban en dirección este hacia el Anar.

Esa noche se vieron obligados a acampar bajo el aguacero, acurrucados en sus capas empapadas, al abrigo de un viejo roble, quebrantado y devastado por los años, que apenas si les ofrecía protección contra los elementos. Vacíos y estériles, los llanos de Rabb se extendían más allá de donde alcanzaba la vista, azotados por la violenta tormenta e iluminados por el fulgor de los relámpagos que revelaban su desolación. Ningún signo de vida aparecía en su superficie agrietada y barrida por el viento; estaban completamente solos. Podían haber pasado la noche cabalgando hacia el este, hasta la llegada del amanecer, y descansar una vez que hubieran entrado en el Anar; pero el druida se dio cuenta de que el joven de las tierras altas y la muchacha del valle estaban exhaustos y decidió que era preferible no forzarlos.

Ésa fue la razón por la que pasaron la noche en los llanos de Rabb, volviendo a reemprender el camino al amanecer. Un día gris y lluvioso se desperezó para saludarlos, con la escasa luz que se filtraba, tenue e imprecisa, a través de las negras nubes que cubrían el cielo. Cabalgaron por las llanuras en dirección este hasta las márgenes del río Rabb, para, a continuación, desviarse hacia el sur. Cruzaron el río por un paso cercano a los linderos del bosque, en el lugar en que se bifurca hacia el oeste a partir de su canal principal, y siguieron la misma dirección durante todo el día. A la llegada del crepúsculo, lóbrego y húmedo, interrumpieron la marcha, y se dispusieron a descansar.

Una vez más, pasaron la noche al descubierto en los llanos del Rabb, bajo la única protección de sus capas, soportando una pertinaz llovizna que los empapó hasta los huesos, impidiéndoles conciliar el sueño y dejando todos sus miembros ateridos por el frío.

Las adversas condiciones climatológicas no parecían afectar al druida, pero minaban notablemente la resistencia de la muchacha del valle y del joven de las tierras altas. Era evidente que estaban empezando a cobrar su tributo en Brin.

Sin embargo, cuando el alba dejó ver sus primeras luces, la joven del valle ya estaba preparada para reemprender el viaje. Su férrea voluntad había vuelto a tonificarse tras la batalla interior librada contra sus debilidades durante las vacías horas de la noche. Las lluvias que habían sido sus compañeras de viaje desde que dejaron los Dientes del Dragón habían dejado su lugar a una neblina suave. Las nubes eran unos jirones blanquecinos cuando la luz del sol empezó a asomar por encima de las copas de los árboles. Los rayos del sol reanimaron la fortaleza mental y física de muchacha del valle, que las lluvias y la oscuridad habían llegado a resquebrajar, y contribuyeron a que pudiera soportar el agotamiento que sufría. Montada de nuevo en su caballo, se volvió agradecida hacia su luz, todavía imprecisa, y fijó la mirada en el este mientras se intensificaba.

Pero no tardó en darse cuenta de que no era tan fácil dejar de lado la extenuación. Aunque el día cobraba luminosidad a medida que avanzaban, la debilidad seguía dejándose sentir en su interior, asediándola con continuas dudas y temores que se resistían a desaparecer. Demonios sin rostro surgían de sus sombras, saltaban de su mente al bosque que bordeaban entre risas y mofas. Había unos ojos que no dejaban de observarla. Como en los Dientes del Dragón, tenía la sensación de que era espiada, a veces desde un lugar muy

lejano, por unos ojos que no estaban limitados por la distancia y, en otras ocasiones, sentía que esos ojos estaban muy próximos a ella. Y también había vuelto a sentir la insidiosa premonición, que no cesaba de acosarla diciéndole, una y otra vez, que ella y sus compañeros de viaje jugaban a un juego mortal en el que tenían todas las de perder. Pensaba que había conseguido deshacerse de esa sensación tras los acontecimientos vividos en Paranor, ya que habían logrado salir del Alcázar de los Druidas sanos y salvos. Pero había renacido en la penumbra y la humedad de los últimos dos días, y volvía a sentirla con toda su intensidad. Era un demonio de su mente, del que no podía librarse a pesar del gran empeño que ponía para expulsarlo, para arrancarlo de sus pensamientos.

La tercera mañana de viaje, las horas transcurrían con monotonía, y la determinación de Brin Ohmsford empezó a resquebrajarse al ritmo de su paso. Al principio, el resquebrajamiento se manifestó como una inexplicable sensación de soledad. Asediada por la premonición, que sus compañeros parecían ignorar, empezó a refugiarse en sí misma. Fue como un acto inconsciente de autodefensa, para alejarse de lo que intentaba destruirla con sus insidias. Levantó un alto y fuerte muro a su alrededor, cerró todas las puertas y las ventanas, y se quedó dentro, para evitar de esta forma que la cosa se acercara ella.

Pero también quedaron tras el muro Allanon y Rone, y fue incapaz de encontrar la forma de llevarlos junto a ella. Estaba sola, aprisionada en el interior de su propio ser, atada con unas cadenas que ella misma había forjado. No tardó en producirse un cambio sutil. De forma lenta, pero inexorable, empezó a creer que estaba sola. Allanon nunca le había brindado una verdadera amistad; no era más que una figura distante y sobrecogedora incluso en las circunstancias más favorables, un extraño por quien ella podía sentir lástima y una extraña afinidad; pero, aun así, sólo era un extraño, imprevisible e impresionante. Desde luego, su relación con Rone Leah había sido distinta, pero el joven de las tierras altas había cambiado. El amigo y compañero que antes era, se había convertido en un protector tan fuerte e inalcanzable como el druida. La espada de Leah había producido en él ese cambio, al darle un poder que lo equiparaba con cualquier otra cosa que intentara oponérsele. La magia, nacida de las oscuras aguas del Cuerno del Infierno y de la brujería de Allanon, lo había subvertido. La amistad que hasta aquel preciso instante los había unido, había desaparecido por completo. Rone estaba ahora ligado al druida por la afinidad que había surgido entre ellos.

Pero la voluntad de Brin, al carecer de objetivo, se impuso a su sensación de soledad, dejando paso a un sentimiento de vacío que hizo que también su búsqueda careciera de sentido. Sin embargo, ella era consciente de que no lo había perdido por completo. Poco antes, no había albergado la más mínima duda sobre su propósito. Tenía que viajar a las Tierras Orientales, atravesar el Anar y las montañas del Cuerno Negro Azabache, hasta llegar al mismo borde de la hondonada llamada Maelmord y penetrar en ella a través de negras fauces para destruir el libro de magia negra: el *Ildatch.* Ése era su objetivo. Pero con el paso del tiempo en medio de la oscuridad y el frío y la incomodidad de sus viajes, la urgencia de ese objetivo se había difuminado y ahora le parecía lejano y borroso. Allanon y Rone eran fuertes y se sentían seguros; contaban con poderes gemelos para enfrentarse a las sombras que pretendieran detenerlos. ¿Para qué podían necesitarla a ella? A pesar de las palabras del druida, ¿no podían proseguir solos la búsqueda? De alguna manera sentía que podían hacerlo, que ella no sólo no era el miembro más importante del grupo, sino más bien una carga innecesaria, a quien se le atribuía equivocadamente una utilidad. Intentó convencerse de que no era verdad, pero sabía que en cierto sentido lo era; su presencia se debía a un error. Lo sentía, y eso hacía que su sensación de soledad aun fuera más fuerte.

Las horas de la tarde transcurrían con lentitud. La niebla que a primeras horas de la mañana cubría la amplia extensión de los llanos de Rabb se había desvanecido, y ahora todo brillaba bajo la luz del sol. Reaparecieron retazos de color sobre las llanuras. La tierra

agrietada y devastada fue convirtiéndose en una pradera, y la sensación de soledad de la joven del valle perdió parte de su intensidad, haciéndose menos opresiva.

Al caer la tarde llegaron a Storlock, la comunidad de sanadores gnomos. La antigua y famosa villa había quedado reducida a poco más que un grupo de modestas viviendas de piedra y madera, asentada en la periferia de los bosques. Fue en esta comunidad donde estudió Wil Ohmsford y donde se preparó para ejercer la profesión que siempre aspiró a seguir. Allí había ido a buscarlo Allanon para que lo acompañara en su viaje al sur, para pedir a Amberle Elessedil, la última Elegida, que prestara su ayuda al árbol Ellcrys y la raza élfica; un viaje que concluyó con la absorción de la magia de las piedras élficas por el padre de Brin, transformándose en el poder del cantar que ella poseía. Habían pasado más de veinte años desde entonces, pensó Brin sombríamente. Así era como había empezado la locura, con la llegada de Allanon. Para los Ohmsford, así era como empezaba siempre.

Sin bajarse de sus monturas entraron en la tranquila y somnolienta villa, y se detuvieron detrás de un gran edificio que era utilizado como Centro. Los stors, vestidos de blanco, aparecieron como si hubiesen estado esperando su llegada. Silenciosos e inexpresivos, algunos se alejaron con los caballos cogidos de la bridas mientras que tres condujeron a Brin, Rone y Allanon al interior del edificio, y a través de oscuros y sombríos corredores los llevaron a las habitaciones individuales. Les esperaban un baño caliente, ropa limpia, comida y también una cama con las sábanas recién puestas. Los stors no dirigieron ni una sola palabra a sus recién llegados huéspedes mientras los atendían. Durante unos minutos fueron de un lado a otro como si fueran fantasmas, y luego desaparecieron.

Una vez en su habitación, dominada por el cansancio físico y la soledad mental, Brin se bañó, se puso la ropa limpia y tomó la comida. Enseguida, las sombras del anochecer se extendieron sobre el bosque y traspasaron las ventanas cubiertas con cortinas, y la luz del día se desvaneció en el crepúsculo. La joven del valle contempló los últimos latidos del día con somnolienta despreocupación, entregada por completo al placer de las comodidades que no había disfrutado desde que salieron de Valle Umbroso. Por un momento, llegó a pensar que había regresado.

Pero cuando la oscuridad ya se había adueñado del recinto, alguien llamó a la puerta de su habitación y un stor vestido de blanco le hizo una seña para que lo siguiera. Lo siguió, sabiendo, sin necesidad de preguntarlo, que Allanon requería su presencia.

Lo encontró en su habitación, situada al final del corredor. Rone Leah estaba sentado junto a él, ante una pequeña mesa sobre la que ardía una lámpara de aceite. Sin hablar, el druida señaló una silla vacía, y la joven del valle se sentó en ella. El stor que la había acompañado esperó a que se sentara, y a continuación salió de la habitación y cerró con suavidad la puerta.

Los tres compañeros de viaje se miraron en silencio. Allanon movió su cuerpo en la silla, con su oscuro rostro duro y ausente, y los ojos perdidos en unos mundos que la muchacha del valle y el joven de las tierras altas no podían ver. En aquel momento, Brin pensó que parecía un viejo, y se sorprendió de que tal posibilidad fuera real. Nadie había visto envejecer a Allanon, salvo su padre, y eso fue justo antes de que el druida desapareciera de las Cuatro Tierras hacía veinte años. Pero ahora ella también lo veía. Era más viejo que cuando fue a Valle Umbroso en su busca. Su cabello negro se había vuelto más gris, su oscuro rostro estaba surcado por más arrugas y en él podían verse los estragos causados por el tiempo, y su aspecto general reflejaba un mayor abatimiento. El tiempo también corría contra el druida, de la misma forma que lo hacía contra cualquier otra persona.

–Quiero hablaros de Bremen –dijo con voz grave Allanon, con las manos nudosas enlazadas ante sí y buscando con su mirada la de la joven del valle.

»Hace muchos años, en la época de los Consejos Druidas celebrados en Paranor, en el tiempo intermedio entre las Guerras de las Razas, fue Bremen quien vio con mayor clarividencia los efectos nocivos que traería consigo la llegada de la magia. Brona, que más tarde se convertiría en el Señor de los Hechiceros, había descubierto sus secretos y fue víctima de su poder. Consumido por sus insaciables ansias de imponer su voluntad sobre toda criatura, el druida rebelde se convirtió en esclavo. Después de la Primera Guerra de las Razas, el Consejo creyó que estaba acabado, pero Bremen comprendió que no era ésa la realidad. Brona vivía preservado por la magia, dirigido por su fuerza y su necesidad. Las ciencias del viejo mundo habían desaparecido en el holocausto de las Grandes Guerras. En su lugar renació la magia de un mundo todavía más viejo, un mundo que sólo había dado cobijo a unas criaturas fantásticas, y Bremen comprendió que ésa era la magia que iba a destruir o preservar el nuevo mundo de los hombres.

»Por esa razón, Bremen desafió al Consejo de una manera similar a como antes lo había hecho Brona, aunque con mayor cautela para preservar sus planes, y empezó a aprender los secretos del poder que el druida rebelde había descubierto. Preparado para un posible regreso del Señor de los Hechiceros, logró salvar su vida cuando todos los demás druidas fueron destruidos. Entonces se impuso una misión, el único e inmutable propósito de su vida: recobrar el poder que el maligno había liberado, para volver a recluirlo y depositarlo sellado en un lugar donde nunca más pudiera ser manipulado. No era fácil, pero se comprometió a realizarlo. Los druidas habían desatado a la magia y, como él era el último de esos druidas, estaba obligado a encerrarla otra vez.

»Eligió como medio la creación de la Espada de Shannara –prosiguió Allanon tras hacer una breve pausa–, un arma de la antigua magia élfica que podía destruir la creación al Señor de los Hechiceros y a los portadores de la Calavera que le servían. En la hora más negra de la Segunda Guerra de las Razas, con las Cuatro Tierras amenazadas por los ejércitos del maligno, Bremen forjó, con la magia, las habilidades y el conocimiento que había adquirido, la legendaria espada. Se la entregó al rey elfo Jerle Shannara. Con esa espada, el rey se enfrentaría en una batalla al druida rebelde y lo destruiría.

»Sin embargo, como muy bien sabéis, Jerle Shannara no logró su objetivo. Incapaz de dominar el poder de la espada, dio una oportunidad de huida al Señor de los Hechiceros, y éste no la desaprovechó. Aunque se ganó la batalla y los ejércitos del maligno fueron rechazados, Brona siguió con vida. Pasarían muchos años antes de que pudiera volver, pero volvería, y Bremen tenía la absoluta certeza de que cuando lo hiciera él ya no estaría en este mundo para enfrentarse de nuevo a Brona. Pero había hecho una solemne promesa, y Bremen nunca incumplía una promesa.

La voz del druida se había convertido en un susurro, y sus ojos negros e impenetrables reflejaban intenso dolor.

–Para ser fiel a su promesa, Bremen hizo tres cosas. Me eligió para que fuera su hijo, el descendiente de la carne y la sangre de los druidas, que recorrería de un extremo a otro las Cuatro Tierras hasta que se produjera el regreso del Señor Oscuro. Al principio, alargó su propia vida, y después la mía, mediante un sueño que la preserva, para que en todo momento hubiera un druida dispuesto a proteger a la humanidad del Señor de los Hechiceros. Pero aún hizo algo más. Cuando le llegó la hora de la muerte y le fue imposible retrasarla, utilizó la magia en una última y terrible evocación. Confinó su espíritu en este mundo, en el que su cuerpo ya no podía permanecer, para velar por el cumplimiento de su promesa una vez hubiera acabado su vida.

»¡Unió su espíritu descarnado a mi persona! –prosiguió el druida, cerrando en puños sus nudosas manos–. Utilizó la magia para conseguir ese enlace, padre con hijo, confinando su espíritu en un mundo de tinieblas donde el pasado y el futuro se unían, donde podía ser convocado siempre que las circunstancias lo exigieran. Ése fue el fin que

eligió para sí, convertirse en un ser perdido y desesperanzado que no se liberaría hasta que se cumpliera su objetivo, hasta que...

Se interrumpió de repente, como si sus palabras le hubiesen llevado más lejos de donde quería llegar. En aquel instante, Brin vislumbró lo que hasta entonces había permanecido oculto para ella; una leve revelación del secreto revelado al druida en el Valle de Pizarra, cuando Bremen surgió del Cuerno del Infierno y le habló de futuros acontecimientos, dando origen a los susurros de su premonición.

–Hubo un tiempo en que pensé que su promesa ya se había cumplido –prosiguió Allanon, poniendo fin a la súbita pausa–. Eso fue lo que creí cuando Shea Ohmsford destruyó al Señor de los Hechiceros, cuando descubrió el secreto de la Espada de Shannara y se convirtió en su amo. Pero estaba equivocado. La magia negra no murió con el Señor de los Hechiceros, ni estaba encerrada como Bremen prometió que estaría. Sobrevivió en las páginas del *Ildatch,* guardada en secreto en las entrañas del Maelmord, a la espera de ser descubierta. Y, por desgracia, los descubridores llegaron.

–Y se convirtieron en los espectros corrosivos –concluyó Rone Leah.

–Esclavizados por la magia negra, como también lo fueron el Señor de los Hechiceros y los Portadores de la Calavera en los antiguos días. Pensando en ser amos, se convirtieron en esclavos.

Pero ¿cuál es tu secreto, druida?, murmuró Brin mentalmente, manteniendo aún viva la esperanza de que lo descubriera. *¡Habla ahora de él!*

–Entonces, ¿Bremen no puede ser liberado de su exilio en el Cuerno del Infierno mientras existan el *Ildatch* y su magia? –preguntó Rone, que estaba demasiado pendiente del relato para poder vislumbrar lo que Brin veía.

–Él está sometido a esa destrucción, príncipe de Leah –respondió Allanon.

Y tú. Y tú, gritó la mente de Brin.

–¿A que la magia negra desaparezca de la Tierra? –Rone hizo un gesto de admiración–. No parece que sea posible, después de haber existido durante tantos años, de guerras desencadenadas por su causa, de tantas vidas sacrificadas.

–Esa era tiene asignado su fin, joven de las tierras altas. Esa era debe pasar.

Se produjo un largo silencio, y una calma apaciguadora invadió las sombras de la noche que circundaban la llama de la lámpara de aceite y se concentró en los tres reunidos. Envueltos en ella, se dedicaron a sus propios pensamientos, apartando su mirada de la de los otros dos para protegerse. *Somos unos extraños unidos en una causa común, pero que nunca podremos comprendernos,* pensó Brin. *Luchamos por la misma causa, pero el lazo que nos une es muy flojo...*

–¿Podemos triunfar en esta empresa, Allanon? –preguntó Rone de repente, fijando su inquisitiva mirada en el rostro impenetrable del druida–. ¿Contamos con la fuerza suficiente para destruir ese libro y la magia negra que encierra?

–Brin Ohmsford tiene la fuerza –respondió el druida, tras pensar durante cierto tiempo su respuesta, y sus ojos parpadearon evasivos y rápidos, como si quisieran ocultar algo–. Ella es nuestra esperanza.

–Esperanza y desesperanza. Salvadora y destructora –dijo Brin, mirándolo a los ojos y haciendo un gesto de incomprensión–. ¿Recuerdas las palabras, Allanon? –le preguntó a continuación, esbozando una irónica sonrisa–. Las que tu padre dijo respecto a mí.

Pero Allanon no respondió, sino que se limitó a mirarla a los ojos.

–¿Qué más te dijo, Allanon? –insistió Brin, sin mostrar el más leve signo de alteración–. ¿Qué más?

–Que no lo volvería a ver en este mundo –respondió por fin el druida, tras una larga pausa.

El silencio se hizo más profundo. La joven del valle se dio cuenta de que ahora

estaba mucho más cerca del secreto del druida. Rone Leah se movió con inquietud en su silla, buscando con sus ojos los de la muchacha. Brin captó inmediatamente la incertidumbre que reflejaban, pero Rone no necesitaba saber nada más, y retiró su mirada. La esperanza era ella y, por tanto, era ella quien debía saberlo.

–¿Dijo algo más? –insistió la joven del valle.

–Todos los Ohmsford están obsesionados por el conocimiento de la verdad –respondió Allanon, enderezándose lentamente en la silla, con las negras vestiduras ceñidas a su cuerpo, mientras una leve sonrisa se esbozaba en su cansado y demacrado rostro–. Ninguno de vosotros se ha conformado nunca con menos.

–¿Qué dijo Bremen? –insistió Brin.

–Dijo, Brin Ohmsford, que cuando abandone las Cuatro Tierras, será para no regresar nunca más –respondió el druida, recuperando la seriedad de su rostro.

La muchacha del valle y el joven de las tierras altas lo miraron fijamente con asustada incredulidad. Cuando el peligro de la magia negra amenazaba a las razas, Allanon regresaba a las Cuatro Tierras con la misma precisión y puntualidad con que se cumplía el ciclo de las estaciones. Nadie recordaba que ni siquiera una sola vez hubiese estado ausente en tales circunstancias.

–¡No te creo, druida! –exclamó Rone, incapaz de encontrar algo más que decir y con indignación en su voz.

–Esta época está llegando a su fin, príncipe de Leah –respondió Allanon, haciendo un gesto de impotencia–. Y yo debo terminar con ella.

–¿Cuándo... cuándo te irás...? –preguntó Brin, tragando saliva para aliviar la opresión que sentía en su garganta.

–Cuando deba hacerlo, Brin –respondió el druida, con amabilidad–. Cuando llegue el momento.

Entonces se levantó, desplegando su figura, alta y austera, tan negra como la noche y tan segura como su llegada. Una de sus manos, grande y nudosa, se extendió sobre la mesa. Movidos por un impulso instintivo, los dos jóvenes alargaron las suyas para estrecharla, uniendo durante un breve instante las tres en una.

La inclinación de cabeza del druida fue breve y, de alguna manera, un gesto de despedida.

–Mañana cabalgaremos hacia el este por el Anar; siempre hacia el este hasta que termine nuestro viaje. Ahora id a descansar. Os deseo paz.

Las manos de los jóvenes se soltaron de las de Allanon.

–Marchaos –dijo con voz suave.

Tras intercambiar una mirada de indecisión, Brin y Rone se levantaron de las sillas y salieron al pasillo. A sus espaldas pudieron sentir la mirada oscura y penetrante que los seguía.

Caminaron en silencio por el pasillo. Desde algún lugar invisible, a través de las sombras del vestíbulo desierto, les llegaba el sonido de unas voces lejanas y confusas. El aire era denso a causa de los olores desprendidos por las hierbas y medicinas allí almacenadas, y ellos lo aspiraban rumiando sus pensamientos. Cuando llegaron a las puertas de sus respectivas habitaciones, se detuvieron, sin tocarse ni mirarse, compartiendo sin hablar la angustiosa impresión que en ellos habían producido las palabras que acababan de oír.

No puede ser cierto, pensó Brin, aturdida. *No es posible.*

Rone la miró de frente, y sus manos se extendieron para coger las de ella. Era la primera vez que lo sintió cerca desde que salieron del Cuerno del Infierno y del Valle de Pizarra.

–Lo que ha dicho, Brin... lo que ha dicho de no regresar... –dijo titubeando el joven de las tierras altas–. Ésa es la razón de que fuésemos a Paranor y de que destruyera el Alcázar. Sabía que no iba a volver...

–Rone –le interrumpió la joven, poniendo un dedo sobre sus labios.

–Lo sé. Pero no puedo creerlo.

»Estoy asustado, Brin –dijo él joven en un murmullo, rompiendo el prolongado silencio durante el cual se habían limitado a mirarse a los ojos.

La joven del valle hizo un gesto de asentimiento y lo abrazó. Después dio un paso atrás, depositó un fugaz beso en sus labios y entró en su habitación.

Tras cerrar la puerta, Allanon se dirigió lenta y fatigosamente a la pequeña mesa y se sentó de nuevo ante ella. Apartó sus ojos de la llama de la lámpara de aceite y los mantuvo fijos en las sombras, dando paso libre a sus pensamientos. En otra época no hubiese sentido la necesidad de revelar secretos que le pertenecían por completo. Se hubiera resistido a la tentación de hacerlo, porque, en definitiva, él era el guardián de la verdad. Él era el último de los druidas y el sustentador del poder que ellos poseyeron. No tenía por qué hacer confidencias a nadie.

Ésa había sido su manera de actuar con Shea Ohmsford, ocultándole gran parte de la verdad para que el pequeño joven del valle la descubriese por sí mismo. También actuó así con el padre de Brin durante la búsqueda del Fuego de Sangre. Pero su inclinación por el secreto, su deliberado e inquebrantable propósito de no compartir, ni siquiera con las personas más íntimas, todo su saber, se había quebrantado de alguna manera con el paso de los años. Quizá fuera consecuencia del envejecimiento que al fin sufría en sus carnes, o del inexorable paso del tiempo que pesaba sobre él. O tal vez simplemente fuera la necesidad de compartir lo que sabía con otras almas vivientes.

Tal vez.

Volvió a levantarse de la mesa, como si fuera una sombra más de la noche flotando fuera del alcance de la luz. Entonces, un repentino soplo de aire apagó la lámpara de aceite y toda la habitación quedó a oscuras.

Había revelado a aquellos jóvenes mucho más que a ninguna otra persona.

Pero no se lo había dicho todo.

2

Al romper el alba sobre las Tierras Orientales y los bosques del Anar, Allanon, Brin y Rone reemprendieron el viaje. Abastecidos con las provisiones que les proporcionaron los sanadores de Storlock, salieron de la villa y se dirigieron a los bosques. Muy pocos presenciaron su partida. Un grupo de stors, vestidos de blanco, en silencio y con el semblante triste, se reunieron en los establos de detrás del Centro para despedirlos. Poco después, los tres viajeros desaparecieron entre los árboles de una manera tan enigmática como habían llegado. Era uno de los clásicos días de finales del otoño, cuando las nieves del invierno están prestas a cubrirlo todo con su manto blanco. Era un día cálido y lleno de sol, en el que los colores de los árboles resultaban radiantes al penetrar en ellos haces de luz, y los olores de la mañana eran dulces y agradables. El cielo, azul y nítido, ofrecía un fuerte contraste con aquel otro oscuro y frío de los días pasados, invadidos por las tormentas de finales de año.

Sin embargo, Brin Ohmsford y Rone Leah no parecían valorarlo en su justa medida. Preocupados por la tétrica revelación que el druida les hizo la noche anterior y la incierta expectativa de lo que esperaba, ninguno de los dos participaba del esplendor que la naturaleza les ofrecía. Replegados en sí mismos, bajo la negra cobertura de sus emociones y pensamientos no compartidos, cabalgaban entre las sombras moteadas de los grandes árboles oscuros sintiendo sólo el frío que invadía su interior.

–De ahora en adelante, nuestro camino será peligroso –les dijo Allanon esa misma mañana, antes de reemprender el viaje, en los establos donde habían sido atendidos los caballos. El tono de su voz había sido grave, extraño y mucho más amable de lo que en él era habitual–. Los caminantes nos pueden estar esperando en todas las Tierras Orientales y en cualquier punto de los bosques del Anar. Saben que nos dirigimos hacia el Maelmord; lo ocurrido en Paranor despeja cualquier posible duda que pudieran albergar sobre ello. También saben que deben detenernos antes de que lleguemos al Maelmord. Los gnomos se encargarán de seguir nuestros pasos, y donde ellos no puedan llegar, se encargarán de hacerlo otros que también están a su servicio. Ningún camino que conduzca a las montañas del Cuerno Negro Azabache será seguro para nosotros.

»Sin embargo, sólo somos tres y no les será nada fácil encontrarnos –prosiguió, poniendo sus manos sobre los hombros de los jóvenes para atraerlos hacia sí–. Los ojos de los espectros y de sus gnomos nos buscarán, sobre todo, en dos caminos: por el norte, más allá del río Rabb, y por el sur, el que procede de Culhaven. Seguros y libres de obstáculos, son los que elegiría cualquier hombre sensato. Por lo tanto, nosotros prescindiremos de los dos y, en su lugar, tomaremos el más peligroso; iremos por el Anar Central, a través de las montañas de Wolfsktaag, la Cuenca Tenebrosa y el Páramo Viejo. En esas regiones residen unas magias más antiguas que las suyas, a las que temerán desafiar. Las montañas de Wolfsktaag son un lugar prohibido para los gnomos, y se negarán a entrar aunque se lo ordenen los espectros. Sin embargo, en ellas hay cosas más peligrosas que los gnomos, pero la mayor parte de ellas permanecen inactivas, están en estado latente. Si somos rápidos y cautelosos, podremos pasar a través de ellas sin recibir el menor daño. En la Cuenca Tenebrosa y el Páramo Viejo también residen otras magias, pero es muy probable que en esas regiones nuestra causa despierte más simpatías que la suya...

Siguieron los límites occidentales del Anar Central sobre sus monturas en su camino de ascenso hacia las tierras que daban acceso a las abruptas y boscosas estribaciones de las montañas de Wolfsktaag. Mientras avanzaban, intentaban descubrir lo que pudiera ocultarse más allá de la luz del sol y de la agradable temperatura, más allá de los brillantes

colores del otoño. Llegaron al desfiladero de Jade y empezaron una larga y tortuosa ascensión a lo largo de las estribaciones meridionales, donde los árboles y la maleza los cubrían con su sombra, ocultándolos de cualquier mirada indiscreta. La media tarde los sorprendió muy al este del desfiladero, en su incansable peregrinaje hacia los picos altos. Los árboles y las rocas se alargaban, oscuros y silenciosos, a su alrededor a medida que la luz del día empezaba a desvanecerse. Al caer la noche, ya habían penetrado un buen trecho en las montañas. Ahora, cuando pasaban entre los árboles, las sombras se deslizaban como seres vivos. Aunque en todo momento estuvieron alerta, no captaron ninguna señal de vida a su alrededor y sintieron que estaban solos.

Era curioso, y en cierto modo alarmante, que pudieran estar tan solos, pensó Brin cuando el crepúsculo se asentaba en las montañas y el día tocaba a su fin. Debería sentir al menos un toque de vida además de la suya propia, pero era como si aquellos picos y bosques hubiesen sido despojados de ella. No había pájaros, ni insectos, ni ninguna clase de criaturas vivientes. Solamente había silencio, profundo y punzante; el silencio que cobraba vida ante la ausencia de cualquier otra.

Cuando llegaron ante un grupo de nogales, enfermizos y astillados, Allanon les ordenó que se detuvieran para montar allí el campamento. Después de que hubieran atendido los caballos y escogido las provisiones, el druida los llamó y les prohibió encender fuego. A continuación, tras pronunciar unas rápidas palabras de despedida, se adentró en el bosque. La muchacha del valle y el joven de las tierras altas lo siguieron con la mirada hasta que se perdió de vista. Entonces se sentaron para tomar una cena fría, compuesta de pan, queso y frutos secos. Comieron a oscuras, sin hablar, escudriñando con la mirada las sombras que les rodeaban, en busca de unos signos de vida que no consiguieron descubrir. Sobre sus cabezas, en el cielo nocturno, brillaban innumerables estrellas.

–¿Dónde crees que ha ido? –preguntó Rone Leah después de un rato. El joven había hablado casi como si lo hiciera consigo mismo. Brin hizo un gesto de ignorancia, pero no dijo nada, y él volvió a mirar a lo lejos–. Es como una sombra, ¿verdad? Cambia con cada alteración del sol y de la luna; aparece y desaparece, siempre por razones particulares y que nunca comparte con nosotros. ¿Cómo iba a hacerlo si sólo somos seres humanos? –Dio un profundo suspiro y dejó su plato a un lado–. Aunque supongo que ya nadie nos puede considerar unos simples humanos, ¿no crees?

–Sí –respondió Brin con voz suave, jugueteando con el trozo de pan y queso que aún le quedaba.

–Bien, no importa. En cualquier caso, somos los que siempre fuimos. –Hizo una pausa, como si se preguntara hasta qué punto creía eso, y después se inclinó hacia delante–. Es extraño, pero mis sentimientos hacia él han cambiado. He estado pensando en ello todo el día. Todavía no confío en él por completo. No puedo, porque sabe demasiadas cosas que yo ignoro. Pero tampoco desconfío de él. Creo que está intentando ayudar a las razas con todos los medios que tiene a su alcance.

Interrumpió su discurso esperando que Brin manifestara su conformidad con lo que acababa de decir, pero la joven del valle permaneció en silencio, con la mirada fija en la lejanía.

–Brin, ¿qué es lo que te preocupa? –le preguntó.

–No estoy segura –respondió la joven, haciendo un gesto de inseguridad.

–¿Es porque no volveremos a verlo cuando esto termine, como nos dijo anoche?

–Sí, pero hay algo más.

–Quizás estás sólo... –dijo Rone, tras un momento de vacilación.

–Algo va mal –lo interrumpió Brin, y sus ojos se fijaron en los del joven de las tierras altas.

–¿Qué?

–Algo va mal –repitió la joven del valle–. Respecto a él, respecto a ti, respecto a todo este viaje y, sobre todo, respecto a mí misma.

–No lo comprendo –dijo Rone, mirándola con expresión de asombro.

–Yo tampoco lo comprendo. Sólo lo siento. –Se ciñó la capa, y se acurrucó entre sus pliegues–. Hace ya varios días que lo siento; desde que el fantasma de Bremen apareció en el Cuerno del Infierno y nosotros destruimos al espectro corrosivo. Siento que algo malo se aproxima... algo terrible, pero ignoro lo que es. También siento que me vigilan continuamente, pero ignoro quién. Siento, y eso es lo peor de todo, que me están... alejando de mí misma, de ti y de Allanon. Todas las cosas están cambiando desde que salimos de Valle Umbroso; de alguna forma, todo es diferente.

–Supongo que eso se debe a lo que nos ha sucedido, Brin –respondió el joven de las tierras altas tras guardar silencio durante un momento–. El Cuerno del Infierno, Paranor, el relato de Allanon sobre lo que le había dicho el fantasma de Bremen... Todo eso tenía que influir en nosotros. Y además llevamos muchos días lejos de Valle Umbroso y de las tierras altas, de las cosas que nos son familiares y nos hacen sentir seguros.

–Lejos de Jair –dijo ella con calma.

–Y de tus padres.

–Pero en especial de Jair –insistió ella, como si buscase una razón que justificara aquello. Luego hizo un gesto de incomprensión–. No, no es eso. Es algo más, algo más que lo sucedido con Allanon y la nostalgia del hogar y la familia y... Eso es demasiado fácil. Puedo sentirlo, en lo más profundo de mi ser. Algo que...

Su voz se quebró y sus oscuros ojos reflejaron la inseguridad que sentía en aquel momento. Apartó la mirada del joven de las tierras altas.

–Quisiera que ahora Jair estuviera aquí, aunque sólo fuese un momento. Creo que él sabría discernir lo que va mal. Estamos tan unidos en ese aspecto... –Se contuvo, y después esbozó una leve sonrisa–. ¿No es absurdo? ¿No es absurdo creer algo así?

–Yo también lo echo en falta. –El joven de las tierras altas intentó sonreír–. Al menos podría distraer nuestra atención de los problemas, proponiendo que saliéramos a rastrear espectros corrosivos o algo semejante.

Se dio cuenta de que había hablado a Brin con demasiada ligereza y se calló, haciendo un gesto de indiferencia para liberarse de la incómoda situación que él mismo había provocado.

–De cualquier manera –prosiguió Rone–, es probable que no nos aceche ningún peligro. Si ese peligro fuera real, Allanon lo sentiría, ¿no crees? Después de todo, él está capacitado para captar cualquier cosa.

–Me pregunto si aún conserva esa facultad –respondió Brin, tras permanecer en silencio durante largo rato–. Me pregunto si todavía lo puede hacer.

Se quedaron en silencio, sin mirarse, con los ojos puestos en la oscuridad, sumidos en sus propios pensamientos. A medida que pasaban los minutos, la quietud de la noche que dominaba la montaña parecía presionar a su alrededor, como si deseara cubrirlos con el manto de su árida y vacía soledad, y se afianzaba en ellos la certeza de que algún sonido tenía que romper el hechizo: el grito lejano de una criatura viva, el leve deslizamiento de una rama del bosque o de una roca de la montaña, o el susurro de una hoja o el zumbido de un insecto. Pero todo permaneció inmóvil.

–Tengo la sensación de que somos arrastrados por una corriente –dijo Brin de pronto.

–Viajamos en una dirección determinada, Brin –respondió Rone Leah, haciendo un gesto negativo–. No vamos a la deriva.

–Debería haberte hecho caso y no haber venido –dijo la muchacha del valle, fijando en él sus ojos.

El rostro del joven de las tierras altas reflejó una gran sorpresa. En los ojos negros de Brin había una mezcla de cansancio y duda que bordeaba el miedo. Durante un breve instante tuvo la desagradable sensación de que no era Brin Ohmsford quien estaba frente a él.

–Yo te protegeré –le dijo–. Te lo prometo.

–Te creo –murmuró la joven, esbozando una leve e insegura sonrisa, y alargó las manos para tocar con cariño las de Rone.

Pero en lo mas profundo de su ser dudó de que fuera capaz de protegerla.

Cuando Allanon regresó al campamento era casi medianoche. Salió de entre los árboles con el mismo sigilo con que se proyecta una sombra. La luz de la luna se deslizaba entre las ramas hasta rozar su cabeza con finos rayos plateados que le daban un aspecto fantasmal. Rone y Brin dormían envueltos en sus mantas. En toda la amplia y boscosa extensión de las montañas reinaba la quietud. Era como si sólo él se mantuviera en vela.

Se detuvo a unos metros de donde descansaban sus compañeros de viaje y protegidos. Los había dejado aquellas horas porque necesitaba estar solo para pensar, para reflexionar sobre lo que iba a ocurrir. ¡Qué asombrosas habían sido las palabras que Bremen le dirigió a través de su fantasma... qué asombrosas! Pero, en realidad, no deberían haberlo sido para él, porque desde el principio sabía lo que iba a pasar. Sin embargo, siempre había tenido la sensación de que, de alguna forma, él podía cambiar el curso de los acontecimientos. Por ser un druida, todas las cosas le eran posibles.

Sus ojos negros recorrieron la cadena montañosa. Los acontecimientos vividos en el pasado quedaban muy lejanos, como también quedaban los esfuerzos que había realizado y los caminos que había recorrido para llegar al lugar donde se encontraba en ese preciso momento. El futuro también parecía lejano, pero sabía que eso sólo era una ilusión. El futuro estaba frente a él.

Pensó que era mucho lo que se había conseguido, pero no lo suficiente. Se volvió para mirar a la joven del valle, que en ese momento estaba profundamente dormida. De ella dependería todo. No lo creería, por supuesto, ni admitiría la verdad sobre el poder del cantar, porque prefería considerar la magia élfica desde el punto de vista humano, cuando la magia nunca había sido humana. Él le mostró parte de su poder... sólo para que pudiera vislumbrar su alcance, puesto que era consciente de que no resistiría más. Era como una niña en lo que respecta a la comprensión de la magia y le sería muy difícil llegar a la madurez, ya que él no podría ayudarle.

Cruzó sus largos brazos bajo las negras vestiduras. ¿No podría ayudarle? Esbozó una misteriosa sonrisa. En la ya remota época de Shea Ohmsford había tomado la decisión de no revelar toda la verdad, sino sólo aquella parte que fuese necesaria para la consecución de sus fines. Quien necesitara conocer la verdad, era preferible que la descubriera por sí mismo. Desde luego podía hablar con Brin... o al menos intentarlo. Si no lo hiciera, Wil Ohmsford se lo reprocharía como en otros tiempos le había reprochado que no informara a la elfina Amberle. Pero no correspondía a Wil Ohmsford tomar esa decisión, sino a él.

La decisión siempre era suya.

Su boca se torció al dibujar un rictus de amargura. Muy lejos quedaban ya los Consejos de Paranor, en los que muchas mentes y muchas voces se unían para buscar soluciones a los problemas de la humanidad. Los druidas, los hombres sabios de la Antigüedad, se habían ido para siempre. Las historias, Paranor y todas las esperanzas y sueños que inspiraron, se habían perdido. Sólo quedaba él.

Todos los problemas de la humanidad eran ahora sus problemas, como siempre lo habían sido y continuarían siéndolo mientras siguiera con vida. También él había tenido que tomar esa decisión. La tomó cuando eligió ser lo que era. Pero era el último. ¿Quedaría

otro para tomar la misma decisión cuando él se hubiese ido?

Abrumado por la soledad e inseguro, se quedó de pie al filo de las sombras del bosque con la mirada puesta en Brin Ohmsford.

Al amanecer reemprendieron el viaje sobre sus monturas en dirección este. Eran las primeras horas de otro día otoñal que se preveía radiante de luz y de sol, cálido, suave y lleno de promesas. Mientras la noche se replegaba hacia el oeste de las montañas de Wolfsktaag, el sol ascendía por el oriente, lanzando desde la línea del bosque rayos dorados que se diseminaban para llegar hasta los más oscuros rincones de la tierra en persecución de las sombras que se escondían en ellos. Incluso en la inmensa y vacía soledad de las amenazadoras montañas se respiraba una sensación de paz y sosiego.

Brin dirigió sus pensamientos a su tierra. *¡Qué bonito debe de estar Valle Umbroso en un día como éste!,* pensó mientras conducía su caballo por el risco y sentía el calor del sol en su rostro. Incluso allí los colores característicos del otoño se desplegaban en alegre desorden, destacando entre el musgo y plantas que todavía conservaban el verdor propio de la estación estival. Fragancias de vida colmaron su sentido del olfato y la embriagaron. En Valle Umbroso, los aldeanos ya estarían despiertos, dispuestos para empezar su jornada laboral. El desayuno estaría casi a punto, y el delicioso aroma de los alimentos que se estaban cocinando saldría al exterior por las ventanas, abiertas para recibir el calor del día. Después, cuando hubiesen acabado los trabajos asignados para aquella mañana, las familias de la aldea se reunirían para celebrar con juegos y relatos una tarde excepcional en esa época del año, ansiosas por disfrutar de su sosiego y revivir, aunque fuera por breve tiempo, los recuerdos del verano que ya había tocado a su fin.

Quisiera estar allí para compartirlo, pensó. *Quisiera estar en casa.*

Bajo el calor del sol, los recuerdos y los sueños, la mañana transcurrió con rapidez. Las crestas y las laderas de montaña se sucedían sin cesar en un constante ir y venir y, frente a los viajeros, empezaron a aparecer los densos bosques de las tierras bajas, situados tras las montañas de Wolfsktaag, en pequeños trozos entre los encorvados picos. Al mediodía, habían dejado atrás la impresionante mole montañosa e iniciaban el descenso.

Poco después escucharon el murmullo de una corriente de agua, indicándoles que estaban en las proximidades del torrente de Chard.

Percibieron el ruido producido por sus aguas mucho antes de que lo tuvieran a la vista; era un rugido profundo y penetrante que procedía de la parte trasera de una cresta arbolada, alta y abrupta, que contrastaba con el cielo despejado de las Tierras Orientales. Llegó a sus oídos como una ola invisible: un rugido grave y tenebroso que golpeaba la tierra con la fuerza de su paso. Entonces dio la sensación de que el aire lo atenazaba, aumentando su intensidad hasta llenar la atmósfera del bosque con su estruendo. El camino se allanó, y el bosque empezó a espesarse. Heladas salpicaduras de agua y una niebla arremolinada y densa cubrían la cumbre de la cresta, salvo una tenue pincelada azul de un cielo de mediodía ahora casi invisible entre la maraña de ramas de unos árboles de húmedos y musgosos troncos y sus hojas de color tierra, mojadas y brillantes. Frente a ellos, el sendero volvía a ascender entre rocas y madera muerta, que se destacaban como fantasmas gigantescos e inmóviles en la niebla. Y en medio de todo ello, seguía escuchándose el sonido impresionante y ensordecedor producido por las aguas del torrente de Chard.

Lentamente, mientras el sendero iba serpenteando y la cresta se aproximaba cada vez más, la niebla empezó a disolverse con la embestida del viento, que la esparcía en su descenso desde las cumbres, alejándose de las montañas de Wolfsktaag para asentarse sobre las tierras bajas orientales. El valle se abrió ante ellos, con las oscuras y amenazadoras laderas boscosas cubiertas por las sombras de los picos de la montaña, bajo

una línea de crestas teñidas por la luz del sol. Fue en aquel lugar donde descubrieron la fuente de aquel estruendoso sonido: una cascada. Una alta y asombrosa columna de agua blanca brotaba con enorme fuerza de una grieta abierta en la roca del risco y caía, desde más de cien metros, entre densas nubes de niebla y salpicaduras suspendidas por todo el extremo occidental del valle, para formar un gran río que serpenteaba entre rocas y árboles hasta perderse de vista.

Entonces los tres jinetes, que cabalgaban en fila, detuvieron a sus monturas.

–Ahí está el torrente de Chard. –Allanon señaló con la mano el lugar por donde se precipitaba el agua, formando la catarata.

Brin miró hacia allí sin hacer comentarios. Era como si estuviese en el límite del mundo. Le hubiera sido imposible describir lo que sintió en aquel momento. Abajo, a unos setenta metros, las aguas del torrente de Chard se estrellaban y arremolinaban contra la roca y a través de las grietas en un espectáculo magnífico y alucinante que le causó una profunda impresión. Mucho más allá del valle que recibía las aguas, las lejanas Tierras Orientales se extendían hasta la línea que formaba el horizonte, brillando tenuemente entre las salpicaduras de la cascada arrastradas por el viento. Sus colores hacían pensar en una pintura desteñida y desgastada por los años. Una niebla inmóvil mojaba el moreno rostro de la joven del valle, y penetraba en su largo cabello negro y su ropa como una lluvia suave. Parpadeó para retirar el agua de los ojos y respiró profundamente el aire fresco. Aunque no podía explicarlo con palabras, se sintió como si hubiese nacido de nuevo.

Después Allanon, con un gesto, les indicó que siguieran adelante, y los tres jinetes reemprendieron la marcha e iniciaron la bajada por la ladera interior del boscoso valle, dirigiéndose hacia la grieta de la pared del risco por la que se precipitaba la catarata. En fila india, cabalgaron zigzagueando entre los matorrales y los pinos que enterraban sus raíces en el suelo rocoso de la parte alta, siguiendo una especie de vereda que se extendía hasta más allá de la cascada. Las nubes de niebla los rodeaban y dejaban sentir su humedad sobre su piel. El viento, que hasta entonces había sido su compañero de viaje, se había quedado rezagado tras el borde de la cresta, y su agudo silbido se confundía con el ronco rugido de la cascada. La luz del sol fue perdiendo su fuerza ante el empuje de las sombras, y un falso crepúsculo cayó sobre el bosque que estaban atravesando.

Al fin llegaron al lugar donde la cascada se precipitaba contra el rocoso suelo y continuaron a lo largo de la oscura vereda que los había llevado allí hasta salir de la niebla y las sombras, para encontrarse de nuevo bajo la cálida luz solar. Cabalgaron en dirección este siguiendo el curso del río y pisando una hierba alta, todavía verde y lozana, bajo unos cuantos pinos y robles de hojas amarillas. El rugido de la cascada fue disminuyendo lentamente a medida que se alejaban de ella y el aire se hizo menos frío. Los pájaros volaban en los árboles que crecían a su alrededor, produciendo repentinas ráfagas de color.

La tierra había recuperado la vida, y Brin, agradecida, dio un suspiro. En su rostro se reflejaba la alegría por haber dejado atrás las montañas.

En ese preciso momento, Allanon tiró bruscamente de las riendas de su caballo para detenerlo.

Como si respondiera a un expreso deseo del druida, el bosque que los rodeaba se quedó en silencio... un silencio pesado y profundo que lo cubrió todo como un sudario. Los caballos de los jóvenes se detuvieron detrás del de Allanon. La muchacha del valle y el joven de las tierras altas miraron al druida y luego intercambiaron una mirada en la que se reflejaban la sorpresa y alarma. Allanon permaneció inmóvil, sin desmontar, rígido, con la vista fija al frente, a las sombras de los árboles, escuchando con la máxima atención.

–Allanon, ¿qué...? –empezó a preguntar Brin, pero el druida le ordenó con un gesto de su mano que guardara silencio.

Por fin se volvió hacia ellos. Su oscuro y enjuto rostro reflejaba tensión y dureza, y

sus ojos entrecerrados una expresión que ni la muchacha del valle ni el joven de las tierras altas habían visto nunca. En ese instante sintió auténtico terror, sin comprender por qué se había apoderado de ella esa sensación.

Allanon no habló, pero esbozó una fugaz y triste sonrisa. Después apartó la mirada, les hizo una seña con la mano para que lo siguieran, y empezó a acercarse a los árboles.

Cabalgaron un corto trecho. Se internaron entre los árboles y matorrales secos hasta llegar a una pequeña cañada junto a la ribera del río. Allí se detuvo de nuevo, y en esta ocasión desmontó. Rone y Brin lo imitaron. Permanecieron juntos delante de sus caballos, cogidos por las bridas, mirando hacia un grupo más denso de árboles que crecían detrás de la cañada.

–Allanon, ¿qué sucede? –preguntó Brin.

–Algo se acerca –respondió el anciano druida, inmóvil–. Escuchad.

Esperaron junto a él, sin moverse. El silencio era tan profundo que el sonido de su propia respiración molestaba a sus oídos. El presentimiento de Brin susurró de nuevo en su mente. Llegaba desde la lluvia y la oscuridad de los Dientes del Dragón para encontrarla. El miedo rozó su piel cargado de frialdad y ella se estremeció.

De repente, escucharon un sonido, leve y cauteloso; un suave crujido de hojas secas producido por algo que se había movido entre ellas.

–¡Allí! –gritó Rone, señalando con la mano.

Vieron una sombra que se deslizaba entre los árboles del lado opuesto de la cañada. Medio oculta en la penumbra, se detuvo de repente al advertir la presencia de los tres hombres que la miraban. Permaneció inmóvil en su refugio un momento, con sus ojos invisibles fijos en ellos.

Luego, con rapidez y seguridad, salió de entre las sombras de los árboles y se adentró en la luz. El frío que se había apoderado de Brin se tornó en hielo al instante. Nunca había visto nada semejante a la criatura que estaba ante ellos. Cuando se erguía hasta quedar medio en cuclillas, con sus largos brazos balanceándose, tenía cierta apariencia humana. Era una criatura grande y fuerte, delgada y dotada de una poderosa musculatura. Su piel, de un extraño color rojizo, cubría con tersura su cuerpo. Carecía de pelo, salvo una poblada franja que crecía en sus ijadas. Enormes y ganchudas garras se curvaban a partir de los dedos de sus manos y pies. Cuando levantó la cara, vieron una bestia grotesca, embotada y llena de cicatrices. Unos brillantes ojos amarillos se fijaron en los de ellos, y su hocico se abrió completamente, formando una horrible mueca, para dejar al descubierto una masa de dientes torcidos.

–¿Qué es eso? –preguntó Rone Leah, dejando traslucir en su voz el horror que sentía.

–Lo que fue prometido –respondió Allanon con voz suave pero alterada.

La horrible criatura rojiza avanzó unos pasos. Cuando llegó al borde de la cañada, se detuvo y esperó.

–Es un jachyra, un ser maligno de otra época –prosiguió Allanon volviéndose hacia la muchacha del valle y el joven de las tierras altas–. Fue encerrado fuera de las tierras por la magia de las criaturas fantásticas en una época anterior a los albores de la humanidad... en una época más lejana aún que aquella en la que los elfos crearon la Prohibición. Sólo una magia de igual poder ha podido liberarlo.

»Parece que yo estaba equivocado –prosiguió, enderezándose y ciñéndose las negras vestiduras alrededor de su cuerpo–. Los espectros corrosivos previeron que podríamos tomar este camino. Sólo en un lugar como estas montañas, en un lugar donde aún vive la magia, podía ser liberado un ser como el jachyra. Los espectros han enviado un adversario mucho más difícil de vencer que ellos.

–Intentemos averiguar cuál es su verdadero poder –sugirió Rone, mientras desenfundaba la negra hoja de la espada de Leah.

–No –respondió Allanon–. Esta batalla me pertenece de forma exclusiva.

–A mí me parece que cualquier batalla que se presente a lo largo de este viaje debe ser librada por todos nosotros –arguyó el joven de las tierras altas, buscando apoyo en Brin con su mirada.

–Pero no ésta, príncipe de Leah –respondió Allanon, haciendo un gesto negativo–. Has demostrado tu valor y tus sentimientos hacia la muchacha. Ya no los pongo en duda. Pero el poder de esa criatura está fuera de tu alcance. Debo enfrentarme a ella yo solo.

–¡Allanon, no lo hagas! –gritó Brin de repente, cogiéndolo el brazo con ansiedad.

El druida la miró. Su rostro fatigado y sus ojos, que penetraban más allá de cualquier cosa que ella quisiera ocultar, mostraban una triste determinación. Intercambiaron una mirada, y después, sin saber por qué, lo soltó.

–No lo hagas –repitió con voz apenas audible.

Allanon estiró su mano para acariciar la mejilla de la joven. En ese preciso momento, al otro lado de la cañada, el jachyra emitió un repentino y agudo grito, parecido a una carcajada, que rompió el silencio de la tarde.

–Permíteme que te acompañe –insistió Rone Leah, dando un paso adelante.

–Manténte dispuesto, príncipe Leah –respondió el druida, interponiéndose en su camino–, pero espera hasta que seas llamado. –Los ojos negros buscaron los del joven de las tierras altas–. No interfieras en esto. Pase lo que pase, no interfieras. Prométemelo.

–Allanon, no puedo... –contestó Rone, vacilante.

–¡Prométemelo!

–Lo prometo –concedió de mala gana el joven de las tierras altas, tras permanecer inmóvil durante un momento ante el druida en actitud desafiante.

–Cuídate, Brin Ohmsford –dijo Allanon a la joven del valle, mirándola con ojos tristes y lejanos.

Después dio media vuelta y empezó a bajar hacia la cañada.

3

La brillante luz del sol vespertino, bajo un cielo azul y libre de nubes, destacaba la alta y sombría figura de Allanon contra el telón de fondo formado por los colores del bosque. La agradable temperatura y los dulces olores otoñales persistían en el aire, burlándose de los sentidos del druida, y una tenue y agradable brisa soplaba entre los árboles ondulando las negras y largas vestiduras. Entre sus riberas cubiertas de hierba, que aún conservaba su verdor, las aguas del torrente de Chard destellaban en colores azul celeste y plata, y su fulgor se reflejaba en los ojos del hombre alto. En aquel momento sólo reparaba en la horrible figura de piel rojiza que descendía como un gato por la pendiente opuesta de la poco profunda cañada, con los ojos amarillos entornados y el hocico fruncido en un gesto despectivo.

¡Por favor, vuelve!, quiso pedirle Brin a gritos, pero sus palabras sólo resonaron en el silencio de su mente, porque la había dejado sin habla el horror de la premonición que había regresado de repente para atormentarla y danzar con salvaje alegría en los límites de su vista.

¡Era aquello lo que anunciaba!

El jachyra se puso a cuatro patas, y sus músculos se tensaron, destacándose como cuerdas nudosas bajo su piel tirante, mientras la baba empezaba a acumularse alrededor de la boca. Descubrió unas púas a lo largo de su espina dorsal, que se doblaban con el movimiento de su cuerpo al reptar, iluminado por el sol, por el fondo de la cañada. Levantando el hocico hacia la oscura figura situada al otro lado, el monstruo volvió a emitir otro grito; el mismo y terrible aullido que parecía una carcajada demente.

Allanon se detuvo a unos diez metros de donde se encontraba el monstruo. Sin moverse, se enfrentó a la criatura. La sobrecogedora y resuelta mirada del druida infundió en su oscuro rostro una expresión de tal dureza que a la muchacha del valle y al joven de las tierras altas les dio la sensación de que ninguna cosa viva, por muy maligna que fuese, podía enfrentarse a él con éxito. Pero el jachyra acentuó su furiosa mueca y su hocico, al ensanchar su abertura, mostró más dientes torcidos. Sus ojos amarillos traslucían evidentes signos de locura.

Durante un largo y terrible momento, el druida y el monstruo se miraron en el profundo silencio de la tarde otoñal, y todo lo que les rodeaba dejó de existir. De nuevo se escuchó el grito parecido a una carcajada del jachyra. Se movió hacia un lado de forma extraña y bamboleante. Luego, con inusitada rapidez, embistió contra Allanon. Nada se había movido nunca a tal velocidad. Se convirtió en un trazo rojizo tras saltar desde el suelo y caer sobre el druida, pero falló. Allanon, más ágil aún que su atacante, se deslizó hacia un lado como una sombra que se funde con la noche. El jachyra pasó sobre él en su caída, y se golpeó contra el duro suelo. Se levantó sin pérdida de tiempo, y se abalanzó de nuevo sobre su presa. Pero el druida ya había extendido sus manos, desprendiendo el fuego azul. Alcanzó al jachyra, lanzándolo de espaldas por los aires. Cayó al suelo convertido en una masa inerte, envuelto en las llamas azules, que continuaban abrasándolo y haciéndole retroceder atrás hasta que lo detuvo un gran roble.

Incomprensiblemente, el maligno jachyra se puso en pie al instante.

–¡Maldito sea! –exclamó Rone Leah.

El monstruo se dirigió hacia donde estaba Allanon, zigzagueando para esquivar el fuego que aún brotaba de sus dedos. Entre terribles rugidos, se abalanzó contra el hombre alto con la rapidez mortífera de una serpiente. Una vez más, el fuego azul lo alcanzó, haciéndole retroceder, pero el ser maligno consiguió clavar las garras de una de sus manos

en el druida, rasgando las negras vestiduras y la carne. Allanon retrocedió tambaleándose, encogido por el impacto del ataque, y el fuego se convirtió en humo. En medio de la alta hierba, a una docena de pasos de distancia, el jachyra volvió a ponerse en pie.

Con cautela, los dos antagonistas giraban uno alrededor del otro. El druida tenía extendidos los brazos y las manos y su oscuro rostro reflejaba la inmensa furia que lo embargaba. Pero varias gotas de su sangre punteaban el verde carmesí de la hierba sobre la que caminaba.

El jachyra abrió una vez más el hocico, haciendo una mueca maligna y enloquecida. Los trozos de piel rojiza quemada por el fuego azul desprendían estelas de humo, pero el monstruo no daba la menor muestra de sentirse herido. Los músculos de hierro se destacaban bajo su piel cuando se movía, en una elástica y confiada danza de muerte dedicada a su víctima. Inició un nuevo ataque con una embestida ágil y rápida que lo llevó ante el druida antes de que éste pudiera utilizar el fuego. Las manos de Allanon se agarraron a las muñecas de la bestia, manteniéndola erguida para que no pudiera alcanzar su cuerpo. Los dientes torcidos de la criatura entrechocaban fieramente cuando intentaban clavarse en el cuello del hombre alto. Trabados en esta posición, el druida y la bestia retrocedieron y avanzaron a lo largo de la cañada, contorsionándose y tensándose en un esfuerzo por sacar ventaja.

Entonces, el druida propinó al jachyra un gran empujón y lo lanzó hacia atrás, levantándolo del suelo. Al instante, el fuego azul brotó de sus dedos y rodeó al monstruo. El jachyra emitió un agudo y terrible grito, un alarido que paralizó por completo los bosques de alrededor. Había dolor en ese grito, pero un dolor que parecía inexplicablemente jubiloso. El jachyra saltó de la columna de fuego, retorciéndose para liberarse de él; su imponente figura roja, viva y humeante, estaba salpicada de pequeñas llamas azules. Se revolcó, enfurecido y furioso, sobre la hierba, consumido por un fuego cada vez más intenso que lo quemaba por dentro. A pesar de todo, el ser maligno consiguió ponerse en pie; cuando su hocico se abrió de nuevo, los dientes torcidos destellaban, y los ojos amarillentos desprendían un fulgor amenazador.

Disfruta con el dolor, comprendió Brin, horrorizada. *Es su alimento.*

Tras ella, los caballos resoplaron y retrocedieron ante el olor que desprendía el jachyra, tirando de las riendas que sujetaba Rone Leah. El joven de las tierras altas miró hacia atrás y llamó a los animales por su nombre intentando calmarlos, pero no tuvo éxito.

Una vez más, el jachyra se abalanzó sobre Allanon, envuelto en las llamas de fuego azul que brotaban de los dedos del druida y medio abrasado por ellas. Casi consiguió alcanzar la figura vestida de negro con sus garras, pero Allanon se retiró justo a tiempo y el fuego azul rechazó a la criatura con una explosión de poder.

Brin observaba horrorizada la lucha, pero era incapaz de mirar a otro lado. Un solo pensamiento cruzaba su mente una y otra vez. El poder del jachyra era excesivo. El druida había participado en muchas y terribles batallas, y había conseguido sobrevivir a todas ellas; se había enfrentado a espantosas criaturas de la magia negra, pero el jachyra era muy diferente a todas ellas. Era un ser ignorante que no distinguía entre la vida y la muerte, y cuya existencia desafiaba las leyes de la naturaleza; una criatura que actuaba movida por la locura, el desvarío y la destrucción sin finalidad.

De la garganta del jachyra brotó un alarido ensordecedor cuando, una vez más, se abalanzó sobre Allanon. El pánico hizo presa en los caballos, que se encabritaron y arrancaron sus riendas de las manos de Rone. El joven de las tierras altas intentó recuperarlas desesperadamente, pero los caballos, al sentirse libres, corrieron a toda velocidad hacia la cascada, y en unos pocos segundos habían desaparecido entre los árboles.

Rone y Brin volvieron a concentrar su atención en la lucha que se desarrollaba en la

cañada. Allanon había levantado un muro de fuego entre él y su atacante, y las llamas se lanzaban contra el jachyra como cuchillos cuando intentaba atravesarlo. El druida mantenía firme el muro de fuego con los brazos extendidos, pero de repente sus brazos bajaron en un movimiento de barrido, llevándose consigo el muro de fuego, que cayó como una red sobre el jachyra y lo atrapó. Desapareció por completo en un instante, convertido en una bola de fuego. Retorciéndose y girando, intentó liberarse, pero el fuego lo agarró con fuerza, sustentado por la magia del druida. A pesar de sus grandes esfuerzos, el jachyra no conseguía librarse de él.

La mano de Brin se apoyó en Rone. Quizás...

En aquel momento, la criatura se alejó de Allanon y corrió sobre la hierba de la cañada para internarse en el bosque. Todavía ardían algunas llamas sobre él, pero el fuego empezaba a extinguirse. La distancia entre el druida y la bestia era excesiva, y Allanon no podía mantener su dominio. Profiriendo terribles aullidos, el monstruo se dirigió hacia un grupo de pinos, destrozando ramas y troncos, y esparciendo fuego por todas partes. Las astillas de madera y las agujas de los pinos se prendieron al entrar en contacto con las llamas que aún ardían sobre la criatura, y una nube de humo salió girando lentamente de las sombras.

En el centro de la cañada, Allanon recogió los brazos y las manos. En el borde, Brin y Rone esperaban en silencio, con la mirada fija en la humeante penumbra en que había desaparecido la bestia. El bosque había recuperado la calma.

–Se ha ido –dijo Rone.

Brin permaneció en silencio.

Un momento después, algo se movió en la zona quemada y ennegrecida. Brin sintió que se intensificaba el frío que invadía su interior. El jachyra salió de entre los árboles y se deslizó hacia el borde de la cañada, con el hocico abierto en su característica y espantosa mueca, y desprendiendo destellos por sus ojos amarillos.

Por increíble que pareciera, estaba ileso.

–¿Qué clase de demonio es? –preguntó Rone Leah.

El jachyra se dirigió hacia Allanon reptando, con respiración áspera y anhelante. Un quejido bajo y ansioso brotó de su garganta, y su nariz se elevó como si quisiera captar el olor del druida. Un rastro de sangre del hombre alto manchaba de color escarlata brillante el verde de las altas hierbas que el monstruo tenía ante sí. El jachyra se detuvo. De forma deliberada y muy despacio, se inclinó sobre la sangre y empezó a lamerla. El placer que su sabor le proporcionaba, le hacía emitir unos quejidos más profundos.

Después atacó. Con un solo y ágil movimiento, unió sus patas traseras y saltó sobre Allanon. El druida levantó las manos y extendió los dedos, pero con retraso. La criatura cayó sobre él antes de que consiguiera hacer brotar el fuego de sus dedos. El hombre y la bestia cayeron sobre la larga hierba, rodando y forcejeando, sin separarse el uno del otro. El monstruo había lanzado el ataque con tal rapidez que cayó sobre Allanon antes de que éste pudiera escuchar el agudo grito de aviso de Brin. El fuego azul brotó de las puntas de sus dedos y chamuscó las muñecas y los antebrazos que lo agarraban, pero no tuvo más efecto. Las garras del jachyra se clavaron en el druida y desgarraron su ropa y su carne, hasta llegar al hueso. La cabeza de Allanon dio una sacudida hacia atrás y el dolor oscureció su rostro... un dolor que trascendía del daño físico. Con desesperación, intentó liberarse de las garras de la bestia, pero ésta lo tenía firmemente cogido y le faltó espacio para hacer fuerza. Las garras y los dientes del monstruo lo herían y su nervudo cuerpo lo mantenía inmovilizado en el suelo.

–¡No! –gritó Rone Leah.

Tras liberarse de Brin que intentaba impedírselo, el príncipe de Leah salió corriendo hacia la cañada, sosteniendo con ambas manos la gran espada de hoja negra.

–¡Leah! ¡Leah! –gritó furioso.

Acababa de romper la promesa que había hecho a Allanon. Pero él no podía permanecer impasible viendo como el druida moría a manos del jachyra. Ya lo había salvado en una ocasión, ¿por qué no podía hacerlo una vez más?

–¡Rone, vuelve! –le gritó Brin, a sabiendas de que era completamente inútil.

Rone Leah llegó junto a los contendientes unos segundos después. La oscura hoja de la espada de Leah se levantó y, en su movimiento descendente, describió un brillante arco, produciendo un profundo corte en el cuello y los hombros del jachyra, dirigida por la fuerza de la magia. El jachyra dio un paso atrás, al tiempo que un espantoso alarido brotaba de su garganta, y su rojizo cuerpo se tensaba como si se hubiese roto por dentro.

–¡Muere, monstruo! –gritó Rone Leah con rabia cuando vio la figura desgarrada y ensangrentada de Allanon debajo de la bestia.

Pero el jachyra no murió. Uno de sus nervudos brazos salió disparado hacia el joven de las tierras altas y se estrelló en su cara con una fuerza asombrosa. Rone salió despedido hacia atrás, y sus manos aflojaron la presión con que sujetaban la espada. Inmediatamente después, el jachyra estaba a sus espaldas, profiriendo aullidos sin cesar en un delirio loco, como si el dolor le produjera un incomprensible placer. Alcanzó a Rone antes de que cayese, lo cogió entre sus garras y lo lanzó al otro lado de la cañada, quedándose después encogido en el suelo.

Después, la bestia se enderezó. Todavía llevaba clavada en su cuerpo la oscura hoja de la Espada de Leah. Estiró un brazo hacia atrás y la sacó como si la herida fuese insignificante. Sosteniendo la hoja ante sus ojos amarillos, vaciló un momento. Luego la arrojó lejos de sí, y la espada voló sobre las aguas del torrente de Chard para después caer en ellas como si se tratara de un pedazo de madera seca, girando en la veloz corriente.

El jachyra se volvió de nuevo hacia Allanon. Incomprensiblemente, el druida estaba de pie, con las negras vestiduras hechas jirones y empapadas de sangre. Al verlo erguido, el jachyra enloqueció por completo, y saltó sobre él profiriendo furiosos aullidos.

Pero en esta ocasión el druida no intentó detenerlo, sino que lo agarró a medio salto, cerrando sus grandes manos alrededor del cuello de la bestia como una tuerca. Sin preocuparse de las garras que herían su cuerpo, forzó al monstruo hacia atrás hasta que cayó en tierra, apretando cada vez más. De la garganta del jachyra brotaron terribles alaridos, mientras su rojizo cuerpo se retorcía como una serpiente que hubiese sido pinchada. Pero las manos del druida no aflojaron su presión. La bestia abrió el hocico y sus dientes intentaron morder el aire.

Después, de pronto, Allanon retiró las manos del cuello del monstruo y las introdujo en sus fauces abiertas hasta alcanzar la garganta. Allí, el fuego azul brotó de sus dedos. El jachyra se estremeció, presa de convulsiones, y sus miembros se agitaron con violencia. El fuego del druida ardió a través de su poderoso cuerpo, bajando hasta el centro de su ser. Luchó para liberarse durante un momento. Luego el fuego salió de él, cubriéndolo por completo, y explotó en un fogonazo cegador de luz azul.

Brin apartó su mirada, para proteger sus ojos del fulgor deslumbrante. Cuando volvió a mirar, Allanon estaba solo, arrodillado sobre un montón de cenizas.

Brin se dirigió hacia el borde opuesto de la cañada, donde Rone, formando un bulto retorcido, yacía inconsciente. Su respiración era superficial y lenta. Lo enderezó con cuidado, revisando sus miembros y su cuerpo en busca de alguna señal de fractura. No encontró ninguna y, después de limpiar los cortes de su rostro, fue corriendo hasta donde estaba Allanon.

El druida seguía de rodillas junto a las cenizas del jachyra, con los brazos cruzados con fuerza y la cabeza inclinada. Tenía destrozadas y empapadas de sangre las largas

vestiduras negras. Brin se arrodilló lentamente junto a él, con el rostro demudado por la impresión que le habían producido aquellos sucesos. Allanon levantó la cabeza con esfuerzo y la miró fijamente.

–Estoy muriendo, Brin Ohmsford –dijo con voz serena. Ella intentó desmentir sus palabras con un gesto, pero el druida se lo impidió levantando una mano–. Escúchame. Estaba escrito que ocurriría esto. En el Valle de Pizarra, el fantasma de Bremen, mi padre, me lo dijo. Me aseguró que debía abandonar la tierra para no volver nunca más, y que eso sucedería antes de concluir nuestra búsqueda. –Se encogió aquejado por un dolor repentino, contrayendo el rostro–. No pensé que pudiera ser de esta forma, pero los espectros... los espectros encontraron la manera de liberar al jachyra, sabiendo... esperando que me encontraría. Es un ser producto de la locura. Se alimenta de su propio dolor y del dolor de los demás. En su desvarío, no sólo hiere el cuerpo, sino también el espíritu. No hay defensa posible. Se hubiese despedazado a sí mismo... sólo para verme destrozado. Es un veneno...

Se atragantó con las palabras. Brin se inclinó sobre él, reprimiendo el dolor y el miedo.

–Debemos curar las heridas, Allanon. Debemos...

–No, Brin, esto ha terminado –la interrumpió el druida–. Ya no hay remedio para mí. Debe cumplirse lo que está escrito. –Recorrió la cañada con la vista, lentamente–. Pero debes ayudar al príncipe de Leah. El monstruo también habrá inoculado en él su veneno. Ahora es tu protector... tal como se comprometió. –Sus ojos buscaron los de Brin–. Dile que su espada no está perdida. La magia no dejará que se pierda. Ella debe... encontrar su camino hasta manos mortales... el río la llevará a esas manos...

De nuevo las palabras lo ahogaron y se encogió por el dolor que le producían sus heridas. Brin estiró los brazos para sujetarlo manteniéndolo erguido, apretado contra ella.

–No hables más –le suplicó, con los ojos llenos de lágrimas.

Poco a poco, el druida se apartó. La sangre manchaba las manos y los brazos de Brin donde habían estado en contacto con su cuerpo.

Una tenue e irónica sonrisa se dibujó durante un breve instante en los labios de Allanon.

–Los espectros creen que sólo deben temerme a mí, que yo soy el único que puede destruirlos –prosiguió el druida, haciendo un gesto negativo–, pero están muy equivocados. Tú eres el poder, Brin. Tú eres el ser a quien nada puede oponerse. –Una mano aprisionó su brazo con fuerza de hierro–. Escúchame bien. Tu padre desconfía de la magia élfica, teme sus consecuencias. Ahora puedo confesarte, joven del valle, que tiene razón para desconfiar. La magia puede ser luz u oscuridad para quien la posee. Tal vez parezca un juguete, pero nunca lo ha sido. Consérvala. Utilízala bien, y ella se encargará de que concluyas sin ningún daño tu búsqueda. Utilízala bien, y destruirá el *Ildatch.*

–Allanon, yo no puedo seguir sin ti –dijo la joven del valle en voz baja, haciendo un gesto negativo.

–Puedes y debes hacerlo. Como en el caso de tu padre... no hay nadie más. –Su oscuro rostro se inclinó.

Brin hizo un gesto de asentimiento de forma maquinal, casi sin oírle, perdida en la mezcla de emociones que bullían en su interior mientras se defendía de la inevitabilidad de lo que estaba sucediendo.

–Esta era está a punto de concluir –dijo Allanon, y sus ojos negros resplandecieron–. Los druidas también deben llegar a su final. –Su mano se levantó para caer suavemente sobre la de la Brin–. Pero la responsabilidad que depositaron en mí tiene que persistir, joven del valle. Debe quedarse con quienes viven. Yo te la transmito. Acércate.

Brin Ohmsford se aproximó hasta tener su rostro justo frente al del druida. Con

lentitud y haciendo un supremo esfuerzo, Allanon introdujo una mano entre las ropas destrozadas hasta su pecho, después la sacó con los dedos manchados de su propia sangre y tocó la frente de Brin. Manteniendo los dedos sobre ella, templados por su sangre, habló quedamente en una lengua que la muchacha del valle nunca había oído. Al contacto de sus dedos y el fluir de sus palabras un torrente de alborozo inundó la visión de Brin con una oleada de color cegador, e inmediatamente después desapareció.

–¿Qué... me has hecho? –le preguntó insegura.

–Ayúdame a ponerme en pie –le pidió el druida, obviando la respuesta.

–¡No puedes andar, Allanon! ¡Estás muy malherido! –le dijo la muchacha del valle, mirándolo con ternura.

–Ayúdame, Brin. No tendré que andar mucho –insistió el druida, reflejando en sus ojos una extraña y desconocida bondad.

A disgusto, la joven del valle lo rodeó con sus brazos y lo levantó del suelo. La sangre empapaba las hierbas sobre las que había estado y las cenizas en que había quedado convertido el jachyra.

–¡Oh, Allanon! –exclamó Brin, prorrumpiendo en un llanto inconsolable.

–Ayúdame a llegar a la orilla del río –le pidió el druida.

Con paso lento y a trompicones recorrieron la cañada vacía hasta llegar al lugar donde el torrente de Chard, con las riberas cubiertas de hierba, giraba en dirección este. Los rayos del sol iluminaban con tonos dorados, cálidos y acogedores aquel esplendoroso día otoñal. Era un día de vida, no de muerte, y Brin lloraba porque no era así para Allanon.

Llegaron a la orilla del río. La joven del valle ayudó al druida a ponerse de rodillas, y éste inclinó su oscura cabeza.

–Brin, cuando tu búsqueda haya concluido, me encontrarás aquí –le dijo, buscando su mirada–. Ahora vete.

Dio unos pasos hacia atrás, con el pecho inundado de tristeza. Las lágrimas corrían por su rostro, y sus manos se movían suplicantes hacia la figura postrada.

Allanon aún mantuvo su mirada en la de ella un largo rato. Después volvió la cabeza y levantó el brazo manchado de sangre señalando hacia las aguas del torrente de Chard, estirándose sobre ellas. El río se inmovilizó de forma instantánea; su superficie se quedó tan calmada y plácida como la de un estanque. Un extraño y profundo silencio se adueñó de todo lo que había a su alrededor.

Un instante después, el centro de las aguas inmóviles empezó a agitarse con violencia y del fondo del río brotaron los mismos gritos, fuertes y penetrantes, que antes habían escuchado en el Cuerno del Infierno. Sólo estuvieron suspendidos en el aire un momento. Después, el silencio lo inundó todo.

En la orilla del río, la mano de Allanon cayó sobre su costado y su cabeza se inclinó.

En aquel momento, la figura fantasmal de Bremen salió de las aguas del torrente de Chard. Gris y casi transparente en la luz de la tarde, el fantasma se levantó hasta situarse sobre las aguas del río, andrajoso y encorvado por los años.

–Padre –lo llamó el druida con voz muy débil, pero Brin le oyó.

El fantasma avanzó, deslizándose sobre la superficie del río sin hacer el menor movimiento. Llegó hasta donde estaba Allanon arrodillado, se inclinó lentamente y cogió entre sus brazos la maltratada figura. Sin volverse, retrocedió hasta las aguas del torrente, llevando con él a Allanon. Se detuvo en el centro del torrente de Chard y, a sus pies, las aguas hirvieron con furia, humeantes y entre silbidos. Entonces se sumergió lentamente en el río, llevándose al último de los druidas. El torrente de Chard permaneció inmóvil un momento; luego la magia terminó y sus aguas empezaron a correr de nuevo hacia el este.

–¡Allanon! –gritó Brin Ohmsford.

Sola en la orilla del río miró a través de las veloces aguas y esperó la respuesta que

nunca llegaría.

4

Después de capturar a Jair cuando éste huía de la fortaleza de Capaal tras su caída en poder de los gnomos, el mwellret Stythys obligó al joven del valle a caminar hacia el norte a través de los bosques del Anar. Siguiendo las curvas y recodos del Río Plateado que se abría paso entre los árboles y los matorrales, las rocas y los barrancos, se adentraron en la oscuridad de la selva. Mientras caminaban, el joven del valle estuvo amordazado y atraillado como un animal. Sólo lo liberaba de las ataduras a las horas de comer para que pudiera alimentarse, pero el mwellret no apartaba de él sus fríos ojos de reptil ni un solo instante.

La dificultad de la marcha hacía que las horas, grises y lluviosas, transcurrieran con agónica lentitud, y todo lo que había formado parte de la vida del muchacho, sus amigos y compañeros, sus esperanzas y promesas, parecía huir de ellas. Los bosques eran húmedos y fétidos, impregnados de podredumbre por las envenenadas aguas del Río Plateado y asfixiados por la maleza seca y las enmarañadas ramas de los árboles que ocultaban el cielo e impedían el paso de los rayos del sol. Sólo el río, con el lento discurrir de sus aguas oscuras y pestilentes les permitía no perder el sentido de la orientación.

En aquellos días, también había otros que se dirigían al norte, con destino al Anar profundo. Sobre el amplio camino que corría paralelo al curso del Río Plateado, evitado por la cautela del mwellret, las caravanas de soldados gnomos y sus prisioneros se arrastraban fatigosamente en una ininterrumpida procesión, arrastrando sus pies por el fango y cargando sobre sus hombros con el botín obtenido en su invasión. Los prisioneros iban atados y encadenados; hombres que habían luchado en la defensa de la fortaleza Capaal. Avanzaban tambaleándose en largas filas, conducidos como si fueran ganado. Enanos, elfos y hombres de la frontera, todos ellos macilentos, agotados y privados de esperanza. Jair los veía desfilar a través de los árboles y no podía evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Los ejércitos de gnomos procedentes de Marca Gris también seguían aquel camino, pero con rumbo al sur, en grandes grupos que apresuraban el paso para reunirse con las tribus que ya se dirigían hacia las tierras de los enanos. Eran miles, siniestros y aterradores, con sus duros rostros amarillos deformados por los gestos de burla que dedicaban a los desafortunados prisioneros que se cruzaban en su camino. También había espectros corrosivos, seres oscuros y sombríos que caminaban solitarios y a quienes todos evitaban.

El tiempo empeoró a medida que pasaban los días. Los cielos se cubrieron con nubes negras de tormenta y la lluvia empezó a caer en rachas uniformes. Los relámpagos destellaban en brillantes estrías y los resonantes rugidos de los truenos recorrían la tierra empapada. Los árboles, inclinados y oprimidos por la humedad, dejaban caer sus hojas coloreadas, convirtiendo el camino en una ciénaga resbaladiza e insegura. Una atmósfera gris y lúgubre cubrió todo el bosque, dando la impresión de que los cielos presionaban sobre la tierra para ahogar cualquier signo de vida.

Eso era lo que sentía Jair Ohmsford mientras caminaba con ánimo desvalido entre la maleza del bosque, sufriendo con resignación e impotencia los tirones que le propinaba la figura vestida de negro que lo precedía, y que hacía que se clavaran en sus carnes las ataduras de cuero. El frío y la humedad le calaban hasta los huesos, y con el paso de las horas, el agotamiento hizo su aparición. La fiebre se adueñó de él y empezó a delirar. Rápidas escenas de las situaciones que le habían llevado al miserable estado en que ahora se encontraba, se mezclaban con recuerdos de su niñez, en retazos desordenados, que revoloteaban durante un breve instante por su mente confundida para acabar

desvaneciéndose. A veces, no estaba completamente lúcido, y sufría extrañas y aterradoras visiones, que se introducían a hurtadillas en sus pensamientos como ladrones. Incluso en los momentos en que estaba libre de los efectos de la fiebre, una oscura desesperación se imponía sobre sus pensamientos y le susurraba que ya no había ninguna esperanza para él. La fortaleza de Capaal, todos sus defensores y todos sus amigos y compañeros ya no existían. Las imágenes del momento en que había caído cada uno de ellos fulguraban en su mente con la cegadora claridad del relámpago que destellaba sobre su cabeza a través del entramado de ramas que formaban el techo del bosque: Garet Jax, arrastrado a las profundidades de las grises aguas del Cillidellan por el kraken; Foraker y Helt, enterrados bajo los escombros del muro de piedra derruido por la magia negra de los espectros corrosivos; Slanter, corriendo incautamente por los corredores subterráneos de la fortaleza delante de él, sin mirar nunca hacia atrás, sin verlo. Hasta Allanon, Brin y Rone aparecían de cuando en cuando perdidos en algún lugar del Anar.

También llegaban a su mente las palabras del Rey del Río Plateado, claras y extrañamente vívidas, envueltas en la maravilla y el misterio que rodeaban al anciano. *Recuerda,* le susurraba con voz baja y ansiosa. *No olvides lo que debes hacer.* Pero él, al parecer, lo había olvidado. Guardados en su túnica, ocultos a los agudos ojos del mwellret, llevaba los regalos mágicos que el anciano le había hecho: el cristal de la visión y la bolsa de piel con el polvo de plata. Todavía los tenía y pensaba conservarlos. Pero su finalidad se le presentaba nebulosa e incierta, perdida en la vorágine de la fiebre, escondida en los extravíos de su mente.

Cuando por fin se detuvieron para pasar la noche, el mwellret se dio cuenta de que tenía fiebre y le dio de beber una medicina, mezclando el contenido de un saquillo que llevaba en su cintura con una taza de cerveza oscura y amarga. El joven del valle intentó rechazar la bebida, ofuscado por la fiebre y su propia sensación de inseguridad, pero el mwellret le obligó a tragarla. Poco después se quedó dormido y pasó una noche bastante tranquila. Al amanecer, le dio a beber otra dosis de la amarga poción y, con la llegada del crepúsculo, la fiebre empezó a remitir.

Esa noche la pasaron dentro de una cueva, sobre un alto arrecife que dominaba la oscura curva del río, más secos y calientes de lo que habían estado las anteriores, libres de la extremada incomodidad que los había atormentado en el bosque. Fue esa noche cuando Jair volvió a entablar conversación con su captor. Habían terminado la cena, compuesta de raíces y carne de res seca, y bebido un poco de cerveza amarga y después se sentaron uno frente al otro en la oscuridad, envueltos en sus capas para protegerse del frío. Fuera caía una llovizna lenta y uniforme, que producía un ruido monótono al chocar contra los árboles, las piedras y la tierra enfangada. El mwellret no le había vuelto a poner la mordaza como había hecho las dos noches anteriores, sino que la había dejado suelta alrededor de su cuello. Se sentó, mirándolo con sus fríos ojos brillantes; su cara de reptil era una sombra vaga en la oscuridad de la capucha. No hizo ningún movimiento ni pronunció una sola palabra. Se limitó a permanecer sentado y a observar a Jair mientras éste pensaba en la conveniencia de entablar una conversación con la criatura.

–¿Adónde me llevas? –preguntó, aventurándose a no recibir respuesta.

Los ojos hendidos se estrecharon aún más, y entonces el joven del valle se dio cuenta de que el mwellret estaba esperando que se decidiera a hablar.

–Vamoss al Alto Benss.

–¿El Alto Bens? –pregunto Jair, haciendo un gesto de incomprensión.

–Montañass debajo del Cuerno Negro Azabache, ssemielfo –silbó el mwellret–. Passaráss algún tiempo en essass montañass, ¡en lass prissioness que tienen loss gnomoss en Dun Fee Aran!

–¿Prisión? –preguntó Jair, con un nudo en la garganta–. ¿Piensas encerrarme en una

prisión?

–Miss invitadoss sse alojan allí –dijo el mwellret con voz áspera y riendo en voz baja.

–¿Por qué me haces esto? –preguntó con visible enojo el joven del valle. Se había puesto en tensión al oír la risa del mwellret y luchaba contra el miedo que empezaba a invadirlo–. ¿Qué quieres de mí?

–¡Hss! –exclamó el lagarto, señalándolo con un dedo encorvado–. ¿De verdad que el ssemielfo no lo ssabe? ¿No lo ve? –La figura encapuchada se agachó para acercarse más–. Entoncess esscucha, duende. ¡Atiende! Nuesstra gente era la máss inteligente, sseñoress ssobre toda la vida de lass montañass. Vino a nossotross el Sseñor de loss Hechiceross hace muchoss añoss, y cerramoss con él un trato. Pequeñoss gnomoss enviadoss a sservir al Sseñor Osscuro ssi él dejaba en paz a nuesstro pueblo, sseñoress todavía en lass montañass. Hizo essto, el Sseñor Osscuro, y en ssu momento sse fue de la tierra. Pero nossotross ressisstimoss. ¡Vivimoss! –El dedo encorvado se dobló lentamente–. Ahora llegan loss caminantess, ssuben dessde el fosso osscuro del Maelmord, dicen. Que abandonemoss nuesstross hogaress, dicen. Que less entreguemoss lass pequeñass gentess que noss ssirven. Tratoss no ssignifican nada ahora. Rechazamoss a loss caminantess, loss espectross. Ssomoss fuertess también. Pero noss hacen algo. Enfermamoss y morimoss. No nacen niñoss. Nuesstra gente falla. Loss añoss passan, y noss debilitamoss hassta quedar muy pocoss. Todavía loss caminantess dicen que debemoss marchar de lass montañass. Ssomoss demassiado pocoss, ¡y loss caminantess noss expulssan!

Entonces se interrumpió, y los hendidos ojos verdes ardieron con intensidad, fijos en los de Jair, llenos de rabia y amargura.

–Me dieron por muerto, loss caminantess, loss esspectross. Cossass negrass del demonio. ¡Pero vivo!

Jair miró al monstruo con atención. Stythys estaba admitiendo que los mwellrets, en tiempos de Shea Ohmsford, habían vendido al Señor de los Hechiceros las vidas de los gnomos de las montañas para que fueran empleadas en la lucha contra las Tierras Meridionales, en la abortada Tercera Guerra de las Razas. Los mwellrets lo hicieron con el propósito de conservar su dominio sobre su reino en las montañas del Cuerno Negro Azabache. Aquello era lo que había dicho Foraker y también era lo que sospechaba el pueblo de los enanos. Pero entonces llegaron los espectros corrosivos, herederos del poder de la magia negra del Señor de los Hechiceros. Querían adueñarse de las Tierras Orientales, y las montañas del Cuerno Negro Azabache ya no pertenecían a los mwellrets. Cuando los lagartos opusieron resistencia, los espectros les contagiaron diversas enfermedades y los destruyeron. En realidad, Stythys fue expulsado de su tierra natal y los enanos que lo encontraron lo llevaron a Capaal...

–Pero ¿qué tengo que ver yo en todo esto? –preguntó el joven del valle, sintiendo que se confirmaban sus sospechas.

–¡Magia! –silbó el mwellret sin dudar–. ¡Magia, pequeño amigo! Desseo la magia que tú posseess. ¡Lass cancioness que cantass deben sser míass! ¡Tú tieness la magia y debess dármela!

–¡Pero no puedo hacerlo! –exclamó Jair, con acento frustrado.

–¿No puedess, duende? –inquirió Stythys, dibujando un gesto de contrariedad en su escamoso rostro–. El poder de la magia debe volver a mi pueblo; no a loss esspectross. Debess dar tu magia, ssemielfo. En lass prissioness la daráss. Ya lo veráss.

Jair desvió su mirada del lagarto. Con él estaba ocurriendo lo mismo que con el sedt gnomo Spilk; ambos querían ejercer su dominio sobre algo que él no podía darles. La magia del cantar de los deseos era suya, y sólo él podía utilizarla. Sería tan inútil para el mwellret como lo había sido para el sedt.

En aquel momento, un pensamiento escalofriante cruzó su mente. ¿Y si Stythys se enterara? ¿Qué ocurriría si llegaba a saber que, aunque no pudiera apropiarse de la magia, sí podría utilizarla por su mediación? El joven del valle recordó lo sucedido en la celda de Capaal... cómo el mwellret le había hecho revelar, contra su voluntad, la magia...

Recordó el aliento. ¡Oh, infiernos! Si Stythys supiera, o sospechara, que había otras magias... si pudiera sentir la presencia del cristal de la visión y del polvo de plata...

–No puedes tenerla –repitió, casi sin darse cuenta de lo que estaba diciendo. Había un leve tono de desesperación en su voz.

–Lass prissioness cambiarán tu penssamiento, duende. Ya lo veráss –respondió el mwellret con un suave silbido.

Después de aquella conversación, Jair Ohmsford, amordazado y atado de nuevo, permaneció despierto durante mucho tiempo, perdido en la oscuridad de sus pensamientos mientras escuchaba los sonidos de la lluvia y la respiración rítmica del mwellret dormido. Las sombras llenaban la entrada de la pequeña cueva. En el exterior, el viento hacía correr las negras nubes cargadas de agua por encima del bosque mojado. ¿Qué debía hacer? Su búsqueda y sus planes para salvar a Brin habían quedado destrozados; su única perspectiva eran las prisiones de Dun Fee Aran. Si lo conseguían recluir tras sus muros, nunca conseguiría salir de allí, y no cabía la menor duda de que la intención del mwellret era mantenerlo en prisión hasta que revelase su conocimiento de los secretos de la magia élfica. Y él nunca lo haría. Le pertenecían y debía ponerlos al servicio del Rey del Río Plateado a cambio de la vida de su hermana Brin. Nunca los entregaría. Sin embargo, sentía que, a pesar de su resolución y de la fuerza que pudiese oponer a su captor, antes o después Stythys encontraría la manera de arrebatarle esos secretos.

El estallido de un trueno lejano resonó por todo el bosque, profundo y ominoso. Pero más ominosa aún era la desesperación del joven del valle. Pasó mucho tiempo antes que sucumbiera al agotamiento y se quedara dormido.

Al amanecer del tercer día, Jair y el mwellret reanudaron la marcha hacia el norte, caminando con dificultad en medio de la lluvia, la niebla y los bosques encharcados. Al mediodía entraron en el Alto Bens. Las montañas eran oscuras y escarpadas, un racimo de picos quebrados y riscos montados a horcajadas sobre el Río Plateado en el lugar en que su curso abandonaba el bosque a los pies de las montañas del Cuerno Negro Azabache. Los dos treparon por ellas, quedando envueltos en la niebla que colgaba de las rocas. Cuando la luz del día se difuminaba, abriendo el paso a las sombras de la noche, se encontraban sobre un farallón que dominaba la fortaleza de Dun Fee Aran.

Dun Fee Aran era un complejo grande e irregular formado por muros, torres, atalayas y almenas que le daban la apariencia de un castillo. Toda la fortaleza presentaba un aspecto grisáceo y deprimente cuando se materializó ante sus ojos bajo la lluvia, un aspecto que Jair sintió que persistiría incluso con buen tiempo. Continuaron su penosa marcha, sin intercambiar ni una sola palabra. El mwellret encapuchado abría la marcha, seguido del maniatado joven del valle. Atravesaron la maleza y los arbustos del frente del farallón, y se dirigieron al campo mojado. Vieron cazadores gnomos y miembros de la guarnición de todos los rangos y categorías que caminaban con gran esfuerzo por el terreno enfangado, embozados en sus capas y con las capuchas echadas para protegerse de las adversas condiciones climatológicas, sumidos en sus pensamientos. Nadie les interrogó. Nadie los miró más de una vez. Atravesaron parapetos de piedra y cruzaron muros y pasos elevados; bajaron escaleras y cruzaron salones. La sombra de la noche empezó a hacerse más densa en detrimento de la luz. Jair se sentía como si el mundo se cerrara a su alrededor, oprimiéndolo. Podía percibir el hedor del lugar, el tufo sofocante y fétido de las celdas y los cuerpos humanos. Allí, las vidas se malgastaban sin excesiva preocupación. Un

escalofrío recorrió todo su cuerpo y lo hizo estremecer. Las vidas eran recluidas tras aquellos muros y olvidadas.

Una enorme estructura en forma de cubo apareció ante sus ojos; sus ventanas no eran más que estrechas hendiduras en la piedra y sus grandes puertas estaban forradas de hierro. Entraron y el silencio se cerró a su alrededor.

–Prissioness, ssemielfo –oyó que murmuraba el mwellret, dándose la vuelta.

Recorrieron un laberinto de oscuros y tenebrosos pasillos, pasadizos llenos de puertas cuyos cerrojos y goznes estaban cubiertos de herrumbre y de telarañas, acumulados por el paso del tiempo. Jair se sintió helado y vacío al contemplar hilera tras hilera de semejantes puertas. Sus botas retumbaban sordamente en el silencio, y sólo llegaba a sus oídos el sonido de golpes asestados sobre el hierro en una lejana fragua y del cincel sobre la piedra. Los ojos del joven del valle escudriñaban con ansiedad los muros que se levantaban por todas partes. *¿Cómo podré salir de aquí?,* se preguntó. *¿Cómo voy a conseguir encontrar la salida?*

En aquel momento, la luz de una antorcha brilló en el corredor delante de ellos, dejando ver a la pequeña figura encapuchada que la llevaba. Era un gnomo, viejo y decrépito, con el rostro amarillo devastado por alguna enfermedad sin nombre tan repulsiva que Jair retrocedió a pesar de sus ataduras de cuero. Stythys avanzó hasta donde los esperaba el gnomo, se inclinó sobre el desagradable hombrecito e hizo unos signos misteriosos con los dedos. El gnomo contestó del mismo modo; con un breve movimiento de una mano retorcida, los invitó a seguirle.

Se adentraron aún más en las prisiones, dejando la luz del mundo exterior fuera de los recovecos de piedra y mortero. Sólo la antorcha les mostraba el camino, humeando en la oscuridad.

Por fin se detuvieron ante una puerta forrada de hierro, similar a las centenares ante las que habían pasado. Tras manipular con torpeza el cerrojo de metal, el gnomo consiguió abrirla. Con un ruido chirriante, la pesada puerta giró. Stythys miró a Jair, luego tiró de la correa y lo hizo entrar en la celda. Era pequeña y angosta, vacía salvo por un montón de paja aplastada en un rincón y un cubo de madera junto a la puerta. Una sola hendidura, muy estrecha, rompía la pared del fondo. Por ella penetraba un hilo de luz gris procedente del exterior.

El mwellret se dio la vuelta, cortó las correas que ataban las manos del joven del valle, soltó la mordaza de su boca y le propinó con rudeza un empujón que lo hizo caer sobre el montón de paja.

–Essto ess tuyo, ssemielfo –silbó–. Tu hogar hassta que me habless de la magia. –El dedo retorcido señaló hacia la figura encorvada del gnomo situado tras él–. Tu carcelero, ssemielfo. Ess mío, uno que todavía obedece. Mudo ess... no habla ni oye. Cancioness mágicass inútiless ssobre él. Te alimenta y vigila, esso hace. –Se detuvo–. Te hará daño, también, ssi dessobedecess.

El rostro devastado del gnomo se volvió hacia el joven del valle mientras Stythys hablaba, pero su mirada no revelaba ninguno de sus pensamientos. Jair miró a su alrededor con semblante triste.

–Dime lo que necessito ssaber, ssemielfo –insistió el mwellret de repente–. ¡Dímelo o ssi no nunca ssaldráss de esste lugar!

La voz helada se prolongó como un silbido en el silencio de la pequeña cámara, mientras los ojos amarillos taladraron los del joven del valle. Después, se dio media vuelta y salió de la celda. El carcelero gnomo también se volvió y, agarrando con sus manos retorcidas la puerta blindada por el pasador del cerrojo, la cerró con firmeza.

Cuando se quedó a solas, encogido en la oscuridad, Jair escuchó el ruido de las pisadas hasta que se extinguió.

Los minutos se convirtieron en horas mientras permanecía sentado e inmóvil en la celda, escuchando el silencio y pensando en lo desesperado de su situación. Los fétidos e intensos olores torturaban su nariz, y se mezclaban con una fuerte sensación de angustia que lo torturaba sin cesar. Estaba asustado, tan asustado que apenas si era capaz pensar. Existía una posibilidad que no había considerado desde que abandonó su hogar en Valle Umbroso, huyendo de los gnomos que le perseguían, pero que ahora, de repente, lo asaltó.

Estás fallando.

Hubiese llorado si hubiera podido hacerlo, pero las lágrimas se negaron a hacer acto de presencia. Quizás estaba demasiado asustado incluso para eso. *Piensa en cómo puedes escapar de este lugar,* se dijo a sí mismo. *Siempre hay una manera de salir de cualquier situación.*

Respiró profundamente para intentar recuperar la calma. ¿Qué haría Garet Jax en una situación similar? ¿Y Slanter? El rastreador siempre encontraba una salida. Slanter era un superviviente. Hasta a Rone Leah se le ocurriría algo para poner remedio a la situación.

Sus pensamientos vagaron a la deriva durante un rato, deteniéndose en recuerdos de los acontecimientos vividos y cayendo en especulaciones sobre lo que podría pasar. Todo era fantasía, falsa interpretación de verdades deformadas por su desesperación para convertirse en lo que él deseaba que fueran.

Por fin hizo un esfuerzo, se levantó y paseó alrededor de su diminuta prisión, explorando con detenimiento lo que ya había visto, tocando la piedra fría y húmeda, y observando el haz de luz gris que penetraba por el respiradero desde el exterior. Recorrió toda la celda, estudiándola sin ningún propósito definido, dando tiempo a que sus emociones se calmasen y sus pensamientos se clarificaran.

De improviso decidió utilizar el cristal de la visión. Si deseaba tener alguna noción del tiempo que le quedaba, debía conocer lo que le había ocurrido a Brin.

Sacó el cristal y su cadena de plata de su túnica, y fijó la vista en el cristal, apoyado en el cuenco que había formado con sus manos. Podía oír la voz del viejo Rey del Río Plateado que le hablaba en susurros, recordándole que ése sería el medio que le permitiría conocer los progresos de Brin. Todo lo que necesitaba hacer era cantar al cristal de la visión...

Cantó en tono bajo. Al principio, su voz se resistía a salir, bloqueada por las emociones que todavía se agitaban en su interior. Entonces adoptó una postura firme contra su propia sensación de inseguridad, y el sonido del canto llenó la pequeña cámara. Casi al momento, el cristal de la visión se iluminó, y su intensa luz se extendió en la penumbra haciendo retroceder a las sombras que estaban ante ella.

Se dio cuenta de que la luz procedía de una pequeña hoguera y de que el rostro de Brin estaba muy próximo; sin duda, contemplaba las llamas del fuego de un campamento. Enseguida levantó la vista como si quisiera buscar algo. En su fatigado rostro se reflejaba una gran preocupación. Estaba un poco demacrada. Después volvió a bajarla, y dio un profundo suspiro, estremeciéndose ligeramente, como si reprimiera un sollozo. Todo lo que Jair pudo ver en ella indicaba desesperanza. Cualquier cosa que le hubiera sucedido, no debía de haber sido de ser muy agradable...

La voz de Jair se quebró al conocer el estado en que se encontraba su hermana, y la imagen de su entristecido rostro ondeó y se desvaneció. El joven del valle observó en aturdido silencio el cristal que tenía en sus manos.

¿Dónde estaba Allanon? No había visto ninguna señal del druida.

Como el sonido de las hojas arrastradas por el viento, la voz del Rey del Río Plateado susurró en su mente: *Ella se perderá.*

Entonces apretó el cristal de la visión entre sus manos y fijó su mirada en la

oscuridad.

5

Las sombras de la noche cubrían los bosques del Anar cuando Brin Ohmsford vio las luces. Titilaron ante ella como luciérnagas entre el entramado de los árboles y las sombras, que se oscurecían por momentos, pequeñas, evasivas y distantes.

Aflojó el paso, rodeando a Rone con sus brazos para impedir que cayera cuando se tambaleó al detenerse. También ella tenía el cuerpo dolorido por la fatiga, pero hizo un supremo esfuerzo por sostener al joven de las tierras altas, que chocó contra ella, dejando caer la cabeza, ardorosa a causa de la fiebre, sobre su hombro.

–... no puedo encontrar dónde... perdida, no puedo encontrar... –murmuró Rone Leah de forma incoherente, y los dedos de su mano presionaron el brazo de Brin hasta hacerle daño.

Ella le habló con voz muy baja para hacerle saber que estaba a su lado. Lentamente, los dedos relajaron su presión y la voz enfebrecida enmudeció.

La muchacha miró hacia las luces. Danzaban entre las ramas del bosque, que todavía conservaban las hojas. *¡Luz!* Pronunció la palabra con anhelo, Y ésta hizo retroceder a la desesperanza y la desesperación que la estaban encerrando en un círculo que se estrechaba sin cesar desde que emprendieron la marcha en dirección este desde el torrente de Chard. ¡Qué lejano parecía todo ahora! Allanon había desaparecido para siempre, Rone estaba malherido y ella, completamente sola. Cerró los ojos para liberarse de los recuerdos. Había caminado toda la tarde y parte de la noche, siguiendo el curso del torrente de Chard en dirección este, esperando, rogando que en el camino tropezara con otro ser humano que pudiera ayudarle. No sabía cuánto tiempo ni qué distancia había recorrido a pie; había perdido el sentido del tiempo y la distancia. Sólo sabía que había conseguido seguir adelante.

Se enderezó y tiró de Rone hacia arriba. Delante de ellos, las luces parpadeaban su saludo. *¡Por favor!,* rogó. *¡Por favor, permite que allí encuentre la ayuda que necesito!*

Hizo un gran esfuerzo para caminar, con el brazo de Rone sobre sus hombros y su cuerpo estorbando sus movimientos. Las ramas de los árboles y los matorrales azotaban su rostro, y ella inclinaba la cabeza para evitarlo. Poniendo un pie delante del otro de manera mecánica pero con una ciega obstinación, siguió adelante. Ya estaba al límite de sus fuerzas. Si allí no podía encontrar ayuda...

De repente, la pantalla de árboles y sombras se dividió ante ella, dejando al descubierto el origen de las luces. Era un edificio sombrío, salvo por la luz amarilla que se filtraba por dos lugares de su estructura cuadrada. A sus oídos llegaron voces procedentes del interior, tenues y confusas.

Sujetando a Rone entre sus brazos, se obligó a seguir caminando. Al acercarse, vio con más claridad el edificio. Era de madera, bajo y ancho, coronado por un tejado, y se asentaba sobre cimientos de piedra. En su parte frontal había un porche cubierto, cuyo techo alcanzaba la altura del primer piso, que sólo soportaba una buhardilla. A corta distancia de la parte trasera de la casa había un establo. Dos caballos y una mula, atados a un poste de enganche, pacían la hierba seca. En la fachada principal se veían varias ventanas cerradas. A través de los resquicios de las contraventanas se filtraba la luz producida por lámparas de aceite que había atraído la atención de la joven del valle.

–Un poco más, Rone –murmuró, sabiendo que no podía comprenderla, pero que reaccionaría al escuchar el sonido de su voz.

Cuando estaban a una docena de pasos del porche, vio un rótulo que colgaba de los aleros de su techo inclinado con la siguiente inscripción:

CENTRO DE VENTAS
EL PASO DE LOS GRAJOS.

El rótulo, que se balanceaba con suavidad impulsado por la brisa nocturna, tenía la pintura tan descolorida y la madera tan resquebrajada por su larga exposición a la intemperie que apenas si se podían distinguir las letras. Brin miró hacia arriba un momento. Lo único que importaba era que había gente dentro.

Subieron al porche, tambaleándose y tropezando en las tablas desgastadas hasta que consiguieron apoyarse en el quicio de la puerta. Brin buscó a tientas el picaporte, y las voces dejaron de oírse. Luego la mano de la joven del valle se cerró sobre el picaporte de metal, y la pesada puerta giró hacia dentro.

Una docena de caras toscas se volvieron hacia la puerta para mirarla con expresión cautelosa y de sorpresa. A través de una neblina de humo, Brin vio que eran tramperos, barbudos y desgreñados, vestidos con sus características ropas de cuero viejo y pieles de animales. Estaban reunidos en grupos ante una rústica barra de bar, hecha de tablones apoyados sobre barriles de cerveza en posición vertical. Había pieles de animales y provisiones amontonadas detrás del mostrador, y varias mesas pequeñas, rodeadas de taburetes, ocupaban el salón. De las vigas bajas del techo colgaban varias lámparas de aceite que desprendían su áspera luz contra la oscuridad de la noche.

Sujetando con su brazo al joven de las tierras altas, permaneció en silencio en el umbral de la puerta abierta, esperando que alguno de aquellos hombres se brindara a prestarle ayuda.

–¡Son fantasmas! –exclamó uno de ellos desde la barra, y a continuación se escuchó un revuelo de pisadas.

Un hombre alto y delgado en mangas de camisa y con delantal salió de detrás del mostrador, haciendo un gesto de preocupación.

–¿Qué os ha pasado, muchacha? –preguntó, deteniéndose en el centro del salón.

De pronto, Brin pensó, a pesar de la fatiga y el dolor que nublaban su mente, en el aspecto que debían de presentar a los ojos de aquellos hombres. Podían parecer dos seres llegados del otro lado de la muerte; dos seres exhaustos y harapientos con las ropas empapadas y cubiertos de fango de los pies a la cabeza, con los rostros demacrados a causa de la extenuación, colgando uno del otro como espantapájaros de paja. Una tira de tela ensangrentada rodeaba la cabeza de Rone, dejando entrever la terrible herida. La funda del gran espadón colgaba vacía de su espalda. El rostro de Brin estaba manchado y contraído por el dolor, y sus ojos oscuros vagaban de un lado a otro sin encontrar un punto donde fijarse. Como una aparición fantasmagórica, permanecían enmarcados por la jamba de la puerta abierta, balanceándose en un fondo de sombras.

Brin intentó hablar, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

–Venid y echad una mano –gritó el hombre alto a los que estaban de pie en el mostrador, adelantándose para sostener a Rone–. ¡Venga, echad una mano!

Un leñador musculoso se adelantó a los demás, y entre los dos llevaron a la muchacha del valle y al joven de las tierras altas a la mesa más próxima, invitándolos a que se sentaran en los taburetes bajos. Rone se desplomó hacia delante, entre gemidos, con la cabeza abatida.

–¿Qué os ha pasado? –preguntó de nuevo el hombre alto, sosteniendo al joven de las tierras altas para que no se desplomara al suelo. ¡Este muchacho está ardiendo, tiene mucha fiebre!

–Perdimos nuestros caballos en una cascada al bajar de las montañas –respondió Brin, tragando saliva y confundida por la mentira que acababa de decir–. Ya estaba enfermo antes, pero ha empeorado. Seguimos el curso del río hasta que encontramos este

lugar.

–Mi lugar –le corrigió el hombre alto–. Soy comerciante. Jeft, trae un par de cervezas para estos dos.

El leñador se metió detrás del mostrador, se acercó a un barril de cerveza y luego abrió la espita para llenar dos vasos grandes.

–¿Por qué no nos invitas también a nosotros, Stebb? –gritó un trampero que estaba en un grupo situado en el otro extremo del mostrador.

El comerciante le dirigió una furibunda mirada, se alisó un mechón de pelo de su cabeza, calva en la parte alta, y se volvió de nuevo hacia Brin.

–No deberíais andar por esas montañas, muchacha. En ellas hay algo peor que la fiebre.

Brin hizo un gesto de asentimiento, carraspeando por la sequedad de su garganta. Después, llegó el leñador con los vasos de cerveza. Le dio uno y luego incorporó a Rone lo suficiente para que pudiera beber del otro. El joven de las tierras altas intentó coger el vaso y beber su áspero líquido, pero se atragantó, y el hombre retiró el vaso.

–¡Déjalo que beba! –gritó de nuevo el que había hablado antes.

–¡Demonios, eso es un derroche! ¡Cualquier tonto vería que se está muriendo! –dijo otro, en tono de burla.

Brin levantó la mirada, reflejando en sus ojos la cólera que le habían hecho sentir aquellas palabras. El hombre que había hablado vio su mirada y se dirigió hacia ella, con un gesto insolente en su ancho rostro. Los compañeros de grupo lo siguieron, entre guiños y risitas de complicidad.

–¿Tienes algún problema, muchacha? –le preguntó en tono despectivo–. ¿Temes...?

Brin se puso de pie de un salto y, sin ser plenamente consciente de lo que hacía, sacó su largo cuchillo de la funda y lo levantó hasta la altura de la cara del hombre que se había dirigido a ella.

–Vaya, vaya. –El leñador llamado Jeft se puso rápidamente a su lado, y la empujó con suavidad hacia atrás–. No es necesario que hagas eso, ¿no crees?

Se dio media vuelta para plantar cara al intruso, y se puso frente a él. El leñador era un hombre corpulento y excedía en estatura a todos los que se habían acercado. Éstos intercambiaron una mirada, inseguros.

–Está bien, Jeft, no pretendía hacerle ningún daño –dijo el ofensor, y a continuación bajó la vista hacia Rone–. Sólo sentía curiosidad por esta vaina de espada, y quería verla de cerca. La corona tiene el aspecto de ser un sello real. –Sus ojos oscuros se desviaron hacia Brin–. ¿De dónde eres, muchacha?

Esperó un momento, pero no recibió ninguna respuesta.

–No importa. –Hizo un gesto de indiferencia y regresó al lugar que antes ocupaba en el mostrador, seguido de sus amigos.

Una vez allí, continuaron bebiendo y empezaron a hablar en voz baja, dándoles la espalda.

–Son unos tipos despreciables –dijo el leñador, tras observarlos un momento, arrodillándose junto a Brin–. Acampan al oeste de la cordillera de Spanning haciéndose pasar por tramperos, pero en realidad viven de sus pillerías y de la desgracia ajena.

–Han estado bebiendo y perdiendo el tiempo aquí desde primeras horas de la mañana –añadió el comerciante, haciendo un gesto de impotencia–. No sé cómo se las arreglan, pero siempre consiguen dinero para cerveza. ¿Te sientes un poco mejor ahora? –preguntó a continuación a la joven, volviéndose hacia ella.

–Mucho mejor, gracias –respondió Brin, dedicándole una amplia sonrisa. Después bajó la vista hasta la daga que aún tenía en la mano–. No sé lo que me ha podido pasar. No sé lo que estaba...

–No te preocupes, olvídalo –le dijo el corpulento leñador, dándole una palmada amistosa en la mano–. Estás agotada.

Junto a él, Rone Leah soltó un gemido casi imperceptible, levantó la cabeza un breve instante y volvió a dejarla caer, manteniendo los ojos abiertos, perdidos en el vacío.

–Tengo que hacer algo por él –insistió Brin con ansiedad–. Tengo que encontrar la manera de cortar la fiebre. ¿Tiene usted algo que pueda servirme?

–No suelo encontrarme con una fiebre tan mala como ésta, muchacha –respondió el comerciante, mirando al leñador con expresión preocupada y haciendo un gesto negativo–. Tengo un tónico que tal vez pudiera ayudarlo. Dáselo a tu compañero y veremos si hace en él algún efecto. Aunque sería mejor que durmiera –añadió, haciendo un signo de contrariedad.

Brin hizo un gesto de asentimiento. No conseguía pensar con claridad. El agotamiento se acentuaba mientras ella contemplaba la daga. La introdujo lentamente en la funda. ¿Qué había pensado hacer? Nunca, en toda su vida, había herido a nadie. Sin duda, el hombre del oeste de la cordillera de Spanning había sido un insolente, y tal vez hasta grosero, pero ¿había corrido peligro su integridad física en algún momento? La cerveza calentó su estómago, y su calor le inundó todo el cuerpo. Estaba cansada y extrañamente desconcertada, también tenía una extraña sensación de pérdida e inseguridad.

–Aquí no hay mucho sitio para dormir –estaba diciendo Stebb–. Tengo una habitación en la parte de atrás del establo que sólo se ocupa en la temporada de caza. Puedes utilizarla. Hay una estufa y una cama para tu amigo, y paja para ti.

–Eso está muy bien –respondió Brin, y descubrió con asombro que estaba llorando.

–Vamos, vamos –dijo el corpulento leñador, poniendo un brazo sobre los hombros de la joven del valle para evitar que pudieran verla los que estaban reunidos en el mostrador–. No es conveniente que te vean llorar, muchacha. Tienes que ser fuerte.

–Me encuentro bien –contestó Brin, haciendo un gesto de asentimiento mientras se enjugaba las lágrimas y se ponía de pie.

–Las mantas están en el cobertizo –dijo el comerciante, y también se levantó–. Os ayudaremos a que os acomodéis.

Con la ayuda del leñador, incorporó a Rone Leah y lo llevaron caminando hacia la parte trasera de la tienda y después por un pasillo corto y oscuro que llevaba a varias dependencias utilizadas como almacén. Brin echó una última mirada a los hombres reunidos ante sus vasos de cerveza junto al mostrador y los siguió. No le preocuparon excesivamente las miradas con que le correspondieron los hombres del oeste de la cordillera de Spanning.

Tras abrir una pequeña puerta de madera en la parte posterior del edificio, el comerciante, el leñador, Rone y Brin se dirigieron entre las sombras de la noche al establo y a la habitación con que se comunicaba. El comerciante se adelantó, encendió una lámpara de aceite que colgaba de un gancho sujeto a la pared y abrió la puerta del anexo para que pudieran pasar los otros. La habitación estaba limpia, aunque era un poco húmeda, y sus paredes estaban cubiertas de arreos y arneses. En un rincón había una pequeña estufa de hierro, protegida con un nicho de piedra, y a su lado, una sola cama. Un par de ventanas cerradas impedían la entrada del relente de la noche.

El comerciante y el leñador tendieron con cuidado al joven de las tierras altas sobre la cama y lo cubrieron con las mantas que estaban apiladas en un extremo de la habitación. Después encendieron la estufa de hierro y metieron un montón de paja limpia para la muchacha. Cuando estaban a punto de salir, el comerciante colocó la lámpara de aceite sobre una repisa de piedra, junto a la estufa, y se volvió hacia Brin.

–Aquí está el tónico para la fiebre –le dijo, entregándole una botella pequeña de color ámbar–. Ahora le das dos tragos, no más, y por la mañana, otros dos. Espero que sirva,

muchacha –añadió, haciendo un gesto de preocupación.

»Hay un cerrojo en la puerta –dijo, volviéndose hacia la joven del valle y deteniéndose, cuando estaba a punto de atravesar el umbral seguido del leñador–. Échalo.

Cerró la puerta tras sí con suavidad e, inmediatamente, Brin echó el cerrojo. Desde allí pudo escuchar sus palabras.

–Malos tipos, esa pandilla de la cordillera de Spanning –dijo el leñador.

–Peores que ninguno –reconoció el comerciante.

–Es hora de que siga mi camino –dijo el leñador, tras guardar un momento de silencio–. Estoy demasiado lejos de mi casa.

–Buen viaje –respondió el comerciante.

Empezaron a alejarse, y sus voces se fueron difuminando en las sombras de la noche.

–Debes tener cuidado con esa pandilla, Stebb –le aconsejó el leñador–. Vigílala.

Después no volvió a oír nada.

Brin se acercó a Rone sin hablar. Lo incorporó con cuidado y le obligó a beber dos tragos del tónico. Después lo tendió de nuevo en la cama y lo tapó.

Se sentó junto a la estufa, envuelta en su manta. Sobre la pared de la pequeña habitación, proyectada por la llama de la lámpara de aceite, su sombra se levantó ante sus ojos como un oscuro gigante.

Un tronco carbonizado, que todavía ardía, cayó en el interior de la estufa produciendo un sordo ruido y esparciendo las cenizas, y Brin se despertó sobresaltada. Entonces se dio cuenta de que se había adormilado, pero no sabía durante cuánto tiempo. Se frotó los ojos y miró a su alrededor. Todo estaba a oscuras y en silencio, salvo la parte iluminada por la llama tenue y debilitada de la lámpara de aceite.

Enseguida pensó en Allanon. Aún le era difícil aceptar que hubiese desaparecido para siempre. Todavía conservaba la ilógica esperanza de que en cualquier momento golpearía la puerta con los nudillos de sus dedos y escucharía su voz profunda llamándola por su nombre. Como una sombra que aparece y desaparece con los cambios de luz, según lo había descrito Rone la noche anterior a su muerte...

De pronto se contuvo, sintiéndose extrañamente avergonzada por haberse permitido pensar en esa frase. Pero Allanon había muerto, había dejado el mundo de los hombres como haremos cada uno de nosotros, se había alejado de las Cuatro Tierras en brazos de su padre; quizá para dirigirse al lugar que constituía la morada de Bremen. Pensó en esa posibilidad durante un momento. ¿Podía haber ido realmente a morar con su padre? Recordó las palabras que le había dicho: *Cuando tu búsqueda haya terminado, Brin, me encontrarás aquí.* ¿Estas palabras significaban que también él se había encerrado en un limbo entre los mundos de la vida y la muerte?

Sus ojos estaban inundados de lágrimas, y las enjuagó apresuradamente. No podía permitirse el llanto. Allanon se había ido, y ella estaba sola.

Rone Leah se agitó, inquieto, bajo las pesadas mantas; su respiración era fatigosa e irregular. Brin se levantó lentamente y se acercó a él. Su fino y bronceado rostro estaba caliente, seco y tirante a causa de la fiebre que consumía su cuerpo. Se estremeció mientras la joven lo miraba, como si hubiese cogido un frío repentino, y después se tensó, susurrando palabras sin sentido.

¿Qué puedo hacer con él?, se preguntó la joven del valle con impotencia. *Quisiera tener la habilidad de mi padre. Le he dado el tónico, como me dijo el comerciante. Lo he envuelto en las mantas para mantenerlo caliente. Pero ninguna de las dos cosas parece ser eficaz. ¿Qué más puedo hacer por él?*

El veneno del jachyra lo estaba infectando. Allanon había dicho que no sólo atacaba el cuerpo, sino también el espíritu. Había matado al druida y, aunque sus heridas fueron mucho más graves que las de Rone, siguió siendo él mismo y conservando su superioridad

sobre el monstruo. Pero el joven de las tierras altas estaba demostrando que era incapaz de sobreponerse a las heridas más leves que produjo en su cuerpo.

Se dejó caer junto a la cama y le cogió una mano con ternura. Rone debía ser su protector. Esbozó una triste sonrisa. ¿Quién protegería ahora a Rone?

Los recuerdos, temblorosos y confusos, atravesaron su mente. ¿Habían sufrido tanto para llegar a esta noche solitaria y desesperada? ¿Para eso habían pagado tan alto precio? Paranor había sido destruido. Allanon estaba muerto. Incluso habían perdido la espada de Leah, el único objeto mágico que poseían. Todo lo que les quedaba era el cantar de los deseos.

Pero Allanon le había dicho en varias ocasiones que el cantar sería suficiente...

El ruido de unos pies calzados con botas que se arrastraban con cautela sobre el suelo de tierra del establo vecino la pusieron en guardia. Dotada de los sentidos élficos de sus antepasados, oyó ese leve ruido que nadie habría sido capaz de oír. Soltó la mano de Rone y se puso de pie, olvidando el cansancio.

Allí había alguien que no quería que lo descubrieran.

Su mano bajo hasta coger el puño del largo cuchillo que llevaba sujeto a la cintura, pero enseguida la retiró. No podía hacer eso. No quería hacerlo.

El cerrojo de la puerta se movió un poco, pero aguantó.

–¿Quién está ahí? –preguntó la joven del valle.

Se escuchó una maldición pronunciada en voz baja al otro lado de la puerta e inmediatamente varios cuerpos pesados embistieron contra ella. Brin retrocedió, buscando otra salida, pero no había ninguna. Una vez más, los cuerpos embistieron contra la puerta. El cerrojo cedió con un chasquido y cinco figuras oscuras irrumpieron en la habitación. La tenue luz de la lámpara de aceite produjo leves destellos en los cuchillos desenvainados. Se apiñaron al borde de las sombras, gruñendo y mascullando ebriamente al mirar a la muchacha.

–¡Salgan de aquí! –les gritó la joven del valle, sintiendo cómo la ira y el miedo crecían en su interior.

Los cinco intrusos respondieron a sus palabras con estentóreas carcajadas, y el más próximo dio un paso al frente, entrando en la zona iluminada por la llama de la lámpara de aceite. Ella lo reconoció enseguida. Era uno de los hombres del grupo de la cordillera de Spanning, a los que el comerciante Stebb había llamado ladrones.

–Chica guapa –murmuró, farfullando las palabras–. Ven... aquí.

Los cinco avanzaron, desplegándose por el oscuro cuarto. Tal vez debiera haber intentado escapar entre ellos, pero eso significaba abandonar a Rone y no pensaba hacerlo. Una vez más, su mano agarró el mango del cuchillo.

–Vamos, no hagas eso... –dijo el que siempre hablaba, acercándose a la joven.

De repente se abalanzó sobre ella, con más rapidez de lo que Brin hubiera creído posible en una persona tan ebria, y agarró su muñeca con la mano, obligándola a soltar el cuchillo. Unos segundos más tarde, la rodearon los otros cuatro y sus manos se aferraron a su túnica, atrayéndola hacia ellos. Se defendió con furia, propinando cuantos golpes pudo a sus agresores. Pero eran cinco y todos mucho más fuertes que ella.

Entonces, algo en su interior crujió como el cerrojo de la puerta al romperse. Sus pensamientos se dispersaron, y todo lo que era ella desapareció en un fogonazo de rabia cegadora. A continuación se impuso el instinto, insensible y rápido, y empezó a cantar. El cantar de los deseos tenía un sonido nuevo y diferente de cualquiera de los que había entonado con anterioridad. Llenó la sombría habitación de una furia que susurraba muerte y destrucción insensata. Sus atacantes retrocedieron, tambaleándose, con los ojos y las bocas abiertos por la sorpresa y la incredulidad, y las manos levantadas para taparse los oídos. Se encogieron de angustia cuando la canción penetró por sus sentidos y se incrustó

en sus mentes. Había locura en aquello, un frenesí y un dolor tan intensos que casi podían palparse.

Los cinco de la cordillera de Spanning estaban casi asfixiados por el sonido. Chocaban unos contra otros al buscar a tientas la puerta que les había franqueado la entrada. Los alaridos que salían de sus bocas abiertas respondían a la canción de la joven del valle, que no interrumpía su canto. La furia que se había apoderado de ella era tan abrumadora que la razón no encontraba ningún medio de contenerla. Subió de tono, y los animales del establo cocearon y se golpearon salvajemente contra sus caballerizas, mostrando el dolor que les producía la voz de la muchacha.

Por fin, los cinco hombres encontraron la puerta abierta y se precipitaron fuera de la habitación, enloquecidos, plegados como seres rotos, temblando de pies a cabeza y quejándose sin cesar. La sangre brotaba de su boca, oídos y narices. Se tapaban la cara con las manos, curvando los dedos como si fueran garras.

Brin volvió a verlos en ese instante, al ceder la ceguera de su furia. También vio que el comerciante Stebb salía de la oscuridad, mientras los intrusos se alejaban corriendo, y la expresión de horror que surcaba su rostro cuando se detuvo y retrocedió con las manos levantadas para protegerse. La razón regresó a la joven del valle con un torrente de culpabilidad, y la canción se disolvió en el silencio.

–¡Demonio! –exclamó en voz baja, y se quedó paralizada por la incredulidad.

Era ya más de medianoche cuando el comerciante volvió a dejarla sola, regresando a la comodidad y la sensatez de su propio alojamiento, con el terror reflejado en sus ojos por lo que había visto. En la oscuridad del claro del bosque donde se estaba situado el Centro de Ventas el Paso de Los Grajos todo estaba tranquilo.

Ella se puso cerca de la estufa de hierro, llena de leña nueva que ardía crepitando y chasqueando en el silencio de la noche. Se sentó con los piernas encogidas contra el pecho y rodeándolas con los brazos, como un niño perdido en sus pensamientos. Pero sus pensamientos eran tétricos y estaban poblados de demonios. Algunas frases de Allanon subyacían en esos pensamientos, susurrando lo que durante tanto tiempo se había negado a escuchar. *La canción es poder... un poder enorme, difícil de imaginar. Te protegerá. Hará que acabes sin daño tu búsqueda. Destruirá el* Ildatch.

O *me destruirá a mí,* se dijo a sí misma. O *destruirá a los que me rodean. Puede matar. Puede hacer que yo mate.*

Cambió de postura, y sintió los calambres y dolores producidos por permanecer durante tanto tiempo en la misma posición. El miedo se asomaba a sus ojos oscuros. Miró a través de la puertecilla enrejada de la estufa de hierro para contemplar el rojizo fulgor de las llamas que danzaban dentro. Había estado a punto de matar a los cinco hombres del oeste de la cordillera de Spanning. Probablemente los hubiese matado si no hubieran encontrado la puerta.

Sintió una fuerte opresión en la garganta. ¿Qué iba a impedir que sucediera exactamente eso la próxima vez que se viese obligada a utilizar la canción de los deseos?

A sus espaldas, Rone emitió un débil gemido, revolviéndose debajo de las mantas que lo cubrían. Se volvió para ver su cara, y después se inclinó para poner una mano sobre su frente. La piel del joven de las tierras altas tenía una palidez mortal, ardía a causa de la fiebre y estaba tensa. Su respiración también se había tornado más superficial y dificultosa, como si cada inspiración supusiera para él un esfuerzo agotador.

Se arrodilló junto a él. El tónico no había surtido ningún efecto. Se estaba debilitando a ojos vista, y el veneno se extendía cada vez más, arrebatándole lentamente la vida. Si no conseguía detener su avance, Rone moriría...

Como Allanon.

–¡No! –exclamó presa de la angustia, y agarró una de sus manos como si así pudiera retener la poca vida que aún le quedaba.

En aquel momento supo lo que debía hacer. Salvadora y destructora. Así era como la había calificado el fantasma de Bremen. Bien. Para los ladrones del oeste de la cordillera de Spanning había sido destructora. Quizá para Rone Leah fuera salvadora.

Con la mano del joven del valle aún entre las suyas, se inclinó sobre su oído y empezó a cantar. La canción brotó de sus labios con suavidad y dulzura, flotando como humo invisible en el aire que los rodeaba. Con cuidado, tocó al joven de las tierras altas enfermo, intentando descubrir el dolor que sentía, buscando la fuente de veneno que lo estaba llevando inexorablemente hacia la muerte.

Debo intentarlo, se dijo mientras cantaba. *¡Debo hacerlo! Por la mañana estará muerto, porque el veneno se habrá extendido por todo su cuerpo. El veneno que ataca tanto al espíritu como al cuerpo. Allanon lo había dicho. Tal vez la magia élfica consiga encontrar la forma de curarlo.*

Siguió cantando con una voz dulce, que envolvía al joven de las tierras altas y lo acercaba a ella. Poco a poco, Rone empezó a dejar de tiritar y agitarse, y se quedó tranquilo bajo el sonido calmante. Se estiró bajo las mantas, con una respiración regular y uniforme.

Los minutos transcurrían con angustiosa lentitud mientras la joven del valle cantaba y esperaba el cambio que estaba convencida de que iba a producirse, aunque desconociera la razón. Cuando al fin se produjo, fue tan repentino que Brin casi perdió el control de lo que estaba haciendo. Desde el cuerpo devastado y consumido de Rone Leah, el veneno del jachyra se elevó como una niebla roja, abandonando el cuerpo inconsciente del joven de las tierras altas para flotar sobre él en perversos giros a la luz mortecina de la lámpara de aceite. Se mantuvo un instante encima de su víctima entre silbidos, mientras Brin interponía la magia de la canción entre él y el cuerpo de Rone Leah. Luego fue desvaneciéndose poco a poco y, por fin, desapareció.

El rostro del príncipe de Leah estaba bañado en sudor. El aspecto tenso y macilento había desaparecido, y su respiración era de nuevo uniforme y regular. Brin lo miró a través de un velo de lágrimas mientras la canción se disolvía en el silencio de la noche.

–¡Lo he conseguido! –exclamó en voz baja–. He utilizado la magia para hacer el bien. Esta vez ha sido una magia salvadora, no destructora.

Todavía arrodillada, ocultó su rostro en el calor del cuerpo de Rone, y un instante después había caído en un dulce y reparador sueño.

6

Se quedaron algunos días en el Centro de Ventas el Paso de los Grajos, dando tiempo a que Rone pudiera recuperar las fuerzas necesarias para proseguir el viaje. A la mañana siguiente de la terrible primera noche la fiebre había desaparecido por completo y descansaba con normalidad, pero todavía estaba demasiado débil. Por tanto, Brin habló con el comerciante Stebb y le pidió permiso para seguir ocupando la habitación, y éste se lo concedió. Les proporcionó alimentos, cerveza, medicinas y mantas, y rehusó con firmeza todas las ofertas de pago que la joven del valle le hizo. Se sentía muy orgulloso de poder ayudarles, le dijo, pero daba claras muestras de inquietud en su presencia y procuraba no mirarla a los ojos. Brin comprendió lo que le sucedía. El comerciante era un hombre amable y honrado, pero estaba muy asustado y temía lo que pudiera hacerle si se negaba a prestarles ayuda. Lo más probable es que les hubiese ayudado movido por su generosidad, pero a la joven no le cabía la menor duda de que el miedo había reforzado su generosidad. El comerciante estaba convencido de que ésa era la manera más rápida y segura de apartarla de su vida.

Pasó la mayor parte del tiempo con Rone, entre las cuatro paredes de la pequeña habitación, atendiendo a sus necesidades y comentando con él los acontecimientos que habían vivido desde la muerte de Allanon. La conversación les sirvió de ayuda. Aún estaban conmocionados por lo que les había sucedido, y el cambio de impresiones los llevó a tomar la firme resolución de proseguir la búsqueda que el druida les había encomendado. Una nueva intimidad nació y creció entre los dos jóvenes, más fuerte y más clara, y los dos sentían en su interior un nuevo valor. Juntos y aislados en la soledad de su pequeña habitación situada en la parte trasera de los establos del comerciante, comentaron en tono sosegado las decisiones que hasta aquel momento habían tomado para encontrarse en aquella situación y en aquel lugar, y hablaron sobre las que aún deberían tomar. Lenta y confiadamente se fundieron en un solo ser.

Sin embargo, a pesar de su unión en espíritu y objetivo, había algunas cosas de las que a Brin le era difícil hablar, ni siquiera con Rone Leah. No pudo hablarle de la sangre que Allanon había tomado de su propio cuerpo destrozado para tocarla con ella; sangre que de alguna manera la ligaba a él, incluso en la muerte. Tampoco pudo explicarle que había utilizado la canción de los deseos dominada por la ira y que había estado a punto de acabar con cinco vidas humanas, ni de la desesperación que había sentido ante su estado agónico. Le fue imposible hablar de ninguna de estas cosas con el joven de las tierras altas. En parte, porque no acababa de comprenderlas, y en parte, porque sus posibles implicaciones la asustaban. La finalidad del juramento de sangre aún quedaba demasiado lejana, y la utilización que había hecho de la canción de los deseos era la consecuencia de unas emociones que se había propuesto controlar.

Había otra razón para no comentar estos asuntos con Rone: estaba muy preocupado por la pérdida de la Espada de Leah, tanto que menospreciaba todas las demás cosas. Estaba firmemente resuelto a recuperarla, y lo repetía una y otra vez. La recuperaría a cualquier precio. Su insistencia la asustó, porque daba la sensación de que estaba tan ligado a la espada, que ésta había pasado a formar parte de él. Pensaba que se sentiría perdido sin ella, que no tendría posibilidades de sobrevivir.

Le oyó hablar de la espada sin descanso y se dio cuenta de que creía que dependía de la magia de su hoja. También intentó calibrar su dependencia de la canción de los deseos. Siempre se había dicho a sí misma que sólo era un juguete, pero sabía que se mentía a sí misma. Era cualquier cosa menos un juguete. Era magia bajo todos los puntos de vista, tan

peligrosa como pudiera serlo la que animaba la Espada de Leah. Podía matar. En efecto, como su padre siempre le había dicho, era una herencia que hubiera sido preferible que no tuviera. Allanon, en su agonía, le hizo una clara advertencia sobre el enorme poder de la canción. Podía escuchar el susurro de sus palabras mientras Rone hablaba: *poder para curar; poder para destruir.* Ella había tenido la oportunidad de conocer ambos poderes. ¿Dependería de la magia como, al parecer, dependía Rone? Ella o la magia élfica, ¿cuál de las dos saldría triunfante?

Sabía que su padre había buscado por todos los medios la respuesta a esa pregunta. Lo había hecho cuando luchó para superar su incapacidad de dominio sobre el poder de la magia contenida en las piedras élficas. Lo había hecho, y sobrevivido a las asombrosas fuerzas que se desataron en su interior. Por fin, la dejó de lado para siempre. Pero el breve uso que había hecho de su poder, se había cobrado su precio: el traspaso de una transmutación de la magia de las piedras élficas a sus hijos. Por tanto, era probable que la batalla debiera librarse de nuevo. Pero ¿qué sucedería si el poder no podía ser completamente controlado?

El segundo día empezaba a tocar a su fin. La muchacha del valle y el joven de las tierras altas comieron los alimentos que les llevó el comerciante y contemplaron la llegada de las sombras. Cuando Rone se sintió cansado y se cubrió con las mantas para dormir, Brin salió a la fría noche otoñal para respirar los intensos y limpios olores, y perderse durante un rato bajo el amplio cielo iluminado por una luna creciente y las estrellas. Al pasar ante el Centro de Ventas el Paso de los Grajos, distinguió al comerciante, que estaba sentado en el pórtico vacío fumando su pipa, con su sillón de respaldo alto reclinado contra la baranda. Aquella noche, nadie se había acercado a beber o a charlar; por eso estaba solo.

Con paso lento y sosegado, se dirigió hacia él.

–Buenas noches –le saludó el comerciante, poniendo derecho el sillón con demasiada rapidez, casi como si quisiera huir de ella.

–Nos iremos mañana por la mañana –dijo Brin, correspondiendo a su saludo con una ligera inclinación de cabeza, y descubriendo una ráfaga de alivio en sus ojos oscuros–. Pero primero quería darle las gracias por su desinteresada ayuda.

–No era necesario –respondió el hombre mientras se alisaba su escaso cabello–. Os daré algunas provisiones para los primeros días.

Brin no puso ninguna objeción. No tenía ningún sentido rechazar lo que le ofrecían.

–¿No tendrá, por casualidad, un arco de fresno? –preguntó, pensando de pronto en Rone–. Uno que nos pudiera servir para cazar cuando...

–¿Un arco de fresno? Cuenta con él. –El comerciante se puso de pie en el acto. Atravesó la puerta que conducía a la tienda y salió enseguida con un arco y un carcaj de flechas–. Tómalo –le dijo–. Como regalo, desde luego. Es un arma excelente y muy sólida. De todas formas, te pertenece, pues se lo dejaron esos tipos que hiciste huir la otra noche. –Se contuvo y se aclaró la garganta, en un gesto semiconsciente–. Bueno, tómalo –insistió.

Lo dejó en el suelo frente a ella, y volvió a sentarse en el sillón, tamborileando nerviosamente con los dedos sobre el brazo de madera.

–En realidad no me pertenecen, ya sabe –dijo Brin con voz serena, mientras recogía el arco y las flechas–. No debido a... lo que sucedió la otra noche.

–Tampoco me pertenecen a mí. Tómalos, muchacha –insistió el comerciante bajando la mirada hacia los pies.

Se produjo un largo y embarazoso silencio. El comerciante fijó la vista en las sombras que había detrás de la joven.

–¿Sabe usted algo del país situado al este de aquí? –le preguntó Brin, señalando con la mano en aquella dirección.

El hombre mantenía apartados los ojos de la muchacha de forma deliberada.

–No mucho. Es un mal país.

–¿Hay alguien que lo conozca?

El comerciante no contestó.

–¿Y el leñador de la otra noche? –insistió Brin.

–¿Jeft? –El comerciante guardó silencio durante un momento–. Quizás. Ha recorrido mucho mundo.

–¿Cómo puedo encontrarlo? –insistió, a pesar de sentirse cada vez más incómoda por su manifiesta desconfianza.

–No pensarás hacerle ningún daño, ¿verdad, muchacha? –inquirió a su vez el comerciante, frunciendo el entrecejo, tras pensar en la respuesta que debía darle y mirándola, por fin, de frente.

–No, no tengo ninguna intención de hacerle daño –respondió la joven del valle, mirándolo con tristeza y haciendo un gesto negativo.

–Es un amigo, ¿sabes? –dijo el comerciante, tras estudiar su rostro, señalando hacia el torrente de Chard–. Tiene su casa y su trabajo a unos pocos kilómetros de aquí, siguiendo el curso del río, en la orilla sur.

–Soy la misma persona que era cuando usted me ayudó la primera noche –dijo con calma la joven, haciendo un gesto de asentimiento.

–Quizás a mí no me lo parezca –respondió el comerciante, golpeando los tablones del porche con sus botas de cuero.

–No debe tenerme miedo. No hay razón para ello –dijo Brin, tensando su expresión.

–No tengo miedo –afirmó, con voz grave, dejando de mover los pies y bajando la vista hacia ellos.

Ella esperó un momento más, buscando inútilmente prolongar la conversación; luego se dio media vuelta y se perdió en las sombras de la noche.

A la mañana siguiente, con las primeras luces del alba, Brin y Rone partieron del Centro de Ventas el Paso de los Grajos hacia el país situado al este. Cargados con las provisiones, las mantas y el arco que les había facilitado el comerciante, se despidieron del hombre y desaparecieron entre los árboles.

El cálido y luminoso día les dio la bienvenida. Mientras seguían el curso del torrente de Chard por su ribera sur, el aire se iba llenando de los sonidos de vida del bosque e impregnando del olor de la madera seca. El viento del oeste soplaba con suavidad desde las lejanas montañas de Wolfsktaag, y las hojas caían sobre la tierra en insolentes espirales, formando una gruesa alfombra en el suelo del bosque. A través de los árboles podían ver la tierra que se extendía ante ellos, formada por suaves colinas y valles. Las ardillas huían y se escondían al escuchar el sonido de sus pasos, interrumpidas en sus preparativos para pasar un invierno que, a tenor del soleado día otoñal que estaban viviendo, parecía lejano.

A media mañana, la muchacha del valle y el joven de las tierras altas hicieron un alto en el camino para descansar un rato, y se sentaron sobre un viejo tronco, hueco y carcomido por el tiempo. Frente a ellos, a unos diez metros de distancia, el torrente de Chard fluía en dirección este, hacia el Anar profundo. En su corriente, la madera seca y los desechos que había arrastrado desde su salida de las tierras altas giraban y derivaban formando complicadas figuras.

–Todavía me es difícil creer que se haya ido de verdad –dijo Rone después de permanecer largo rato en silencio, con los ojos clavados en el río.

–A mi también –respondió Brin, sin necesidad de preguntarle a quién se refería–. A veces pienso que no se ha ido del todo, que me equivoqué al interpretar lo que vi con mis propios ojos; que si tengo paciencia, lo veré regresar, como siempre hasta entonces había hecho.

–¿Sería eso tan extraño? –preguntó Rone–. ¿Sería tan sorprendente que Allanon lo hiciera?

–Está muerto, Rone –le dijo la joven del valle, mirándolo a los ojos.

–Lo sé –respondió el joven de las tierras altas, haciendo un gesto de asentimiento, pero manteniendo la mirada desviada. Guardó silencio durante un momento antes de continuar–. ¿Crees que podíamos haber hecho algo más para salvarlo, Brin?

Volvió la vista hacia la joven del valle. En realidad le estaba preguntando si había algo que *él* hubiese podido hacer.

–No, Rone –respondió Brin, esbozando una rápida y amarga sonrisa–. Él sabía que iba a morir. Se le había predicho que no acabaría esta búsqueda, y creo que él lo había aceptado como algo inevitable.

–Yo no habría hecho eso –dijo Rone, haciendo un gesto negativo.

–Tampoco yo, supongo –admitió Brin–. Quizá por eso tomó la decisión de ocultarnos lo que iba a suceder. Y tal vez su aceptación sea algo que no podamos comprender porque nunca pudimos comprenderle a él.

–Así ha desaparecido de la tierra el último de los druidas, y ya no queda nadie capaz de enfrentarse con éxito a los espectros salvo tú y yo –prosiguió el joven de las tierras altas, haciendo un gesto de resignación al tiempo que se inclinaba hacia delante y apoyaba los brazos sobre sus piernas extendidas–. Pobres de nosotros.

Brin bajó la vista, en gesto maquinal, hacia sus manos cruzadas en su regazo. Recordó a Allanon tocando su frente con los dedos mojados en sangre mientras se moría, y sintió un escalofrío.

–Pobres de nosotros –repitió Brin, bajando la vista en un gesto maquinal hacia sus manos, que las tenía cruzadas sobre su regazo. Recordó a Allanon en el momento que tocaba su frente con los dedos mojados en su propia sangre cuando estaba a punto de expirar, y sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo.

Aún descansaron unos minutos más antes de reemprender el viaje hacia el este. No llevaban una hora caminando, cuando cruzaron un arrojo de escasa profundidad y fondo de arena que se alejaba con indolencia de la corriente más rápida del cauce principal del torrente de Chard en el lugar donde ésta se precipitaba en una abrupta hondonada. Avistaron una cabaña pequeña entre los árboles del bosque, construida con troncos colocados en forma transversal y calafateada con argamasa. La casita estaba situada en un claro sobre una pequeña elevación que daba pie a una sucesión de colinas bajas que se adentraban en el bosque. Varias ovejas y cabras, y una vaca lechera pastaban detrás de la cabaña. Al oír el ruido de sus pasos, un viejo perro de caza se levantó de su lugar favorito junto a la casa y se desperezó.

Jeft, el leñador, cortaba leña en el otro extremo del pequeño claro, desnudo hasta la cintura. Levantó el hacha, la dejó caer con un movimiento seguro y partió el trozo de madera colocado en posición vertical sobre el gastado tocón que servía de tajo. Tras liberar la hoja incrustada en la madera, tiró a un lado los trozos antes de tomarse un descanso para contemplar a los visitantes que se acercaban. Puso la cabeza del hacha en el tocón, apoyó sus nudosas manos en el extremo del mango y esperó su llegada.

–Buenos días –saludó Brin cuando estuvo a su altura.

–Buenos días –respondió el leñador, haciendo una ligera inclinación de cabeza. No parecía que le sorprendiera su visita–. ¿Te encuentras un poco mejor? –preguntó a Rone.

–Mucho mejor –respondió el joven de las tierras altas–. Y según me han dicho, en buena parte gracias a usted.

–Hay agua para beber en ese cubo del porche –dijo el leñador, señalando hacia la cabaña y haciendo un gesto de indiferencia, que marcó los músculos en su poderoso cuerpo–. Cada día voy a buscarla a las colinas.

Los acompañó hacia el agua prometida, y los dos echaron un largo trago. A continuación se sentaron en el porche, y el leñador sacó la pipa y el tabaco. Ofreció la bolsa a sus huéspedes, pero como ellos declinaron la invitación, cargó la cazoleta y empezó a fumar.

–¿Todo va bien en el Centro de Ventas el Paso de los Grajos? –preguntó en tono indiferente–. Me he enterado de lo que sucedió la otra noche con esa pandilla de la cordillera Spanning. –Sus ojos buscaron lentamente a Brin–. Aquí las noticias corren con más rapidez de la que podéis imaginar los forasteros.

–El comerciante nos indicó dónde podíamos encontrarle –respondió la joven del valle, sosteniéndole la mirada y sobreponiéndose a su malestar–. Dijo que podría ayudarnos.

–¿Cómo podría hacerlo? –preguntó el leñador, lanzando una bocanada de humo.

–Nos dijo que usted conocía esta región mucho mejor que ningún otro.

–Llevo aquí mucho tiempo –corroboró el leñador.

–Ya estamos en deuda con usted por la ayuda que nos prestó en el Centro de Ventas el Paso de los Grajos –continuó Brin, inclinándose hacia delante–. Pero necesitamos de nuevo su colaboración. Necesitamos encontrar un camino a través del país situado al este de este lugar.

–¿Al este de aquí? –preguntó el leñador, mirándola insistentemente y retirando la pipa de entre sus dientes–. ¿Te refieres a la Cuenca Tenebrosa?

La muchacha del valle y el joven de las tierras altas se limitaron a responder con un gesto de asentimiento.

–Ése es un lugar peligroso –afirmó el leñador, haciendo un gesto de indecisión–. Nadie tiene la osadía de adentrarse en la Cuenca Tenebrosa si puede evitarlo. –Buscó sus rostros con la mirada–. ¿Hasta dónde pensáis llegar?

–Hasta el final –respondió Brin con voz serena–. Para después dirigirnos al Páramo Viejo y a las montañas del Cuerno Negro Azabache.

–Estáis más locos que una cabra –les espetó el leñador, golpeando su pipa contra una tabla para sacar la ceniza y la apagó contra la tierra bajo la presión de su bota–. Gnomos, caminantes y otros seres de peor calaña son los dueños del país. Nunca conseguiréis salir de él con vida.

Como no recibió respuesta, el leñador estudió el rostro de los dos jóvenes, primero el de uno y a continuación el de la otra, se frotó la barba con actitud pensativa y, al fin, hizo un gesto de indiferencia.

–Supongo que tenéis vuestras razones para hacer eso, y no me corresponde a mí juzgar su validez. Pero aquí y ahora os digo que estáis cometiendo un grave error, probablemente el mayor error que podáis cometer en vuestra vida. Hasta los tramperos se mantienen alejados de esa zona. Los hombres desaparecen allí sin dejar ningún rastro.

De nuevo se dispuso a esperar una respuesta. Brin dirigió a Rone una rápida mirada y enseguida volvió sus ojos hacia el leñador.

–Tenemos que ir. ¿Puede usted ayudarnos?

–¿Yo? –El leñador esbozó una irónica sonrisa, mientras hacía un gesto negativo–. Yo no, muchacha. Aunque decidiera acompañaros, cosa que no haré porque me gusta vivir, me perdería después de un día o dos de camino. –Hizo una breve pausa, estudiando sus rostros con atención–. Supongo que estáis decididos.

Brin hizo un gesto de asentimiento y esperó.

–Quizás haya alguien más que pueda ayudaros, si realmente estáis convencidos de que debéis hacerlo –prosiguió el leñador, dando un suspiro. Después sopló con fuerza en el tubo de su pipa para limpiarlo, y cruzó los brazos sobre su ancho pecho–. Hay un hombre ya anciano, llamado Cogline. Debe de tener unos noventa años, si es que aún está vivo. No

lo he visto desde hace casi dos años, así que no estoy seguro. Entonces vivía cerca de una formación de rocas llamada Chimenea de Piedra por presentar el aspecto de una gran chimenea, que se encuentra justo en el centro de la Cuenca Tenebrosa. –Hizo un gesto de indiferencia para alejar sus dudas–. Puedo indicaros la dirección, pero no abundan los caminos. Es una región salvaje, donde es difícil encontrar un ser que no sea gnomo.

–¿Cree que estará dispuesto a brindarnos su ayuda? –preguntó Brin, con ansiedad en la voz.

–Conoce muy bien el país –respondió el leñador, haciendo un gesto de indecisión–. Ha pasado en él toda su dilatada existencia. Sólo sale de la región una vez al año, excepto los dos últimos. Ignoro cómo lo ha conseguido, pero de alguna manera ha sabido conservar la vida en esa jungla. –Las pobladas cejas de leñador se arquearon–. Es un tipo extraño, el viejo Cogline, y está más loco que un pez nadando en la hierba. Puede ser más un problema que una ayuda para vosotros.

–Eso no sucederá –le aseguró Brin.

–Quizás. –El leñador la estudió–. Eres demasiado bonita para vagar por ese país, muchacha, aunque cuentes con tu canto para protegerte. Allí hay algo más que ladrones y cobardes. Yo lo pensaría antes de continuar con esto.

–Ya lo hemos pensado –respondió Brin, poniéndose en pie–. Estamos decididos.

–En ese caso, tenéis a vuestra disposición toda el agua que podáis cargar –dijo el leñador, haciendo un gesto de asentimiento–. Al menos no moriréis de sed.

Los ayudó a llenar sus cantimploras, trayendo otro cubo de agua del manantial que bajaba de las colinas detrás de su cabaña, y después dedicó varios minutos más a darles las instrucciones que necesitaban para llegar a la Chimenea de Piedra, trazando un burdo mapa en el suelo delante del porche.

–Tened cuidado –les dijo, dándoles un fuerte apretón de manos.

Con una última palabra de despedida, Brin y Rone cargaron sobre sus espaldas las provisiones y emprendieron la marcha en dirección a los árboles. El leñador se quedó de pie, mirándolos con tristeza. En la expresión de su barbudo rostro podía leerse con toda claridad que no esperaba volver a verlos nunca más.

7

Durante todo ese día y el siguiente siguieron el curso del torrente de Chard, que dando vueltas y formando recodos se introducía cada vez más en los bosques del Anar hacia la Cuenca Tenebrosa. Rone iba recuperando las fuerzas, pero aún no estaba completamente restablecido y su avance era lento. Después de ingerir una cena ligera, la segunda noche de viaje se fue a dormir enseguida.

Brin se sentó delante de la hoguera con la mirada fija en las llamas. Su mente estaba llena de recuerdos desgraciados y oscuros pensamientos. Durante un breve instante, antes de que se dispusiera a dormir, le pareció sentir la presencia de Jair. De manera inconsciente, levantó la vista, buscándolo. Pero allí no había nadie, y la lógica le decía que su hermano estaba muy lejos. Dio un suspiro, apagó el fuego y se tapó con las mantas.

El tercer día después de abandonar el Centro de Ventas el Paso del Grajo, ya muy entrada la tarde, los dos jóvenes divisaron la extraña formación rocosa destacándose en la lejanía. Entonces supieron que habían encontrado la Chimenea de Piedra.

Era una silueta oscura y definida que contrastaba con los colores cambiantes del otoño. Su alta cumbre dominaba el valle, llano y cubierto de bosques, sobre el que se levantaba. La formación geológica que tenía el aspecto de una chimenea era una masa de piedra desgastada, esculpida por la hábil mano de la naturaleza y suavizada por el paso de los años. El silencio flotaba sobre su imponente figura. Fuerte y solitaria, emergía del oscuro mar de árboles que crecían en la Cuenca Tenebrosa.

De pie sobre un risco, Brin contempló la formación rocosa y sintió que una inaudible llamada se imponía a su cansancio e inseguridad, produciéndole una inesperada sensación de paz. Casi había cubierto una nueva etapa en su largo viaje hacia el este. Tanto los recuerdos de lo que había tenido que soportar para llegar hasta allí como lo que previsiblemente aún le quedaba, le parecieron extrañamente lejanos. Dedicó a Rone una amplia sonrisa y éste la miró sorprendido. Luego, tras acariciar su brazo, la joven del valle empezó a bajar el suave declive del valle.

La línea de una sinuosa vereda, apenas visible, atravesaba el muro de grandes árboles. Mientras el sol seguía su ascendente camino hacia el horizonte occidental, el bosque se cerraba a su alrededor una vez más. Avanzaron con precaución sobre troncos caídos y bordeando dentadas formaciones rocosas hasta que el declive, cuyos accidentes se habían multiplicado a medida que avanzaban, se niveló con su base. Bajo la cubierta arbórea del valle, la vereda se ensanchó, para acabar desapareciendo por completo cuando la profusa maleza y la madera muerta empezaron a escasear. La luz del sol de la cálida tarde otoñal penetraba por los espacios que dejaban libres las ramas entrelazadas sobre sus cabezas, e iluminaba todo el bosque. Docenas de agradables y pequeños claros lo salpicaban, dando una sensación de espacio y apertura. La tierra se hizo más blanda y suelta, sin rocas, alfombrada con una capa de pequeñas ramas y hojas que crujían suavemente al hollarlas con sus pies.

Aquel valle ofrecía comodidad y seguridad, en contraste con la selva que lo rodeaba, y Brin Ohmsford de pronto se encontró pensando en Valle Umbroso. Los sonidos de los insectos y los animales, los breves trazos de movimiento que cruzaban entre los árboles, repentinos y furtivos, e incluso el cálido y fresco olor de bosque otoñal, le recordaban la lejana aldea de las Tierras Meridionales. No había ningún río Rappahalladron, pero sí docenas de estrechos arroyos que serpenteaban perezosamente. La joven aspiró una gran bocanada de aire. No le extrañaba nada que el leñador Cogline hubiera elegido aquel valle para vivir.

Se adentraron aún más en el bosque, pero el tiempo transcurría con lentitud. De vez en cuando vislumbraban la Chimenea de Piedra a través de la maraña de ramas, destacándose, alta y oscura, contra el cielo azul. Caminaban en silencio, cansados y ansiosos por acabar con la larga marcha del día, concentrando su atención en el terreno que tenían delante y en los sonidos y movimientos que se producían a su alrededor.

Por fin, Rone Leah se detuvo, sujetando con una de sus manos el brazo de Brin mientras escuchaba con atención.

–¿Oyes eso? –preguntó con calma, después de escuchar un momento.

Brin hizo un gesto de asentimiento. Era una voz, débil y casi inaudible, pero sin duda humana. Esperaron para determinar su procedencia, y se dirigieron hacia ella. La voz dejó de oírse durante un rato, y luego volvieron a escucharla con mayor fuerza, casi furiosa. Quienquiera que fuese, estaba justo delante de ellos.

–¡Mejor será que aparezcas sin demora! –La voz era fuerte y estridente–. ¡No tengo tiempo para juegos!

Después refunfuñó y maldijo en voz baja, y ellos se miraron inquisitivamente.

–¡Sal de una vez! –volvió a gritar, bajando el tono de voz hasta convertirse en un susurro enojado–. Debería haberte dejado en el páramo... si no fuera por mi bondadoso corazón... –Oyeron a alguien que se movía entre la maleza.

–¡Ya sabes que conozco unos cuantos trucos! ¡Tengo polvo para reventar el suelo que pisas y brebajes que harían que tus tripas se anudaran! Creo que te pasas de listo. ¿Por qué no trepas por una cuerda para demostrarme que puedes hacerlo? ¿Por qué no dejas de fastidiarme? ¿Pretendes que te deje aquí? Eso te gustaría, ¿verdad? Pero no voy a hacerlo. Pensarías que eres más listo que yo, que puedes conmigo. ¡Sal de una maldita vez!

Brin y Rone atravesaron la pantalla de árboles y maleza que bloqueaba su visión y se encontraron ante un pequeño claro, con un amplio y tranquilo estanque en el centro. Al otro lado gateaba sin dirección fija un hombre ya anciano. Se puso de pie al sentir muy cerca a los dos jóvenes.

–¡Ja! ¡Así que has decidido...! –Se detuvo de repente cuando los vio–. ¿Quién se supone que sois? No, no importa quiénes seáis. Salid de aquí ahora mismo.

Les dio la espalda con un gesto de despedida y siguió andando a gatas por los linderos del bosque. Sus esqueléticas manos tanteaban a izquierda y derecha, y su flaco cuerpo encorvado parecía un trozo torcido de madera seca. Grandes mechones de descuidado cabello blanco, de la cabeza y la barba, colgaban alrededor de sus hombros, y sus ropas y media capa de color verde estaban gastadas y rotas. Los dos jóvenes le observaron, desconcertados, y luego intercambiaron una inquisitiva mirada.

–¡Esto es ridículo! –gritó el anciano, dirigiendo su cólera hacia los silenciosos árboles. Luego miró a su alrededor y vio que los viajeros no se habían movido de allí.

–Bien, ¿qué estáis esperando? ¡Fuera de aquí! ¡Ésta es mi casa, y no os he invitado! ¡Así que fuera, fuera!

–¿Aquí es donde vive? –preguntó Rone, mirando a su alrededor.

–¿Es que no has oído lo que he dicho? –respondió el anciano, mirándolo como si fuera un idiota–. ¿Qué otra cosa crees que puedo estar haciendo aquí a estas horas?

–No lo sé –contestó el joven de las tierras altas.

–¡Un hombre debe estar en su casa a estas horas! –respondió el anciano con cierto tono admonitorio–. En realidad, ¿qué estáis haciendo *vosotros* aquí? ¿No tenéis una casa donde ir?

–Hemos venido desde Valle Umbroso, en las Tierras Meridionales –intentó explicarle Brin, pero el anciano se limitó a mirarla con incredulidad–. Está más allá del lago del Arco Iris, a varios días de viaje a caballo. –El anciano seguía mirándola con la misma expresión de incredulidad–. En cualquier caso, hemos venido hasta aquí en busca de

alguien que...

–Aquí no hay nadie excepto yo –le interrumpió el anciano, haciendo un gesto negativo–. Y excepto Murmullo, y no puedo encontrarlo. ¿Dónde crees que...?

Su voz se apagó, y él dejó de prestarles atención para reanudar la búsqueda del que se había perdido. Brin miró a Rone.

–¡Espere un momento! –gritó la joven del valle al anciano, que ya se había desentendido de ellos–. Un leñador nos habló de un hombre. Nos dijo que vivía aquí y que se llamaba Cogline.

–Nunca he oído hablar de él –respondió el anciano, encogiéndose de hombros.

–Bueno, quizá viva en alguna otra parte del valle. Tal vez usted podría indicarnos dónde.

–Tú no oyes muy bien, ¿verdad? –la interrumpió el anciano, visiblemente irritado–. Yo no sé de dónde venís, ni tampoco me interesa, pero apostaría que no tenéis personas desconocidas en los alrededores de vuestra casa, ¿verdad? ¡Apuesto a que conocéis a todos los que viven allí o están de visita, por negocios o por cualquier otro motivo! ¿Qué os hace pensar que a mí no me ocurre lo mismo?

–¿Quiere decir que todo este valle es su casa? –preguntó Rone con incredulidad.

–¡Por supuesto que es mi casa! ¡Te lo he dicho media docena de veces! ¡Ahora salid de aquí y dejadme en paz!

Golpeó el suelo con un pie calzado con sandalia y esperó a que se fueran. Pero la muchacha del valle y el joven de las tierras altas no se movieron del lugar donde, estaban.

–Eso es la Chimenea de Piedra, ¿verdad? –preguntó Rone, un poco furioso con el malhumorado anciano.

–¿Y qué pasa si lo es? –preguntó a su vez el anciano, apretando resueltamente las descarnadas mandíbulas.

–Si lo es, hay un hombre llamado Cogline que vive aquí; o al menos vivía aquí hace dos años. Nos dijeron que éste fue su hogar durante muchos años. Por tanto, si usted lleva aquí más de dos años, debería saber algo de él.

–Ya os lo he dicho antes, nunca he oído hablar de él –respondió el anciano, haciendo un gesto de fastidio, tras guardar un momento de silencio durante el cual mantuvo las cejas arqueadas–. En estos momentos no hay nadie en este valle con ese nombre, ni tampoco lo hubo antes. Absolutamente nadie.

–Usted conoce el nombre, ¿no es cierto? Usted lo conoce –preguntó y afirmó Brin, dando un paso hacia el anciano, tras captar algo en sus ojos.

–Quizá sí y quizá no –respondió el anciano, sin dar su brazo a torcer–. ¡En cualquier caso, no tengo por qué decírtelo!

–Usted es Cogline, ¿no es cierto? –le preguntó Brin, señalándolo con el dedo.

–¿Yo? ¿Cogline? –inquirió a su vez el anciano, estallando en un violento ataque de risa–. ¡Eso sí que es bueno! ¡Oh, yo sería inteligente, de veras! ¡Eso sí que es divertido!

Los jóvenes lo miraron con asombro cuando se dobló y cayó al suelo, entre risas histéricas.

–¡Por todos los demonios, Brin; este hombre está loco! –le dijo Rone a Brin, cogiéndola por el brazo y obligándola a volverse hacia él.

–¿Qué has dicho? ¿Que estoy loco? –preguntó el anciano, que estaba de nuevo en pie, reflejando en su curtido rostro la ira que las palabras del joven de las tierras altas le habían hecho sentir–. ¡Debería mostrarte lo loco que estoy! ¡Ahora, fuera de mi casa! ¡No os quise aquí cuando llegasteis, ni os quiero ahora! ¡Fuera!

–No queríamos causarle ninguna molestia –se excusó Rone.

–¡Fuera, fuera, fuera! ¡Os convertiré en soplos de humo! Os prenderé fuego y miraré cómo ardéis. Os... os...

El anciano saltaba arriba y abajo con una furia incontrolable, apretando sus huesudas manos al cerrarlas en puños, y su cabello blanco volaba en todas direcciones. Rone se acercó para intentar calmarlo.

–¡Aléjate de mí! –gritó el hombre, apuntando al joven de las tierras altas con su esquelético brazo como si fuera un arma. Rone se detuvo–. ¡Vuelve atrás! ¿Dónde está ese estúpido...? ¡Murmullo!

Rone miró a su alrededor, expectante, pero no vio a nadie. El anciano estaba junto a él, enfurecido, y daba vueltas, gritando en dirección a la oscuridad del bosque y agitando sus brazos como molinetes.

–¡Murmullo! ¡Murmullo! ¡Sal de tu escondite y protégeme de estos intrusos! ¡Murmullo, maldita sea! ¿Permitirás que me maten? ¿Tengo que entregarme a ellos? ¿Para qué sirves tú, estúpido...? ¡No debí perder el tiempo contigo! ¡Ven aquí ahora mismo!

La muchacha del valle y el joven de las tierras altas miraban las bufonadas del anciano con una mezcla de miedo y diversión. Quienquiera que fuese Murmullo parecía que hacía ya rato que había decidido no intervenir en aquel juego. Pero el anciano no estaba dispuesto a aceptarlo. Continuó dando saltos histéricos y gritando a la nada.

–Esto no nos llevará a ninguna parte –dijo Rone, cansado de tanta payasada, volviéndose hacia la joven del valle, en voz intencionadamente baja–. Sigamos nuestro camino. Busquemos por nuestra cuenta. No me cabe la menor duda de que el anciano ha perdido la razón.

–Déjame probar otra vez –respondió Brin, haciendo un gesto negativo. Recordó lo que Jeft, el leñador, había dicho de Cogline: *Es un tipo extraño, más loco que un pez nadando en la hierba.*

Empezó a acercarse al anciano, pero éste se volvió hacia ella inmediatamente.

–No queréis hacerme caso, ¿verdad? Bien, ya os lo he advertido amablemente. Murmullo, ¿dónde estás? ¡Ven aquí! ¡Atrápala! ¡Atrápala!

Brin se detuvo en contra de su voluntad y miró a su alrededor, pero seguía sin ver a nadie.

–Bueno, anciano, ya es suficiente –intervino Rone, que había avanzado colocándose delante de Brin, gesticulando con impaciencia–. Aquí no hay nadie más que usted, así que deje de fingir...

–¡Ja! ¿Nadie más que yo? ¿Eso crees? –El anciano dio un gran salto de regocijo y aterrizó en cuclillas–. ¡Ya te enseñaré quién está ahí fuera, intruso! Vienes a mi casa, ¿no es así? ¡Ya te enseñaré! ¡Murmullo! ¡Murmullo! ¡Maldito...!

Rone hacía un gesto de incredulidad, con una sonrisa dibujada en los labios, cuando de pronto apareció el gato más grande que había visto en su vida, surgiendo de la nada justo frente a él, a menos de cinco metros de distancia. Era de color gris oscuro con manchas negras que se extendían por sus flancos y subían por su espalda inclinada. Su cara, orejas y cola eran negras, al igual que sus anchas patas. El animal medía unos tres metros de longitud, y su enorme y peluda cabeza llegaba a la altura de la de Rone. Sus nudosos músculos se destacaron bajo su suave pelaje cuando se estiró perezosamente, mirando a los jóvenes con ojos azules y luminosos que parpadeaban y se entrecerraban. Pareció como si los estudiara durante un momento, y después sus mandíbulas se separaron en un bostezo insonoro, dejando ver unos dientes brillantes y afilados como cuchillas.

Rone Leah tragó saliva y luego se quedó completamente inmóvil.

–¡Ajá! ¡Apuesto que ahora no es tan divertido! –El anciano disfrutaba maliciosamente y empezó a reírse entre dientes, mientras bailaba sobre sus delgadas piernas–. Pensabais que estaba loco ¿verdad? Pensabais que hablaba solo, ¿verdad? Bien, ¿qué pensáis ahora?

–No pensamos hacerle ningún daño –repitió Brin, mientras el enorme gato

examinaba a Rone con curiosidad.

–¿Creéis que le gustaréis para cenar? ¿Lo creéis? –inquirió el anciano, dando un paso adelante. Sus ojos reflejaban satisfacción bajo el cabello que caía sobre su arrugada frente–. El viejo Murmullo tiene hambre. ¡Los dos seréis buen alimento para su cena! ¡Ja! ¿Qué os pasa? Estáis un poco pálidos, como si no os encontraseis cómodos. Eso está muy mal, muy mal. Quizá deberíais...

Se interrumpió de repente, desapareciendo la sonrisa de su rostro.

–¡Murmullo, no! ¡Murmullo, no, espera, no hagas eso...!

Mientras hablaba, el gran gato se desvaneció, desapareciendo como si se hubiese evaporado. Los tres se quedaron contemplando durante un rato con incredulidad el espacio que había ocupado el gato. Después, el anciano, enfurecido, golpeó el suelo con los pies, y dio patadas al aire.

–¡Maldito seas! ¡Esto lo pagarás! ¿Me oyes? ¡Aparece, estúpido animal o te...! –Se interrumpió dominando la cólera que sentía, y luego miró a Brin y Rone–. ¡Vosotros fuera de mi casa! ¡Fuera!

Rone Leah ya había visto bastante. Un anciano loco y un gato que desaparecía era más de lo que podía soportar. Se dio la vuelta sin decir nada y pasó ante Brin, pidiéndole que lo siguiera. Pero Brin dudó, dispuesta a intentarlo por última vez.

–¡Usted no comprende lo importante que es esto! –le dijo al anciano con vehemencia, y éste se puso rígido–. Usted no puede rechazarnos de esta manera. Necesitamos su ayuda. Por favor, díganos dónde podemos encontrar al hombre llamado Cogline.

El anciano la observó en silencio, con su cuerpo seco como un palo, encogido y encorvado, y sus pobladas cejas fruncidas con petulancia. De repente, levantó las manos e hizo un gesto de resignación.

–¡Oh, muy bien... haré cualquier cosa para librarme de vosotros! –Dio un suspiro e intentó simular que lo forzaban–. Pero mi ayuda no os servirá de nada. ¿Lo entendéis? De nada.

La joven del valle esperó en silencio. Detrás de ella, Rone se había detenido y dado la vuelta de nuevo.

–El viejo Cogline está allí, al pie de la gran roca –prosiguió el anciano, levantando la cabeza en actitud reflexiva, mientras una delgada mano recorría su enmarañado cabello, y señalando con un ademán casi indiferente en dirección a la Chimenea de Piedra–. Donde lo enterré hace casi un año.

8

Brin miró con insistencia al anciano, dejando traslucir la desilusión que había sufrido y reprimiendo la exclamación que se había formulado en su garganta.

–¿Quiere decir que Cogline está muerto? –preguntó la joven del valle, haciendo un gesto de impotencia.

–¡Muerto y enterrado! –contestó el anciano–. ¡Ahora seguid vuestro camino y dejadme en paz!

Esperó con impaciencia que la muchacha del valle y el joven de las tierras altas se fueran, pero Brin no conseguía moverse. ¿Cogline muerto? Por alguna oculta razón no podía aceptarlo. ¿No habría llegado la noticia de esa muerte a oídos del leñador Jeft o al resto de los pobladores de los bosques que rodeaban el Centro de Ventas el Paso de los Grajos? ¿Un hombre que había vivido durante tanto tiempo en esa selva como Cogline, un hombre al que tanta gente conocía...? Se contuvo. Era posible que no hubieran recibido la noticia, pues los leñadores y los tramperos solían pasar aislados varios meses. Pero entonces, ¿quién era aquel anciano? El leñador no les había hablado de él. En aquella historia había algo que no encajaba.

–Vamos, Brin –le dijo Rone, en voz baja.

–No –respondió la joven del valle, haciendo un gesto negativo–. No hasta que esté segura. No hasta que pueda...

–¡Fuera de mi casa! –dijo el anciano una vez más, manifestando su mal humor golpeando el suelo con el pie–. ¡Ya os he aguantado demasiado! ¡Cogline está muerto! Si no os vais de aquí antes de...

–¡Abuelo!

La voz procedía de la oscuridad de los bosques situados a su izquierda, donde, a lo lejos, la cúspide de la Chimenea de Piedra se destacaba negra entre las ramas entrelazadas de los árboles. Tres cabezas miraron al mismo tiempo en aquella dirección y, de repente, todo quedó envuelto en un silencio expectante. Murmullo reapareció a su lado, con sus grandes ojos azules y luminosos, y su enorme y peluda cabeza levantada y escrutadora. El anciano murmuró algo ininteligible y volvió a patear el suelo.

Entonces se oyó un suave crujido de hojas y la misteriosa voz adquirió figura humana al adentrarse con paso seguro en el claro. Brin y Rone intercambiaron una mirada de sorpresa. Era una muchacha, un poco mayor que Brin, de figura ágil, flexible, vestida con pantalones y túnica y envuelta en una capa corta de color verde bosque. Su oscuro cabello, largo y rizado, le caía sobre los hombros, enmarcando suavemente su bronceado rostro, un poco pecoso y extrañamente seductor en su apariencia inocente. Era un rostro hermoso, fresco y vital, aunque no tan bello como el de Brin. Unos ojos oscuros e inteligentes reflejaban franqueza y honestidad mientras escrutaban a la muchacha del valle y al joven de las tierras altas.

–¿Quiénes sois? –preguntó en un tono que urgía una rápida y clara respuesta.

–Yo soy Brin Ohmsford, de Valle Umbroso, y éste es Rone Leah –respondió Brin, mirando primero a Rone y después de nuevo a la muchacha–. Viajamos hacia el norte desde nuestros hogares en las Tierras Meridionales, situadas más allá del lago del Arco Iris.

–Habéis hecho un largo viaje –observó la muchacha–. ¿Qué hacéis aquí?

–Buscamos a un hombre llamado Cogline.

–¿Conoces a este hombre, Brin Ohmsford?

–No.

–Entonces, ¿por qué lo buscas?

Los ojos de la muchacha no se separaban de los suyos. Brin dudó, preguntándose hasta qué punto debía informarla. Había algo en aquella joven que le disuadía de mentir, y a Brin no le había pasado desapercibida la forma en que su súbita aparición había tranquilizado al anciano y hecho regresar al gato. Sin embargo, se resistía a revelar las verdaderas razones que los habían llevado a la Chimenea de Piedra sin saber primero quién era ella.

–Nos han dicho que Cogline es el hombre que mejor conoce el bosque desde el este de la Cuenca Tenebrosa hasta las montañas del Cuerno Negro Azabache –contestó con cautela–. Hemos venido para pedirle su colaboración en un asunto de gran importancia.

La muchacha guardó silencio durante un momento, para pensar en lo que Brin le había dicho.

–¡Son intrusos problemáticos! –dijo el anciano, que se había acercado a ella arrastrando los pies y dando muestras de impaciencia.

La muchacha no respondió. Ni siquiera lo miró, porque sus oscuros ojos seguían clavados en los de Brin.

–¡Ni siquiera deberías hablar con ellos! –insistió el anciano, haciendo un gesto de exasperación–. ¡Deberías echarlos!

–Cállate, abuelo –le ordenó, haciendo un gesto negativo–. No van a causarnos ningún daño. Si así fuera, Murmullo lo sabría.

Brin miró al enorme gato, que estaba echado despreocupadamente sobre la alta hierba que bordeaba el lago, golpeando con una de sus grandes zarpas a algún desafortunado insecto que pasaba volando. Los grandes ojos ovales brillaban como faros gemelos cuando los dirigió hacia ellos.

–¡Ese estúpido animal ni siquiera acude cuando lo llamo! –refunfuñó el anciano–. ¿Cómo puedes fiarte de él?

–¡Murmullo! –llamó con voz suave al gato, dirigiendo al anciano una mirada reprobatoria mientras una expresión de desafío se dibujaba en su rostro juvenil–. ¡Rastrea! –le ordenó a continuación, señalando hacia Brin.

El gran gato se levantó al instante y, sin hacer el menor ruido, se encaminó hacia Brin. La joven del valle se puso rígida cuando el negro hocico del animal empezó a olfatear sus ropas, y retrocedió con cautela.

–No te muevas –le dijo la muchacha, sin alterarse.

Brin la obedeció. Aparentando una calma que no sentía, se mantuvo inmóvil mientras el enorme animal olfateaba la pernera de su pantalón. Se dio cuenta de que la muchacha la estaba observando, y que utilizaba al gato para estudiar sus reacciones. La piel de su nuca se tensó al levantarse hacia ella el hocico del animal. ¿Qué debía hacer? ¿Debía limitarse a continuar allí? ¿Debía acariciar a la bestia para demostrar que no sentía ningún temor? Pero estaba asustada, y el miedo se iba apoderando de ella. Era probable que el animal rozara su nuca, y entonces...

Por fin tomó la decisión. Empezó a cantar en un tono bajo, y las palabras flotaron en la tranquilidad del crepúsculo que reinaba en el pequeño claro, extendiéndose, acariciando como dedos amables. La magia de la canción sólo tardó unos momentos en urdir su hechizo, y el gigantesco gato se sentó sobre sus patas traseras, con sus luminosos ojos fijos en la joven del valle. Parpadeando a causa de la adormecedora cadencia de la canción, se postró dócilmente a sus pies.

Brin se detuvo y, durante un instante, nadie pronunció una sola palabra.

–¡Demonios! –exclamó por fin el anciano, dirigiendo a la joven del valle una mirada astuta. La muchacha se adelantó, sin hacer ningún comentario, hasta situarse frente a Brin. Sus ojos no reflejaban temor, sólo curiosidad.

–¿Cómo lo has hecho? –preguntó, dejando traslucir su perplejidad–. No creía que nadie pudiera hacer algo así.

–Es un don –contestó Brin.

–No eres un demonio, ¿verdad? –preguntó la muchacha, con preocupación–. ¿No eres uno de los caminantes o de sus espíritus afines?

–No, en absoluto –respondió Brin, esbozando una tranquilizadora sonrisa–. Tengo este don, eso es todo.

–No podía imaginar que alguien pudiera hacer eso a Murmullo –repitió la muchacha, que no acababa de dar crédito a sus ojos.

–¡Son demonios! –insistió el anciano, volviendo a pisotear el suelo.

Entretanto, Murmullo se había levantado de nuevo y se dirigía hacia donde estaba Rone. El joven de las tierras altas se sobresaltó. Después dirigió una mirada implorante a Brin mientras la bestia lo tocaba con su negro hocico. Durante largo rato, Murmullo olfateó sus ropas con curiosidad. Luego, de improviso, abrió sus grandes mandíbulas, mordió sin apretar la bota derecha de Rone y empezó a tirar de ella. Lo poco que quedaba de la compostura del joven de las tierras altas empezó a desaparecer rápidamente, mientras intentaba liberarse de las fauces del felino.

–Creo que quiere jugar contigo –dijo la muchacha, esbozando una leve sonrisa y dirigiendo una mirada de inteligencia al viejo, que se limitó a expresar su disgusto con gruñidos y se alejó unos pasos.

–¿Bien... podrías... asegurar? –jadeó Rone, exasperado, luchando ahora para mantenerse en pie contra los tirones que el gigantesco gato propinaba a su bota.

–¡Murmullo! –exclamó la muchacha.

El gigantesco animal soltó su presa inmediatamente y fue corriendo hacia ella. La muchacha estiró el brazo por debajo de su corta capa y frotó con energía la peluda cabeza del felino. Su largo cabello oscuro cubrió por completo su rostro cuando se inclinó para acercar su boca a la oreja del gato. Le habló un momento en voz baja, y después miró de nuevo a Brin y Rone.

–Parece que sabéis tratar bien a los animales. Murmullo ha quedado prendado de vosotros.

–Creo que Rone sería más feliz si Murmullo no le tuviera tanta simpatía –respondió Brin, mirando de reojo al joven de las tierras altas que estaba poniéndose bien la bota.

–Me gustas, Brin Ohmsford –dijo la muchacha, sonriendo abiertamente por vez primera y reflejando en sus oscuros ojos una chispa de malicia–. Te doy la bienvenida... y también a Rone Leah –prosiguió, extendiendo su delgada y morena mano derecha para saludarlos–. Yo soy Kimber Boh.

Brin estrechó la mano que le tendía la muchacha, captando en ella una mezcla de fuerza y delicadeza que la sorprendió. No fue menor su sorpresa cuando vio, rodeando la cintura de la muchacha bajo su capa corta, un cinturón del que colgaban varios cuchillos largos de aspecto terrible.

–¡Bueno, no son bienvenidos por lo que a mí respecta! –dijo el anciano, que estaba detrás de la muchacha, haciendo un gesto de barrido con su esquelético brazo, como si quisiera eliminarlos.

–¡Abuelo! –le amonestó Kimber Boh, dirigiéndole una mirada de desaprobación antes de dirigirse de nuevo a Brin–. No debes preocuparte por él. Intenta protegerme demasiado. Yo soy toda la familia que tiene, así que a veces siente...

–¡No te des tanta prisa en hacerles confidencias sobre nuestra vida! –la interrumpió el anciano, haciendo un gesto de disgusto–. ¿Qué sabemos nosotros de ellos? ¿Cómo podemos saber la verdadera razón por la que están aquí? ¡Esa muchacha tiene una voz diabólica, porque ha logrado hacer retroceder a Murmullo! ¡Hija mía, eres demasiado

confiada!

–Y tú muy desconfiado –respondió Kimber Boh, esbozando una amplia sonrisa y levantando la barbilla con decisión–. Ya es hora de que les digas quién eres.

–¡No les diré nada! –respondió el anciano, haciendo un gesto despectivo.

–Díselo, abuelo –insistió la muchacha.

–Díselo tú misma, ya que crees que sabes mucho más que yo –contestó el anciano, pateando el suelo con visible mal humor.

Rone Leah se había colocado junto a Brin, y los dos intercambiaron una incómoda mirada. Murmullo levantó la vista hacia el joven de las tierras altas, bostezó y dejó caer de nuevo su enorme cabeza sobre sus manos. Emitió un profundo ronroneo, y sus ojos azules se cerraron.

–A veces, mi abuelo olvida que los juegos no son reales –prosiguió Kimber Boh, dirigiéndose a los dos jóvenes–. Uno de sus juegos favoritos consiste en cambiar de identidad. Entonces entierra la verdadera y comienza una nueva vida. Ya ha pasado casi un año desde la última vez que lo hizo. –Dirigió una mirada de complicidad al anciano–. Pero es quien siempre fue. Es el hombre que habéis venido a buscar.

–Entonces es Cogline –dijo Brin.

–¡Yo no soy Cogline! –exclamó el anciano acaloradamente–. ¡Él está muerto y enterrado, como os dije antes! ¡No le hagáis caso!

–¡Abuelo! –le amonestó Kimber Boh una vez más–. Tú eres quien eres, y no puedes ser otro. Pretender algo así es cosa de niños. Tú naciste siendo Cogline y lo seguirás siendo mientras vivas. Ahora, por favor, intenta ser un buen anfitrión con tus invitados. Haz un pequeño esfuerzo y sé amistoso con ellos.

–¡Ja! Yo no los he invitado. Por tanto, no hay ninguna razón que me obligue a ser un buen anfitrión –contestó Cogline, dispuesto a ignorar a los visitantes–. Y entablar amistad con ellos, hazlo tú si quieres; eso es asunto tuyo.

Brin y Rone intercambiaron una mirada de indecisión. No les parecía nada fácil conseguir que el anciano accediese a acompañarlos y conducirlos por el camino más adecuado a través de la Cuenca Tenebrosa.

–Muy bien, abuelo, yo seré la anfitriona y amiga por los dos –respondió Kimber Boh, dando un suspiro y dirigiéndose a los dos jóvenes, después de dejar al anciano por imposible–. Se está haciendo tarde. Habéis recorrido un largo camino y necesitáis reponer las fuerzas y descansar. Mi casa está a poca distancia de aquí; os ruego que aceptéis pasar en ella esta noche como invitados míos... y de mi abuelo. De hecho me haríais un gran favor si os quedarais –prosiguió, tras hacer una breve pausa–. Pocos viajeros llegan hasta aquí y, por otra parte, tengo pocas oportunidades de hablar con los que lo hacen. Como ya os he dicho, el abuelo me protege en exceso. Pero quizá vosotros accedáis a hablar conmigo, a explicarme cosas de vuestro hogar en las Tierras Meridionales. ¿Lo haréis?

–Por un lugar para dormir y algo que comer, creo que es lo mínimo que podríamos hacer –respondió Brin, esbozando una sonrisa.

Rone hizo un gesto de asentimiento, aunque no pudo evitar una mirada aprensiva hacia Murmullo.

–De acuerdo entonces –dijo Kimber Boh, y llamó al gigantesco gato, que se levantó, se estiró perezosamente y se dirigió hacia ella–. Si me seguís, llegaremos en pocos minutos.

Se dio media vuelta, con Murmullo a su lado, y desapareció de nuevo en el bosque. La muchacha del valle y el joven de las tierras altas echaron los morrales a la espalda y la siguieron. Al pasar junto a Cogline, el anciano se negó a mirarlos, manteniendo su mirada fija en el suelo con resuelta determinación.

–¡Malditos intrusos! –exclamó, cuando pasaron a su lado.

A continuación, tras mirar con precaución a su alrededor, los siguió a corta distancia. Un momento después, el pequeño claro se había quedado desierto.

9

El hogar de la muchacha, el anciano y el gigantesco felino era una bonita cabaña de piedra y madera, situada en un amplio claro cubierto de hierba y protegido por robles centenarios y olmos viejos. Tenía sendos porches, uno en la parte frontal y otro en la parte trasera, y sus paredes estaban cubiertas de enredaderas floridas y matas de siempreviva. Varios caminos empedrados partían de la casa y atravesaban sus jardines, donde crecían flores y hortalizas. Todo estaba ordenado y limpio. Macizos de pino marcaban el perímetro del claro, y setos de arbustos bordeaban los jardines. Habían dedicado muchas horas de trabajo al cuidado y mantenimiento de aquella tierra.

El interior de la cabaña, bonito y muy limpio, evidenciaba el mismo cuidado. El suelo de madera lijada y las paredes, recubiertas también de madera, brillaban a la suave luz de las lámparas de aceite, pulidos y encerados. Lienzos tejidos a mano y adornados con punto de cruz cubrían los muebles de madera y las ventanas, y de los muros colgaban brillantes tapices. Bellas piezas de plata y cristal lucían sobre los estantes de una amplia alacena, y la larga mesa de caballetes situada en un extremo del comedor estaba adornada con platos de cerámica y utensilios de artesanía. Jarrones y macetas de arcilla con flores, en los primeros cortadas del jardín y en las segundas cultivadas en el mismo recipiente, completaban la decoración. La casita era acogedora y alegre, incluso a la hora del crepúsculo, dándoles la sensación de que estaban de regreso en Valle Umbroso.

–La cena está casi preparada –dijo Kimber Boh cuando entraron, dirigiendo una mirada reprobatoria a Cogline–. Si os queréis sentar, pondré la mesa.

Murmurando entre dientes, Cogline se sentó en el banco del lado opuesto de la mesa, mientras Brin y Rone se sentaban en el más próximo. Murmullo pasó delante de ellos para dirigirse a una alfombra trenzada que estaba frente a una gran chimenea de piedra en la que ardían varios troncos. Tras un prolongado bostezo, el gran felino se enroscó ante las llamas y enseguida se quedó dormido.

La comida que había preparado Kimber Boh consistía en gallina silvestre, hortalizas del huerto, panes recién horneados y leche de cabra. Mientras comían, la muchacha no cesaba de hacerles preguntas sobre las Tierras Meridionales y sus gentes, ansiosa por conocer detalles del mundo que estaba fuera del valle. Nunca había salido de la Cuenca Tenebrosa, les dijo, pero pensaba hacerlo algún día. Cogline mostró su desaprobación frunciendo el entrecejo, pero permaneció callado; se limitó a inclinar la cabeza sobre su plato con obstinada concentración. Cuando terminó la cena, se levantó y dijo con voz desabrida que se iba fuera a fumar. Atravesó la puerta sin mirar a los jóvenes y entonces desapareció.

–No debéis preocuparos por él –se disculpó Kimber Boh, mientras se levantaba para recoger los platos–. Es amable y cariñoso, pero ha vivido solo muchos años y le es difícil relacionarse con otras personas.

Retiró los platos de la mesa, esbozando una amable sonrisa, y regresó con un recipiente de vino color borgoña. Vertió una pequeña cantidad en vasos limpios, y volvió a sentarse frente a ellos. Brin se encontró preguntándose, como lo había hecho una y otra vez desde el primer momento en que vio a la muchacha, cómo podían arreglárselas, ella y el anciano, para sobrevivir solos en aquel lugar. Por supuesto, estaba el gigantesco gato, pero...

–El abuelo pasea siempre después de cenar –dijo Kimber Boh, dirigiendo una mirada tranquilizadora a los dos jóvenes–. Los últimos días del otoño, vagabundea por el valle durante un buen rato. Ya hemos concluido todo el trabajo que debíamos hacer en el año, y

cuando llegue el invierno no saldrá tanto. A veces, con la llegada de los fríos invernales, le duele todo el cuerpo y prefiere quedarse cerca del fuego. Pero ahora, mientras las noches todavía son cálidas, le gusta caminar.

–Kimber, ¿dónde están tus padres? –preguntó Brin, sin poder reprimir su curiosidad–. ¿Por qué estás aquí sola?

–Mis padres fueron asesinados –respondió la muchacha sin inmutarse–. Yo era sólo una niña cuando Cogline me encontró, envuelta en unas sábanas, en el lugar donde había acampado la caravana la noche anterior, en el límite norte del valle. Me llevó con él a su casa y me educó como si fuera su nieta. Nunca ha formado una familia, ¿sabes? Yo soy todo lo que tiene.

–¿Cómo fueron asesinados tus padres? –preguntó Rone, tras comprobar que la muchacha abordaba el tema con naturalidad.

–Rastreadores gnomos. Varias familias viajaban en la caravana. Todos fueron asesinados menos yo. Según dice Cogline, no me encontraron –prosiguió, esbozando una leve sonrisa–. Pero eso fue hace mucho tiempo.

–Es un poco peligroso para ti estar aquí, ¿verdad? –preguntó Rone, tras beber un trago de vino.

–¿Peligroso? –inquirió la muchacha, desconcertada.

–Sin duda. Rodeada de bosques por todas partes, de animales salvajes, de rastreadores... de cualquier cosa. ¿No te asusta vivir aquí sola?

–¿Crees que debería asustarme? –preguntó a su vez la muchacha, levantando ligeramente la cabeza.

–Bueno... no lo sé –respondió Rone, dirigiendo una mirada a Brin.

–Mira esto –le dijo Kimber, poniéndose en pie.

Con más rapidez que la que podían captar sus ojos, en la mano de la muchacha apareció un largo cuchillo, lo lanzó por encima de la cabeza de Rone y salió disparado hacia el otro lado de la habitación, para clavarse con un ruido sordo en un pequeño círculo negro dibujado en una tabla del rincón más alejado.

–Lo practico continuamente –dijo Kimber Boh, esbozando una amplia sonrisa–. Cogline me enseñó a lanzar el cuchillo cuando tenía diez años. Soy tan diestra con cualquier otra arma que puedas nombrar. Corro mucho más que cualquier ser que viva en la Cuenca Tenebrosa, salvo Murmullo. Puedo caminar todo el día y toda la noche sin dormir.

»Por supuesto –prosiguió, sentándose de nuevo y esbozando una leve sonrisa–, Murmullo me protegería contra cualquier amenaza, así que no tengo demasiadas cosas de que preocuparme. Además, hasta este momento, nada peligroso se ha acercado a la Chimenea de Piedra. Cogline ha vivido aquí toda su vida; el valle le pertenece. Todo el mundo lo sabe y nadie se atreve a molestarlo. Incluso los gnomos araña rehúsan entrar en él. ¿Habéis oído hablar de los gnomos araña? –preguntó tras hacer una breve pausa.

La muchacha del valle y el joven de las tierras altas hicieron un gesto negativo.

–Reptan por el suelo y por los árboles, peludos y encorvados, igual que arañas –continuó la muchacha, inclinándose hacia delante–. Hace aproximadamente unos tres años intentaron entrar en el valle. Llegaron a docenas, todos ennegrecidos con ceniza y ansiosos por cazar. No son iguales que los otros gnomos, porque excavan y ponen trampas como las arañas. En cualquier caso, llegaron hasta la Chimenea de Piedra. Creo que querían apropiarse de ella. El abuelo lo supo enseguida, como siempre que nos amenaza algún peligro. Llevó a Murmullo con él y tendieron una emboscada a los gnomos araña en el extremo norte del valle, justo al lado de la gran roca. Los gnomos araña todavía están corriendo.

Esbozó una amplia sonrisa, complacida con la historia. Brin y Rone intercambiaron

una inquieta mirada, con más dudas que nunca sobre la muchacha.

–¿De dónde es el gato? –preguntó Rone, mirando a Murmullo, que continuaba durmiendo. ¿Cómo puede desaparecer sin dejar rastro siendo tan grande?

–Murmullo es un gato del páramo –respondió la muchacha–. La mayoría de este tipo de gatos viven en los pantanos del Anar profundo, muy al este de la Cuenca Tenebrosa y de las montañas del Cuerno Negro Azabache. Pero Murmullo se extravió en el Páramo Viejo cuando todavía era un cachorro. Cogline lo encontró y lo trajo consigo. Había luchado con algún otro animal y estaba lleno de heridas. Nosotros lo cuidamos, y él decidió quedarse con nosotros. Yo aprendí a hablar con él. –La muchacha miró a Brin–. Pero no como tú, no cantando de esa manera. ¿Puedes enseñarme a hacer eso, Brin?

–No lo creo, Kimber. La canción de los deseos es algo que he heredado.

–Canción de los deseos –repitió la muchacha–. Eso es muy bonito.

–Pero ¿qué hace para desaparecer? –insistió Rone, rompiendo un momentáneo silencio.

–¡Oh, no desaparece! –respondió Kimber Boh, esbozando una amplia sonrisa–. Sólo lo aparenta. La razón de que a veces no lo veas, aunque esté presente, es que puede cambiar la coloración de su cuerpo para confundirse con el bosque, las rocas, el suelo o cualquier otra cosa. Hasta tal punto se confunde con el medio que es imposible verlo si no se sabe buscar. Solamente se aprende cuando se ha pasado cerca de él el tiempo suficiente. Por supuesto, si no quiere que alguien lo encuentre, lo más probable es que lo consiga –prosiguió, tras una breve pausa–. Eso forma parte de sus defensas. Se ha convertido casi en un juego para el abuelo. Murmullo desaparece y se niega a aparecer hasta que el abuelo enronquece de tanto gritar. En realidad no es muy amable por su parte, porque la vista del abuelo ya no es tan aguda como antes lo era.

–Sin embargo, a ti te obedece sin rechistar.

–Siempre. Cree que soy su madre. Lo he criado y he cuidado de él desde que lo trajimos aquí. Estamos muy unidos, casi como si formásemos parte de la misma persona. Muchas veces parece que somos capaces de sentir lo que el otro está pensando.

–Pero tengo la impresión de que es un animal peligroso –dijo Rone.

–Sí, es muy peligroso –reconoció la muchacha–. Salvaje, sería incontrolable. Pero Murmullo ya no es salvaje. Es posible que una pequeña parte de él aún continúe siéndolo; un recuerdo o un instinto enterrado profundamente en algún lugar, pero que ahora está dormido.

Se levantó y volvió a servirles vino.

–¿Os gusta nuestra casa? –les preguntó, tras permanecer un rato en silencio.

–Mucho –respondió Brin.

–Casi todo lo que hay lo he hecho yo, excepto los objetos de cristal y de plata, que los compraba el abuelo cuando salía fuera del valle –respondió la muchacha, obviamente complacida–. Algunos ya los tenía antes de que yo viniera. Pero el resto ha sido obra mía. También he diseñado y plantado yo los jardines. Todas las flores, los arbustos y las hortalizas; todas las pequeñas matas y enredaderas. Me gustan los colores fuertes y los olores dulces.

Brin esbozó una sonrisa. Kimber Boh era una mezcla de niña y mujer. Infantil en algunos aspectos, en otros superaba con claridad la edad que tenía. Era extraño, pero le recordaba a su hermano Jair. Al pensar en él, aún lo añoró más.

Kimber Boh observó la expresión de su cara, pero no supo interpretarla.

–No pienses que es peligroso vivir en la Chimenea de Piedra –afirmó–. Puede parecértelo porque no estás familiarizada con la región, como yo lo estoy. Pero éste es mi hogar, recuérdalo; aquí es donde he crecido. Cuando era pequeña, el abuelo me enseñó todo lo que debía saber para cuidar de mí misma. He aprendido a enfrentarme a los

peligros del lugar; sé cómo evitarlos. Y tengo al abuelo y a Murmullo. No debéis preocuparos por mí; no hay ningún motivo.

–Kimber, ya veo que estás perfectamente capacitada para vivir en este lugar –contestó Brin, esbozando una sonrisa ante la seguridad de que hacía gala la muchacha.

–Tengo que llevarle la capa al abuelo –dijo la muchacha, levantándose con las mejillas encendidas por el halago y cogiendo la capa de bosque que Cogline había dejado en el brazo de la mecedora de madera–. Ahí afuera hace frío. ¿Os gustaría acompañarme?

Los dos jóvenes se pusieron de pie y la siguieron cuando abrió la puerta y salió al exterior. En el momento en que sonó la cerradura, Murmullo se incorporó y atravesó el umbral tras ellos sin hacer el menor ruido.

Se detuvieron un momento en el porche de la cabaña, impresionados por la magnificencia de la tranquilidad de la incipiente noche otoñal, que convertía el paisaje casi en una mística naturaleza muerta. El aire, frío y un poco húmedo, estaba impregnado de los agradables olores del bosque. La luz blanca de la luna bañaba el prado, los jardines floridos, los setos y los arbustos en una brillantez deslumbrante. La hierba, los pétalos de las flores y las hojas de los árboles destellaban al reflejarse la luz en la humedad que los cubría; presentaban un color verde esmeralda adornado con gemas cuando se acumulaba el rocío de la noche otoñal. En la oscuridad, los árboles del bosque se recortaban contra el cielo poblado de estrellas como gigantes monstruosos; intemporales, masivos, estáticos en el silencio de la noche. El suave viento del ocaso se había disuelto en la calma de la noche. Hasta los habituales ruidos de las criaturas del bosque se habían convertido en tenues y lejanos murmullos, tranquilizantes y reconfortantes.

–El abuelo debe de estar en el sauce –dijo Kimber Boh, rompiendo el hechizo.

Salieron del porche y siguieron el camino que llevaba a la parte trasera de la cabaña. Ninguno de los tres habló. Se limitaron a caminar lentamente, con Kimber Boh a la cabeza, cuyas botas producían un leve ruido al rozar la piedra. Algo huyó a saltitos entre la alfombra de hojas secas que cubrían el suelo del bosque. Un pájaro lanzó una llamada que resonó en la quietud de la noche y se prolongó, expandiéndose y repitiéndose como un eco.

Los tres jóvenes doblaron la esquina de la casa, entre macizos de pino e hileras de setos. Un enorme sauce llorón que crecía en el lindero del bosque se destacó en la oscuridad, con sus ramas colgando como grandes flecos y formando una cortina que parecía resguardar su tronco del relente de la noche.

Su imponente silueta, envuelta en las sombras, parecía plegarse sobre sí misma. Debajo de su capota arqueada se adivinaba la cazoleta de una pipa por su rojo intenso, mientras que las volutas de humo se elevaban hacia el cielo para acabar disolviéndose en su camino.

Cuando atravesaron las ramas colgantes del sauce, distinguieron la esquelética figura de Cogline. Estaba sentado en uno de los dos bancos de madera que rodeaban la base del viejo tronco, mirando hacia el bosque.

–Cogerás frío, abuelo –le dijo con cariño Kimber Boh, dirigiéndose directamente hacia él y poniéndole la capa sobre los hombros.

–¡Ni siquiera puedo salir a fumar sin que revolotees a mi alrededor como una gallina! –contestó el anciano, haciendo una mueca de disgusto. Sin embargo, se tapó con la capa mientras dirigía una mirada poco amistosa a Brin y a Rone– Y tampoco necesito que me acompañen estos dos. Ni ese gato inútil. ¡Supongo que también ha venido contigo!

Brin miró a su alrededor y se sorprendió al comprobar que Murmullo había vuelto a desaparecer. Hacía sólo un momento que lo había visto detrás de ellos.

–¿Por qué no intentas simpatizar con Brin y Rone? –preguntó Kimber Boh a su abuelo, sentándose a su lado.

–¿Para qué? –preguntó Cogline–. ¡No necesito amigos! Los amigos sólo te causan

problemas. Siempre esperan que hagas algo por ellos, siempre están dispuestos a pedirte un favor. Ya he tenido bastantes amigos a lo largo de mi vida, muchacha. ¡Tú no puedes comprender todavía la vida!

La muchacha dirigió una mirada de disculpa a los jóvenes y les señaló con un gesto el banco vacío. Brin y Rone se sentaron en silencio.

–No debes ser así –insistió Kimber Boh a su abuelo–. No debes ser tan egoísta.

–¡Soy un hombre viejo! ¡Puedo ser lo que quiera! –exclamó el anciano con visible mal humor.

–Cuando yo decía cosas como ésa, me llamabas maleducada y me castigabas mandándome a mi habitación. ¿Lo recuerdas?

–¡Eso era diferente!

–¿Me obligarás a mandarte a tu habitación? –le preguntó la muchacha, hablándole como una madre a su hijo pequeño, estrechando con su mano la de él–. O tal vez prefieras que Murmullo y yo nos olvidemos más de ti, ya que somos amigos tuyos y tú no quieres tener amigos.

Cogline apretó los dientes contra la boquilla de su pipa como si quisiera partirla y se embozó en la capa, negándose a responder. Brin dirigió a Rone una rápida e inquisitiva mirada, y éste arqueó una ceja como respuesta. Ambos habían llegado a la conclusión de que, a pesar de su juventud, Kimber Boh era la fuerza estabilizadora de aquella extraña y pequeña familia.

–Ya sé que no sientes lo que has dicho –continuó la muchacha, inclinándose hacia delante y depositando un cariñoso beso en la mejilla de su abuelo–. Sé que eres un hombre bueno, amable y generoso, y te quiero–. Rodeó con sus brazos la delgada figura del anciano y lo estrechó contra ella. Para sorpresa de Brin, el anciano levantó sus vacilantes brazos y correspondió al abrazo.

–Deberían de haber preguntado antes de venir –dijo Cogline, dirigiendo un gesto vago a la muchacha del valle y el joven de las tierras altas–. Hubiese podido hacerles daño, ¿sabes?

–Sí, abuelo, lo sé –respondió la muchacha–. Pero ahora que están aquí, después de hacer un viaje tan largo en tu búsqueda, creo que deberías averiguar por qué necesitaban encontrarte y si puedes hacer algo por ayudarlos.

Brin y Rone intercambiaron una rápida mirada. Cogline se liberó de los brazos de Kimber, hablando entre dientes y haciendo gestos para expresar su mal humor, con el cabello encrespado danzando a la luz de la luna como finas hebras de seda.

–¡Maldito gato! ¿Dónde se ha metido ahora? ¡Murmullo! ¡Ven aquí, bestia inútil! No estoy de humor para...

–¡Abuelo! –lo interrumpió la muchacha con firmeza. El anciano la miró en silencio, y ella señaló con la cabeza a Brin y Rone–. Aquí están nuestros amigos, abuelo, ¿no deseas hacerles algunas preguntas?

–Bien –dijo en tono brusco, frunciendo el entrecejo–. ¿Qué os ha traído aquí?

–Necesitamos a alguien que pueda indicarnos cómo cruzar esta región –respondió Brin inmediatamente, aunque sin esperar que le ofreciera la ayuda que tanto necesitaban–. Nos dijeron que Cogline era el único hombre capaz de hacerlo.

–¡Pero Cogline ya no está aquí! –respondió el anciano, pero una mirada de advertencia de la muchacha lo calmó en el acto–. Bueno, ¿qué región es ésa por la que habéis planeado realizar vuestro viaje?

–El Anar central –contestó Brin–. La Cuenca Tenebrosa, el páramo que está a continuación... todo el camino oriental hasta las montañas del Cuerno Negro Azabache. Hacia el Maelmord –concluyó, tras hacer una breve pausa.

–¡Pero los caminantes están allí! –exclamó Kimber Boh.

–¿Para qué vais a ese pozo negro? –preguntó el anciano.

–¡Para destruir a los caminantes! –respondió Brin, después de titubear un momento, al ver el sesgo que tomaba la conversación.

–¡Destruir a los caminantes! –exclamó Cogline, estupefacto–. Destruirlos, ¿con qué, muchacha?

–Con la canción de los deseos. Con la magia que...

–¿Con la canción de los deseos? ¿Con ese canto? ¿Eso es todo lo que piensas utilizar? –preguntó Cogline poniéndose de pie y saltando salvajemente mientras gesticulaba con sus esqueléticos brazos–. ¿Crees que estoy loco? ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera, fuera!

Kimber Boh se levantó y lo empujó con suavidad para que se sentara de nuevo en el banco, hablándole para intentar calmarlo, mientras él continuaba hablando a gritos.

Tardó un poco en conseguirlo, pero al fin lo logró y volvió a poner sobre los hombros del anciano la capa, que estaba en el suelo.

–Brin Ohmsford –dijo con voz solemne y expresión severa, volviéndose hacia los dos jóvenes–. El Maelmord no es el lugar más adecuado para ti. Ni siquiera yo me acerco a él.

Brin casi esbozó una sonrisa ante el énfasis que Kimber Boh ponía en su prohibición.

–No tengo elección respecto a eso, Kimber –respondió Brin con amabilidad–. Tengo que ir.

–Y yo he de acompañarla –dijo Rone con poco entusiasmo–. Es decir, cuando encuentre la espada. Primero tengo que encontrar la espada.

–No comprendo –dijo Kimber Boh, mirando a los dos jóvenes y haciendo un gesto de incomprensión–. ¿Qué espada? ¿Por qué tenéis que ir allí? ¿Por qué tenéis que destruir a los caminantes?

Brin dudó una vez más. ¿Cuánto debía revelar sobre la búsqueda que la había llevado a aquellas tierras? ¿Qué parte de la verdad que se le había confiado podía compartir con Kimber Boh y su abuelo? Pero, al mirar a los ojos de la muchacha, la cautela que le obligaba a mantenerse alerta perdió todo su significado. Allanon había muerto, nunca más volvería a poner sus pies sobre las Cuatro Tierras. La magia que había dado a Rone para que la protegiera se había perdido. Estaba sola, cansada y asustada, a pesar de la determinación que la impulsaba a proseguir aquel viaje imposible. Si quería sobrevivir, debía aprovechar cualquier ayuda que le ofrecieran. Verdades escondidas y supercherías inteligentes habían formado parte de la vida de Allanon, una parte de la persona que había sido. Pero ella nunca lo aceptaría.

Contó a la muchacha y al anciano todo lo que le habían dicho y todo lo que les había sucedido desde que encontraron a Allanon en su casa de Valle Umbroso. No les ocultó nada, salvo los pocos secretos que se reservaba para sí y que ni siquiera había revelado a Rone: los recelos aterradores y los inquietantes susurros de los poderes oscuros e insondables de la canción. Necesitó mucho tiempo para contarles todo, pero el anciano no la interrumpió en ningún momento y la muchacha escuchó junto a él en admirado silencio.

Cuando concluyó, dirigió una inquisitiva mirada a Rone, preguntándole si había alguna otra cosa que debiera decirles, pero el joven de las tierras altas se limitó a hacer un gesto negativo, manteniéndose en silencio.

–Ahora comprenderán que es necesario que vaya –terminó diciendo.

Miró a la muchacha, al anciano y de nuevo a la muchacha, en espera de su respuesta.

–Posees la magia élfica, ¿verdad? –preguntó Cogline, clavando en ella sus penetrantes ojos–. El toque del druida en todo lo que haces. También yo tengo un poco de ese toque, ¿sabes? Un poco del saber oscuro. Sí, sí, lo tengo.

–¿Podemos ayudarlos a encontrar el camino hacia el este? –preguntó Kimber a su

abuelo, poniendo la mano sobre su brazo.

–¿El este? Conozco todo el este del país y todo lo que encierra. La Chimenea de Piedra, la Cuenca Tenebrosa, el Páramo Viejo; todo hasta las montañas del Cuerno Negro Azabache, todo hasta el Maelmord. He conservado el toque; lo tengo –prosiguió, tras hacer un gesto de concentración–. Los caminantes no me molestan aquí. Los caminantes no entran en el valle, pero fuera de él van donde quieren. Éste es su país.

–Abuelo, escúchame –insistió la muchacha–. Debemos ayudar a nuestros amigos: tú, Murmullo y yo.

–¡Es una pérdida de tiempo! –exclamó levantando las manos, tras mirar a su nieta en silencio–. ¡Una ridícula pérdida de tiempo! –Levantó su huesudo dedo para tocar el entrecejo de la muchacha–. Tienes que pensar mejor. ¡Yo te he enseñado a pensar mejor! Supón que los ayudamos, supón que les indicamos el camino a través de la Cuenca Tenebrosa, a través del Páramo Viejo, hasta las montañas del Cuerno Negro Azabache y el pozo negro. ¡Imagínatelo! Entonces, ¿qué? ¡Dime! Entonces, ¿qué?

–Eso sería suficiente... –se disponía a responder Brin.

–¿Suficiente? –inquirió Cogline, interrumpiéndola–. ¡No es tan fácil, muchacha! Esos riscos alcanzan centenares de metros de altura y forman un muro prácticamente infranqueable. Kilómetros de roca pelada, con gnomos por todas partes. ¿Qué pasa entonces? ¿Qué haces entonces? –le preguntó el anciano apuntando hacia ella con el dedo como si fuera una daga–. ¡No hay ninguna entrada, muchacha! ¡No existe ninguna! ¡No puedes recorrer tanta distancia a menos que sepas cómo entrar! –concluyó Cogline, respondiendo de forma categórica él mismo a sus preguntas.

–Encontraremos un paso –dijo Brin con firmeza.

–¡Bah! –escupió el anciano, haciendo una mueca despectiva.– ¡Los caminantes os capturarán antes que de que os deis cuenta! Os verán llegar cuando os encontréis a medio camino de la cumbre... si es que habéis logrado encontrar un sitio por el que iniciar la escalada. ¿O puedes conseguir hacerte invisible con la magia? ¿Puedes hacerlo?

–Encontraremos un paso –repitió Brin, apretando las mandíbulas.

–Tal vez sí o tal vez no –intervino Rone de improviso–. Esto no me gusta nada, Brin. El anciano conoce el país. Si dice que todo es campo abierto, debemos tenerlo en cuenta antes de seguir adelante. –Miró a Cogline para asegurarse de que sabía realmente lo que estaba diciendo–. Además, hay que seguir un orden. Antes de emprender el viaje a través de las Tierras Orientales, tenemos que recuperar la espada. Es la única protección real con que contamos para defendernos de los caminantes.

–¡No hay protección contra los caminantes! –exclamó Cogline, indignado.

–Rone, debemos olvidarnos de la espada –respondió Brin con amabilidad al joven de las tierras altas clavando en él su mirada y dando un suspiro–. Ha desaparecido y no sabemos dónde ni cómo buscarla. Allanon dijo que encontraría la forma de volver a unas manos humanas, pero no concretó a qué manos ni cuánto tiempo tardaría en suceder. No podemos...

–¡Si no tenemos la espada para protegernos de los caminantes negros, no daremos ni un solo paso más! –afirmó con rotundidad Rone, tensando sus mandíbulas al intuir la previsible respuesta de Brin.

–No nos queda otra elección –dijo Brin, tras permanecer largo rato en largo silencio–. Al menos, yo no la tengo.

–Entonces seguid vuestro camino – intervino Cogline, haciendo un gesto como si lo barriera con un movimiento de mano–. Seguid vuestro camino y dejadnos en paz... vosotros y vuestros locos planes de bajar al pozo y destruir a los caminantes. ¡Unos planes que no tienen ni pies ni cabeza! Adelante, abandonad nuestra casa, ¡Maldita sea!... Murmullo, ¿dónde te has metido? Inútil... Aparece o te... ¡Yiiii!

El anciano profirió un grito de sorpresa cuando la cabeza del gran gato apareció sobre su hombro, materializándose en la oscuridad, guiñando sus ojos luminosos, presionando con el frío hocico su brazo desnudo. Furioso por aquella sorpresa, Cogline se apartó del gato y se alejó sin abandonar la cobertura de las ramas del sauce, maldiciendo entre dientes. Murmullo lo siguió con la mirada; luego dio varias vueltas alrededor del banco y se echó en el suelo junto a Kimber Boh.

–Creo que aún es posible convencer al abuelo para que os enseñe el camino, al menos hasta las montañas del Cuerno Negro Azabache –dijo Kimber Boh en tono pensativo–. En cuanto a lo que haréis después...

–Espera un momento. Permíteme aclarar eso –intervino Rone, levantando las manos en actitud suplicante y volviéndose hacia Brin–. Sé que has tomado la firme decisión de completar la búsqueda que te encomendó Allanon y comprendo que debes hacerlo. Brin Ohmsford, yo te acompañaré hasta el final, pero tenemos que recuperar la espada. ¿No te das cuenta? ¡Debemos recuperarla! ¡Carecemos de armas para enfrentarnos a los espectros corrosivos! Por todos los demonios, ¿cómo puedo protegerte si no tengo la espada? –concluyó, con el rostro enrojecido por la frustración que sentía.

De repente, Brin se estremeció al recordar el gran poder de la canción de los deseos y la forma en que ese poder había actuado contra los hombres de la cordillera Spanning en el Centro de Ventas el Paso de los Grajos. Rone lo ignoraba, y ella prefería seguir manteniéndolo oculto, pero un poder de tal magnitud era un arma mejor de lo que podía imaginar. Rone estaba convencido de que debía recuperar el poder de la Espada de Leah, pero ella sentía en su interior que, al igual que la magia del cantar y la de las piedras élficas, la magia de la Espada de Leah era luminosa y oscura a la vez, y que podía ayudar y perjudicar en la misma medida a quien la utilizaba.

Miró a Rone, y pudo ver reflejado en sus ojos grises el amor que sentía por ella mezclado con la certeza de que no podría ayudarle sin la magia que Allanon le había dado.

–No tenemos ninguna posibilidad de encontrar la espada, Rone –le dijo.

Estaban mirándose uno al otro, sentados en el mismo banco de madera, perdidos en la sombreada oscuridad del viejo sauce. *Olvídala,* le suplicaba Brin en silencio. *Por favor, olvídala.* Cogline se acercó a ellos arrastrando los pies. Todavía maldecía entre dientes a Murmullo cuando se sentó con cuidado en un extremo del banco y empezó a manosear su pipa.

–Tal vez haya una forma –dijo Kimber de repente, rompiendo el silencio con su voz. Todos los ojos se dirigieron hacia ella–. Podemos preguntárselo al Oráculo Siniestro.

–¡Ya! –exclamó Cogline, indignado–. ¡También podrías preguntárselo a un agujero del suelo!

–¿Quién es el Oráculo Siniestro? –preguntó Rone, inclinándose hacia delante.

–Un avatar –respondió la muchacha sin inmutarse–. Un fantasma que vive en un estanque al norte de la Chimenea de Piedra, donde se dividen las altas cordilleras. Siempre ha vivido allí, según me ha dicho; desde antes de la destrucción del mundo antiguo, desde el tiempo de las criaturas fantásticas. Posee la magia del mundo antiguo en su toque y la facultad de ver los secretos ocultos de los vivos.

–¿Podría indicarme dónde puedo encontrar la Espada de Leah? –preguntó Rone con ansiedad, ignorando la advertencia que Brin le hizo poniendo la mano sobre su brazo.

–¡Ja, ja! ¡Miradlo! –exclamó Cogline, esbozando una alegre sonrisa–. Cree que ya tiene la respuesta, ¿o no? ¡Cree que ha encontrado la solución! ¡El Oráculo Siniestro tiene todos los secretos de la tierra guardados en un bonito paquete, listos para entregárselos a él! Sólo existe un pequeño problema: ¡hay que discernir entre lo que es verdadero y lo que es falso! ¡Sólo ese! ¡Ja, ja!

–¿De qué está hablando? –inquirió Rone, con visible mal humor–. ¿Qué significa

discernir entre los que es verdadero y falso?

–Quiere decir que no siempre dice la verdad –respondió Kimber, dirigiendo una dura mirada a su abuelo para calmarlo, y volviéndose a continuación hacia el joven de las tierras altas–. Miente mucho o habla empleando adivinanzas que muy pocos son capaces de descifrar. Se divierte mezclando la realidad y la fantasía. Por tanto, quien le escucha no sabe qué es lo que debe creer.

–Pero ¿por qué lo hace? –preguntó Brin, perpleja.

–Los fantasmas son así –respondió la muchacha, encogiéndose de hombros–. Están a caballo entre el mundo que fue y el que será, pero en realidad no están en ninguno de los dos.

Lo dijo con tal autoridad que la joven del valle lo aceptó sin hacer más preguntas. Además, al menos en parte, ésa había sido también la forma de comportarse del fantasma de Bremen. Había un sentido de compromiso en el fantasma de Bremen del que quizá carecía el del Oráculo Siniestro, pero el fantasma de Bremen no decía todo lo que sabía ni hablaba con claridad de los acontecimientos futuros. Sin lugar a dudas, había algunas verdades que nunca podrían ser pronunciadas. El futuro no estaba prefijado de forma inalterable y hablar sobre él en términos inequívocos podría acarrear consecuencias fatales.

–El abuelo prefiere que me mantenga alejada del Oráculo Siniestro –le decía Kimber Boh a Rone–. No aprueba su forma de hablar. Sin embargo, a veces su conversación es divertida, y llega a convertirse en un juego apasionante cuando me decido a jugarlo. –Adoptó un aspecto formal–. Por supuesto, el juego es completamente distinto cuando intentas comprometer al fantasma para que te diga la verdad sobre lo que sabe cuando es importante para ti. Nunca le pregunto sobre el futuro ni escucho lo que dice cuando él se ofrece a revelármelo. A veces es un ser cruel.

Rone bajó la vista, pero enseguida volvió a mirar a la muchacha.

–¿Crees que podríamos obligarlo a que me dijera lo que ha ocurrido con mi espada?

–Obligarlo no. Persuadir, quizás. Engañarlo, tal vez. –respondió Kimber, arqueando las cejas y mirando a Brin–. Pero no estaba pensando sólo en encontrar la espada. También estaba pensando en encontrar el camino que conduzca a las montañas del Cuerno Negro Azabache y el Maelmord. Si hubiera uno por el que los espectros no os pudieran ver llegar, el Oráculo Siniestro lo sabría.

Se produjo un largo y angustioso silencio, durante el cual la mente de Brin Ohmsford trabajó a toda velocidad. Necesitaban encontrar un camino que los condujera al Maelmord sin que pudieran ser descubiertos por los espectros corrosivos... ése era el medio que necesitaba para completar la búsqueda del *Ildatch.* Ella prefería que la Espada de Leah, con su poder mágico, continuara perdida. Pero ¿qué importancia podía tener el que la encontraran si no la necesitaban? Miró a Rone y vio determinación en sus ojos. Él ya había tomado una decisión.

–Brin, debemos intentarlo –dijo en voz baja.

–¡Adelante, sureño, inténtalo! –dijo Cogline, dibujando una mueca irónica en su arrugado rostro y soltando una carcajada que resonó en el silencio de la noche.

Brin vaciló. A sus pies, entre los bancos, con el cuerpo gris y negro enroscado junto a su ama, Murmullo levantó su enorme cabeza y parpadeó con curiosidad. La joven del valle miró al fondo de los enormes ojos azules del felino. Estaba tan desesperada que debía recurrir a la ayuda de una muchacha del bosque, de un anciano medio chiflado y de un gato que se desvanecía.

Pero Allanon estaba muerto...

–¿Podrás hablar con el Oráculo Siniestro por nosotros? –le preguntó a Kimber.

La muchacha mostró una sonrisa luminosa.

–Brin, estaba pensando, que sería preferible que fueras tú quien hablara con él.

Fue justo entonces cuando Cogline empezó a reírse con ganas.

10

A la mañana siguiente, cuando el pequeño y extraño grupo inició la marcha hacia el lago del Oráculo Siniestro, Cogline seguía sin poder contener la risa. Hablando entre dientes alegremente, avanzaba a saltitos por el bosque cubierto de hojas con evidente desinterés por lo que le rodeaba, perdido en el mundo poco cuerdo y lleno de sombras de su propia mente. Sin embargo, de vez en cuando sus agudos ojos se detenían en el preocupado rostro de Brin, reflejando astucia y sagacidad.

–¡Inténtalo, sureña! ¡Debes intentarlo! ¡Ja, ja! –exclamaba, con un júbilo taimado y secreto en su voz–. ¡Habla con el Oráculo Siniestro y pregúntale lo que quieras! ¡Secretos sobre todo lo que es y todo lo que será! ¡Durante un millón de años, el Oráculo Siniestro ha visto lo que la vida humana ha hecho consigo misma, lo ha mirado con ojos que nadie más puede tener! ¡Pregunta, sureña! ¡Toca al espíritu y aprende!

Después continuó riendo a carcajadas y volvió a danzar. Una y otra vez, Kimber Boh le reprochaba su conducta con una palabra o una mirada dura. Para la muchacha, la conducta de su abuelo era reprobable y vergonzosa. Pero ni sus miradas ni sus palabras producían en el anciano el efecto esperado, que seguía importunando a los dos jóvenes y mofándose de ellos.

Era un día de otoño gris y envuelto en la niebla. El cielo estaba cargado de bancos de nubes desde la oscura extensión de las montañas de Wolfsktaag hasta las copas invisibles de los árboles del bosque del este. Una brisa fría del norte arrastraba el polvo del camino y las partículas de las hojas que se arremolinaban y pinchaban la cara y los ojos de los viajeros. El color de los bosques estaba deslucido, y en su matiz grisáceo se revelaban los primeros signos de la llegada del invierno.

El pequeño grupo, con Kimber Boh a la cabeza, grave y decidida, viajaba hacia el norte de la Chimenea de Piedra. Brin y Rone Leah marchaban a continuación, mientras que el viejo Cogline danzaba a su alrededor y Murmullo correteaba a distancia entre la oscura maraña de árboles. Pasaron bajo la sombra de la imponente roca que daba nombre al valle y por claros limpios de maleza en su camino hacia el terreno selvático del exterior. Troncos secos y matorrales asfixiaban el bosque que recorrían: una densa y retorcida masa de árboles. A medida que se acercaba el mediodía, la marcha se hizo más fatigosa y lenta. Cogline ya no aleteaba como un pájaro loco, porque la selva se espesaba a su alrededor. Siguieron andando en fila, uno tras otro, moviéndose con precaución. Sólo Murmullo continuaba vagando sin problemas, pasando como una sombra, silencioso y ágil, entre los oscuros árboles.

Al mediodía, el terreno se había tornado aún más accidentado, y a lo lejos divisaron las oscuras cumbres de una cordillera. Enormes rocas y pendientes cubiertas de peñascos dividían la tierra que atravesaban, obligándolos a escalar. A medida que se acercaban a las crestas, el viento se iba quedando bloqueado, y el bosque empezó a oler a podrido y a humedad.

Por fin, consiguieron superar la ladera de una larga y profunda hondonada, y se encontraron en un valle estrecho que descendía formando un ángulo entre dos altas cordilleras que se extendían hacia el norte hasta desvanecerse entre la niebla.

–Allí –dijo Kimber, señalando hacia el valle.

Una apretada línea de pinos rodeaba un lago, cuyas aguas sólo eran parcialmente visibles bajo el manto de niebla que giraba y se desplazaba con las corrientes del viento.

–¡El Oráculo Siniestro! –exclamó Cogline, golpeando suavemente con sus dedos el brazo de Brin y alejándose después de su lado.

Atravesaron la masa de pinos que asfixiaban las escarpadas laderas del valle, bajando con dificultad hacia el pequeño lago cubierto por una densa capa de niebla. El viento había desaparecido y el bosque estaba en calma. Murmullo, una vez más, se había desvanecido. La tierra que pisaban estaba llena de piedras de grueso tamaño y agujas de pino, que crujían al ser holladas por sus botas. Aunque aún era mediodía, las nubes y la niebla impedían el paso de la luz hasta tal punto que daba la impresión de que se encontraban en el crepúsculo. Brin escuchaba el silencio del bosque, buscando algún signo de vida entre las sombras, mientras seguía los pasos de la esbelta figura de Kimber Boh. Escuchaba y buscaba, y una inquietud creció de pronto en su interior. Allí había algo, sin duda, algo inmundo que estaba agazapado, esperando. Ella podía sentirlo.

La niebla empezó a descender entre los pinos, pero no interrumpieron la marcha. Cuando parecía que iba a impedir su visión, dejaron el bosque y salieron a un pequeño claro donde unos antiguos bancos de piedra rodeaban una cárcava de hoguera, con sus troncos carbonizados y las cenizas ennegrecidas por la humedad.

En el extremo opuesto del claro, un sendero se adentraba en la niebla.

–Brin, debes adelantarte sola –le dijo Kimber, volviéndose hacia ella–. Camina por el sendero hasta que llegues al borde del lago. El Oráculo Siniestro se acercará a ti.

–¡Y te susurrará secretos al oído! –dijo entre risas Cogline, agachándose junto a ella.

–Abuelo –le reprochó la muchacha.

–Verdades y mentiras, ¿pero cuál es verdad y cuál es mentira? –dijo Cogline, desafiante, y se alejó dando saltos hacia los pinos.

–No permitas que el abuelo te asuste –le dijo Kimber con inquietud, a causa de la preocupación que reflejaban los ojos de Brin–. El Oráculo Siniestro no te causará ningún daño. Sólo es un fantasma.

–Uno de nosotros debería acompañarte –sugirió Rone, un poco nervioso.

–El Oráculo Siniestro sólo habla con una persona, nunca con más de una. Ni siquiera se dignaría mostrarse –respondió Kimber Boh, haciendo un gesto negativo y esbozando una amplia sonrisa, para infundirle ánimos–. Brin debe ir sola.

–Supongo que así debe ser –dijo la joven del valle, haciendo un gesto de asentimiento.

–Recuerda mi advertencia –le aconsejó Kimber–. Sé cautelosa sobre lo que te diga. Una gran parte será falso o tergiversado.

–Pero ¿cómo voy a saber lo que es falso y lo que es cierto? –le preguntó Brin.

–Eso tendrás que decidirlo tú –respondió Kimber, encogiéndose de hombros–. El Oráculo Siniestro jugará contigo. Aparecerá ante ti y hablará de lo que él quiera. Se burlará de ti. Ésa es su forma de comportarse. Te obligará a jugar. Pero quizá tú sepas hacerlo mejor que yo –prosiguió, tocándole el brazo–. Por eso creo que eres tú quien debe hablar con el Oráculo Siniestro. Tú tienes la magia. Utilízala si puedes. Quizás encuentres la forma de que el cantar te ayude.

La risa de Cogline resonó desde el borde del pequeño claro. Brin lo ignoró, se ciñó la capa e hizo un gesto de asentimiento.

–Es posible. Lo intentaré.

–Buena suerte, Brin –le dijo Kimber, arrugando su pecoso rostro y abrazándola impulsivamente.

Sorprendida, Brin correspondió a su abrazo, levantando una mano para acariciar el largo cabello oscuro de la muchacha.

–Cuídate –le dijo Rone, adelantándose torpemente e inclinándose para darle un beso.

Ella le dedicó una sonrisa; luego, ajustándose bien la capa, les dio la espalda y se dirigió hacia los árboles.

Poco después, las sombras y la niebla se cerraron tanto a su alrededor que

desapareció de la vista cuando sólo se había adentrado unos diez metros en el cercado de pinos. Ocurrió tan deprisa que cuando se dio cuenta de que no veía nada a su alrededor, aún continuaba avanzando. Entonces se sintió desorientada, escudriñando en la oscuridad con la esperanza de que su vista se adaptase a ella. El aire se había enfriado notablemente, y la humedad y el frío de la niebla del lago atravesaban sus ropas, penetrando en su cuerpo con un toque frío y húmedo. Tras unos largos y angustiosos segundos, descubrió que podía distinguir vagamente las delgadas formas de los pinos más cercanos, que aparecían y desaparecían como fantasmas entre la niebla. Le pareció improbable que la situación pudiera mejorar más, por lo que, imponiéndose al malestar y la inseguridad que se habían adueñado de ella, avanzó con cautela, tanteando con las manos extendidas, sintiendo más que viendo el paso del sendero entre los árboles.

Después de caminar durante varios minutos, pudo oír, en el silencio de la niebla y el bosque, el suave sonido de las olas al desvanecerse en la orilla. Entonces aflojó el paso y escudriñó con atención los alrededores, esperando descubrir al fantasma que la estaba esperando. Pero no vio nada, y siguió avanzando con precaución.

De repente, los árboles y la niebla se aclararon a ambos lados del camino, y se encontró junto a la orilla de una playa estrecha, salpicada de rocas, mirando a través de las aguas grises y envueltas en la bruma del lago. El vacío se perdía a lo lejos, y las nubes de niebla formaban un muro a su alrededor, encerrándola...

Un escalofrío recorrió su cuerpo, convirtiéndolo en un caparazón helado y, asustada, miró a su alrededor. ¿Qué había allí? Inmediatamente le invadió una terrible cólera, amarga y dura como el hierro, que enseguida se tornó en un deseo de venganza. Un fuego se encendió en su interior y alejó el frío, rechazando el miedo que amenazaba con arrollarla. De pie en la orilla del pequeño lago, sola entre la niebla, sintió que nacía en ella un extraño poder, lo bastante fuerte como para destruir cualquier cosa que osara oponerse a ella.

De repente, se produjo una repentina agitación en la niebla, y aquella extraña sensación de poder se desvaneció. Huyó como un ladrón, de regreso a su alma. Ella no podía comprender lo que le había pasado ni tenía tiempo para pensar en ello; había observado un movimiento en el interior de la niebla. Una sombra se intensificó y tomó una forma negra, extraída de la semioscuridad. Surgida y condensada sobre las aguas del lago, empezó a avanzar hacia donde ella estaba.

La joven del valle la observó detenidamente. Era un ser espectral que se deslizaba sin hacer ningún ruido en las corrientes del aire, alejándose de la niebla y acercándose a la muchacha que esperaba en la orilla. Estaba envuelto en una capa, con la capucha echada, y era tan incorpóreo como la niebla de la que había nacido. Tenía apariencia humana, pero carecía de facciones.

El fantasma aflojó el paso y se detuvo a unos tres metros de donde ella estaba, suspendido sobre las aguas del lago. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y la niebla se desprendía en remolinos de su figura gris. Su cabeza se levantó lentamente hacia la joven de la orilla, y dos puntos gemelos de fuego rojo brillaron dentro de la capucha.

–Mírame, joven del valle –le dijo el fantasma con una voz que sonaba como el vapor al escapar de un recipiente–. ¡Mira al Oráculo Siniestro!

Levantó aún más la cabeza encapuchada y desaparecieron las sombras que cubrían su rostro. Brin lo miró con asombrada incredulidad.

El Oráculo Siniestro estaba mostrando a la joven del valle su propio rostro.

Jair se despertó en la húmeda y vacía oscuridad de la celda de Dun Fee Aran donde se encontraba prisionero. Un delgado rayo de luz gris se introducía como un cuchillo afilado por el diminuto respiradero abierto en la pared de piedra. Era de día otra vez, pensó intentando recordar el tiempo que había pasado encerrado en aquella celda. Tenía la

sensación de que podía contarse por semanas, pero pronto se dio cuenta que aquél sólo era el cuarto día. No había visto ni hablado a nadie, salvo al mwellret y al taciturno carcelero gnomo.

Se estiró con cuidado y después se sentó erguido en el sucio montón de paja. Sus muñecas y tobillos estaban sujetos a unas cadenas fijadas con anillas de hierro a los muros de piedra. Le habían puesto los grilletes el segundo día de su encarcelamiento. El gnomo se los había puesto siguiendo órdenes de Stythys. Cuando desplazaba su peso, resonaban y chirriaban en el profundo silencio, y los corredores situados al otro lado de la puerta blindada de la celda lo repetían. Cansado a pesar de haber dormido durante varias horas, escuchó cómo se apagaban los ecos y se esforzó por captar algún otro sonido que se aproximara. Pero no se produjo ninguno. Allí no había nadie que pudiera ayudarlo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, que después resbalaron por sus mejillas y mojaron la parte delantera de su sucia túnica. ¿Qué estaba pensando? ¿Era posible que se acercara alguien a aquella negra bodega para ayudarlo a huir? Movió la cabeza para apartar el dolor que le producía la certeza de que nadie lo ayudaría. Los miembros que integraban el grupo de Culhaven estaban perdidos o muertos. Incluso Slanter. Se enjugó las lágrimas con movimientos bruscos, luchando contra su desesperación. Pasara lo que pasara, se juró a sí mismo que nunca entregaría al mwellret lo que le exigía, y que buscaría, hasta encontrarla, la forma de huir de aquella prisión.

Como hacía siempre que se despertaba, manipuló las clavijas y los cerrojos de las cadenas a los que estaba atado, intentado debilitarlos lo suficiente para liberarse. Durante largo rato, torció y giró el hierro, escudriñando sus junturas en la penumbra. Pero, como siempre, acabó renunciando al intento, porque era inútil oponer la carne y la sangre contra el hierro forjado. Sólo la llave del carcelero podía liberarlo.

Libre. Pronunció la palabra mentalmente. Debía encontrar la manera de alcanzar la libertad. Tenía que hacerlo.

Entonces se acordó de Brin. Al pensar en ella, se preguntó qué podía ser lo que había visto la última vez que la vio a través del cristal de la visión. ¡Qué extraña y triste fue aquella breve imagen! Su hermana sola, sentada ante una fogata, con la desesperación y el cansancio reflejados en su rostro y la mirada fija en el bosque. ¿Qué había podido producir en ella tal grado de infelicidad?

Casi inconscientemente, su mano buscó el pequeño bulto del cristal bajo la túnica. Stythys todavía no lo había encontrado, ni tampoco la bolsa del polvo de plata. Había tomado la precaución de mantenerlos bien ocultos cuando el mwellret se encontraba cerca. La criatura lo visitaba con demasiada frecuencia, saliendo de la oscuridad sin hacer ningún ruido cuando él menos lo esperaba, materializándose entre las sombras como un fantasma repulsivo para adularlo e intentar persuadirlo, para hacerle promesas y proferir graves amenazas. *Dame lo que te pido y serás libre... ¡Dime lo que quiero saber!*

En el rostro de Jair se dibujó una dura expresión. ¿Ayudar a aquel monstruo? ¡Nunca lo haría!

Sacó la cadena de plata y su piedra de la túnica, y la depositó con mimo en el hueco formado por las palmas de sus manos. Era su único vínculo con el mundo exterior, el único medio que tenía para descubrir qué hacía su hermana y dónde se encontraba. Fijó su mirada en el cristal, y tomó la decisión de utilizarlo. Era consciente del peligro que corría, pero sólo se arriesgaría un momento. Invocaría la imagen e, inmediatamente después, dejaría que se desvaneciera. El monstruo no se enteraría.

Necesitaba saber dónde estaba Brin.

Con el cristal en las manos, empezó a cantar. Con voz suave y baja despertó el poder dormido de la piedra, penetrando hasta el fondo de sus profundidades. Empezó a iluminarse lentamente y proyectó su luz al exterior. Un torrente de blancura inundó la

horrible penumbra, haciendo que el joven del valle esbozara una leve sonrisa.

–¡Brin! –la llamó.

La imagen cobró vida. Frente a él, en el interior de la luz, estaba el rostro de su hermana. Cantó lenta y monótonamente, y la imagen se hizo más nítida. Estaba de pie ante un lago. La tristeza de su cara se había tornado en asombro. Rígida e inmóvil, miraba a un fantasma que se cubría con capa y capucha, y estaba suspendido en el aire sobre las aguas grises envueltas en la bruma. La imagen giraba con lentitud mientras el muchacho del valle cantaba, para mostrarle el rostro de la aparición.

El cantar fluctuó y se interrumpió cuando aquella cara se acercó.

¡Era el rostro de Brin!

Entonces escuchó un leve crujido en el lado opuesto de la oscura celda, que heló el estómago de Jair. Se quedó inmóvil, y la extraña visión desapareció. Sus manos se cerraron sobre el cristal, apresurándose a ocultarlo entre sus destrozadas ropas, aunque sabía que ya era demasiado tarde.

–¿Vess, pequeño amigo? Hass encontrado la manera de ayudarme –silbó la fría y conocida voz reptiliana.

La figura encapuchada del mwellret Stythys atravesó la puerta abierta de la celda.

En la misma orilla del lago del Oráculo Siniestro se produjo un interminable momento de silencio, que sólo era roto por el suave sonido producido por las aguas grises al rozar las rocas. El fantasma y la joven del valle se miraban en la penumbra de niebla sin intercambiar una palabra, como espíritus salidos de otro mundo y otro tiempo.

Brin mantenía firme su mirada. El rostro que le mostraba el Oráculo Siniestro era el suyo propio, ojeroso, pálido y marcado por la pesadumbre. Pero en lugar de sus ojos oscuros, un par de ranuras idénticas de luz carmesí ardían como carbones. Su propia sonrisa hacía burla de ella en los labios del fantasma, aguijoneándola con propósito insidioso hasta convertirse a una risa insonora y maligna.

–¿Me conoces? Si es así, pronuncia mi nombre.

–Eres el Oráculo Siniestro –respondió Brin, tragando saliva para aclarar su garganta.

–¡Yo soy tú, Brin de Valle Umbroso, Brin de las casas de Ohmsford y Shannara! –dijo el fantasma, acrecentando su risa–. ¡Yo soy el revelador de tu vida, y en mis palabras encontrarás tu destino! Intenta conseguir lo que deseas.

El siseo de la voz del Oráculo Siniestro se disolvió en una repentina turbulencia de las aguas sobre las que estaba suspendido. Una lluvia de finas gotas estalló como un surtidor en el aire y cayó sobre la joven. El agua estaba tan fría como el toque nefasto de la muerte.

–¿Quieres conocer, niña de la luz, la oscuridad que encierra el *Ildatch?*

Brin respondió con un gesto de asentimiento.

–Todo lo que es y todo lo que fue de la magia negra conduce al libro, vinculado por hilos que os envuelven a ti y a los tuyos –dijo el Oráculo Siniestro, esbozando una triste sonrisa y acercándose a la joven del valle–. Guerras de las Razas, guerras del hombre, demonios fantásticos; todo es lo mismo. Como los matices de la voz, todos son una. Los humanos buscan en la magia negra un poder que no pueden hacer suyo... y encuentran la muerte. Se arrastran hasta el escondite del libro, atraídos por el señuelo, por la necesidad. Una vez hacia la cara de la muerte, una vez hacia el foso de la noche. Siempre encuentran lo que buscan y se pierden en ello, convirtiéndose en fantasmas. Portadores y espectros, todos son uno. Y la maldad también se funde con ellos.

La voz se desvaneció. La mente de Brin trabajaba a gran velocidad, pensando en el significado de las palabras que le había dicho el fantasma. Una vez hacia la cara de la muerte... el Monte de la Calavera. Pasado y presente eran uno, portador de la calavera y

espectro corrosivo. Ése era el mensaje del Oráculo Siniestro. Habían nacido de la misma maldad y, de alguna manera, todo procedía de una sola fuente.

–La magia negra los hace a todos –respondió Brin enseguida–. El Señor de los Hechiceros y los portadores de la calavera en los tiempos de mi bisabuelo, y los espectros corrosivos ahora. Ése es su significado, ¿verdad?

–¿Lo es? –siseó la voz, en tono provocativo–. ¿Uno de uno? Joven del valle, ¿dónde se encuentra ahora el Señor de los Hechiceros? ¿Quién habla ahora por la magia y manda a los espectros corrosivos?

Brin miró al fantasma en silencio. ¿Estaba diciendo que el Señor de los Hechiceros había regresado? Pero eso era imposible...

–Esa voz es tenebrosa cuando habla a la raza humana –prosiguió el Oráculo Siniestro con sonsonete–. Esa voz ha nacido de la magia, ha nacido del saber. Adopta diferentes formas; para algunos en palabras escritas, para otros... ¡en canción!

–¡Yo no soy de su clase! –respondió Brin, indignada–. ¡Yo no uso la magia negra!

–Nadie lo hace, joven del valle –dijo el Oráculo Siniestro entre risas–. Es la magia la que los utiliza a ellos. Ahí está la llave de todo lo que buscas. Ahí está todo lo que necesitas saber.

–Habla más –lo apremió Brin, esforzándose por comprender.

–¿Más? ¿Más de qué? –La neblinosa figura del fantasma destelló oscuramente–. ¿Quieres que te hable de los ojos... ojos que te siguen, ojos que te buscan en cada vuelta del camino? –La joven del valle se estremeció–. El amor te mira con esos ojos cuando son los ojos que ordenan al cristal. Pero también te mira un oscuro propósito cuando los ojos son ciegos y fruto de tu propio derecho de nacimiento. ¿Puedes ver tú? ¿Están abiertos tus ojos? No como los ojos del druida cuando vivía, oscura sombra de su tiempo. Estaban cerrados para una gran parte de la verdad, cerrados para lo que era evidente, y no se daba cuenta. No consiguió conocer la verdad, pobre Allanon. Sólo pudo ver que regresaba el Señor de los Hechiceros, sólo pudo ver lo que fue como lo que es... no cómo podría haber sido. Engañado, pobre Allanon. Incluso para morir, se disipó donde la magia negra quería que lo hiciera; y cuando llegó a su fin, se comportó como un tonto.

–Los caminantes. Sabían que iba a venir, ¿verdad? –preguntó Brin, cuya mente giraba a velocidad de vértigo–. Sabían que podía venir a las montañas de Wolfsktaag. Por eso estaba allí el jachyra.

–¡La verdad triunfa! Pero, probablemente, sólo una vez –respondió el fantasma entre risas que resonaban en el silencio de la niebla–. No confíes en lo que dice el Oráculo Siniestro. ¿Quieres que hable más? ¿Quieres que te hable de tu viaje al Maelmord con el cretino príncipe de Leah y su magia perdida? ¡Oh, está desesperado por recuperar esa magia, que lo destruirá! Tú sospechas que lo destruirá, ¿no es así, joven del valle? Permitamos que la recupere; así cumplirá su deseo y se convertirá en uno de los que la consiguieron y después murieron. Suyo es el brazo fuerte que te conduce a un destino similar. ¿También quieres que te hable del camino que le llevará a la muerte?

–Dime lo que quieras, fantasma, porque yo sólo escucharé la verdad –respondió Brin, adoptando una expresión severa.

–¿Ah sí? ¿Tengo que discernir entre lo que es verdad y lo que no lo es cuando hablemos de lo que ha de suceder? –preguntó el Oráculo Siniestro con voz baja e insolente–. El libro de tu vida está abierto ante mí, aunque todavía hay algunas páginas en blanco. Lo que en ellas debe ser escrito, ha de ser escrito por ti, no por las palabras que yo pueda pronunciar. Tú eres la última de tres, cada uno para vivir en la sombra de los otros, cada uno para buscar liberarse de esa sombra, cada uno para desarrollarse fuera de ella y luego alcanzar a los que fueron antes. Pero tus facultades son las más oscuras de la tierra.

Brin, insegura, titubeó. Shea Ohmsford debía ser el primero, su padre el segundo y

ella la tercera. Todos habían intentado liberarse del legado de la casa élfica de Shannara, de la cual descendían. Pero ¿qué significaba la última parte?

–Ah, tu muerte te espera en la tierra de los caminantes –siseó con suavidad el Oráculo Siniestro–. En el interior del foso negro, en el seno de la magia que intentas destruir, allí es donde encontrarás la muerte. Está predeterminado, joven del valle, porque llevas sus semillas en tu propio cuerpo.

–Entonces, Oráculo Siniestro, dime cómo puedo llegar hasta ella –le urgió la joven del valle, levantando la mano con impaciencia–. Indícame un camino que lleve al Maelmord y en el que no puedan descubrirme los ojos de los caminantes. Permíteme que vaya sin demora hasta mi muerte, si es eso lo que me espera.

–Muchacha inteligente, pretendes que te diga de forma clara lo que has venido a descubrir aquí –respondió el Oráculo Siniestro, esbozando una misteriosa sonrisa–. Yo sé lo que te ha traído aquí, elfina. No puedes ocultarme nada, porque he vivido todo lo que fue y viviré todo lo que ha de ser. Es mi elección hacerlo así, quedarme dentro de este mundo antiguo y no estar en paz en otro. He hecho juguetes de carne y hueso, que son mis únicos compañeros ahora, y ninguno ha roto nunca la protección que coloco sobre mí mismo. ¿Quieres saber la verdad de lo que pides, joven del valle? Entonces, suplícame.

Empujada por la cólera que brotó en su interior al escuchar las palabras jactanciosas del Oráculo Siniestro, Brin avanzó hasta la misma orilla de las grises aguas del lago. El surtidor emitió un silbido de aviso desde la niebla, pero ella lo ignoró.

–Me advirtieron que jugarías conmigo –le dijo, en tono conminativo–. Vengo desde muy lejos y he soportado muchas fatigas, y no podré soportar que te rías de mí. No me causes problemas, fantasma. Limítate a decir la verdad. ¿Cómo puedo llegar al foso del Maelmord pasando inadvertida a los caminantes?

–Encuentra tu propio camino, Brin del pueblo de Valle Umbroso –siseó el Oráculo Siniestro, entrecerrando los ojos y lanzando destellos rojos, y rompiendo el largo silencio que se había producido.

Brin sintió que su cólera explotaba, pero consiguió controlarla imponiendo su fuerza de voluntad. Resignada, hizo un gesto de asentimiento y, a continuación, retrocedió y se sentó en la orilla, envolviéndose en la capa.

–Esperas inútilmente –dijo el fantasma a la joven del valle en tono despectivo.

Pero ella no se movió. Realizó grandes esfuerzos para controlarse, respirando el aire húmedo del lago y rechazando sus pensamientos. El Oráculo Siniestro permanecía suspendido sobre las aguas del lago, inmóvil, sin dejar de mirarla, y Brin soportó impertérrita su mirada. Una expresión de serenidad cubrió su rostro moreno, y su largo cabello negro fue impulsado hacia atrás por una ráfaga de viento. *¡Todavía no se ha dado cuenta de lo que voy a hacer!* Sonrió para sus adentros, y el pensamiento desapareció un breve instante después de haberse presentado.

Luego empezó a cantar con suavidad. La canción se levantó en el mediodía con palabras dulces y gentiles desde los labios de la muchacha sentada en la orilla del lago, para llenar el aire que la rodeaba. Luego se extendió hasta alcanzar la figura brumosa del Oráculo Siniestro, haciendo que ondeara y se contorsionara con su magia. La sorpresa del fantasma fue tal que no se movió del lugar en que se encontraba, quedando aprisionado en la red de la magia que se ceñía a él lentamente. Durante un breve instante, el Oráculo Siniestro pareció sentir lo que le estaba sucediendo. Las aguas del lago hervían y silbaban bajo sus ropas plegadas. Pero la canción barrió rápidamente todo lo que había alrededor de la forma aprisionada, aislándola como si se hubiera convertido en una crisálida.

La voz de la joven del valle fluía con mayor rapidez e intención más certera. El velo del primer canto, la suave envoltura, semejante a una matriz, que había rodeado al Oráculo Siniestro sin que lo advirtiera, había desaparecido. Ahora estaba atrapado como una mosca

en una telaraña, e iba a recibir el trato que su captora quisiera darle. Pero la muchacha del valle no utilizó ni la fuerza de los brazos ni la fuerza de la mente contra aquel ser, porque se había dado cuenta de que ambas serían inútiles. Los recuerdos fueron las armas que llamó en su ayuda... recuerdos de lo que una vez había existido, de lo que se había perdido y ya nunca podría ser recuperado. Todos regresaron de repente en la música de la canción: el contacto de una mano humana, cálido y amable; el olor y el sabor de la dulzura; la luz y la sensación de amor y alegría, de vida y de muerte. Todos éstos y otros, perdidos para el Oráculo Siniestro en su forma presente, apenas recordados de la vida que lo había abandonado hacía tiempo.

Con un grito de angustia, el Oráculo Siniestro intentó evadirse de las viejas sensaciones, rielando y girando en una nube de niebla. Pero no podía liberarse de la magia de la canción. Poco a poco, las sensaciones lo alcanzaron y lo sujetaron, y se abandonó a sus recuerdos. Brin podía sentir cómo las emociones del fantasma tomaban vida, y en los recuerdos exhumados brotaron las lágrimas del Oráculo Siniestro. Ella siguió cantando. Cuando consiguió dominar por completo al fantasma, se endureció a sí misma contra su propio dolor y retiró lo que había dado.

–¡No! –gritó la aparición, con desesperación–. ¡Devuélvemelos, joven del valle! ¡Devuélvemelos!

–Dime lo que necesito saber –cantó ella, dejando que sus preguntas ondearan en su canto–. ¡Dímelo!

Las palabras del Oráculo Siniestro se precipitaron como un torrente, como liberadas por la angustia que atormentaba el alma que había olvidado.

–En Marca Gris hay un puente sobre el Maelmord donde éste se interna en las montañas del Cuerno Negro Azabache. Marca Gris, el castillo de los espectros. Allí está el camino que buscas, un laberinto de túneles que se inicia en sus salas y cámaras y se introduce profundamente en la roca que le sirve de base, para desembocar en una depresión mucho más abajo. Sigue los túneles y los ojos de los caminantes no te verán.

–La Espada de Leah –le preguntó Brin con acritud–. ¿Dónde está? ¡Dímelo!

La angustia retorcía al Oráculo Siniestro una y otra vez cuando ella le tocaba, provocándole la sensación de lo que se había perdido.

–¡Gnomos araña! –gritó el fantasma, desesperado–. ¡La espada se encuentra en su campamento, arrebatada de las aguas del torrente de Chard, recogida por las redes y cepos que mantienen asegurados en sus orillas!

Tras escuchar su respuesta, Brin retiró la magia de la canción, impregnada de recuerdos y sensaciones de la antigua vida. La dejó salir en un chorro rápido e indoloro, liberando al espíritu aprisionado de las ligaduras que lo sujetaban. Los ecos de la canción se disolvieron en el silencio que cubría el pequeño lago, muriendo en una nota persistente que circundó el aire del mediodía. Era una nota de olvido... un grito dulce y espectral que devolvió al Oráculo Siniestro a su estado anterior.

A continuación se produjo un largo y angustioso silencio. Brin se puso de pie con lentitud y miró fijamente el rostro del fantasma, que era una reproducción del suyo propio. Algo gritó en su interior cuando vio la mirada con que fue correspondida. ¡Era como si se hubiese tendido la trampa a sí misma!

–¡Me has engañado para conseguir la verdad, niña malvada! –exclamó entre sollozos el Oráculo Siniestro, al comprender en aquel preciso instante lo que le había hecho la joven del valle–. Siento que hayas hecho eso. ¡Ah, eres negra! ¡Negra!

Su voz se quebró, y las aguas grises hirvieron y desprendieron humo. Brin se quedó inmóvil en la orilla del lago, sin saber si debía marcharse o continuar la conversación. Se sentía vacía y helada.

–Un último juego, joven del valle; salgo de mí para ti –le pidió el Oráculo Siniestro,

levantando un brazo–. ¡Permite que éste sea mi regalo! ¡Mira la niebla en el lugar donde se forma junto a mí! ¡Mira con atención ahora! ¡Mira!

En ese momento, Brin se dio cuenta que debía huir, pero no pudo hacerlo. La niebla parecía reunirse ante ella, remolineando y extendiéndose en una sábana de gris que se iluminaba y oscurecía. Un movimiento lento y brillante ondeó en su superficie como agua tranquila que se agita, y se formó una imagen... una figura, encogida en una celda oscura, sus movimientos furtivos...

Jair volvió a agarrar el cristal de la visión para ocultarlo en su túnica, rogando que las sombras y la penumbra hubieran ocultado al mwellret lo que había hecho. Quizás se había movido con suficiente rapidez. Quizás...

–He vissto la magia, medio elfo –dijo la voz con acritud, frustrando sus esperanzas–. Ssiempre he ssentido que lass magiass son tuyass. Compártelass conmigo, pequeño amigo. Muésstrame lo que tieness.

–Aléjate de mí Stythys. Apártate de mí –respondió Jair, haciendo un gesto negativo, con el miedo reflejado en sus ojos azules.

–¿Me amenazass, duende? –inquirió el mwellret, soltando una sonora carcajada, grave y gutural, que resonó en la oquedad de la celda y en los largos corredores que se extendían más allá. El lagarto se hinchó de repente dentro de sus oscuras vestiduras, elevándose contra la escasa luz como una sombra monstruosa–. Te aplasstaré como a un minússculo huevo ssi utilizass la magia ssobre mí. Esstate quieto ahora. Mírame a loss ojoss. Mira lass lucess.

Unos ojos cubiertos con párpados escamosos desprendieron destellos fríos y apremiantes. Jair, sabiendo que no debía mirar porque si lo hacía la criatura volvería a dominarlo, bajó los suyos. Pero no le resultaba fácil, porque deseaba saber qué había dentro de aquellos ojos. Deseaba sentirse atraído por ellos, y disfrutar de la paz que allí lo esperaban.

–Mírame, medio elfo –volvió a silbar el monstruo.

La mano de Jair se cerró sobre el cristal de la visión hasta que pudo sentir que sus filos le cortaban la palma. *Concéntrate en el dolor,* pensó con desesperación. *No mires. ¡No mires!*

–¡Dame la magia! ¡Dámela! –silbó el mwellret, enfurecido, levantando una mano.

Jair Ohmsford, en silencio, retrocedió unos pasos, apartándose de él...

De repente, el Oráculo Siniestro dejó caer el brazo y la pantalla de niebla se aclaró y desapareció. Brin se tambaleó hacia delante, y empezó a caminar, desde la orilla salpicada de rocas, hacia las aguas grises del lago. ¡Jair! ¡Era Jair el que estaba en las imágenes! ¿Qué le había pasado?

–¿Te ha gustado el juego, Brin del pueblo de Valle Umbroso? –le preguntó el fantasma con aspereza, mientras se agitaban las aguas sobre las que estaba suspendido–. ¿Has visto lo que le ha pasado a tu hermano, al que creías seguro en Valle Umbroso? ¿Lo has visto?

–Es una de tus mentiras, Oráculo Siniestro. Esta vez mientes –respondió Brin, intentando dominar la rabia que había estallado en su interior.

–¿Mentiras? –inquirió el fantasma, esbozando una irónica sonrisa–. Piensa lo que quieras, joven del valle. Después de todo, un juego no es más que un juego. Una desviación de la verdad. ¿O revela la verdad? –prosiguió, extendiendo los brazos y haciendo que la niebla se arremolinara–. Eres oscura, Brin de Shannara, de Ohmsford, engendro de la historia. Oscura como la magia con la que juegas. Aléjate ahora mismo de mí. Toma lo que has conocido sobre la magia del príncipe payaso y emprende el camino

hacia tu muerte. ¡Encuentra lo que buscas y conviértete en lo que seguramente serás! ¡Aléjate de mí!

El Oráculo Siniestro empezó a desvanecerse entre la niebla gris que cubría las lóbregas aguas del lago. Brin se quedó paralizada en la orilla, deseando que regresara el fantasma, aunque sabía que eso no sucedería.

De repente, el fantasma se detuvo, con los ojos carmesíes entornados en las sombras de su ropa. Su propio rostro miró a Brin, como una máscara diabólica.

–Mírame, y podrás verte como realmente eres, Brin del pueblo de Valle Umbroso. Salvadora y destructora, espejo de la vida y de la muerte. La magia lo manipula todo, niña oscura; ¡y también te manipula a ti!

Tras pronunciar estas últimas palabras, el Oráculo Siniestro desapareció entre el muro de niebla, y su risa, suave y malvada, se desvaneció en el profundo silencio. Sin ningún sonido, la penumbra se cerró a su alrededor.

Brin se quedó mirando un momento, perdida en medio de sus miedos, de las dudas y las advertencias insinuadas. Después se dio media vuelta, y caminó hacia los árboles.

11

El mwellret Stythys entró en la pequeña celda con expresión enigmática y amenazadora, y Jair retrocedió lentamente.

–Dame la magia –silbó el lagarto, haciendo gestos con los dedos torcidos–. Ssuéltala, medio elfo.

El joven del valle siguió retrocediendo hacia las sombras, arrastrando las cadenas que sujetaban sus muñecas y tobillos, hasta que su espalda chocó contra el muro de la celda.

¡Ni siquiera puedo alejarme de él!, pensó con desesperación.

Un suave ruido producido por unas botas de cuero al arrastrarse sobre el suelo de piedra anunció la inminente entrada en la celda del carcelero gnomo. Con la cabeza inclinada y el rostro oculto en las sombras de la capucha, atravesó la puerta abierta y entró sin hacer ningún ruido. Stythys se volvió al advertir su presencia, y sus fríos ojos reflejaron la contrariedad que le produjo su llegada.

–No he ordenado que viniera al duende –dijo el mwellret, mientras le hacía gestos con sus manos escamosas para que se retirara.

Pero el carcelero no se dio por enterado. Mudo e indiferente, pasó junto al lagarto como si no lo hubiese visto y se dirigió hacia Jair. El gnomo se deslizó como un fantasma, manteniendo la cabeza inclinada y las manos entre los pliegues de su andrajosa capa. Jair lo vio acercarse con una mezcla de sorpresa e inseguridad. A medida que el carcelero gnomo se acercaba, el joven del valle se retiraba con repulsión siguiendo el muro de la celda. Las cadenas que sujetaban sus manos hicieron un ruido ensordecedor cuando levantó éstas en actitud defensiva.

–¡Vete de aquí, ser insignificante –carraspeó Stythys, visiblemente enojado, irguiendo su escamoso cuerpo en actitud amenazadora.

Pero el pequeño hombre ya estaba junto a Jair, encorvado y silencioso. Un segundo más tarde, el gnomo levantó lentamente la cabeza.

Jair tenía los ojos desorbitados. El gnomo de la capa andrajosa no era el carcelero.

–¿Necesitas un poco de ayuda, muchacho? –le preguntó Slanter en voz baja.

En aquel instante, una figura vestida de negro saltó dentro de la celda desde el lóbrego corredor, y la fina hoja de una larga espada se apoyó en la garganta de un Stythys asombrado, obligándolo a retroceder hasta la pared de la celda.

–No quiero que hagas el más leve ruido, ni un falso movimiento –le advirtió Garet Jax–. En caso de que lo intentes, estarás muerto antes de que hayas conseguido terminarlo.

–¡Garet, estás vivo! –exclamó Jair con incredulidad.

–Vivo y en buen estado de salud –respondió el Maestro de Armas, sin apartar su dura mirada del mwellret–. Date prisa y libera al joven del valle, gnomo.

–¡Ten un poco de paciencia! –Slanter había sacado una anilla con llaves de hierro de debajo de la andrajosa capa y las iba probando por orden en los grilletes que aprisionaban a Jair–. ¡Estas malditas llaves no entran en la cerradura! ¡Vaya, por fin, ésta es!

Los grilletes se abrieron con un chasquido y las cadenas cayeron al suelo.

–¡Slanter! –Jair agarró al gnomo por un brazo, mientras éste se despojaba de la andrajosa capa del carcelero y la tiraba a un lado–. ¿Cómo diablos has conseguido dar con mi paradero?

–¡No hay ningún misterio en eso! –respondió el gnomo frotándole las magulladas muñecas para restablecer la circulación–. ¡Ya te dije que ningún rastreador podía igualarse a mí! Es verdad que el tiempo no nos ha ayudado mucho. Borró casi todas las huellas, convirtiendo todo el bosque en un pastizal. Pero encontramos huellas del lagarto justo en la

entrada de los túneles y supimos que te traería aquí, fueran cuales fuesen sus intenciones. Las celdas de Dun Fee Aran siempre están en venta para quien pague el precio establecido, y nunca se hacen preguntas. Asimismo, los hombres que las ocupan también están en venta. Te encierran hasta que te quedas en los huesos, a menos...

–Explícaselo más tarde, gnomo –lo interrumpió Garet Jax–. Y tú, camina delante y mantén a todos alejados de nosotros –dijo al mwellret, dándole un empujón–. Nadie ha de detenernos; nadie nos hará preguntas. En caso contrario...

–¡Dejadme aquí, duendess! –silbó el lagarto.

–Sí, déjalo –intervino Slanter, haciendo una mueca de disgusto–. No se puede confiar en los lagartos.

–Él nos acompaña –respondió categórico Garet Jax, haciendo un gesto negativo–. Foraker cree que podemos utilizarlo.

–¿También está aquí Foraker? –preguntó Jair, asombrado.

Pero Slanter ya lo empujaba hacia la puerta de la celda, escupiendo con claro desdén hacia el mwellret.

–Maestro de Armas, su compañía no nos hará ningún bien –insistió el rastreador–. Recuerda bien que te lo he advertido.

Ya estaban en el corredor de fuera, ocultos en las sombras y en absoluto silencio, Slanter junto al joven del valle mientras Garet Jax obligaba a Stythys a cruzar la puerta. El Maestro de Armas se detuvo un momento, escuchó, luego empujó a Stythys delante de él y empezaron a andar. Ante ellos, una antorcha ardía en un soporte del muro. Cuando llegaron donde estaba, Slanter la cogió y se adelantó.

–¡Este lugar es un pozo negro! –dijo el gnomo, abriendo camino a través de la penumbra.

–¡Slanter! –le susurró Jair–. ¿Está Elb Foraker aquí?

–Y también están el enano, el elfo y el hombre de la frontera –respondió el rastreador, dirigiéndole una rápida mirada y haciendo un gesto de asentimiento–. Dijimos que empezaríamos este viaje juntos y que así lo terminaríamos. Supongo que estamos todos locos.

Recorrieron el laberinto de pasadizos de las prisiones. El gnomo y el joven del valle abrían la marcha, y el Maestro de Armas los seguía a una corta distancia con la punta de su espada en la espalda del mwellret. Apretaron el paso a través de la oscuridad, el silencio y el hedor a muerte y descomposición, pasando ante las puertas cerradas y enmohecidas de las celdas de la cárcel, para salir cuanto antes al exterior. Poco a poco, la penumbra empezó a disolverse cuando algunos rayos de luz diurna, gris y neblinosa, se filtraron en los pasadizos. El sonido de la lluvia llegó a sus oídos, y un leve y tonificante soplo de aire limpio pasó junto a ellos.

En ese momento llegaron ante las enormes puertas blindadas de la entrada del edificio, que estaban cerradas y aseguradas con barras. El viento y la lluvia las golpeaban, en ráfagas, tamborileando contra la madera. Slanter apartó la antorcha y se acercó a la mirilla de vigilancia para ver lo que les esperaba fuera. Jair se unió a él, agradecido por respirar el aire fresco que soplaba en el exterior.

–Creía que jamás volvería a veros, a ninguno de vosotros –le dijo al gnomo.

–Tienes suerte, todo está bien –respondió Slanter, sin apartar los ojos de la mirilla.

–Creía que no quedaba nadie para liberarme. Creía que habíais muerto todos.

–Pues ya ves que no es así –respondió el gnomo–. Después de que te perdiera en los túneles sin que pudiera descubrir lo que te había sucedido, continué adelante. El túnel terminaba entre los riscos que dominan sobre Capaal. Sabía que si los demás estaban con vida, harían lo mismo que yo, ya que así lo había planeado el Maestro de Armas. Por tanto, esperé. En efecto, se encontraron unos a otros, y luego me encontraron a mí. Y entonces

nos dispusimos a buscarte.

–Slanter, podías haberme abandonado... y también a ellos –dijo Jair al gnomo, mirándolo con atención–. Nadie se hubiese enterado. Eras libre.

–¿Lo era? –preguntó el gnomo, haciendo un gesto de indiferencia. Se sentía incómodo, y su rostro lo reflejaba con toda claridad–. Nunca dejé de planteármelo.

–¿Todavía llueve? –preguntó a Slanter Garet Jax, que en aquel momento había llegado a su altura, con Stythys delante de él.

–Todavía llueve.

El Maestro de Armas envainó la espada con un hábil movimiento, cogiendo en su lugar un largo cuchillo. Empujó a Stythys contra la pared del corredor, con una expresión dura en su enjuta cara. Aunque su cabeza sobrepasaba la estatura de Garet Jax cuando éste entró en la celda de Jair, Stythys se había encogido, enroscándose como una serpiente dentro de sus ropas. Sus ojos verdes, fríos e inmóviles, dirigían diabólicas miradas al joven de las Tierras Meridionales.

–Dejadme, duendes –suplicó una vez más.

–Mwellret, cuando estemos fuera, camina cerca de mí –respondió Garet Jax, haciendo un gesto negativo–. No intentes huir. Nada de trucos. Es poco probable que nos puedan reconocer con las capas y las capuchas puestas. La lluvia mantendrá alejados a los guardianes, pero si alguno se acerca, tú tienes que dar la cara. Recuerda que no costaría mucho persuadirme para que te rebane la garganta.

Lo dijo con suavidad, casi con dulzura. Después se hizo un silencio glacial.

–¡Tiene la magia! –silbó, al fin, furioso el mwellret, con los ojos convertidos en rendijas–. ¡No necesita nada de mí! ¡Dejadme!

–Tú vienes –respondió Garet Jax, apretando la punta del cuchillo contra la garganta escamosa del lagarto.

Con las capas y capuchas puestas, abrieron las pesadas puertas de madera de la lóbrega prisión y salieron a la luz. La lluvia se desprendía del cielo gris y brumoso en amplias cortinas cegadoras, y era impulsada con fuerza por el viento contra los muros de la fortaleza. Con las cabezas bajas para protegerse de su envite, los tres hombres y el lagarto empezaron a atravesar el patio enfangado en dirección a las almenas al norte. Grupos dispersos de cazadores gnomos pasaron a su lado sin aflojar el paso, deseando ponerse a cubierto cuanto antes. Sobre las atalayas, los centinelas se refugiaban en las rinconadas y los salientes de la piedra tallada, maltratados por el frío y la humedad. Ninguno les dirigió una segunda mirada.

Cuando ya estaban cerca de las almenas del norte, Slanter se adelantó, señalándoles el camino entre las charcas y hoyos de fango hacia un par de verjas de hierro que daban acceso a un patio de reducidas dimensiones. Tras abrir las puertas, lo cruzaron con celeridad hasta llegar a una entrada cubierta que conducía a un puesto de vigilancia de madera y piedra. Sin hablar, el gnomo hizo saltar la cerradura de la puerta de madera y entró seguido de los otros tres.

Se encontraron en un vestíbulo, iluminado por antorchas colocadas en soportes a ambos lados de la puerta. Se detuvieron un momento y sacudieron el agua de sus capas mientras Slanter se acercaba a un oscuro corredor que se dirigía hacia la izquierda por debajo de las almenas. Después de escudriñar en la penumbra, el gnomo les hizo una señal para que lo siguieran. Garet Jax sacó una de las antorchas de su abrazadera, se la dio a Jair y con un gesto le ordenó que siguiera a Slanter.

Ante ellos se abrió un corredor estrecho, franqueado por puertas que se perdían en la oscuridad.

–Despensas –le dijo Slanter, parpadeando.

Entraron en él, y Slanter se adelantó con cautela, se paró ante la tercera puerta y

llamó suavemente con los nudillos de los dedos.

–Somos nosotros –susurró por el ojo de la cerradura.

Tras oírse un chasquido, la puerta se abrió de par en par y aparecieron Elb Foraker, Helt y Edain Elessedil. Esbozaron una amplia sonrisa, rodearon a Jair y estrecharon su mano calurosamente.

–¿Estás bien, Jair? –le preguntó enseguida el príncipe elfo.

Su cara estaba tan magullada y arañada que el joven del valle se preocupó por su estado de salud.

–Sólo son unos rasguños –prosiguió Edain Elessedil al advertir su preocupación, haciendo un gesto de resignación–. Encontré un pasadizo, pero su salida estaba cegada por arbustos espinosos. No es nada de cuidado. Pero tú... ¿estás bien?

–Ahora sí estoy bien, Edain –respondió Jair, abrazándolo y dejándose llevar por un impulso.

Helt y Elb Foraker tenían contusiones en la cara y en las manos.

–¡No puedo creer que estéis todos aquí! –exclamó Jair, tragando saliva para suavizar el nudo que se le había hecho en la garganta.

–Jair, no podíamos abandonarte tranquilamente –le dijo el gigantesco hombre de la frontera, agarrándolo del brazo con una gran mano–. Tú posees la magia que necesitamos para devolver la salud al Río Plateado.

Jair esbozó una sonrisa de felicidad.

–Ya veo que conseguisteis traerlo –dijo Foraker mientras se acercaba, sin apartar su mirada del mwellret.

Garet Jax hizo un gesto de asentimiento sin hacer ningún comentario. Mientras los otros saludaban a Jair, él se había quedado junto a Stythys, con el cuchillo apoyado en su garganta.

–¡Duendess, todoss sse arrepentirán de llevarme! –silbó la criatura, llena de odio–. ¡Encontraré la forma de que sse arrepientan!

Slanter escupió en el suelo, en señal de desprecio.

–Tú eres el responsable de lo que te pasa ahora, Stythys –dijo Foraker, dirigiéndose al lagarto–. Si no hubieses llevado contigo al joven del valle, te habríamos dejado en paz. Pero te lo llevaste a la fuerza, y tendrás que responder por ello. Vas a hacer que salgamos sin daño de este lugar, y que atravesemos de igual forma los bosques del norte hasta llegar a las montañas del Cuerno Negro Azabache. Intenta confundirnos una sola vez, y dejaré que Slanter haga contigo lo que está deseando hacer desde el mismo momento en que te vio. Y recuerda, Stythys, que él conoce el camino, así que piénsalo muy bien antes de intentar ningún engaño – concluyó Foraker, mirando al gnomo.

–¡Vámonos de aquí! –exclamó Slanter, visiblemente nervioso.

Precedidos por él, salieron del corredor por una serie de pasadizos aún más estrechos, hasta llegar a la base de una sinuosa escalera de piedra. Slanter hizo un gesto de silencio, poniéndose un dedo sobre los labios. En fila de a uno, empezaron a subir sus peldaños. Desde algún lugar más alto llegaban a sus oídos, tenues y lejanos todavía, los sonidos guturales de unas voces de gnomos. Al final de la escalera había una pequeña puerta de madera, que estaba cerrada. Slanter se detuvo ante ella y escuchó; luego la abrió y miró al otro lado. Satisfecho, les hizo un gesto para que la atravesaran.

Se encontraron ante un enorme arsenal. El suelo estaba lleno de armas amontonadas, armaduras y provisiones. La luz grisácea se filtraba a través de unas ventanas altas y enrejadas. La estancia estaba vacía, y Slanter se dirigió a toda prisa hacia una puerta situada en la pared opuesta.

Casi había llegado a ella cuando alguien la abrió bruscamente desde el otro lado, y se encontró frente a un escuadrón de cazadores gnomos.

Los gnomos se mostraron sorprendidos al ver a Slanter y el extraño conjunto de rostros que le seguían. Pero al ver a Elb Foraker, sus manos empuñaron las armas de forma instintiva.

–¡Esta vez no hemos tenido suerte, muchacho! –dijo Slanter, poniéndose delante de Jair para protegerlo.

Los cazadores gnomos se abalanzaron contra ellos, pero la oscura figura de Garet Jax ya se había puesto en movimiento y su espada volaba. Cayó el primero de los atacantes, y Foraker se situó junto al Maestro de Armas, rechazando al resto con su hacha de doble filo. Detrás de ellos, Stythys se giró y se precipitó corriendo hacia la puerta por la que habían entrado, pero Helt cayó sobre él como un gato y lo derribó. Resbalaron hasta chocar con un montón de lanzas, que se desparramaron a su alrededor, produciendo un gran estruendo.

Los cazadores gnomos opusieron una tenaz resistencia y todavía tuvieron fuerzas para luchar ante la puerta abierta un momento más, mientras Garet Jax y Foraker cargaban contra ellos. Después, con un grito de rabia, se dispersaron y huyeron. El Maestro de Armas y el enano corrieron tras ellos, pero al ver que la persecución era inútil, regresaron para ayudar a Helt. Juntos, volvieron a poner de pie a Stythys, que silbaba airadamente, hinchando su cuerpo escamoso hasta que superó en altura al gigantesco hombre de la frontera. Sosteniendo con firmeza al lagarto, lo llevaron hasta donde Slanter y Jair escudriñaban el corredor.

De ambos extremos del corredor les llegaban gritos de alarma en correspondencia a los de los cazadores gnomos que huían.

–¿Hacia dónde nos dirigimos? –preguntó Garet Jax a Slanter, con impaciencia.

Sin responder, el gnomo dobló a la derecha, en dirección opuesta a la que habían tomado los cazadores, indicando a los demás que lo siguieran. Fueron tras él en grupo, con Stythys, a quien el cuchillo de Garet Jax obligaba a moverse.

–¡Esstúpidoss duendess! –silbaba el mwellret con furia–. ¡Moriréiss aquí en lass prissioness!

El corredor se dividió ante ellos. Por la izquierda, apareció un grupo de gnomos que, al verlos, cargó con las armas desenvainadas. Slanter se dio la vuelta y condujo al grupo hacia la derecha. Un cazador gnomo les salió al paso desde el umbral de una puerta, pero Foraker lo arrolló sin disminuir su velocidad, golpeándole la cabeza cubierta con un casco contra los muros de piedra con fuerza descomunal. Se escucharon gritos de persecución por todas partes.

–¡Slanter! –le advirtió Jair.

Ya era demasiado tarde. El gnomo se vio envuelto por un numeroso grupo de cazadores armados que irrumpió de improviso de un corredor contiguo, y cayó bajo una maraña de brazos y piernas. Garet Jax empujó a Stythys hacia Helt y corrió en su ayuda, con Foraker y Edain Elessedil siguiéndolo a un paso. Las armas centellearon en la media luz grisácea, produciendo gritos de dolor y rabia que llenaron el lugar. Los rescatadores se precipitaron contra los gnomos y les obligaron a retroceder lejos del caído Slanter. Garet Jax era como un gato, ágil y veloz, mientras paraba y atacaba con su fina espada. Los gnomos cedieron. Ayudado por Edain Elessedil, Slanter se puso en pie.

–¡Slanter! ¡Sácanos de aquí! –gritó Elb Foraker, blandiendo la gran hacha de doble filo.

–¡Adelante! –dijo Slanter, tosiendo, y reemprendió el camino, tambaleándose.

Zigzagueando entre los gnomos que todavía intentaban cortarles el paso, se precipitaron corredor abajo, arrastrando al renuente Stythys. Cazadores gnomos se abalanzaban sobre ellos desde cualquier rincón, pero eran rechazados con ferocidad. Slanter al tropezar con la empuñadura de una espada corta arrojada ante él, cayó de nuevo. Foraker corrió en su ayuda, agitando el hacha hacia el atacante y tirando de Slanter con la

otra mano para ayudarlo a que se pusiera en pie. Los gritos que se oían a sus espaldas fueron creciendo hasta convertirse en un tremendo rugido cuando centenares de gnomos inundaron el corredor, saliendo por la puerta del arsenal para caer sobre ellos.

Por el momento consiguieron librarse del peligro saltando un tramo de escaleras hasta el piso inferior y dirigiéndose a continuación a un pasadizo situado más abajo. Una amplia cámara circular se abrió ante ellos, con ventanas y puertas a su alrededor, cerradas y reforzadas para que pudieran resistir los embates del mal tiempo. Sin disminuir la marcha, Slanter se dirigió a una de las puertas, la abrió y se encontraron de nuevo bajo la lluvia. Estaban en otro patio, circundado por muros y al que se accedía por varias puertas. La lluvia golpeaba sus caras con violencia, y los truenos retumbaban a través del Alto Bens. Slanter seguía abriendo la marcha, pero ahora a paso más lento. Cruzó el patio en dirección a las puertas, abrió una de ellas de un empujón y la atravesó. Una escalera exterior bajaba en semicírculo hasta una línea de almenas y puestos de vigilancia. Más allá, la oscura sombra del bosque se ceñía alrededor de los muros.

Slanter condujo al grupo, escaleras abajo, en dirección a las almenas. Había cazadores gnomos en los alrededores de las puertas de vigilancia, alertados por las noticias que les llegaban de que algo había sucedido en el interior de la fortaleza, pero Slanter los ignoró. Con la cabeza inclinada y embozado en la capa, señaló con la mano hacia un pasadizo situado bajo las almenas. Bajo la protección de las sombras, reunió al grupo a su alrededor.

–Iremos directamente hacia las puertas –les dijo, respirando con dificultad–. Que nadie hable, excepto yo. Seguid con las capuchas puestas y mantened las cabezas bajas. Pase lo que pase, no os detengáis. ¡Adelante, ahora!

Nadie puso ninguna objeción, ni siquiera Garet Jax. Con las capas ceñidas y las capuchas echadas, salieron de las sombras. Como siempre, Slanter abría la marcha. Bordearon los muros de las almenas por debajo de la torre vigía hasta llegar a un par de puertas abiertas, reforzadas con hierros. Un grupo de cazadores gnomos hablaba animadamente ante ellas, con las cabezas inclinadas para protegerse del mal tiempo, mientras compartían un frasco de cerveza. Cuando estuvieron cerca, varios se volvieron, y Slanter hizo ondear su mano a la vez que gritaba algo en la lengua de los gnomos que Jair no logró entender. Uno de los cazadores se separó de sus compañeros y se aproximó a ellos.

–Seguid adelante –dijo Slanter, por encima del hombro.

Entonces, los cazadores gnomos escucharon algunos gritos dispersos y, sobresaltados, miraron hacia la fortaleza para ver qué ocurría.

El grupo pasó por su lado. Instintivamente, Jair intentó encogerse dentro de su capa, tensándola tanto que tropezó, y hubiese caído si no lo hubiera impedido Elb Foraker. Slanter se separó un poco de los demás cuando pasaron ante la guardia, tapando así la vista del gnomo que había intentado detenerlos. Entabló con él una airada conversación, y Jair pudo captar la palabra mwellret. Todos, menos Slanter, estaban ya lejos de los cazadores. Ya se encontraban debajo de las almenas y se disponían a atravesar las puertas abiertas. Nadie los detuvo. Mientras dejaban atrás Dun Fee Aran y penetraban en la oscuridad de los árboles, Jair se detuvo un instante y miró hacia atrás con ansiedad. Slanter seguía discutiendo con la guardia dentro del arco.

–¡Mantén la cabeza inclinada! –dijo Foraker, propinándole un empujón.

Entró en el bosque empapado de lluvia, siguiendo a los demás en contra de su voluntad, y los muros y torres de la fortaleza desaparecieron. Con Elb Foraker a la cabeza, avanzaron deprisa durante algunos minutos más, serpenteando entre matorrales y árboles. Después se detuvieron y agruparon bajo un enorme roble, cuyas hojas caídas se amontonaban en el suelo a su alrededor, formando una alfombra de un sucio color

amarillo. Garet Jax hizo retroceder a Stythys hasta el nudoso tronco y lo retuvo contra él. Después, esperaron en silencio la llegada del rastreador.

Pasaron varios minutos y Slanter no aparecía. Escondido al borde del pequeño claro que rodeaba el viejo roble, Jair escudriñaba con impotencia a través de la cortina de lluvia. Los otros hablaban en tono bajo a sus espaldas. La lluvia caía monótonamente, golpeando con ruidosa cadencia la tierra y los árboles del bosque. Slanter seguía sin dar señales de vida. Jair tensó la boca con determinación. Si el rastreador no aparecía antes de cinco minutos, regresaría a Dun Fee Aran para buscarlo. No podía abandonar al gnomo después de todo lo que había hecho por él poco después de que lo conociera.

Pasaron los cinco minutos, y Slanter no apareció. Jair se puso en pie visiblemente nervioso y dirigió una inquisitiva mirada al grupo de figuras encapuchadas semiocultas en la oscuridad.

–Voy a regresar –les dijo.

En aquel momento un crujido de hojas le hizo volverse y vio aparecer la figura de Slanter entre los árboles.

–Tuve que prolongar la conversación un poco más de lo que pensaba –se excusó el gnomo–. No tardarán en darse cuenta de lo sucedido, y vendrán hacia aquí enseguida. –Entonces vio la mirada de alivio en el rostro de Jair y se detuvo–. ¿Pensabas ir a algún sitio, muchacho? –le preguntó, adivinando su pensamiento.

–Bueno, yo... no, supongo que ahora no... –tartamudeó Jair.

–¿No? –inquirió, Slanter, haciendo un gesto de diversión–. Todavía mantienes la decisión de buscar a tu hermana, ¿verdad? –Jair hizo un gesto de asentimiento–. Bueno, pues en tal caso, sí que has de ir a algún sitio. Irás hacia el norte con nosotros. En marcha.

Tras hacer una señal a los demás miembros del grupo, se volvió hacia los árboles.

–Vadearemos el río siete kilómetros corriente arriba, para librarnos de cualquier persecución que llegue tan lejos. En aquel lugar el río es bastante profundo, pero supongo que no nos mojaremos mucho más de lo que ya estamos.

Jair esbozó una leve sonrisa, y empezó a caminar tras el gnomo. Los picos del Alto Bens, grises y envueltos en la bruma, asomaban por encima y a través de los árboles. Más allá, pero aún demasiado lejos para poder captarlas con la vista, las montañas del Cuerno Negro Azabache esperaban al grupo de viajeros.

Aún debemos recorrer un largo camino antes de llegar a Marca Gris, pensó el joven del valle, mientras respiraba el frío aire del otoño y el olor de la lluvia inundaba su sentido del olfato. Pero por primera vez desde los terribles sucesos que habían vivido en Capaal, tuvo la seguridad de que alcanzarían su objetivo.

12

Brin apenas si habló durante el viaje de regreso desde el lago del Oráculo Siniestro a la Chimenea de Piedra. Necesitaba evaluar y descifrar el significado de todo lo que el fantasma le había dicho, pues sabía que su confusión aumentaría a medida que pasara el tiempo. Cuando sus compañeros de viaje le preguntaron qué le había dicho el Oráculo Siniestro, sólo les reveló que la Espada de Leah estaba en posesión de los gnomos araña y que el camino para entrar en el Maelmord sin ser vistos eran los túneles de Marca Gris. Después, les pidió que no le hicieran más preguntas hasta que no hubieran llegado en el valle, y se dedicó a pensar en las palabras del fantasma.

La extraña imagen de Jair en aquella oscura habitación, con la figura encapuchada que avanzaba amenazadoramente hacia él, ocupó el primer lugar en su mente cuando se dispuso a ordenar el rompecabezas que el fantasma le había entregado. El Oráculo Siniestro, dejándose llevar por el despecho y la rabia, había conjurado esa imagen, y le costaba creer que respondiera a la realidad. La figura encapuchada no parecía pertenecer ni a un gnomo ni a un espectro corrosivo, y ésos eran los enemigos que acosaban a los Ohmsford. Se sentía furiosa por haberse quedado a contemplar la imagen y por haber sufrido la tensión que el Oráculo Siniestro se había propuesto transmitirle. Si hubiese tenido sólo un ápice de sentido común, se habría vuelto de espaldas al instante, impidiendo que se burlara de ella. Jair estaba seguro en Valle Umbroso con sus padres y sus amigos. La imagen del Oráculo Siniestro no era sino una repugnante mentira.

Sin embargo, no estaba completamente segura de que lo fuera.

Como no podía hacer nada al respecto, apartó de su mente esa imagen y se concentró en los otros misterios que el fantasma le había revelado. Eran muchos. El pasado y el presente estaban unidos de alguna manera por la magia negra, según le había insinuado. El poder que el Señor de los Hechiceros había ejercido en los tiempos de Shea Ohmsford era el mismo poder que ahora ejercían los espectros corrosivos. Pero había algo más en la revelación del Oráculo Siniestro. Sugirió que existía algún lazo entre las Guerras de las Razas y la reciente guerra que su padre y los elfos de las Tierras Occidentales habían librado contra los demonios del mundo fantástico. Además, le había sugerido insidiosamente que el Señor de los Hechiceros, aunque había sido destruido por la magia de la Espada de Shannara, en realidad no había desaparecido. *¿Quién presta ahora su voz a la magia e imparte órdenes a los espectros corrosivos?,* le había preguntado el Oráculo Siniestro. Lo más grave era la machacona insistencia del fantasma de que Allanon, que a lo largo de todos sus años de servicio a las Cuatro Tierras y a sus gentes siempre previó todo lo que iba a suceder, esta vez había sido engañado. Creyendo que estaba en posesión de la verdad, permitió que sus ojos se cerraran. ¿Qué había dicho el Oráculo Siniestro? Que Allanon sólo vio que el Señor de los Hechiceros regresaba... que sólo vio lo que ya pertenecía al pasado.

¿Qué ves?, le había preguntado el fantasma. *¿Están abiertos tus ojos?*

Un sentimiento de frustración brotó en su interior, pero logró controlarlo. La frustración sólo conseguiría aumentar su ceguera, cuando lo que ella necesitaba era una visión lo más clara posible si de verdad quería empezar a comprender las palabras pronunciadas por el Oráculo Siniestro. *Supongamos,* razonó, *que Allanon fue engañado.* Era una premisa difícil de aceptar, pero que debía hacerlo para poder descifrar aquel rompecabezas. ¿Cómo había actuado ese engaño? Era evidente que el druida se había equivocado al pensar que los espectros no anticiparían su llegada a las Tierras Orientales a través de las montañas de Wolfsktaag, ni que lo perseguirían cuando salieran de Valle

Umbroso. ¿Eran esos errores partes y piezas de un engaño?

¿Están tus ojos abiertos? ¿Puedes ver?

Estas palabras resonaban de nuevo en su mente, y encerraban una advertencia que ella no llegaba a comprender. ¿El engaño de Allanon era de alguna manera el suyo propio? Movió la cabeza para apartar de sí la confusión. *Razona con precisión,* se dijo a sí misma. Debía aceptar que Allanon había sido engañado y, por tanto, no pudo advertir la magnitud del peligro que les esperaba en el Maelmord. Quizás el poder de los espectros corrosivos era mayor de lo que él había supuesto. Tal vez alguna parte del Señor de los Hechiceros había sobrevivido a su destrucción. Quizás el druida había subestimado el poder de sus enemigos y sobrestimado el suyo propio.

Entonces pensó en lo que el Oráculo Siniestro le había dicho sobre ella. *Niña de la oscuridad,* la había llamado, *condenada a morir en el Maelmord, portadora de las semillas de su propia destrucción.* Con toda seguridad, esa destrucción debía de proceder de la magia de la canción de los deseos; una defensa inadecuada y errática contra la magia negra de los caminantes. Éstos eran víctimas de su propia magia. Pero ella también lo era, le había dicho el fantasma. Y cuando respondió con acaloramiento que ella era diferente, que no utilizaba la magia negra, el Oráculo Siniestro había estallado en una carcajada y afirmado que nadie utilizaba la magia, sino que era ésta la que los utilizaba a todos.

Hay una llave para lo que buscas, había añadido.

Otro acertijo. Era cierto que la magia la utilizaba a ella, al menos tanto como ella utilizaba la magia. Recordó la cólera que había sentido contra los hombres de la cordillera de Spanning en el Centro de Ventas el Paso de los Grajos, y también la demostración que Allanon le había hecho de lo que la magia era capaz de hacer con aquellos árboles tan estrechamente entrelazados. Salvadora y destructora. Sería ambas cosas, le había advertido el fantasma de Bremen. Y ahora el Oráculo Siniestro había vuelto a repetírselo.

Cogline, que caminaba a su lado, dijo algo entre dientes y después se alejó danzando mientras Kimber Boh le echaba una reprimenda. Sus pensamientos se dispersaron un momento, y observó cómo el viejo penetraba en la maraña del bosque, entre risas y saltos como si se hubiera vuelto loco. Respiró profundamente el frío aire de la tarde. Las sombras del próximo anochecer empezaban a deslizarse sobre la tierra, y sintió una gran tristeza por la ausencia de Allanon. Aquel sentimiento era extraño, porque su oscura presencia le incomodaba cuando todavía los acompañaba. Pero existía una misteriosa afinidad entre los dos, una sensación de entendimiento, de que en cierto modo eran similares...

¿Acaso se debía a la magia que compartían? ¿A la canción de los deseos y el poder del druida?

Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar su figura, ensangrentada y desgarrada, tendida sobre la cañada inundada por la luz del sol. ¡Qué terrible le había parecido, mientras esperaba a la muerte, el acto de levantar su mano para mojar la frente del anciano druida con la sangre de sus heridas...! Lo recordaba destrozado y solitario, impregnado no tanto por el poder de los druidas como por las culpas de todos ellos. Se había adherido al juramento que su padre había hecho de exonerar a los druidas de la responsabilidad que habían contraído por desatar la magia negra en el mundo de los hombres.

Y Allanon le había transmitido a ella esa responsabilidad.

La tarde se disolvió en el crepúsculo, y el grupo salió de los bosques del Anar para entrar en el valle de la Chimenea de Piedra. Brin dejó a un lado las palabras pronunciadas por el Oráculo Siniestro y empezó a pensar en lo que iba a decir a sus compañeros y en lo que haría con los escasos conocimientos que había conseguido vislumbrar. Su papel en este asunto estaba predeterminado, pero no el de los otros miembros del grupo; ni siquiera el de Rone. Si le explicaba todo lo que le había dicho el fantasma, quizá podría persuadirlo de que debía proseguir el viaje sola. Si estaba preestablecido que ella debía caminar hacia la

muerte, quizá podría impedir que él fuera hacia la suya.

Una hora más tarde, Brin, el anciano, la muchacha y Rone Leah estaban reunidos delante del hogar de la cabaña, cómodamente sentados en sillas tapizadas y en bancos. Las llamas danzaban frente a ellos mientras la noche, fría y silenciosa, se adueñaba del lugar. Murmullo dormía apaciblemente sobre una alfombra, con su gigantesco cuerpo completamente estirado delante del fuego. Invisible durante la mayor parte del día de su viaje de ida y vuelta al lago del Oráculo Siniestro, el gato del páramo había reaparecido al llegar y había ocupado de inmediato su lugar de descanso favorito.

–El Oráculo Siniestro se me apareció con mi propia cara –empezó diciendo Brin, con voz serena, mientras los demás escuchaban–. Tenía mi cara y me provocaba diciéndome cómo soy, según él.

–Siempre gasta esas bromas –dijo Kimber, comprensiva–. No debes preocuparte por ello.

–¡Todo lo que dice son mentiras y engaños! Es un ser siniestro y retorcido –intervino Cogline, inclinando su esquelética figura hacia delante–. Encerrado en su charca desde antes de que desapareciera el mundo antiguo, hablando con adivinanzas que ningún hombre ni ninguna mujer pueden descifrar.

–Abuelo –le reprendió Kimber Boh con cariño.

–¿Qué era lo que el Oráculo Siniestro tenía que explicar? –preguntó Rone.

–Lo que ya he dicho –respondió Brin–. Que la Espada de Leah está en manos de los gnomos araña, porque ellos la sacaron de las aguas del torrente de Chard, y que el camino oculto hacia el Maelmord pasa por los túneles de Marca Gris.

–¿No puede haber ningún engaño en esas palabras? –insistió el joven de las tierras altas.

–No en ellas –respondió con tono tajante la joven del valle, pensando en que se había valido de la canción de los deseos para obtener la información, y haciendo un gesto negativo.

–¡Bien, apuesto a que todo lo demás eran mentiras! –dijo el anciano.

–El Oráculo Siniestro afirmó que yo encontraría la muerte en el Maelmord; que no podría evitarla –respondió Brin, volviéndose hacia Cogline.

–Mentiras, como afirma el anciano –intervino Rone, rompiendo el tenso silencio que se había producido tras las últimas palabras de Brin.

–Dijo que también a ti te espera la muerte en aquel lugar, Rone Leah. Que los dos llevamos las semillas de esa muerte en la magia que ejercemos: la de la Espada de Leah y la de la canción de los deseos.

–¿Y tú crees ese sinsentido? –le preguntó el joven de las tierras altas, haciendo un gesto negativo–. Pues yo no. Yo puedo cuidar de los dos, de ti y de mí.

–Pero ¿qué pasará si las palabras del Oráculo Siniestro no son falsas? –preguntó Brin, esbozando una triste sonrisa–. ¿Qué pasará si ha dicho la verdad? Rone, ¿debo permitir que tu muerte caiga sobre mi conciencia? ¿Te empeñarás en morir conmigo?

–Sí, debo hacerlo –respondió Rone, con el rostro enrojecido ante la implícita censura–. Allanon me encomendó tu protección. ¿Qué clase de protector sería si te abandonara ahora, dejándote continuar sola? Brin, si está predeterminado que debemos morir, no recaerá sobre tu conciencia. En todo caso, recaerá sobre la mía.

Brin, con los ojos inundados de lágrimas una vez más, tragó saliva para sobreponerse a los sentimientos que amenazaban con dominarla.

–¡Muchacha, muchacha, no llores ahora, no llores! –exclamó Cogline, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia donde la joven del valle estaba sentada. Para sorpresa de Brin, estiró la mano y limpió sus lágrimas con cariño–. Todo son juegos del Oráculo Siniestro, todo mentiras o medias verdades. El fantasma profetiza la muerte de todo el mundo, como

si estuviera dotado de una clarividencia especial. Vamos, vamos. ¿Qué puede saber un ser inmaterial sobre la muerte?

A continuación dio unos golpecitos en el hombro a la joven y después, inexplicablemente, dirigió una dura mirada a Rone como si fuera el culpable de todo y dijo algo entre dientes sobre unos malditos intrusos.

–Abuelo, debemos ayudarle –dijo Kimber.

–¿Ayudarles? ¿Y qué es lo que hemos estado haciendo hasta ahora, muchacha? ¿Recoger leña? –inquirió Cogline con voz crispada, volviéndose hacia ella.

–No abuelo, no he querido decir que no lo estemos haciendo, pero...

–¡Pero nada! –le interrumpió el anciano, moviendo sus esqueléticos brazos con impaciencia–. ¡Por supuesto que vamos a ayudarles!

La muchacha del valle y el joven de las tierras altas no podían salir de su asombro. Cogline cloqueó en tono agudo, después dio una patada a Murmullo, que dormía plácidamente, y levantó la bigotuda cara del gigantesco gato con un movimiento brusco.

–¡Yo y este animal inútil os ayudaremos todo lo que podamos! ¡No está bien que haya unas lágrimas como ésas! ¡No está bien tener unos invitados vagando por aquí sin nadie que les enseñe el camino!

–Abuelo... –le interrumpió la muchacha, pero el anciano no se lo permitió.

–Hace mucho tiempo que no hacemos una visita a esos gnomos araña, ¿verdad? No es una mala idea recordarles que todavía estamos aquí; así evitaremos que puedan caer en la tentación de pensar que nos hemos ido. Estarán en la Cresta de Toffer; no, no en esta época del año. Habrán bajado al páramo, estando tan próximo el cambio de estación. Ésa es su tierra; allí es donde llevarían una espada como ésa si la sacaran del río. Murmullo seguirá su rastro. Luego giraremos hacia el este, bordearemos el páramo y nos dirigiremos hacia las montañas del Cuerno Negro Azabache. Un día, o dos como mucho. Pero tú no, Kimber –le dijo a su nieta, dándose la vuelta para hablar con ella–. No puedes ir de aquí para allá por ese país. Los caminantes negros y todo lo demás son demasiado peligrosos. Te quedarás aquí y cuidarás de la casa.

–Todavía cree que soy una niña –dijo Kimber, dirigiendo a su abuelo una mirada de desesperanza–, cuando en realidad soy yo quien debiera preocuparme por él.

–¡Ja! ¡No tienes por qué preocuparte por mí! –respondió con brusquedad Cogline.

–Por supuesto que debo preocuparme por ti –le dijo Kimber, esbozando una indulgente sonrisa–. Te quiero. Brin, tienes que comprender una cosa –prosiguió la muchacha, volviendo hacia la joven del valle–. El abuelo ya no debe salir del valle sin mí. Necesita ver a través de mis ojos y recordar con mi memoria de vez en cuando. Abuelo, no te enfades por lo que estoy diciendo, pero sabes que a veces te falla la memoria. Además, Murmullo no hará siempre lo que le digas. Desaparecerá en el momento menos oportuno, si pretendes ir solo.

–Ese estúpido gato lo hace cuando le viene en gana, de acuerdo –respondió Cogline, frunciendo el entrecejo y dirigiendo una furiosa mirada a Murmullo que, medio dormido, se limitó a parpadear como respuesta–. He perdido el tiempo intentando enseñarle a comportarse de otra forma. Muy bien, supongo que no habrá otro remedio que ir todos. Pero tú manténte alejada del peligro, muchacha. Deja eso para mí.

Brin y Rone intercambiaron una rápida mirada.

–Estamos todos de acuerdo –concluyó Kimber, volviéndose hacia los dos jóvenes–. Podemos emprender el viaje al amanecer.

La muchacha del valle y el joven de las tierras altas intercambiaron una mirad de incredulidad. ¿Qué estaba sucediendo? Como si fuese la cosa más natural del mundo, acababan de decidir que una muchacha un poco mayor que Brin, un anciano medio loco y un gato que desaparecía cuando le apetecía, se ponían a su disposición para recuperar la

Espada de Leah de manos de unas criaturas, llamadas gnomos araña, y después les acompañarían, para enseñarles el camino, a las montañas del Cuerno Negro Azabache y a Marca Gris. Gnomos, caminantes negros y otros seres peligrosos estarían por todas partes, unos seres cuyo poder había acabado con el druida Allanon, y el anciano y la muchacha actuaban como si nada de eso tuviera la más mínima importancia.

–Kimber, no –dijo Brin, tras una breve pausa, sin encontrar ninguna razón para apoyar su negativa–. Tú no puedes acompañarnos.

–Es cierto –corroboró Rone–. Ni siquiera puedes llegar a imaginar los peligros que tendremos que afrontar.

–Puedo imaginarlos mucho mejor de lo que crees –respondió Kimber Boh, mirando a los dos jóvenes, primero a Brin y después a Rone–. Ya te lo dije antes: esta tierra es nuestro hogar, el mío y el de mi abuelo, y conocemos muy bien sus peligros.

–¡Tú no conoces a los caminantes negros! –exclamó Rone, indignado–. ¿Qué podéis hacer vosotros dos contra los caminantes?

–No lo sé –respondió Kimber, sin modificar ni un ápice su postura–. Lo mismo que tú, supongo. Evitarlos.

–¿Y que pasará si no consigues evitarlos? –preguntó Rone–. ¿Qué ocurrirá entonces?

Cogline cogió una bolsa de cuero que colgaba de su cinturón y la colocó delante.

–¡Darles a probar mi magia, forastero! ¡Darles a probar un fuego del que no saben nada en absoluto!

–¡Esto es una locura! –dijo con aspereza el joven de las tierras altas haciendo un gesto dubitativo y buscando con la mirada el apoyo de Brin.

–No desprecies tan a la ligera la magia de mi abuelo –le aconsejo Kimber, dirigiendo un gesto de aprobación al anciano–. Ha vivido en esta selva toda su vida y se ha enfrentado con éxito a innumerables y grandes peligros. Puede hacer cosas que nunca esperarías de él. Será una gran ayuda para vosotros, como también lo seremos Murmullo y yo.

–Creo que no es una brillante idea, Kimber –insistió Brin, haciendo un gesto negativo.

–Pronto cambiarás de opinión, Brin –repuso la muchacha, haciendo un gesto de asentimiento para darle a entender que comprendía su punto de vista–. En cualquier caso, no tienes otra alternativa. Nos necesitas a los tres: a Murmullo para rastrear, al abuelo para que te guíe, y a mí para que uno y otro puedan hacer su trabajo.

Brin iba a oponerse una vez más, pero consiguió controlarse. ¿En qué estaba pensando? Habían ido hasta la Chimenea de Piedra porque necesitaban a alguien que los condujese a través de la Cuenca Tenebrosa. Sólo había un hombre capaz de hacerlo, y ese hombre era Cogline. Sin él, vagarían por la boscosa región del Anar durante semanas... un tiempo precioso del que no disponían. ¡Ahora que lo habían encontrado y que además les ofrecía la ayuda que necesitaban con tanta urgencia, ella no hacía otra cosa que poner impedimentos!

Las dudas hicieron presa en la joven del valle. Quizá no pudiera ir a ninguna parte sin esa ayuda. Entonces, ¿qué derecho tenía a anteponer su preocupación por Kimber a los dictados del deber que Allanon había delegado en ella?

–Creo que el asunto ha quedado zanjado –dijo Kimber con voz serena.

Brin dirigió una mirada a Rone por última vez, y el joven de las tierras altas le respondió con un gesto de resignación.

–Supongo que está resuelto –dijo Brin dándose la vuelta y esbozando una sonrisa de gratitud, y esperó que, a pesar de parecer absurda, su decisión fuese correcta.

13

Al amanecer del día siguiente salieron de la Chimenea de Piedra y viajaron en dirección noreste, a través del bosque, hacia la oscura elevación de la Cresta de Toffer. La marcha era tan dificultosa y lenta, como la que habían realizado al ir al lago del Oráculo Siniestro. La selva que se extendía desde el valle hasta las montañas del Cuerno Negro Azabache y el río Rabb era un laberinto traicionero de hondonadas y escarpadas pendientes que ponían en peligro la integridad física de quienes transitaban por ella. Con los morrales cargados a la espalda y las armas sujetas a la cintura, Brin, Rone, Kimber Boh y Cogline avanzaban con precaución y cautela aquel cálido día otoñal impregnado de olores, sonidos y colores agradables. Sólo visible a ratos, Murmullo caminaba a su mismo paso entre los árboles que les rodeaban. Los miembros del grupo se sentían mucho más descansados y vigilantes de lo que cabía esperar si se tenía en cuenta que la discusión de la noche anterior había terminado a altas horas de la noche. Eran conscientes de que echarían a faltar las horas de sueño cuando pasara cierto tiempo; sin embargo, de momento, el gran interés y la excitación que la búsqueda había despertado en todos ellos, les ayudaba a superar con facilidad cualquier síntoma de cansancio.

Pero había algo que a Brin le resultaba difícil de superar: los remordimientos que sentía por haber involucrado a Kimber y Cogline en aquella misión. Se había tomado una decisión, se habían comprometido a llevarla a cabo y habían emprendido el viaje, pero, a pesar de todo, no podía dejar de sentirse preocupada. El conocimiento de los peligros que les acechaban y las obsesionantes profecías del Oráculo Siniestro no le permitían resolver sus dudas ni descartar sus temores. Pero, en realidad, sólo Rone y ella deberían sentir tales inquietudes, y éste únicamente por su determinación inquebrantable de acompañarla. Pero el anciano y la muchacha no tendrían que haberse expuesto. A pesar de sus afirmaciones, la joven del valle aún pensaba que ninguno de los dos era lo bastante fuerte para sobrevivir al poder de la magia negra. ¿Cómo era posible lo contrario? Carecía de importancia que hubiesen vivido muchos años en el interior de los bosques del Anar, porque los peligros a los que iban a enfrentarse no eran de su mundo ni de su tiempo. ¿Qué magia o sabiduría podían utilizar para obligar a retroceder a los malignos espectros corrosivos cuando se encontraran frente a ellos?

A Brin le asustaba pensar en el momento en que los espectros dirigieran su poder contra la muchacha y el anciano. Le asustaba más que cualquier cosa que pudiera imaginar que le sucediese a ella. Si morían, ¿cómo podría vivir sabiendo que había permitido que los acompañaran en aquel viaje?

Sin embargo, Kimber parecía muy segura tanto de sí misma como de su abuelo. No sentía ningún temor ni albergaba ninguna duda. Sólo una gran confianza en sí misma, una férrea determinación y un extraño sentimiento de sentirse obligada a prestar su ayuda a los dos jóvenes.

–Somos amigos, Brin, y los amigos tienen que ayudarse cuando lo necesitan –había dicho la muchacha en las últimas horas de la noche anterior, cuando todos estaban a punto de caer rendidos por la fatiga–. Es cierto que la amistad es un sentimiento, pero no es menos cierto que se manifiesta con actos externos. Cuando uno siente amistad por una persona, queda ligado a ella. Ese sentimiento es el que atrajo a Murmullo hacía mí y en virtud de lo cual me otorgó su lealtad. Yo lo quiero de la misma forma que él me quiere a mí. Es un sentimiento compartido. Contigo me ha pasado algo parecido. Tenemos que ser amigos, y no sólo tú y yo, sino todos nosotros; y si tenemos que ser amigos, debemos compartir lo bueno y lo malo. Tus necesidades se convierten en las mías.

–Ése es un sentimiento muy bello, Kimber –le había respondido–. Pero ¿y si mis necesidades son excesivas, como ocurre en este caso? ¿Y si mis necesidades son demasiado peligrosas para compartirlas?

–Ésa es una razón más para compartirlas –fue la respuesta de Kimber, que esbozó una melancólica sonrisa–. Si no queremos que la amistad pierda su significado, debemos ayudarnos los unos a los otros.

No quedaba mucho más que decir después de escuchar estas palabras. Brin hubiese podido argumentar que Kimber apenas la conocía, que no estaba obligada a nada, que la búsqueda que se le había encomendado sólo le obligaba a ella y que la muchacha y su abuelo estaban libres de cualquier responsabilidad. Pero tales argumentos no hubiesen tenido ningún valor para Kimber, que consideraba la amistad que los unía como identificación, y cuyo sentido del deber no le permitía hacer concesiones.

Prosiguieron el viaje mientras avanzaba el día. Recorrían una zona boscosa y salvaje, una densa vegetación compuesta por altísimos robles negros, olmos y nogales nudosos. Sus gruesas ramas retorcidas se abrían hacia arriba como los brazos de un gigante. El cielo brillaba como un cristal azul entre el esquelético entramado de ramas sin hojas, y la luz del sol descendía para salpicar las sombras del bosque con cálidas manchas de luz. Pero la luz del sol era un apresurado visitante diurno de esta selva. En ella sólo permanecían las sombras, densas, impenetrables, llenas de una sutil insinuación de peligros ocultos, de seres nunca vistos ni oídos, de una vida fantasmal que sólo despertaba cuando la luz desaparecía por completo y el bosque quedaba envuelto en la oscuridad. Esa vida subyacía, en una incansable espera, oculta en el oscuro corazón de aquella selva. Era una fuerza astuta y llena de odio que se sentía agraviada porque el grupo había invadido su mundo privado, y que podía hacerlo desaparecer como el viento apaga la pequeña llama de una vela. Brin sentía su presencia. Susurraba en su mente, arrastrándose como un gusano más allá del delgado hilo de confianza que le proporcionaba la presencia de quienes la acompañaban en aquel viaje y advirtiéndole que cuando regresara la noche debería ser muy cuidadosa.

El sol inició su descenso en el horizonte y el crepúsculo empezó a caer sobre la tierra. La oscura silueta de la Cresta de Toffer apareció ante sus ojos como una sombra tosca e irregular, y Cogline los llevó a través de un paso serpenteante que se introducía en su pared. Caminaban en silencio porque el cansancio se dejaba notar en sus piernas. Los sonidos de los insectos llenaban la oscuridad, y muy por encima de sus cabezas, perdidos en la maraña de los grandes árboles, los pájaros nocturnos lanzaban al aire sus estridentes llamadas. Las paredes de la Cresta de Toffer y la densa selva se estrechaban a su alrededor, encerrándolos en el oscuro paso. El aire, templado todo el día, se tornó caliente y desagradable, y adquirió un desagradable olor a rancio. La vida oculta que esperaba en las sombras del bosque se despertó e incorporó para mirar a su alrededor.

De repente, los árboles se abrieron ante ellos, descendiendo bruscamente a través de la Cresta de Toffer hacia una gran extensión de tierra baja y uniforme, sumida en la niebla e iluminada por las estrellas y una extraña y pálida luna convexa de color naranja que colgaba del borde del horizonte oriental, dándole un aspecto fantasmagórico. Lúgubre y funesta, la tierra llana era poco más que una masa negra que parecía abrirse hacia las profundidades de la tierra como un cañón sin fondo, allí donde la Cresta de Toffer se perdía entre la niebla.

–El Páramo Viejo –dijo Kimber con voz apenas audible.

Brin dirigió su mirada hacia el llano en un silencio expectante, y pudo sentir que aquél correspondía a su mirada.

Hasta la medianoche el tiempo transcurrió con cierta normalidad, pero a partir de ese

momento se enlenteció hasta tal punto que daba la impresión de que se había detenido. Una breve y tenue brisa sopló en el rostro de Brin, manchado de polvo, pero inmediatamente se desvaneció. La joven, alarmada, miró hacia arriba, alertada, pero no vio nada, y volvió a sentir aquel calor áspero y opresivo. Era como si estuviese metida en un horno y su fuego invisible arrebatara a sus doloridos pulmones el aire que necesitaba para vivir. En la planicie, la noche otoñal no cumplía su refrescante promesa. Brin tenía las ropas completamente empapadas por el sudor, que corría por su cuerpo formando finos y molestos hielos, y cubría su fatigada cara de un gris plata brillante. Sus músculos estaban acalambrados y contraídos por la fatiga. Se movía con frecuencia para aliviar su incomodidad, pero pronto se dio cuenta de que ya había probado todas las posturas posibles, sin conseguir que cesara el dolor. Enjambres de mosquitos zumbaban enojosamente a su alrededor, atraídos por la humedad de su cuerpo, y le picaban tanto en el rostro como en las manos a pesar de sus esfuerzos para alejarlos. A su alrededor, el aire olía a madera podrida y a agua estancada.

Acurrucada bajo las sombras de un afloramiento rocoso junto a Rone, Kimber y Cogline, miraba hacia abajo, a la base de la Cresta de Toffer, donde los gnomos araña habían levantado su campamento, al borde del Páramo Viejo. El campamento, formado por una mezcla de chozas y madrigueras provisionales, se extendía entre la base de la Cresta de Toffer y la oscuridad del páramo. Varias hogueras ardían en el centro, pero su escasa luz apenas penetraba en la penumbra. Las sombras encorvadas de los habitantes del campamento pasaban, caminando a cuatro patas, ante el débil resplandor. Los gnomos araña, con sus extraños y grotescos cuerpos cubiertos de pelo gris, se enfrentaban desnudos a los elementos mientras se desplazaban por la hierba larga y marchita a cuatro patas. En aquel momento se reunían en grandes grupos al borde del páramo, protegidos de la niebla por el calor de las hogueras, y cantaban con ritmo monótono.

–Invocan a los poderes oscuros –les había dicho Cogline poco después de haberlos llevado al escondite que ocupaban–. Un pueblo tribal, los gnomos, la raza araña más que ninguna. Creen en espíritus y seres tenebrosos que surgen de otros mundos con el cambio de las estaciones. Los llaman para que les den fuerza, esperando además que esa fuerza no se vuelva contra ellos. ¡Ja! ¡Pandilla de supersticiosos!

»Sin embargo, esos seres oscuros a veces son reales –aclaró Cogline–. Había seres en el Páramo Viejo tan tenebrosos y terribles como los que habitaban en los bosques de las montañas de Wolfsktaag. Seres nacidos de otros mundos y magias perdidos. Eran llamados hombres bestia. Vivían entre las brumas, y eran criaturas de aspecto y forma aterradores que apresaban el cuerpo y la mente, adueñándose de los seres mortales más débiles que ellos para absorber su energía. Los hombres bestia no eran seres imaginarios –prosiguió Cogline–. Los gnomos araña intentaban impedir su llegada... porque los gnomos araña eran el alimento preferido de los hombres bestia.

»Ahora, con el cambio del otoño al invierno, los gnomos se desplazaban al páramo para suplicar protección contra la crecida de las brumas –continuó el anciano con voz áspera–. Los gnomos creen que si no lo hicieran, el invierno no llegaría ni las brumas permanecerían bajas. Un pueblo supersticioso. Cada otoño pasan aquí casi un mes, viviendo de esta manera, tribus enteras que descienden de la Cresta de Toffer. Invocan a los poderes oscuros día y noche para que el invierno los proteja y mantenga alejadas a las bestias –prosiguió Cogline, esbozando una leve sonrisa y parpadeando–. Además, funciona. Los hombres bestias se alimentan de ellos durante todo el mes, ¿sabéis? Comen lo suficiente para poder pasar el invierno. ¡No necesitan trepar por la cresta después de esto!

Cogline sabía dónde podían encontrar al pueblo araña. A la caída de la tarde, el pequeño grupo había viajado hacia el norte siguiendo la base de la Cresta de Toffer hasta

que tuvieron a la vista el campamento gnomo. Después, cuando ya estuvieron a cubierto en su escondite de rocas, Kimber Boh explicó lo que sucedería a continuación.

–Rone, ellos deben tener tu espada. Sin duda pensarán que una espada como ésa, rescatada de las aguas del torrente de Chard, es un talismán enviado por los poderes oscuros. La colocarán ante ellos, esperando que los proteja de los hombres bestia. Debemos descubrir dónde la han depositado y recuperarla.

–¿Cómo lo conseguiremos? –preguntó Rone, consumido por la ansiedad.

Había hablado poco durante el viaje, pero el atractivo que ejercía el poder de la espada lo hizo reaccionar.

–Murmullo seguirá su rastro –respondió la muchacha–. Si capta tu olor, éste lo llevara a la espada por muy bien guardada que la tengan. Cuando la encuentre, volverá enseguida y nos llevará hasta ella.

Por lo tanto, hicieron que Murmullo olfateara al joven de las tierras altas y lo enviaron a que cumpliera su misión. Se fue sin hacer ruido, se confundió entre las sombras y se hizo invisible. Los cuatro de la Chimenea de Piedra esperaban su regreso desde entonces, acurrucados en la húmeda y fétida oscuridad del llano, atentos y expectantes. El gato del páramo llevaba fuera mucho tiempo.

Brin cerró los ojos doblegada por el cansancio que la inundaba e intentó cerrar sus oídos al canto apagado, vacío y monótono de los gnomos. Varias veces escucharon gritos estridentes, rápidos y cargados de horror en la oscuridad cercana, pero enseguida se apagaban. Los cantos continuaban...

Una sombra monstruosa saltó de la oscuridad frente a la joven del valle, que se puso en pie sobresaltada dando un pequeño grito.

–¡Chist, muchacha! –exclamó Cogline, tirando de ella hacia abajo y tapándole la boca con su huesuda mano–. ¡Es nuestro gato!

La enorme cabeza de Murmullo se materializó, y sus luminosos ojos azules parpadearon mientras se acercaba a Kimber. La muchacha se inclinó para abrazarlo, acariciándolo con cariño y susurrándole al oído. Habló un momento con el gato del páramo, y el animal se restregó contra ella, acariciándola con su hocico.

–¡Rone, ha encontrado la espada! –dijo Kimber, volviéndose hacia el joven con los ojos destellantes de excitación.

–¡Llévame donde la pueda encontrar, Kimber! –le suplicó Rone, acercándose a ella–. ¡Entonces tendremos un arma para enfrentarnos a los caminantes negros y a cualquier otro ser oscuro que les sirva!

Brin luchó contra la amargura que brotó de repente en su interior. Rone había olvidado que la espada no le había servido de nada cuando intentó defender a Allanon. Estaba obsesionado por recuperarla.

Cogline les indicó que se acercaran, mientras Kimber hablaba con Murmullo. Después se pusieron en camino hacia el campamento de los gnomos. Se deslizaron con cautela desde su escondite, ocultándose en la sombras de la Cresta de Toffer. La luz de las hogueras lejanas apenas llegaba allí, y avanzaron con rapidez. Brin Ohmsford escuchaba una voz interior advirtiéndole que debía volver atrás, que nada bueno encontraría por ese camino. *Demasiado tarde,* murmuraba en respuesta. *Demasiado tarde.*

Ya estaban cerca del campamento. Desde allí podían ver mejor a los gnomos araña que estaban cerca de las fogatas, figuras en cuclillas que pululaban alrededor de las chozas y las madrigueras como los insectos que les daban el nombre. Eran seres desagradables a la vista, peludos y con agudos ojos de hurón, figuras arqueadas y huidizas sacadas de alguna pesadilla que era mejor olvidar. Docenas de ellos se desplazaban de un lado a otro, emergiendo de la penumbra y desapareciendo en ella, charlando en un lenguaje que no era humano. Continuó la reunión ante el muro de niebla durante todo el tiempo, cantando en

una cadencia átona y hueca.

El gato del páramo y los cuatro viajeros rodearon con cautela y en silencio el perímetro del campamento en dirección al extremo opuesto. La niebla se deshacía en lentos jirones, liberados del muro suspendido estéticamente sobre el vacío del páramo. Era húmeda, pegajosa, y su calor producía una sensación desagradable cuando rozaba la piel. Brin intentó apartarla de sí.

Murmullo, que conducía al grupo, se paró de pronto y sus enormes ojos buscaron a su ama. Brin, que sudaba copiosamente, miró a su alrededor, intentando orientarse. La oscuridad estaba llena de sombras y movimiento e impregnada del calor de la noche otoñal y del zumbido de los gnomos araña que cantaban ante el páramo.

–Tenemos que bajar al campamento –dijo Kimber con voz excitada.

–¡Ahora los veremos saltar! –exclamó Cogline con satisfacción–. ¡Apartaos de ellos cuando salten!

Tras recibir la orden de la muchacha, Murmullo se encaminó hacia el campamento de los gnomos. Deslizándose sin el menor ruido entre la niebla, el gato gigantesco se dirigió al grupo más próximo de chozas y madrigueras. Kimber, Cogline y Rone lo siguieron, agachados. Brin se rezagó un poco, buscando en la noche.

A su izquierda, los gnomos se movían en la periferia de la luz de las hogueras, pululando entre un montón de rocas y entre la hierba alta. Otros estaban más lejos, a su derecha, moviéndose al ritmo de los cánticos. El humo de las fogatas, ácido y punzante, llegó a los ojos de Brin, mezclado con las emanaciones de niebla.

De repente quedó cegada, y la ira y el miedo crecieron en su interior. Sus ojos, irritados, se llenaron de lágrimas, y la joven del valle los secó con sus manos...

Entonces, de la oscuridad surgió un alarido, que se impuso al sonido de los cánticos helando la noche a su alrededor. Un gnomo araña saltó de la sombras frente a ellos, intentado por todos los medios huir del gigantesco gato del páramo que había interceptado su camino. Murmullo también saltó, rugiendo, y derribó al aturdido gnomo, tirándolo a un lado como si fuera un pedazo de leña, y dispersó a media docena más que pretendieron evitarlo. Kimber corrió a reunirse con el gato gigante. Cogline y Rone la siguieron, gritando como si se hubieran vuelto locos. Brin corrió detrás de ellos, esforzándose para mantener su paso.

Precedido por el gato del páramo, el pequeño grupo dirigió sus pasos hacia el centro del campamento. Los gnomos araña, unas peludas sombras encorvadas que chillaban, ululaban y saltaban en busca de refugio, emprendieron la huida. El grupo sobrepasó la fogata más próxima. Cogline aflojó el paso para sacar el contenido de una bolsa de cuero que llevaba atada a la cintura. Extrajo un puñado de polvo negro y lo arrojó a las llamas. Instantáneamente, una explosión estremeció la tierra a la vez que el fuego se elevaba hacia el cielo en un surtidor de chispas y trozos de madera ardiente. Los cánticos ante el muro de niebla fueron apagándose a medida que se intensificaban los alaridos de los gnomos en el campamento. Los cuatro pasaron corriendo junto a otro fuego, y Cogline volvió a arrojar polvo negro a las llamas. Por segunda vez la tierra explotó bajo a sus pies, llenando la noche de fulgor y dispersando los gnomos araña.

Muy adelantado, Murmullo saltó a la luz de la hoguera como un fantasma enorme, alcanzando la cima de una plataforma toscamente construida que se levantaba cerca del muro de niebla. La plataforma se astilló y se hundió con estrépito, incapaz de soportar el peso del animal, y una colección de tinajas, objetos de madera tallada y brillantes armas se esparció por el suelo.

–¡La espada! –gritó Rone, y su voz se impuso a la algarabía de los gnomos.

Apartó a golpes a los gnomos que intentaban cerrarle el paso y cargó hacia delante. Unos segundos más tarde estaba junto a Murmullo, buscando entre los tesoros caídos una

delgada hoja negra como el ébano.

–¡Leah! ¡Leah! –gritó, blandiendo la espada sobre su cabeza en un gesto de triunfo y obligando a retroceder a un pequeño grupo de gnomos que se acercaban.

Se produjeron explosiones a su alrededor a medida que Cogline arrojaba polvo negro a las hogueras. Toda la hondonada estaba iluminada con un resplandor amarillento que se elevaba de la tierra ennegrecida y chamuscada. La hierba ardía por todas partes. El humo y la niebla se espesaban y arremolinaban por el campamento, que empezaba a desaparecer en su interior. Brin seguía a sus compañeros de viaje, olvidada en la excitación de la batalla, quedándose cada vez más rezagada. Ellos ya habían abandonado la plataforma derrumbada y emprendido el camino de regreso al risco. Eran poco más que figuras insinuadas en la mezcla de humo y niebla, apenas visibles.

–¡Rone, espera! –gritó Brin con desesperación.

Los gnomos araña corrían chillando como locos, y la adelantaron por ambos lados. Varios intentaron cogerla con sus miembros peludos, y sus dedos retorcidos se agarraron a sus ropas y las rasgaron. Ella se defendió con ferocidad, liberándose y corriendo para alcanzar a sus amigos. Pero eran demasiados. Estaban en todas partes, y todos intentaban capturarla. Desesperada, decidió utilizar la canción; el extraño y aturdidor grito los arrojó lejos de ella, entre aullidos de frustración.

Entonces cayó de bruces sobre la alta hierba, y la tierra penetró en sus ojos y su boca. En ese momento, algo pesado saltó sobre ella, una masa de pelo y nervios que la oprimió con fuerza, y la joven del valle perdió el control de sí misma. El miedo y la repugnancia que se apoderaron de ella le impidieron seguir razonando. Se bamboleó, apoyándose en las manos y rodillas, pero el ser invisible seguía agarrado a su espalda. Utilizó la canción con toda la furia que pudo reunir. Surgió de su garganta como una explosión, y la criatura que estaba sobre su espalda salió despedida, destrozada por la fuerza de la magia.

Se dio media vuelta y pudo ver lo que había hecho. Un gnomo araña yacía sin vida sobre unas rocas que había a sus espaldas, pequeño y frágil en la muerte. Lo contempló durante un breve instante y sintió una extraña y aterradora sensación de alegría.

Después rechazó aquel sentimiento. En silencio y horrorizada, corrió a ciegas entre el humo, sin saber en qué dirección lo hacía.

–¡Rone! –gritó.

Huyó hacia el muro de niebla que se levantaba frente ella y desapareció.

14

Parecía que el mundo no existiera. Sólo había niebla. La luna, las estrellas y el cielo se habían desvanecido. Los árboles del bosque, los picos de las montañas, los riscos, los valles, las rocas y los torrentes habían desaparecido. La tierra que pisaba carecía de forma y de color, incluso la hierba formaba parte de la cambiante niebla gris. Estaba sola en el vasto y desolado vacío en el que inadvertidamente había entrado.

El cansancio la obligó a detenerse, con los brazos cruzados con fuerza sobre su pecho; su respiración sonaba áspera y discordante en sus oídos. Estuvo sin moverse un largo rato en medio de la niebla, vagamente consciente de que había tomado una dirección equivocada al emprender la huida de la hondonada y que corría hacia el Páramo Viejo. Sus pensamientos se dispersaban como hojas en el viento y, aunque ponía toda su fuerza de voluntad para retenerlos y ordenarlos, los perdía enseguida. En su mente sólo una imagen se conservaba clara: el gnomo araña, roto y sin vida.

Sus ojos se cerraron contra la luz y sus puños, contra la rabia. Había hecho lo que se había prometido a sí misma que nunca haría. Había arrancado la vida a un ser humano dejándose arrastrar por el miedo y la cólera, utilizando para ello la canción. Allanon le había advertido que eso podía llegar a suceder. Aún podía escuchar con claridad sus palabras: *Joven del valle, la canción es un poder que no puede compararse con ninguno otro que hayas visto. La magia puede dar vida y la magia puede quitar la vida.*

–Pero yo nunca la utilizaría...

–Nadie utiliza la magia. La magia nos utiliza a todos, niña de la oscuridad; ¡incluso a ti!

Era la advertencia que le había hecho el Oráculo Siniestro, no la de Allanon, la que ahora se mofaba de ella, y la rechazó.

Se puso en pie. En el fondo era consciente de que algún día se vería obligada a utilizar la magia de la canción tal como Allanon le había advertido. Aceptó esa posibilidad desde el mismo momento en que le mostró el alcance de su poder con los árboles entrelazados en los bosques de las montañas de Runne. Por otra parte, la muerte del gnomo araña no era para ella una revelación inesperada e impactante. Lo que más la horrorizaba de todo aquello era el hecho de que alguna parte de su ser había disfrutado con lo ocurrido, que alguna parte de su ser había sentido un gran placer en matar.

Su garganta se tensó. Recordaba el furtivo y súbito sentimiento de alegría que la había invadido al ver la figura sin vida del gnomo y tomar conciencia de que la canción lo había destruido. Se había recreado un solo instante en el poder de la magia...

¿Por qué había accedido a convertirse en tal clase de monstruo?

Sus ojos se abrieron de repente. No había accedido a nada. El Oráculo Siniestro tenía razón: *Tú no usas la magia... la magia te usa a ti. La magia hizo de ti lo que quiso.*

Ella no podía controlarla por completo. Lo descubrió cuando se enfrentó a los hombres que vivían al oeste de cordillera de Spanning en el Centro de Ventas el Paso de los Grajos, y había tomado la decisión de que nunca volvería a perder el control de la magia hasta aquel extremo. Pero cuando los gnomos araña se abalanzaron sobre ella, el control que había pensado ejercer se desvaneció al instante bajo la fuerza de sus emociones, la confusión y la urgencia. Utilizó la magia dejándose llevar por sus instintos, sin conceder la menor oportunidad a su razón para que pudiera intervenir; fue una simple reacción, limitándose a esgrimir el poder de la misma forma que Rone Leah esgrimiría su espada, como un arma poderosa y destructiva.

Y le había gustado.

Sus ojos se inundaron de lágrimas. Podía argüir en su defensa que la alegría sólo había durado un breve instante, enturbiada además por un fuerte sentimiento de culpabilidad, y que el horror que la siguió impediría que volviese a poder sentirla. Pero no podía eludir la verdad. La magia había mostrado su verdadera naturaleza: era peligrosa y podía afectar su conducta de una forma imprevisible. Eso la convertía en una seria amenaza no sólo para ella, sino también para quienes la rodeaban, y debía estar siempre en guardia contra esa amenaza.

Sabía que no podía renunciar a realizar el viaje al Maelmord. Allanon le había encomendado una misión, y era consciente de que, a pesar de todo lo que había sucedido y de todo lo que pudiera reprochársele, debía cumplir esa misión. No albergaba la más mínima duda incluso en aquel momento. Pero aunque estaba sometida a esa obligación, podía elegir su propio código de conducta. Allanon había procurado que utilizara su canción con un solo objetivo: permitirle entrar en el foso. Por lo tanto, debía encontrar la manera de reservar la magia hasta el momento en que tuviera que invocarla para ese fin. Sólo en ese momento se arriesgaría a volver a utilizar la magia. Tras tomar esta decisión, se frotó los ojos para limpiar sus lágrimas. Cumpliría su promesa: nuca más volvería a ser utilizada por la magia.

Se irguió, dispuesta a encontrar el camino para reunirse con sus amigos. Dio un traspié al avanzar a tientas en la penumbra, sin dirección segura. Los jirones de niebla la precedían en su camino, y se sorprendió al descubrir imágenes en sus tortuosos movimientos. Se apiñaron a su alrededor, extraídas de la niebla de su mente y también de la exterior. Las imágenes empezaban a tomar las formas de recuerdos resucitados de su infancia. Su madre y su padre pasaron ante ella, con su calor y seguridad acrecentados por el recuerdo, como amables figuras que la protegían y la amaban. Jair estaba allí. Las sombras se deslizaban a través de la extraña y vacía media luz. Fantasmas del pasado. Allanon podría ser uno de ellos, regresando de la muerte al mundo de los vivos. Lo buscó, casi esperando...

Y, para su sorpresa, se topó con él de repente. Surgiendo de la niebla como el fantasma que ahora era, se detuvo a unos diez metros de distancia, rodeado de niebla gris que giraba como en el Cuerno del Infierno, despertando a la vida.

–¿Allanon? –preguntó la joven del valle.

Pero seguía dudando. La forma era la de Allanon, pero era niebla... sólo niebla.

La sombra que podía ser Allanon retrocedió en la penumbra, desapareciendo como si nunca hubiese estado.

Sin embargo, allí había algo muy extraño. No era Allanon, sino algo más.

Miró a su alrededor, buscando al ser cuya presencia de alguna manera intuía. Las imágenes danzaban de nuevo ante sus ojos, surgidas de entre los jirones de niebla, reflejos de su memoria. La niebla les daba vida, una magia que la extasiaba y la atraía. Se quedó paralizada ante su despertar y se preguntó si estaría volviéndose loca. Visiones como aquellas que la afectaban eran sin duda un claro indicio de demencia, aunque ella se sintiera lúcida y segura. Era la niebla que intentaba seducirla, provocándola con sus elucubraciones, jugando con sus recuerdos como si le pertenecieran. Era la niebla, o el ser extraño que en ella se escondía.

¡Un hombre bestia! Las palabras surgieron de algún lugar de su conciencia. Cogline había hablado de los seres de la niebla mientras estuvieron escondidos en las rocas del risco que dominaba el campamento de los gnomos araña. Esparcidos por todo el Páramo Viejo, apresaban a seres más débiles que ellos, tendiéndoles trampas para quitarles la vida.

Se irguió, y dudó. Después empezó a avanzar muy despacio y con cautela. Algo se movió en la niebla al mismo tiempo que ella... una sombra, leve y difusa, un retazo de noche. Un hombre bestia. Apresuró el paso, dejando que sus pies la llevasen donde

quisieran. Estaba perdida, pero no podía permanecer inmóvil y quedarse en el lugar en que se hallaba. Debía mantenerse en movimiento. Pensó en sus compañeros de viaje. ¿La estarían buscando? ¿Serían capaces de encontrarla en aquella enorme extensión cubierta por la niebla? Hizo un gesto dubitativo. Tal vez fuera posible, pero no podía confiar en ello. Debía encontrar su propio camino. En algún lugar ante ella el páramo tocaría a su fin y con él se desvanecería la niebla. Tenía que seguir andando hasta que consiguiera salir de él y de esta forma se liberaría de su niebla entumecedora.

Pero ¿y si no se lo permitían?

Sus recuerdos volvieron a reavivarse en los jirones de niebla, fastidiosos y seductores, que se desgajaban a su alrededor. Caminó más deprisa, ignorándolos, consciente de que en algún lugar que no podía ver la sombra seguía sus pasos. Una especie de helor la invadió ante la conciencia del otro.

Intentó imaginar cómo sería el ser que la seguía. ¿Qué clase de criatura era el hombre bestia? Se había presentado ante ella bajo la forma de Allanon, ¿o eso no había sido más un truco de la niebla y de su mente? Se sentía confusa.

Algo pequeño y húmedo se alejó saltando de sus pies y voló en la oscuridad. Se apartó de allí, bajando por un declive hasta una hondonada vasta y cenagosa. El lodo y la tierra pantanosa succionaban sus botas, y las hierbas golpeaban sus piernas y se enredaban en ellas. Aflojó un poco el paso al advertir una inquietante elasticidad en el suelo, y retrocedió hacia el borde. En el fondo de la cuenca había arenas movedizas que la hubiesen tragado y hecho desaparecer. Debía mantenerse apartada de ellas y buscar una tierra más dura y seca para seguir caminando. La niebla se arremolinaba por todas partes, dificultando su visión cuando intentaba buscar un camino. Todavía estaba desorientada, sin sentido alguno de la dirección. Tenía la sensación de que había estado caminando en círculo.

Siguió adelante. Las nieblas del Páramo Viejo giraban y se espesaban esparciendo la oscuridad a su alrededor, y las sombras se movían en la humedad que desprendía. Hombres bestia. Ahora ya eran más de uno los que iban tras sus pasos. Brin los miró, siguiendo sus movimientos mercuriales que les dan la apariencia de peces nadando en las oscuras aguas del crepúsculo. Aceleró la marcha con obstinación por tierra firme, a gran distancia de las hierbas del pantano. La perseguían, pero nunca conseguirían alcanzarla, se prometió a sí misma. Aquél no era su destino.

Empezó a correr, y los latidos de su corazón y de su sangre sonaron en sus oídos como un repiqueteo monótono. La cólera, el miedo y la decisión se mezclaron, convirtiéndose en un solo impulso que la hacía avanzar. El páramo formaba una suave pendiente ante ella, y subió hasta el centro de una pequeña elevación poblada de hierbas altas y maleza. Cuando estuvo arriba, miró a su alrededor con incredulidad.

Había sombras por todas partes.

En aquel momento salió de entre la niebla una figura alta y delgada, envuelta en una capa como las utilizadas por los habitantes de las tierras altas y con un espadón enorme cruzado a su espalda. Brin se estremeció por la sorpresa. ¡Era Rone! Levantó sus brazos y los extendió hacia ella, pidiéndole que se acercara. Movida por un fuerte impulso, se lanzó hacia él alargando la mano para coger la suya.

Pero entonces algo la detuvo.

Parpadeó. *¿Rone? ¡No!*

Una cortina roja cayó sobre sus ojos, inundándola de un sentimiento de cólera cuando reconoció el engaño. No era Rone Leah lo que había visto, sino el hombre bestia que seguía sus pasos.

Éste dio un paso adelante. Las vestiduras y la espada desaparecieron, convertidas en jirones de niebla. De lo que había sido la figura del joven de las tierras altas sólo quedaba una sombra enorme y cambiante. Entonces apareció un cuerpo monstruoso plegado sobre

unas gruesas patas traseras provistas de garras, con grandes antebrazos cubiertos de pelo enmarañado y una cabeza aplastada y contorsionada en la que destacaban las mandíbulas, que se abrían para mostrar unos dientes blancos.

Se irguió envuelto en las brumas del páramo, y Brin pudo ver que la doblaba en estatura. Sin hacer ruido, inclinó su cabeza e intentó asestarle un mordisco. Era una masa de pelo, escamas, músculos, huesos afilados, dientes y ojos como rajas. Era un ser nacido de las más negras pesadillas que Brin pudiera tener en la angustia de su desesperación.

¿Era real o sólo producto de la niebla y de los delirios de su mente?

Fuera lo que fuese, daba igual. Olvidando el juramento que había hecho sólo unos pocos minutos antes, recurrió a la canción de los deseos. Endurecida por la determinación y enloquecida por lo que sus ojos veían, brotó de forma incontenible. Su destino no era morir en el Páramo Viejo a manos de aquel monstruo. En esta ocasión utilizaría la magia contra un ser cuya destrucción carecía de importancia.

Empezó a cantar, pero las palabras se congelaron en su garganta.

Era su padre quien estaba ante ella.

El hombre bestia se deslizaba, acercándose con indolencia. Su figura ondeaba y se distorsionaba en la niebla, babeando anticipadamente con la perspectiva de saciar sus necesidades vitales con la vida de la joven del valle. Ella retrocedió, tambaleándose, cuando tuvo ante sí el rostro moreno y gentil de su madre. Gritó con desesperación, y su angustioso grito sólo pareció sonar en el silencio de su mente.

Como respuesta, creyó escuchar su nombre. *¡Brin!* Se sintió completamente confundida. La voz parecía real, pero ¿quién...?

–¡Brin!

En ese momento, el monstruo se abalanzó sobre ella y pudo oler su maldad. Pero la canción de los deseos seguía bloqueada en su garganta, aprisionada por la imagen, fija en su mente, del hombre bestia destrozando la esbelta figura de su madre, dejándola rota y sin vida.

–¡Brin!

Entonces se escuchó un rugido aterrador que rompió en mil pedazos el silencio de la noche. Una silueta deslumbrante salió volando de entre la niebla, y trescientos kilos de gato del páramo enfurecido cayeron sobre su agresor. Con los dientes y las zarpas preparadas, el gato acometió a la horrenda aparición y ambos rodaron sobre la alta hierba.

–¡Brin! ¿Dónde estás?

Ella dio un paso atrás, sin poder escuchar las voces que la llamaban por su nombre a causa del ruido de la lucha. Desesperada, volvió a gritar. Un instante después apareció Kimber, como un dardo salido de entre la niebla, con su largo cabello ondeando a sus espaldas. Cogline iba tras ella, profiriendo unos gritos salvajes. Su cuerpo encorvado luchaba por mantener el paso de la muchacha.

Murmullo y el hombre bestia entraron de nuevo en su campo visual, atacándose y separándose. El gato del páramo era más fuerte y, cada vez que el ser de las brumas intentaba echarse sobre él, se lo impedía. Pero ahora otras sombras, enormes e indeterminadas, se habían reunido en la oscuridad, y se distribuían a su alrededor. ¡Demasiadas sombras!

–¡Leah! ¡Leah!

Entonces apareció Rone, moviéndose con agilidad entre la masa de sombras, con la espada levantada. Una incandescencia verde y espectral se arremolinaba en la hoja de ébano. El hombre bestia, arrinconado por Murmullo, se dio la vuelta inmediatamente, sintiendo el grave peligro que encerraba la magia de la espada. Tras escabullirse del gato del páramo, saltó sobre Rone, pero el príncipe Leah estaba preparado. Su espada describió un arco hacia abajo y se clavó en el hombre bestia. Un fuego verde brilló en la oscuridad

de la noche, y el ser de la niebla explotó en una lluvia de llamas.

Poco después, la luminosidad desapareció, dejando paso libre a las sombras de la noche y a las brumas. Las sombras que se habían reunido en la oscuridad de su alrededor se disolvieron.

El joven de las tierras altas se acercó a Brin, con la espada colgando a su costado.

–Lo siento, lo siento –le dijo a la joven del valle–. La magia... –Movió la cabeza con desaliento–. Cuando encontré la espada, cuando la toqué... no pude pensar en otra cosa. La recogí y corrí con ella. Me olvidé de todo... incluso de ti. Fue la magia, Brin...

–Lo sé –respondió la joven del valle, tras un breve instante de vacilación, apoyando la cabeza en su pecho y abrazándolo con fuerza.

–No te dejaré sola nunca más –prometió el joven de las tierras altas–. Nunca más.

–Eso también lo sé –respondió Brin con voz serena.

Pero no le dijo que había decidido abandonarlo.

15

Tres días después de abandonar las prisiones de Dun Fee Aran, Jair y el pequeño grupo de Culhaven llegaron a las montañas del Cuerno Negro Azabache. Tras renunciar a transitar por los caminos que seguían el curso del Río Plateado en su ruta hacia el sur, una vez que éste hubiera dejado atrás las montañas, por temor a ser descubiertos, se vieron obligados a atravesar los densos bosques de arriba, avanzando a un ritmo más lento a través de la enmarañada selva. El segundo día, las fuertes lluvias cesaron, convirtiéndose en llovizna a media mañana y en simple niebla al empezar la tarde. El aire se hizo más cálido cuando los cielos se despejaron y las nubes se desviaron hacia el este. Cuando las sombras de la noche cayeron sobre la tierra, la luna y las estrellas mostraron su brillo y su luz entre las ramas de los árboles. Habían caminado despacio, incluso después de que la lluvia cesara, porque la tierra, saturada ya de agua, no podía absorber toda la que se había acumulado en la superficie, y estaba fangosa y resbaladiza. Intentaban restar importancia a las pésimas condiciones climatológicas con que habían reemprendido el viaje y avanzaron con paso resuelto, deteniéndose el tiempo imprescindible para comer y descansar.

El sol, brillante y cálido, se dejó ver al tercer día, filtrándose en amistosos rayos a través de las sombras del bosque y devolviendo retazos de color a la tierra empapada. La oscura mole de las montañas del Cuerno Negro Azabache apareció ante sus ojos como una masa de rocas yermas que se elevaban sobre las copas de los árboles. Toda la mañana y las primeras horas de la tarde caminaron hacia ellas, hasta alcanzar las laderas bajas y comenzar el ascenso.

–Tenemos un problema –dijo Slanter en tono indiferente, tras ordenar hacer un alto en el camino–. Si queremos cruzar las montañas, tardaremos bastantes días en hacerlo, quizás varias semanas. Sólo tenemos una alternativa: remontar el Río Plateado hasta su nacimiento en la Fuente del Paraíso. Si somos prudentes, podemos conseguirlo, pero tarde o temprano tendremos que pasar bajo Marca Gris, y entonces, podéis estar seguros, nos descubrirán los caminantes negros.

–Tiene que haber alguna forma de evitarlo –respondió Foraker, frunciendo el entrecejo.

–No la hay –dijo Slanter–. Tengo razones para afirmarlo.

–¿Podemos seguir el río hasta que estemos cerca de Marca Gris y entonces Cruzar las montañas? –preguntó Helt, que había apoyado su gigantesco cuerpo en una roca–. ¿Podemos ir por otro camino?

–No desde donde ahora nos encontramos– respondió el gnomo, haciendo un gesto negativo–. Marca Gris se asienta sobre una plataforma rocosa que domina todas las tierras de los alrededores: las montañas del Cuerno Negro Azabache, el Río Plateado, todo. La roca es yerma y está completamente desprovista de vegetación, por lo que no ofrece ningún escondrijo. –Miró a Stythys, que estaba sentado un poco separado de ellos–. Ésa es la razón de que a los lagartos les gustase tanto. Ningún ser vivo podía acercarse allí sin ser visto.

–Entonces tendremos que viajar de noche –dijo Garet Jax.

–Te romperás el cuello si lo intentas –respondió Slanter, haciendo un gesto negativo–. Hay numerosos precipicios y los senderos son estrechos y están vigilados. Nunca podrás hacerlo.

–Bien, ¿qué sugieres? –preguntó Foraker, rompiendo el largo silencio que se había producido tras las últimas palabras del gnomo.

–Yo no sugiero nada –respondió Slanter, encogiéndose de hombros–. Ya os he traído

hasta aquí; a partir de ahora es cosa vuestra. Quizás el muchacho pueda ocultaros con su magia una vez más –prosiguió, arqueando las cejas y mirando a Jair–. ¿Qué te parece, joven del valle? ¿Puedes cantar a mitad de la noche?

Jair se puso rojo como un tomate.

–¡Tiene que haber alguna forma de burlar la guardia, Slanter!

–Para mí no constituye ningún problema –respondió el gnomo, aspirando aire por la nariz–. Pero vosotros podríais tener ciertas dificultades.

–Helt posee la visión nocturna... –empezó a decir Elb Foraker.

–¿Qué sugerirías tú, mwellret? –lo interrumpió Garet Jax; dirigiéndose a Stythys–. Ésta es tu casa. ¿Tú qué harías?

–Encontrad vuesstro propio camino, duendess –respondió Stythys, entreabriendo los párpados–. Busscad essa abssurda ayuda en otro. ¡Dejadme en paz!

Garet Jax lo miró fijamente durante un breve instante, y luego se acercó él, sin hablar, con una expresión tan fría en sus ojos grises que Jair dio un paso atrás involuntariamente.

–Parece que me estás diciendo que ya no eres útil para nosotros –le dijo el Maestro de Armas, levantando el dedo y apoyándolo en la figura encapuchada del mwellret.

Dio la sensación de que el mwellret se encogió dentro de sus ropas, y sus ojos despidieron destellos cargados de odio. Pero no tenía poder sobre Garet Jax. El Maestro de Armas se quedó donde estaba, esperando.

–Oss ayudaré ssi me dejáiss libre –dijo el lagarto, emitiendo un apagado silbido y sacando su lengua bífida lentamente–. Oss llevaré por donde nadie oss verá.

Se produjo un largo silencio mientras los miembros del grupo intercambiaban miradas suspicaces.

–No le creáis –dijo Slanter.

–El esstúpido pequeño gnomo no puede ayudaross ahora –dijo despectivamente Stythys–. Necessitáiss mi ayuda, pequeñoss amigoss. Conozco caminoss por loss que nadie máss puede passar.

–¿Qué caminos conoces? –preguntó Garet Jax, con voz suave.

–Prometed primero que me dejaréiss libre, duendess –respondió el mwellret, haciendo un gesto negativo.

–Si puedes hacer que entremos en Marca Gris, serás libre –respondió el Maestro de Armas, sin que su rostro reflejara el más leve indicio de lo que estaba pensando.

Slanter hizo un gesto de desaprobación y escupió en el suelo. De pie junto a los otros, Jair esperó que Stythys dijera algo más. Pero parecía que el mwellret estaba pensando.

–Tienes nuestra solemne promesa –intervino Foraker, con cierto tono de impaciencia–. Ahora dinos qué camino debemos seguir.

–¡Llevaré a loss duendess por lass Cuevass de la Noche! –respondió Stythys, esbozando una sonrisa maligna y desagradable, parecida a una mueca.

–¡Escucha, malvado...! –exclamó Slanter lanzándose sobre el mwellret sin poder contener su furia. Helt lo agarró por la cintura y le arrastró hacia atrás. El gnomo chillaba y forcejeaba como si se hubiese vuelto loco. La risa de Stythys sonó como un silbido suave, mientras los miembros del grupo rodeaban a Slanter para mantenerlo alejado.

–¿Qué es eso, gnomo? –le preguntó Garet Jax, agarrándolo del brazo–. ¿Qué sabes de esas cuevas?

Slanter se liberó de las manos del Maestro de Armas, pero Helt continuó sujetándolo.

–¡Las Cuevas de la Noche, Garet Jax! –exclamó–. ¡Los depósitos de muerte para los gnomos de la montaña desde el día en que fueron sometidos al dominio de los lagartos! ¡Miles de gnomos fueron abandonados en las Cuevas de la Noche, encerrados y olvidada

su existencia! ¡Ahora este... monstruo quiere hacer lo mismo con nosotros!

–Mwellret –le advirtió el Maestro de Armas, volviéndose con rapidez hacia él mientras aparecía como por arte de magia el largo cuchillo en su mano derecha–, procura ser más cuidadoso con tu respuesta esta vez.

–Mentirass del gnomo –respondió Stythys, aparentado absoluta indiferencia–. Lass Cuevass de la Noche sson unoss passadizoss que conducen a Marca Griss. Oss llevarán por debajo de lass montañass, máss allá de loss caminantess negross. Nadie oss verá.

–¿Existe un pasadizo de entrada? –preguntó Foraker a Slanter.

–Eso no importa –respondió el gnomo, quedándose inmóvil de repente, rígido bajo la firme presión de la mano de Helt–. Las Cuevas de la Noche no son precisamente el lugar más adecuado para los seres vivos. ¡Kilometros de túneles atraviesan las montañas del Cuerno Negro Azabache, negros como pozos, y están llenos de procks! ¿Habéis oído hablar de los procks? Son cosas vivas, formadas por una magia más vieja que las tierras. Magia del mundo antiguo, se dice. Bocas vivientes de roca, en toda la extensión de las Cuevas de la Noche. Por cualquier parte que vayas, encontrarás procks en el suelo de la caverna. Un paso equivocado y se abren, atrapándote, cerrándose a tu alrededor, oprimiéndote hasta... –El gnomo temblaba de furia–. Ése era el medio utilizado por los lagartos para deshacerse de los gnomos de la montaña. ¡Los encerraban en las Cuevas de la Noche!

–Pero las Cuevas de la Noche nos brindan un pasadizo de entrada –objetó Garet Jax, convirtiendo la pregunta de Foraker en la afirmación de un hecho.

–¡Un pasadizo inútil para nosotros! –exclamó otra vez Slanter, indignado, sin poder contener la furia–. ¡No podremos encontrar el camino! ¡Una docena de pasos y seremos una presa fácil para los procks!

–¡A mí no me cogerán! –lo interrumpió Stythys con un silbido–. ¡El ssecreto de lass Cuevass de la Noche ess mío! Loss duendess no pueden passar, pero mi pueblo conoce el camino. ¡Loss prockss no pueden hacernoss daño!

–Las Cuevas de la Noche llevan a Marca Gris bajo las montañas del Cuerno Negro Azabache –dijo Garet Jax, rompiendo el silencio que se había producido tras las últimas palabras pronunciadas por el mwellret y retrocediendo hasta quedar delante de él–. ¿Quedan ocultas a los ojos de los caminantes negros? ¿Y tú puedes conducirnos por ellas?

–Ssí, pequeñoss amigoss –silbó con suavidad Stythys–. Oss llevaré por ellass.

Garet Jax se volvió sus compañeros de viaje, pero todos guardaron silencio.

–Sólo somos seis –dijo Helt, haciendo un gesto de asentimiento–. Si queremos tener alguna posibilidad, hemos de llegar a la fortaleza sin ser vistos.

Foraker y Edain Elessedil hicieron un gesto de asentimiento, y Jair dirigió una mirada inquisitiva a Slanter.

–¡Estáis todos locos! –exclamó el gnomo con amargura–. ¡Locos, ciegos y estúpidos! ¡No se puede confiar en los lagartos!

–No tienes que continuar con nosotros si no lo deseas, Slanter –dijo Jair, rompiendo el tenso silencio que se había producido.

–¡Puedo cuidar de mí mismo, muchacho! –respondió el gnomo.

–Lo sé, pero creía que...

–¡Pues guarda tus opiniones para ti! –lo cortó tajante el gnomo–. En cuanto a seguir o no seguir, debías de ser tú quien se lo tenía que plantear. Pero no lo harás, estoy seguro. Así que compartiremos la locura –prosiguió dirigiendo una mirada de desconfianza a Stythys–. ¡Pero este loco estará vigilando de cerca y, si algo va mal, estará allí para asegurarse de que el lagarto no ve el final de la aventura!

–Tú nos conducirás por las Cuevas de la Noche –le dijo Garet Jax a Stythys, volviéndose hacia él–. Pero no lo olvides: ocurrirá lo que dice el gnomo. Lo que nos pase a

nosotros, también te pasará a ti. No intentes engañarnos ni ponernos trampas. Si lo intentas...

–No oss haré trampass, pequeñoss amigoss –respondió Stythys, esbozando una rápida e inexpresiva sonrisa.

Esperaron a que cayera la noche para reanudar su viaje; entonces descendieron por las rocas situadas sobre el Río Plateado y se dirigieron hacia el norte, adentrándose en las montañas. La luz de la luna cóncava y de las estrellas iluminaba la oscura masa de las montañas de Cuerno Negro Azabache que se levantaban imponentes a su alrededor, con sus grandes picos desnudos destacándose contra el azul oscuro del cielo. Un camino corría paralelo a la orilla del río entre los árboles y matorrales dispersos, y ellos lo siguieron hasta que el bosque del sur se perdió de vista.

Caminaron toda la noche en cauteloso silencio, con Helt y Slanter abriendo la marcha. Los oscuros picos que bordeaban la cuenca del Río Plateado se iban acercando. Salvo el murmullo incesante del río, había un extraño silencio en los picos, una quietud profunda y penetrante que envolvía la roca yerma como si la madre Naturaleza acunase a su hijo dormido. A medida que transcurrían las horas, aquel silencio aumentaba la inquietud de Jair. Mirando los enormes muros de roca que los rodeaban, escudriñando en las sombras, buscando algo que no lograba ver, pero cuya presencia podía sentir. No encontraron ningún ser vivo esa noche, salvo los grandes pájaros que aleteaban sin hacer ningún ruido sobre sus cabezas en su deambular nocturno, pero el joven del valle sentía que no estaban solos.

Era consciente de que parte de ese sentimiento se debía a la presencia de Stythys. Cuando se rezagaba, podía ver la negra figura del mwellret ante sí y sentir que los ojos verdes de la criatura lo buscaban sin descanso, esperando. Como Slanter, no podía confiar en el mwellret. A pesar de las firmes promesas de ayuda que les había hecho, Jair estaba seguro de que escondía el firme propósito de apropiarse como fuera de la magia élfica. Por encima de todo, la criatura deseaba poseer ese poder. La certeza que tenía sobre esas intenciones del mwellret le producía terror. Los días que había pasado en las mazmorras de Dun Fee Aran se habían grabado en él de una forma tan profunda que nada podría hacer que los olvidara por completo. Stythys había sido el responsable de aquellos días terribles y espantos, y el mwellret tal vez pudiera lograr que volviera a repetirse. Aunque ahora a Jair le parecía que estaba libre del mwellret, no podía deshacerse de la sensación de que la criatura seguía ejerciendo, de alguna insidiosa manera, cierto control sobre él.

Pero a medida que la noche avanzaba hacia el alba y el cansancio embotaba el agudo filo de sus dudas y temores, Jair empezó a pensar en Brin. Su mente reprodujo la imagen de su rostro tal como lo había contemplado las últimas dos veces en el cristal de la visión: desolado por alguna aflicción inexpresable, y anonadado al mirar su cara contorsionada en la figura del fantasma. Ambas visiones sólo fueron vislumbres, y ninguna de ellas le permitió deducir qué había pasado. Presentía que a su hermana le habían sucedido muchas cosas, y algunas de ellas, aterradoras. Sintió un enorme vacío en su interior mientras pensaba en ella, alejada durante tanto tiempo de Valle Umbroso y de él, dedicada a una búsqueda que, según las palabras vertidas por el Rey del Río Plateado, sería la causa de su perdición. Era extraño, pero le parecía que él ya la había perdido, porque la distancia y el tiempo que los separaba se habían incrementado notablemente con los sucesos acaecidos desde la última vez que la vio. Habían pasado muchas cosas que lo habían hecho cambiar. Ya no era lo que había sido ni quién había sido.

De repente, la sensación de vacío se convirtió en dolor. ¿Qué sucedería si el Rey del Río Plateado lo había sobrevalorado? ¿Qué pasaría si fallaba y Brin se perdía? ¿Qué sucedería si la encontraba demasiado tarde? Se mordió los labios para defenderse de tan

oscuros pensamientos, prometiéndose a sí mismo que nada de eso ocurriría. Como hermanos que eran, estaban unidos por fuertes lazos. Lazos de sangre, de una vida compartida, de conocimiento, de compresión y, por encima de todo, lazos afectivos.

Siguieron caminando en las sombras de la incipiente mañana. Con las primeras luces del alba, Stythys los llevó rocas arriba. Alejándose del Río Plateado donde éste se agitaba, oscuro e indolente, en su cauce, se dirigieron hacia los riscos. Los árboles y los matorrales desaparecieron, para dejar al descubierto la roca estéril que los rodeó por todas partes. La luz del sol irrumpió por el este sobre las cumbres de las montañas; una luz dorada, brillante y cegadora, que destellaba en las grietas y fisuras de la roca como si fuera fuego. Ascendieron hacia ese fuego hasta que, de repente y de manera completamente imprevista, se encontraron a la oscura sombra de un risco y ante la entrada de una gran caverna.

–¡Lass Cuevass de la Noche! –silbó Stythys.

La boca de la caverna se abría ante ellos como unas fauces enormes. La roca mellada que rodeaba la entrada del pasadizo eran una especie de dientes. El viento soplaba a través de las cumbres montañosas, como si con su silbido quisiera advertirlos de que debían abstenerse de entrar en las Cuevas de la Noche. Había trozos de madera blanquecina dispersos alrededor de la entrada, descortezados por el tiempo y la intemperie. Jair se detuvo a mirarlos con atención y se quedó petrificado; los trozos de madera eran huesos, astillados y rotos.

–¿Cómo podremos ver ahí dentro, mwellret? ¿Tienes antorchas? –preguntó Garet Jax a Stythys, poniéndose delante de él.

–Lass antorchass no arden en lass Cuevass de la Noche, pequeñoss amigoss –respondió el mwellret, esbozando una sonrisa grave y maligna–. ¡Sse necessita la magia!

–¿Y tú posees esa magia? –le preguntó el Maestro de Armas, mirando durante un breve instante la entrada de la caverna.

–La posseo, en efecto –le respondió, cruzando los brazos dentro de las vestiduras e hinchando un poco el cuerpo–. ¡Tengo la Esstela de Fuego! ¡Esstá dentro!

–¿Cuánto tiempo pasaremos ahí dentro? –preguntó Foraker, con visible inquietud, porque a los enanos no les gustaban los sitios cerrados, y estaba preocupado por tener que aventurarse en éste.

–El passo a travéss de lass Cuevass de la Noche ess rápido, pequeñoss amigoss –afirmó Stythys con excesiva vehemencia–. Lass atravessaremoss en tress horass. Marca Griss noss esspera.

Los miembros del grupo intercambiaron una inquisitiva mirada y después miraron a la entrada de la caverna.

–¡Os lo estoy diciendo, no se puede confiar en él! –advirtió Slanter a sus compañeros de viaje una vez más.

Garet Jax sacó un trozo de cuerda, y ató un extremo alrededor de su cintura y el otro alrededor de la cintura de Stythys. Tras verificar la solidez de los nudos, desenvainó el largo cuchillo.

–Estaré más cerca de ti que tu propia sombra, mwellret. No lo olvides. Ahora llévanos dentro y muéstranos tu magia. –Stythys empezó a darse la vuelta, pero el Maestro de Armas se lo impidió dando un tirón a la cuerda–. No te internes demasiado hasta que no hayamos comprobado lo que eres capaz de hacer.

–Lo mosstraré a loss pequeñoss amigoss –respondió el mwellret, haciendo una mueca–. Venid.

Se dirigió con paso indolente hacia la monstruosa entrada negra de las Cuevas de la Noche, con Garet Jax a un paso y unidos por la cuerda atada alrededor de sus cinturas como si sólo fueran uno. Slanter iba tras ellos. Tras un breve instante de indecisión, los otros también los siguieron. Las sombras aumentaban a medida que la luz del sol iba

perdiendo fuerza, y entraron en las fauces de piedra y en la oscuridad del otro lado. Al principio, la tenue luz del amanecer colaboró en su avance, silueteando las formas de los muros, el suelo, las estalactitas y las rocas amontonadas. Pero pronto, incluso esa tenue luz los abandonó, y fueron engullidos por una impenetrable oscuridad.

Se quedaron prácticamente ciegos, y sus pasos vacilaron obligándolos a detenerse, pero continuaron escuchando en el silencio de la caverna el eco del roce de las botas de cuero sobre la roca. Se quedaron de pie, apiñados, hasta que el eco se apagó, y entonces pudieron escuchar el sonido del gotear del agua procedente de algún lugar profundo del interior de la oscuridad que los precedía. Pero desde una profundidad aún mayor les llegó el chirriante ruido de la roca arañando a la roca.

–Ya veiss, pequeñoss amigoss –silbó Stythys de improviso–. ¡Todo ess negro en lass Cuevass de la Noche!

Jair miró a su alrededor con inquietud, sin lograr ver apenas. Junto a él, el delgado rostro élfico de Edain Elessedil era una tenue sombra. Una extraña humedad impregnaba el aire, una humedad pegajosa que se movía, aunque no había viento, y parecía envolverlos y girar a su alrededor. Su contacto era desagradable, y olía a podrido. El joven del valle arrugó la nariz y, de repente, se dio cuenta de que era el mismo olor que llenaba la celda de Stythys en Capaal. Un olor inconfundible.

–¡Ahora invocaré a la Esstela de Fuego! –carraspeó el mwellret, sobresaltando al joven del valle–. ¡Esscuchad! ¡Llamo ahora a la luz!

Emitió un grito agudo, una especie de silbido siniestro y hueco que sonó como crujir de huesos, áspero y torturado. El silbido resonó en la oscuridad y se extendió por toda la caverna. Produjo un eco largo y lastimero, y después el mwellret volvió a repetirlo. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Jair. Cada vez le gustaban menos las Cuevas de la Noche.

Entonces, de forma brusca, hizo su aparición la estela de fuego. Voló hacia ellos a través de la oscuridad como una acumulación de polvo brillante, soltando chispas de fuego iridiscente que formaban remolinos y flotaban en un viento inexistente. Dispersa en la oscuridad se dirigió hacia ellos y se fundió en un momento ante la mano estirada del mwellret, convirtiéndose el conjunto de partículas diminutas en una bola de luz que esparcía su resplandor amarillo para iluminar las sombras de las Cuevas de la Noche. Los miembros del grupo miraron con asombro cómo la estela de fuego se mantenía suspendida delante de Stythys y su extraño fulgor fluctuaba y danzaba sobre sus caras.

–Magia de mi propiedad, pequeñoss amigoss –silbó Stythys con voz triunfal. Su cara de hocico prominente se volvió buscando a Jair, y sus ojos verdes destellaron en la remolineante luz–. ¿Vess pequeño amigo cómo obedece la esstela de fuego?

–Muéstranos el camino, mwellret –le ordenó Garet Jax, interponiéndose con rapidez entre ellos–. El tiempo pasa.

–Passa rápido, esso ess cierto –carraspeó Stythys con voz suave.

Apresuraron el paso en la oscuridad. La estela de fuego iluminaba el camino que seguían. Las paredes de las Cuevas de la Noche crecieron a su alrededor, perdiéndose hacia lo alto en una penumbra sombría que ni siquiera la estela de fuego podía penetrar. El sonido de sus pasos regresaba a sus oídos en ecos extraños y tenebrosos. El olor se intensificaba a medida que se adentraban en la caverna, impregnando el aire que tenían que respirar y obligándolos a tomar bocanadas más pequeñas para evitar las náuseas. El pasadizo se dividió delante de ellos en docenas de túneles entrelazados en un increíble laberinto. Pero Stythys no aflojó el paso, adentrándose sin titubear en uno de ellos. El polvo de la estela de fuego seguía danzando ante él.

El tiempo transcurría con lentitud y los túneles y pasadizos parecían no tener fin; interminables perforaciones negras que traspasaban las rocas. El olor se hizo aún más

fuerte, y el sonido de roca rallada ya no se escuchaba lejos, sino desagradablemente próximo. De repente, Stythys les ordenó detenerse ante una entrada que conducía a una caverna grande, con la estela de fuego danzando junto a su mano levantada.

–¡Prockss! –exclamó.

Apartó de sí la estela de fuego con un movimiento de muñeca y ésta voló hacia el interior de la cueva, iluminando su impenetrable oscuridad. Los miembros del grupo de Culhaven miraron horrorizados lo que la luz descubría a sus ojos. Allí, marcando todo el suelo de la caverna, había cientos de profundas fisuras dentadas que se abrían y cerraban como bocas dedicadas a alguna horrible masticación. Salían sonidos del interior de aquellas bocas: gorgoteos precipitados, desgarramientos, profundos eructos crujientes de líquido y piedra machacada.

–¡Demonios! –exclamó Helt–. ¡Toda la cueva está viva!

–Tenemoss que atravessarla –dijo Stythys, haciendo una repulsiva mueca–. Loss duendess permaneced juntoss.

En realidad, se mantuvieron apiñados, con las caras pálidas relucientes de sudor bajo la luz de la estela de fuego y los ojos fijos en el suelo de la caverna que se extendía ante ellos. De nuevo Stythys encabezó la marcha, con Garet Jax a un paso de él; Slanter, Jair, Edain Elessedil y Helt los seguían en fila, y Foraker cerraba la marcha. Caminaron con pasos lentos y zigzagueantes entre los procks, poniendo los pies donde la estela de fuego mostraba que no había bocas negras, con los oídos y las mentes invadidas por los sonidos que producían aquellas terribles bocas. Los procks se abrían y cerraban a su alrededor como si esperaran ser alimentados, como animales hambrientos que sentían la proximidad de la presa. A veces se cerraban por completo y se confundían con el verdadero suelo de la caverna al convertirse en finas líneas dibujadas en la piedra. Pero se podían abrir rápidamente, haciendo desaparecer el suelo seguro en apariencia, dispuesto a tragarse cualquier cosa que estuviera encima. No obstante, cada vez que uno se hallaba escondido en el camino que tenían que recorrer, la estela de fuego se lo mostraba y los guiaba cuidadosamente al otro lado.

Tras aquella primera caverna, atravesaron otra, y después una tercera, todas ellas llenas de procks. Salpicaban el suelo de las cuevas y los pasadizos; por tanto, no podían caminar por ellos con seguridad. Se desplazaban muy despacio, y el tiempo que empleaban parecía no tener fin. El cansancio llegó al aumentar la tensión que sentían, porque eran conscientes de que si daban un solo paso equivocado, sería el último de su vida. Mientras, los procks se abrían y cerraban a su alrededor, rechinando con jubilosa anticipación.

–¡Este laberinto no tiene fin! –le dijo Edain Elessedil a Jair, reflejando en su voz la frustración que sentía.

El joven del valle hizo un gesto de asentimiento, para manifestarle que sentía exactamente lo mismo. Foraker apremiaba detrás de ellos, y Helt cerraba la marcha. El rostro barbudo del enano estaba empapado de sudor y sus duros ojos desprendían destellos de inquietud y preocupación.

Un prock escondido se abrió de repente, casi a los pies de Jair, dejando al descubierto su negra garganta. El joven del valle se retiró de un salto, tropezando contra Slanter. ¡El prock estaba a su lado y no lo había visto! Luchó contra la oleada de inseguridad y miedo que lo invadió, y apretó las mandíbulas con férrea determinación. Ya no podía faltar mucho. Pronto habrían salido de las Cuevas de la Noche.

Pero cuando estaban atravesando otra caverna que también estaba poblada de procks, Stythys hizo lo que Slanter había predicho. Sucedió tan deprisa que ni siquiera Garet Jax tuvo tiempo de intervenir. Estaban juntos, sorteando las horribles fisuras, y un instante después, la mano del mwellret se movió hacia atrás y lanzó la estela de fuego contra sus rostros. Fue hacia ellos como un fogonazo de luz brillante, y se dispersó. Instintivamente,

se dieron la vuelta, tapándose los ojos, y en ese instante Stythys pasó a la acción. Saltó por encima de Garet Jax y de Slanter hasta donde Jair estaba agazapado, lo agarró por la cintura con su poderoso brazo izquierdo mientras con su mano derecha sacaba de entre sus ropas un largo cuchillo y lo apretó contra la garganta del joven del valle.

–¡Quedaoss atráss, pequeñoss amigoss! –silbó el mwellret, mirándolos a la cara, mientras la estela de fuego volvía a situarse delante de él.

Nadie se movió. Garet Jax se agazapó a menos de dos metros de distancia; se había convertido en una sombra negra preparada para saltar. El trozo de cuerda todavía le mantenía unido a Stythys, que había puesto a Jair entre ellos, y el cuchillo que brillaba a la media luz. Eso es lo que mantuvo paralizado al Maestro de Armas.

–¡Pequeñoss locoss! –dijo el monstruo–. ¡Penssabaiss utilizarme en contra de mi voluntad! ¿Veiss ahora lo que oss esspera?

–¡Os advertí que no se podía confiar en él! –gritó Slanter con furia.

Empezó a avanzar hacia el lagarto, pero un silbido de advertencia lo detuvo. A su espalda, los otros miembros del grupo permanecían inmóviles formando un estrecho círculo: Helt, Foraker y Edain Elessedil. En torno a ellos, los procks continuaban haciendo sus incesantes ruidos de chirriar de piedra.

–Deja libre al joven del valle, mwellret –dijo el Maestro de Armas en voz baja, cambiando de posición y con una mirada tan fría en sus ojos grises que el brazo de Stythys apretó más a Jair.

La hoja del cuchillo se afirmó aún más a la garganta de Jair. El joven del valle tragó saliva e intentó apartarse de ella. Entonces sus ojos se encontraron con los de Garet Jax. Éste era rápido, más rápido que nadie. Lo había demostrado cuando se enfrentó a los cazadores gnomos que habían hecho prisionero a Jair en los Robles Negros. Y aquella mirada que tenía entonces podía verla también ahora en su rostro enjuto y duro; una mirada serena e inescrutable en la que los ojos hablaban de la muerte que prometían.

Jair inspiró profundamente. Garet Jax estaba muy cerca, pero el cuchillo del mwellret aún estaba más cerca de su garganta.

–¡La magia noss pertenece a nossotross, no a loss duendess! –dijo Stythys con un silbido apresurado y ansioso–. ¡Magia para enfrentarnoss a loss caminantess negross! ¡Loss duendess no pueden ussarla, no pueden utilizarnoss! ¡Esstúpidoss! ¡Oss aplasstaré como a un inssecto!

–¡Deja libre al joven del valle! –repitió Garet Jax.

La estela de fuego danzaba y brillaba delante del mwellret, como una nube giratoria de polvo resplandeciente.

–¡Te dejaré libre a ti, en ssu lugar, demonio! –respondió Stythys, esbozando algo parecido a una suave sonrisa, pero sus ojos se transformaron en rendijas de odio. Luego se dirigió a Slanter–. ¡Tú, pequeño gnomo! ¡Corta essta cuerda que me ata a él!

Slanter miró primero a Garet Jax, y de nuevo al monstruo. Sus ojos se desviaron durante un breve instante para encontrarse con los de Jair. El joven del valle leyó en ellos lo que el gnomo esperaba de él. Si deseaba salir con vida de aquella situación, tendría que hacer algo para ayudar.

Slanter se adelantó muy despacio, paso a paso, soltando el largo cuchillo que llevaba sujeto a su cinturón. Nadie más se movió. Jair intentó tranquilizarse, luchando contra el miedo y la repulsión que lo dominaban. Slanter dio un paso más, y estiró una mano para agarrar la cuerda que ataba al mwellret y a Garet Jax. Jair permaneció inmóvil. Sólo tendría una oportunidad. La mano de Slanter agarró la cuerda y el cuchillo se levantó sobre el cáñamo.

Entonces Jair empezó a cantar, primero con un grito rápido y agudo que Slanter reconoció al instante. Docenas de arañas grises y peludas cayeron sobre Stythys, trepando

por el brazo con que apoyaba el cuchillo sobre la garganta de Jair. El mwellret agitó el brazo profiriendo un aullido de terror, golpeándolo salvajemente contra sus ropas y esforzándose inútilmente por desprenderse de los seres repulsivos que se pegaban a sus carnes. De pronto, la estela de fuego se extendió en un amplio círculo, absorbiendo la luz y dejándolo todo sumido en las sombras.

Con la rapidez de un gato, Slanter atacó a Stythys, y clavó su cuchillo en el brazo que agarraba a Jair por la cintura. El mwellret lo retiró con violencia, y Jair se desplomó sobre la tosca piedra, libre de nuevo. Se oyeron los gritos de sus compañeros cuando cargaron para sacarlo de allí. Stythys huyó en la dirección que los había llevado hasta allí, con Slanter pegado a él y Garet Jax saltando detrás. Un largo cuchillo apareció en la mano del Maestro de Armas, que intentó cortar la cuerda que le ataba al mwellret, pero perdió el equilibrio cuando ésta se tensó; perdió pie y cayó de rodillas.

–¡Slanter! –gritó Jair.

El gnomo y el mwellret se tambalearon sobre el laberinto de procks, atacándose con furia uno al otro. La estela de fuego continuó subiendo al disminuir el control que Stythys ejercía sobre ella, y toda la caverna quedó a oscuras. Pronto nadie sería capaz de ver nada.

–¡Gnomo! –le gritó Foraker, advirtiéndolo, mientras se separaba de los otros para dirigirse donde estaban luchando.

Pero Garet Jax fue más rápido. Saltó como una sombra desde la penumbra. El largo cuchillo cortó la cuerda que rodeaba su cintura de un solo golpe. Los procks rechinaban y deglutían en respuesta a los sonidos que escuchaban sobre ellos; sus gargantas oscuras se movían locamente, con Stythys y Slanter en medio de ellas contorsionándose cada vez más cerca, resbalando...

Entonces Garet Jax cayó sobre ellos, y su mano de hierro rodeó la pierna de Slanter, liberando al gnomo de las garras del lagarto de un tirón. Las ropas crujieron y se desgarraron, y un espantoso silbido de furia brotó de la garganta de Stythys.

El mwellret se tambaleó hacia atrás y perdió el equilibrio. A sus pies, las negras fauces de un prock empezaron a abrirse. Pareció que quedaba suspendido en el aire durante un momento, como si se sujetara a él con sus garras, pero después cayó y desapareció. El prock se cerró, y en ese mismo instante se escuchó un alarido. Luego, la fisura negra empezó a rechinar, produciendo un ruido espantoso que invadió toda la caverna, haciendo que todos se estremecieran.

En ese preciso instante, la estela de fuego se dispersó y se disolvió por completo, llevándose con ella la preciosa luz y dejando las Cuevas de la Noche sumidas en una lóbrega oscuridad.

Pasaron varios minutos antes de que se produjera ningún movimiento. Se habían acurrucado en el lugar en que estaban, a la espera de que sus ojos pudieran adaptarse a la oscuridad, escuchando el sonido de los procks que los rodeaban. Cuando se convencieron de que no había ni un débil rayo de luz al que sus ojos pudieran adaptarse, Elb Foraker llamó a los otros y les pidió que respondieran a su llamada. Uno por uno lo hicieron; voces sin rostro en la impenetrable oscuridad. Todos estaban allí.

Pero sabían que no podían permanecer allí mucho tiempo. La estela de fuego se había esfumado, y con ella la luz que les era imprescindible para proseguir su camino. Sin ella, estaban ciegos. Tendrían que moverse por el laberinto de procks con la sola ayuda de su instinto.

–Es imposible –dijo Foraker–. Es imposible saber dónde empiezan los pasadizos que están delante de nosotros y, por lo tanto, no podremos encontrar el camino. Aunque consigamos escapar de los procks, vagaremos por estas cuevas para siempre.

La voz del enano traslucía un sentimiento de temor que Jair nunca antes había

advertido en él.

–Tiene que haber un medio –dijo con voz serena para sí mismo y para los demás.

–Helt, ¿puedes utilizar la visión nocturna? –preguntó esperanzado Edain Elessedil–. ¿Puedes ver lo suficiente para encontrar un camino en esta oscuridad?

Pero el gigantesco hombre de la frontera no podía hacerlo. Hasta la visión nocturna necesitaba alguna luz en que la apoyarse, les dijo. Ante la carencia total de luz, la visión nocturna era inútil.

Permanecieron inmóviles algún tiempo, privados de la más pequeña esperanza. Jair podía oír la voz ruda de Slanter que reprochaba a Garet Jax el que hubiera confiado en el lagarto a pesar de sus advertencias. El joven del valle escuchaba en silencio y le parecía oír también la voz de Brin, diciéndole que debería haberla obedecido. Apartó de su mente el susurro de esa voz, y pensó que si la magia de la canción de los deseos le pertenecía tanto a él como a su hermana, podría recuperar la estela de fuego. Pero su cantar sólo producía ilusiones, una apariencia engañosa de realidad.

Entonces se acordó del cristal de la visión.

Llamó a los otros con voz excitada, buscó el cristal de la visión entre sus ropas, y lo encontró unido a su cadena de plata. Lo cogió y formó un cuenco con las manos, dejándolo dentro. El cristal les proporcionaría la luz... ¡toda la luz que necesitaran! ¡Con el cristal y la visión nocturna de Helt conseguirían salir de las Cuevas de la Noche!

Sin apenas poder controlar el nerviosismo que lo invadía, cantó al regalo que había recibido del Rey del Río Plateado e invocó a la magia. La luz brotó, brillante, y llenó la caverna con su resplandor. El rostro de Brin Ohmsford apareció en su interior, moreno, hermoso y cansado, levantándose delante de ellos en la penumbra de las Cuevas de la Noche como un fantasma llegado de otro mundo. La semioscuridad rodeaba a la joven del valle y su rostro reflejaba una tristeza muy parecida a la que ellos sentían. El lugar real en que se hallaba, afrontando su futuro, no debía de ser menos hostil que el que ellos ocupaban en ese momento.

Todos se fueron acercando con cautela, y se agruparon alrededor de la luz del cristal. Se cogieron de las manos, como niños obligados a atravesar algún lugar oscuro, y empezaron a avanzar por el laberinto de procks. Jair abría la marcha, con la luz del cristal de la visión sustentada por su voz, dispersando las sombras. Helt lo seguía a escasa distancia, aguzando los ojos para descubrir en el suelo de la caverna a los procks que se habían escondido. Tras ellos, iban los demás.

Pasaron de aquella caverna a otra, pero la nueva era más pequeña y eso les facilitaba la elección del pasadizo adecuado. La canción de Jair se hizo más fuerte, clara y segura. Ahora sabía que conseguirían salir de las Cuevas de la Noche... gracias a Brin. Deseó gritárselo a la imagen que flotaba delante de él. ¡Qué extraño era que pudiera salvarlos de aquella manera!

Cerrando sus oídos a los chirriantes sonidos de los procks y su mente a todo lo que no fuera la luz y el rostro de su hermana, se entregó por completo a la magia de la canción y continuó avanzando en la oscuridad.

16

Brin y sus salvadores pasaron el resto de la noche buscando un camino que los permitiera salir del Páramo Viejo, pero nunca lo hubieran conseguido si no hubieran contado con el recurso de Murmullo. Aquél era el lugar de origen del gigantesco gato, y ni la niebla ni las informes tierras pantanosas podían detenerlo. Eligiendo el camino dejándose guiar por el instinto, que el páramo no podía inducir a confusión, los llevó en dirección sur hacia la imponente barrera que formaban las montañas del Cuerno Negro Azabache.

–No te habríamos encontrado si no hubiésemos tenido con nosotros a Murmullo –dijo Kimber a la joven del valle cuando se acercó a ella al iniciar la marcha hacia el sur–. Fue Murmullo el que encontró tu rastro en la niebla. No se deja engañar por las apariencias, y nada en el páramo puede conseguir que se pierda. De todas formas, fue una suerte que te encontrásemos en ese preciso momento, Brin. No debes separarte de nuestro lado después de esto.

Brin aceptó la pequeña y bienintencionada reprimenda sin hacer ningún comentario. No era necesario entrar en vanas discusiones, porque había tomado la firme decisión de abandonarlos antes de que llegaran al Maelmord. Sólo faltaba encontrar la oportunidad adecuada para hacerlo. Sus razones eran claras y muy simples. La tarea que le había encomendado Allanon consistía en atravesar la barrera de bosque que protegía el *Ildatch* y destruir el libro de la magia negra, y ella se encargaría de hacerlo enfrentando la magia de la canción de los deseos a la magia del Maelmord. En una ocasión se había preguntado si tal enfrentamiento sería posible. Ahora se preguntaba si no provocaría un cataclismo. El poder de las magias desatadas sería espantoso; una lucha no de la magia blanca contra la magia negra como había imaginado, sino de magias igualmente oscuras en inflexiones y efectos. El Maelmord había sido creado para destruir, pero la canción de los deseos también tenía un enorme poder de destrucción, y ahora sabía que el potencial de destrucción siempre formaría parte de ella, y no estaba segura de que pudiera ser capaz de controlarlo. Podía comprometerse a hacerlo. Podía incluso jurarlo, pero nunca tendría la seguridad de que pudiera cumplir ese juramento. Ya no, a menos que renunciase por completo a utilizar la canción de los deseos. Podía aceptar su propio riesgo, pero ya lo había hecho tiempo atrás, cuando se comprometió a emprender la búsqueda. Sin embargo, lo que nunca podría aceptar era que aquellos que viajaban con ella pudieran correr algún riesgo.

Tenía que abandonarlos. Sea cual fuere el destino que la esperaba en el Maelmord, sus compañeros no debían estar allí para compartirlo. *Vas hacia tu muerte, Brin de Shannara,* le había dicho el Oráculo Siniestro. *Llevas en ti las semillas de esa destrucción.* Quizá fuera cierto. Quizás esas semillas estaban en la magia de la canción de los deseos. Pero de una cosa estaba segura: quienes la acompañaban, ya se habían arriesgado demasiado por ella, y no quería que lo hicieran de nuevo.

Éstos eran sus pensamientos mientras caminaba abatida por el cansancio a través de la hondonada, mezclados con los recuerdos de lo que había sentido siempre que había utilizado la magia de la canción de los deseos. Las horas pasaron, y los hombres bestias no volvieron a hacer acto de presencia aquella noche. Pero en la mente de la joven del valle había otra clase de demonios.

Al amanecer, ya habían salido del Páramo Viejo y se encontraban en las colinas bajas que bordeaban las montañas meridionales del Cuerno Negro Azabache. Cansados por su larga marcha desde la Chimenea de Piedra y los sucesos vividos la noche anterior, y

recelosos de viajar a la luz del día ya que podían ser vistos con facilidad, los cinco se refugiaron en un bosquecillo de pinos que crecía en un prado entre dos crestas, y de inmediato cayeron en un profundo sueño.

A la caída de la tarde reanudaron el viaje, ahora en dirección este, siguiendo las altas murallas de las montañas. Entre los árboles de las boscosas laderas bajas ondeaban jirones de niebla, como telarañas que interceptaban el camino que recorrían en silencio los viajeros. Los picos de las montañas del Cuerno Negro Azabache se mostraban enormes y desolados, roca desnuda que se elevaba del bosque para incrustarse en el cielo. Era un anochecer tranquilo y vacío, y toda la tierra que los rodeaba parecía desprovista de vida. Las sombras se extendían sobre los riscos, los bosques y las densas nieblas del páramo. Nada se movía en la oscuridad, ningún ruido la alteraba.

A medianoche hicieron un breve alto en el camino para descansar, una pausa inquieta en la que se encontraron escuchando el profundo silencio que los rodeaba mientras se frotaban los doloridos músculos y tensaban las correas de sus botas. Fue entonces cuando Cogline decidió hablar de su magia.

–También es magia –les dijo en voz baja y con cautela a Brin y Rone, como si temiera que alguien pudiera estar escuchándole–. Magia de un tipo diferente de la usada por los caminantes negros. ¡No había nacido en su tiempo ni en el tiempo en que los elfos y las criaturas fantásticas detentaban el poder, sino en el tiempo intermedio! –prosiguió el anciano, inclinándose hacia delante, con ojos agudos y acusadores–. Aunque yo no sé nada del mundo antiguo, ¿verdad, muchacha? –le preguntó a Brin–. Bien, poseo las enseñanzas del mundo antiguo, transmitidas por mis antepasados. No eran druidas, en efecto. ¡Maestros, muchacha... maestros! ¡Suyo era el saber que existía cuando las Grandes Guerras causaron la gran destrucción en la humanidad!

–Abuelo –lo amonestó Kimber Boh con amabilidad–. Limítate a explicárselo.

–¡Humphh! –gruñó Cogline, irritado–. ¡Explícaselo, dice! ¿Qué crees que estoy haciendo, muchacha? –inquirió, frunciendo el entrecejo–. ¡Poder de la tierra! ¡Ésa es la magia que ejerzo! ¡No la magia de las palabras y los hechizos... no, no esa magia! Poder nacido de los elementos que componen la tierra que pisamos, forasteros. Ése es mi poder. Trozos de minerales, polvos y mezclas que pueden verse con los ojos y tocarse con las manos. Productos químicos, fueron llamados en otra época, desarrollados por unas habilidades diferentes de las que ahora tenemos en las Cuatro Tierras. La mayor parte del conocimiento se perdió con el mundo antiguo. Pero un poco, tan sólo un poco, se salvó. Y es mío y puedo utilizarlo.

–¿Eso es lo que guarda en esas bolsas? –preguntó Rone–. ¿Fue lo que utilizó para hacer que las hogueras explotaran?

–¡Ja, ja, ja! –Cogline estalló en una carcajada–. Hacen eso y mucho más, hombre de las Tierras Meridionales. También pueden convertir la tierra en fango, el aire en polvo asfixiante, la carne en piedra. Tengo pociones para todo eso y para otras muchas cosas. ¡Mezcla y junta, un poco de esto y un poco de aquello! –prosiguió, riendo de nuevo a carcajadas–. ¡Mostraré a los caminantes negros un poder que nunca han conocido!

–Los gnomos araña no pueden compararse con los espectros corrosivos –respondió Rone, haciendo un gesto dubitativo–. Con sólo apuntarte con un dedo te reducen a cenizas. Mi espada, impregnada de la magia del druida, es la única protección posible contra esos seres negros.

–¡Bah! –dijo Cogline, en tono despectivo–. ¡Mejor será que acudas a mí para que te proteja; a ti y a la muchacha!

Rone empezó a responderle con una réplica cortante, pero enseguida lo pensó mejor y se calló encogiéndose de hombros.

–Si tenemos que enfrentarnos a los caminantes negros, debemos ofrecer a Brin toda

la protección que podamos.

Miró a la joven del valle en busca de unas palabras que confirmasen las suyas, y ella respondió esbozando una amable sonrisa. No le costaba nada hacerlo. Sabía que ninguno de ellos estaría presente cuando se presentara la ocasión.

Pensó durante un rato en lo que Cogline les había dicho. Le inquietaba que alguna parte de las habilidades antiguas, por muy pequeña que fuera, hubiese conseguido sobrevivir al holocausto de las Grandes Guerras. Le disgustaba pensar en la posibilidad de que un poder tan oscuro pudiera regresar al mundo. Ya era bastante malo que la magia de las criaturas fantásticas hubiese renacido a causa de los equivocados esfuerzos de un puñado de druidas rebeldes en los Consejos de Paranor. Pero enfrentarse a la perspectiva de que el conocimiento de la potencia y la energía fuera ejercido de nuevo era aún más preocupante. Casi todo el aprendizaje que condujo a esos conocimientos se había perdido con la destrucción del mundo antiguo. Lo poco que subsistió, lo habían ocultado los druidas. Pero allí estaba aquel anciano, medio loco y tan salvaje como la selva en que vivía, que poseía una pequeña parte de ese conocimiento... una clase especial de magia que él afirmaba poseer con rotundidad.

Hizo un gesto de preocupación. Quizá fuera inevitable que cualquier saber, tanto el nacido de un propósito bueno como de otro malo, utilizado para dar vida o para arrebatarla, debía salir a la luz en algún momento. Tal vez fuera cierto tanto para las habilidades como para la magia; las primeras nacidas del mundo de los hombres y la otra, del de las criaturas fantásticas. Quizás ambas debían salir a la superficie periódicamente en la corriente del tiempo, y luego desaparecer para volver a salir, y así hasta el final de los tiempos.

Pero ¿por qué había de regresar el conocimiento de la energía y la potencia precisamente en el momento en que el último de los druidas había desaparecido...?

En cualquier caso, Cogline era ya un anciano y sus conocimientos muy limitados. Cuando muriese, quizá los restos de esa sabiduría morirían con él, perdiéndose al menos durante un período de tiempo.

Y lo mismo podría ocurrir con su magia.

Caminaron hacia el este durante toda la tarde, a través de un bosque que a medida que avanzaban iba perdiendo su vegetación. Delante, el muro formado por las montañas del Cuerno Negro Azabache empezaba a curvarse hacia ellos, girando al norte para penetrar en la selva del Anar profundo. Se destacaba en la noche como una altísima y oscura banda de sombras. El Páramo Viejo quedó a sus espaldas, y sólo la estrecha línea verde de las colinas bajas los separaba de las montañas. Un silencio más intenso pareció asentarse sobre la tierra. En el recodo de las montañas que los conducía hacia el norte, se hallaban ocultos Marca Gris y el Maelmord. Brin lo supo en seguida.

Y allí debo encontrar la forma de librarme de ellos, pensó. *Allí debo continuar sola.*

Las primeras luces del alba empezaron a mostrarse sobre la cadena montañosa. El cielo fue iluminándose y su color azul oscuro tornándose primero en gris, después en plata, a continuación en rosa y por último en dorado. Las sombras huyeron en compañía de la noche, y la amplia extensión de la tierra empezó a salir de la oscuridad. Los árboles se hicieron visibles por etapas; primero las hojas, después las ramas curvadas y, por último, los troncos rugosos. Tras ellos aparecieron las rocas, la maleza y la tierra yerma, desde las colinas hasta la hondonada, adquirieron forma y color. La sombra de las montañas se resistió a retirarse durante cierto tiempo, impidiendo el paso de la luz, indefinida por la oscuridad que aún no se había desvanecido. Pero también acabó cediendo, y la luz se derramó por los contornos de los picos para revelar la faz tenebrosa de las montañas del Cuerno Negro Azabache.

Era un rostro desagradable y duro, moldeado por el tiempo y los elementos, y por el veneno de la magia negra sembrado en su interior. Allí donde las montañas giraban al norte

hacia la selva, la roca estaba blanquecina y desgastada, como si le hubiesen arrancado la vida que poseía, de la misma forma que se arranca una piel hasta dejar el hueso al descubierto.

Se elevaba cientos de metros en el horizonte, formando un muro de riscos y desfiladeros agobiados por el peso de las eras pasadas y los horrores soportados. En el vacío áspero y gris nada se movía.

Brin levantó su rostro durante un breve instante contra un soplo de viento. Su nariz se arrugó con gesto de desagrado al captar un olor procedente de algún lugar situado delante de ellos.

–Los albañales de Marca Gris –anunció el anciano Cogline, escupiendo y aguzando sus ojos de hurón–. Nos encontramos cerca.

Kimber se adelantó para reunirse con Murmullo, que olfateaba el aire de la montaña. Se inclinó junto al gigantesco gato, pronunció una palabra junto a su oído, y el animal lamió su rostro como muestra de afecto.

–Apresurémonos, antes de que haya más luz –urgió la muchacha volviéndose hacia ellos–. Murmullo nos indicará el camino.

Aceleraron el paso entre la luz que avanzaba y las sombras que retrocedían, siguiendo al gato del páramo que abría la marcha bordeando las colinas bajas hasta donde las montañas del Cuerno Negro Azabache torcían hacia el norte. Los árboles y los matorrales desaparecieron por completo, las hierbas eran escasas y marchitas, y la tierra se convirtió en grava y en escalones rocosos. El olor, rancio y fétido, era más desagradable a medida que avanzaban, y anulaba la frescura del nacimiento del nuevo día. Brin se dio cuenta de que le costaba respirar. Y si allí le ocurría eso, ¿qué sucedería cuando estuviesen dentro de los albañales?

Entonces las colinas descendieron hacia un valle profundo que estaba cubierto por la sombra de las montañas. En el centro del valle, lóbrego y silencioso, había un oscuro lago con sus aguas inmóviles, alimentado por un arroyo que se deslizaba entre las rocas desde un agujero ancho y negruzco.

–Allí –señaló Kimber con la mano, cuando Murmullo se detuvo–. Allí están los albañales.

Los ojos de Brin recorrieron la dentada línea de picos, que se elevaban centenares de metros en el cielo dorado del amanecer. Allí, todavía ocultos a la vista, estaban Marca Gris, el Maelmord y el *Ildatch.*

Tragó saliva para poder soportar el hedor que le llegaba. También allí estaba su destino, esperándola. Esbozó una triste y melancólica sonrisa. Debía ir a reunirse con él.

En la entrada de los albañales, Cogline les desveló algo más sobre su magia. De un paquete sellado que guardaba en una de las bolsas atadas a su cintura, sacó un ungüento que, cuando se ponía dentro de la nariz, disminuía el hedor de las horribles emanaciones. Una pequeña magia, afirmó. Aunque no eliminaba el mal olor por completo, se hacía más tolerable. Hizo varias antorchas cortas con trozos de madera, metió sus extremos en otra bolsa y salieron recubiertos de una sustancia plateada que irradió una luz parecida a la de las lámparas de aceite en la oscuridad de la caverna, sin necesidad de prenderles fuego.

–Sólo es un poco más de mi magia, forasteros –les dijo el anciano, riéndose entre dientes mientras ellos miraban asombrados a las antorchas sin llamas–. Productos químicos, ¿recordáis? Algo que los caminantes negros desconocen por completo. Y tengo algunas otras sorpresas. Ya lo veréis.

Rone frunció el entrecejo con cierta incredulidad, e hizo un gesto de resignación. Brin no dijo nada, pero pensó que prefería que no se presentara la ocasión de experimentar tales sorpresas.

Con las antorchas en la mano, el pequeño grupo abandonó la luz del alba para entrar en la oscuridad de los albañales. Los pasadizos eran anchos y profundos, el veneno líquido evacuado de las habitaciones de Marca Gris y el Maelmord descendía por un canal que dividía el suelo del túnel. A ambos lados del río de aguas fecales había andenes de piedra lo bastante anchos para que pudieran desplazarse por ellos. Murmullo abría la marcha con sus ojos luminosos parpadeando en soñolienta reacción contra la luz de las antorchas y sus almohadillados pies moviéndose sin ruido sobre la piedra. Cogline lo seguía junto a Kimber, y Brin y Rone cerraban la marcha.

Caminaron durante mucho rato. Brin perdió la noción del tiempo, porque dedicaba toda su atención al camino que recorría a media luz y a pensar en cómo podía cumplir su firme promesa de entrar ella sola en el Maelmord, sin la compañía de Kimber, el anciano y Rone. El albañal serpenteaba en su ascenso a través de la roca de la montaña, retorciéndose como una serpiente enroscada. El olor que impregnaba el pasadizo era casi insoportable, incluso con la ayuda del ungüento que Cogline les había proporcionado. De vez en cuando, repentinas corrientes de aire frío soplaban sobre sus cabezas, llevándose el hediondo olor de las aguas. Procedían de las cumbres hacia las que ellos se dirigían. Pero las corrientes de aire fresco eran escasas y breves, y el mal olor regresaba con rapidez.

Pasaron la mañana en los albañales. Sus horas se perdieron en la interminable espiral del ascenso. En una ocasión llegaron hasta una enorme reja de hierro que cortaba el pasadizo, impidiendo la entrada de cualquier cosa que fuera más grande que una rata. Rone echó mano a su espada, pero una palabra cortante de Cogline lo hizo desistir de su intento. Con una alegre y cloqueante risa en los labios, sacó una bolsa que contenía un polvo extraño y negruzco mezclado con algo que parecía hollín. Extendió un poco de polvo por las barras de la reja en el lugar donde se insertaban en la roca, y tocó rápidamente esos puntos con la antorcha sin llamas. El polvo desprendió una luz blanca y brillante, y cuando ésta se extinguió, las barras estaban completamente carcomidas. Le dio un fuerte empujón y toda la reja cayó al suelo, permitiéndoles continuar su avance.

Nadie hablaba. Al contrario, todos escuchaban con las máxima atención para poder captar cualquier posible sonido de un enemigo que esperara su paso en algún lugar de arriba; de los caminantes negros y las criaturas que los servían. No oyeron nada que pudieran achacar a eso, pero sí escucharon otros sonidos cuyos ecos se extendían por los pasadizos vacíos, sonidos que llegaban desde muy arriba y que en aquel momento no podían identificar. Se oían fuertes y retumbantes golpes, como si cayeran cuerpos pesados, arrastramientos y rascaduras. También se oía un aullido ronco, como si un viento fuerte atravesara los túneles desde los picos de las montañas; y un silbido, como de vapor que escapara por alguna fisura de la tierra. Esos ruidos lejanos llenaban el silencio de los albañales y, de alguna manera, lo aumentaban. Brin se dio cuenta de que estaba intentando identificar los sonidos, pero no lo consiguió; con la salvedad, quizá, del silbido, que aumentaba y bajaba su intensidad con una extraña regularidad. Le recordaba la emergencia del Oráculo Siniestro del estanque y la niebla.

Debo encontrar la forma de continuar sola, pensó una vez más. *Debo hacerlo lo antes posible.*

Los túneles se aproximaban y se alejaban, y ellos seguían su camino ascendente. El aire de los albañales se había ido calentado a medida que avanzaba el día, haciendo que el sudor corriera bajo sus capas y túnicas. Una especie de niebla rara había empezado a filtrarse en los corredores, pegajosa y sucia, impregnada de mal olor. La apartaban de sí, pero se deslizaba tras ellos y no podían deshacerse de ella. Se hacía más densa a medida que subían, y no tardaron en tener dificultad para ver a más de una docena de pasos.

De improviso, la niebla y la penumbra se aclararon, y se encontraron sobre una plataforma rocosa que dominaba un abismo inmenso. Éste descendía hacia el centro de la

montaña, y desaparecía en una impenetrable oscuridad. Los tres jóvenes y el anciano intercambiaron miradas de inquietud. A su derecha, el pasadizo se curvaba hacia arriba en el interior de la roca, siguiendo el canal que evacuaba las aguas residuales de la ciudadela de los espectros corrosivos. A su izquierda, el pasadizo bajaba la corta distancia que los separaba de un esbelto puente de piedra, de apenas un metro de ancho, que se arqueaba a través del abismo hasta un túnel oscuro que se abría al otro lado del precipicio.

–¿Qué camino tomamos? –preguntó Rone en voz tan baja que parecía que hablara consigo mismo.

El de la izquierda, pensó Brin sin dudarlo. *A la izquierda, cruzando el abismo.* No comprendía por qué, pero instintivamente supo que ése era el camino que debía seguir.

–Los albañales son el camino –dijo Cogline, con su mirada puesta en la joven del valle–. Eso es lo que te dijo el Oráculo Siniestro, ¿verdad, muchacha?

Brin fue incapaz de pronunciar una sola palabra.

–¿Brin? –la llamó Kimber con suavidad.

–Sí –respondió la joven del valle–. Sí, ése es el camino.

Giraron hacia la derecha a lo largo de la plataforma, siguiendo hacia arriba el canal de las fétidas aguas para adentrarse de nuevo en la oscuridad. La mente de Brin estaba desbocada. *Éste no es el camino. ¿Por qué dije que lo era?* Tragó una bocanada de aire, obligándose a pensar despacio. Lo que buscaban estaba en la dirección opuesta a la que habían seguido; para encontrarlo, tenía que cruzar el puente de piedra. Allí estaba el Maelmord; podía sentirlo. Entonces ¿por qué había dicho...?

Antes de que acabara de hacer la pregunta, le llegó la respuesta. Porque durante ese recorrido se le presentaría la ocasión de abandonarlos. Ésta era la oportunidad que había estado buscando desde que salieron del Páramo Viejo. Así era como debía ser. La canción de los deseos le ayudaría a conseguirlo... un pequeño engaño, una pequeña mentira. Suspiró ante aquel pensamiento. Debía hacerlo, aunque eso traicionaría la confianza que los tres habían depositado en ella.

Empezó a tararear la canción de los deseos con suavidad y dulzura, construyéndola piedra a piedra hasta levantar un muro que la hizo invisible, creando al mismo tiempo en las mentes de sus compañeros una imagen de sí misma. Después se separó de su propio fantasma, pegándose a la pared de piedra del pasadizo para ver cómo los dos jóvenes y el anciano se alejaban.

Sabía que la ilusión sólo duraría algunos minutos. Retrocedió a toda prisa por el túnel, siguiendo el canal y las curvas de la roca. Su respiración sonaba áspera en sus oídos. Llegó a la plataforma, se apresuró hacia el lugar donde se estrechaba y hacia el puente de piedra. El abismo abría sus negras fauces ante ella. Paso a paso, se fue acercando al puente y, después se dispuso a atravesarlo. Aunque había un sobrecogedor silencio en la penumbra y en la niebla que revoloteaban a su alrededor, de alguna manera podía sentir que no estaba sola. Su mente se endureció contra la oleada de miedo y duda que la invadió, y los relegó a un lugar profundo, desapasionado y frío de sí misma. No podía permitir que nada le afectara.

Por fin atravesó el puente. Se detuvo ante la entrada del nuevo túnel durante un instante y permitió que regresaran sus sentimientos. Un breve recuerdo de Rone, de Kimber y del anciano atravesó su mente y desapareció. Pensó con amargura que había utilizado la canción contra ellos. Y aunque sabía que había sido necesario, le dolía haberlo hecho.

Se volvió de forma brusca hacia el puente de piedra, graduó el tono de la canción hasta convertirla en grito rápido y cortante, y con él continuó. El sonido transmitió su furioso eco a través de la impenetrable oscuridad, y el puente saltó en mil pedazos, precipitándose en el abismo.

Ya no había camino de vuelta.

Entró en el túnel y desapareció.

El sonido del grito llegó hasta el túnel donde los otros, Kimber, el anciano y Rone continuaban su ascenso.

–¡Infiernos! ¿Qué ha sido eso? –preguntó Rone.

–Brin. Era Brin –respondió Kimber, después de escuchar cómo el eco se apagaba.

Rone miró a su alrededor. No, Brin estaba junto a él...

De pronto, la imagen que la joven del valle había creado en sus mentes se desvaneció en la nada. Cogline profirió una maldición y dio una patada en el suelo.

–¿Qué ha hecho...? –inquirió confuso el joven de las tierras altas, incapaz de terminar la pregunta.

–Creo que ha hecho lo que pretendía hacer desde el principio –respondió Kimber, poniéndose a su lado y mirándolo con fijeza–. Nos ha dejado para seguir ella sola. Recuerda que en más de una ocasión nos había dicho que no quería que la acompañáramos ninguno de nosotros. Pues ya lo ha conseguido.

–¡Por todos los demonios! –exclamó Rone, completamente consternado–. ¿Es que no se da cuenta de lo peligroso que es...?

–Es plenamente consciente de todo –lo interrumpió la muchacha, poniéndose detrás de él para empezar a desandar el camino–. Yo debía de haber pensado que haría esto. Tendremos que correr si queremos alcanzarla. ¡Murmullo, rastrea!

El gigantesco gato del páramo saltó hacia delante sin aparente esfuerzo, deslizándose túnel abajo. Kimber, el anciano y Rone corrieron detrás de él, tropezando de vez en cuando a causa de la niebla y la penumbra. Rone Leah estaba furioso y asustado al mismo tiempo. ¿Por qué había actuado Brin de esa manera? No podía comprenderlo.

Enseguida llegaron a la plataforma rocosa, y vieron que el puente de piedra se había precipitado en el abismo, partido por el centro.

–¡Allí! ¡Ha utilizado la magia! –exclamó Cogline.

Sin pronunciar una sola palabra, Rone corrió hacia el puente, deteniéndose sobre los restos dentados. A unos siete metros de distancia, el otro extremo sobresalía de la pared del precipicio. Podría salvar esa distancia de un salto, pensó. Era un salto largo, pero podía lograrlo. Al menos debía intentarlo...

–No, Rone Leah. –Kimber le apartó de un tirón del precipicio, adivinando sus pensamientos. La presión que su mano ejercía sobre el brazo del joven de las tierras altas era sorprendentemente fuerte–. No debes actuar como un estúpido. No puedes dar un salto tan grande.

–Tampoco puedo abandonarla –insistió el joven de las tierras altas, con obstinación–. Otra vez no.

–También a mí me preocupa –respondió la muchacha, volviéndose y haciendo un gesto de asentimiento–. ¡Murmullo! –El gato del páramo se acercó y frotó su hocico contra su ama. Habló con el gato en voz baja, acariciándolo detrás de las orejas, y después se apartó de él–. ¡Rastrea, Murmullo! –ordenó.

El gato del páramo dio la vuelta y se dirigió hacia el puente, adquirió velocidad y saltó al otro lado. Atravesó el abismo sin esfuerzo y desapareció en el oscuro túnel que allí había.

El joven rostro de Kimber Boh reflejaba su preocupación. No quería separarse del gato, pero Brin podría necesitarlo más que ella, y era su amiga.

–¡Protégela bien! –le gritó.

Luego miró a Rone.

–Ahora, nosotros hemos de intentar encontrar un camino para alcanzar a Brin

Ohmsford.

17

A últimas horas de la mañana del mismo día, Jair y sus compañeros de viaje salieron de las Cuevas de la Noche y se encontraron en una ancha plataforma de roca que dominaba un profundo cañón entre los picos de las montañas del Cuerno Negro Azabache. Los picos estaban tan próximos unos de otros que lo encerraban todo, excepto una estrecha franja de cielo azul muy por encima de donde ellos se encontraban, perdidos en un montón de sombras. La plataforma se extendía varios centenares de metros a lo largo de la pared de la montaña y luego desaparecía en un precipicio.

El joven del valle miró hacia arriba, siguiendo la altura de las montañas que se recortaban contra el cielo del mediodía. Estaba exhausto; agotado física y emocionalmente. Todavía llevaba el cristal de la visión en una mano, arrastrando la cadena de plata por la plataforma rocosa. Habían estado en las Cuevas de la Noche desde la salida del sol. Durante una buena parte de ese tiempo tuvo que utilizar la canción de los deseos para proyectar la luz del cristal y ver el camino. En ello puso toda la fuerza y toda la concentración que fue capaz de reunir. Todavía podía escuchar en su mente el sonido de los procks, piedra machacando sobre piedra; aunque ahora sólo era un vestigio de lo que habían dejado en la oscuridad de las cuevas. Todavía resonaba en su mente el último alarido de Stythys.

–No debemos quedarnos tan a la vista –dijo Garet Jax, señalando con la mano hacia la izquierda.

–No estoy seguro de que éste sea el camino, Maestro de Armas –dijo Slanter, reuniéndose con ellos y mirando con indecisión a su alrededor.

–¿Ves algún otro camino? –preguntó Garet Jax, volviéndose hacia el gnomo.

Los miembros del grupo bordearon la plataforma rocosa en silencio hasta llegar al precipicio. Un estrecho desfiladero se abría ante ellos, serpenteando en la roca y desapareciendo entre las sombras. Avanzaron en fila a lo largo de sus ásperos muros, mirando de cuando en cuando a las alturas como medida precautoria. Una ráfaga de aire helado los rozó al descender. Jair se estremeció al sentir su contacto. Aturdido por los horrores sufridos en las cuevas, incluso se sintió agradecido al experimentar esa desagradable sensación. De alguna forma intuía que estaban cerca de las murallas de Marca Gris. Al alcance de su mano estaban Marca Gris, el Maelmord y la Fuente del Paraíso: la búsqueda estaba tocando a su fin, el largo viaje casi terminado. Sintió un fuerte impulso de reír y llorar al mismo tiempo, pero el cansancio y el dolor que afligían su cuerpo le impidieron hacer ambas cosas.

El desfiladero continuaba internándose en la roca. Su mente vagaba. ¿Dónde estaría Brin en ese momento? El cristal les había mostrado su rostro, pero no el lugar donde se encontraba. La niebla gris y la penumbra de su entorno indicaban que era un paraje triste y desolado. Quizás un túnel como los que ellos habían recorrido. Tal vez fuera un túnel de aquellas mismas montañas.

–Debes llegar a la Fuente del Paraíso antes de que ella llegue al Maelmord –le había dicho el Rey del Río Plateado–. Debes estar allí antes que ella.

Tropezó y estuvo a punto de dar con sus huesos en tierra. Se enderezó con celeridad y guardó el cristal de la visión en la parte delantera de su túnica.

–Camina con cuidado –le dijo Edain Elessedil, que marchaba a su lado.

Jair hizo un gesto de asentimiento y siguió caminando.

Su mente le llevó a pensar en los acontecimientos que les esperaban. Todo un ejército de gnomos protegía las almenas y las torres de vigilancia de Marca Gris. Los

espectros corrosivos caminaban por sus salas, y otros seres aún más perversos podían estar esperándolos allí, vigilando para prevenir la llegada de intrusos como ellos. Su grupo sólo estaba integrado por seis miembros. ¿Qué esperanzas podían albergar ante un número tan crecido de seres poderosos? Si aparecían, pocas; sin embargo, y a pesar de todo, se sentía animado. Quizá se debía a la confianza que había depositado en él el Rey del Río Plateado al elegirlo para que llevara a cabo esta búsqueda, que probaba la confianza del anciano en su capacidad para alcanzar el éxito. Quizás era su propia determinación, una fuerza de voluntad que no le permitiría fallar.

Hizo un gesto de indecisión. Pero también influía poderosamente en su estado de ánimo el carácter de los cinco hombres que habían decidido acompañarlo y le habían prestado su colaboración y apoyo. Eran Garet Jax, Slanter, Foraker, Edain Elessedil y Helt. Hombres llegados de las Cuatro Tierras para esta terrible confrontación final, una mezcla enigmática de fuerza y valor. Dos rastreadores, un cazador, un experto en armas y un príncipe elfo habían seguido diferentes caminos para llegar todos juntos a este día, y ninguno podría ver su final. Pero aquí estaban. Sus lazos con Jair y con la responsabilidad que había caído sobre sus espaldas y que él había aceptado habían sido más fuertes que la prudencia y la lógica que los habría forzado a considerar con más detenimiento el evidente peligro al que exponían sus vidas. Así había sido incluso en el caso de Slanter. El gnomo lo decidió al no aprovechar la oportunidad de huir desde Capaal a las tierras fronterizas y a la vida que había dejado. Todos estaban comprometidos, y ese compromiso había creado unos vínculos que los hacía casi invencibles. Jair sabía poco de sus compañeros, pero estaba seguro de una cosa, y eso era suficiente: pasara lo que pasase durante aquel día, los cinco estarían junto a él.

Tal vez ésa fuera la razón de que no estuviese asustado.

El desfiladero volvió a ensancharse y la luz del sol fluyó de un horizonte mucho más ampliado. Garet Jax aminoró la marcha; después, se agachó e inmediatamente la reanudó pero aún más despacio. Con su delgado brazo les hizo una seña para que se acercaran. Pegados a las rocas, se deslizaron hasta ponerse junto a él.

–Allí –les dijo en voz baja, señalando con la mano.

Era Marca Gris. Jair lo supo sin necesidad de que se lo dijeran. La fortaleza estaba enclavada en la cumbre de la pared de un risco que se curvaba ante ellos. Descansaba sobre una amplia y sobresaliente plataforma rocosa que contrastaba con el cielo azul del mediodía. Era tenebrosa y enorme. Las almenas, las torres y los parapetos se elevaban más de cincuenta metros por encima de los bloques de piedra que formaban las murallas, como lanzas y hachas romas que penetraran en el cielo azul libre por completo de nubes. En los mástiles de las torres no había ninguna bandera ondeando al viento, ni ningún color adornaba los bastidores. Toda la fortaleza presentaba un aspecto deslustrado y tétrico incluso bajo la brillante luz del sol. La piedra estaba sucia y tenía un color ceniciento. Las ventanas eran pequeñas aberturas enrejadas, con postigos de madera. Un solo sendero estrecho subía serpenteando por la ladera de la montaña; poco más que un reborde cortado en la roca, que terminaba ante un par de puertas altas cubiertas de hierro, cerradas a cal y canto.

Estudiaron la fortaleza sin hablar. No había señales de sus habitantes. Nada se movía.

Entonces Jair divisó el Croagh. Sólo podía ver las partes que se levantaban por detrás de Marca Gris; un tosco arco de piedra que parecía integrado en las torres y parapetos del complejo. Girando sobre sí mismo como una escalera colgante, se elevaba hacia el cielo para terminar en la alta cima de un pico solitario que se destacaba de los que estaban a su alrededor.

Jair agarró a Slanter por el brazo y señaló hacia el pico y las delgadas cintas de piedras que confluían en él.

–Sí, muchacho. El Croagh y la Fuente del Paraíso –corroboró el gnomo–. Lo que el Rey del Río Plateado quería que encontraras.

–¿Y el Maelmord? –preguntó Jair inmediatamente.

–Está al otro lado, abajo, en el interior de un anillo de riscos –respondió Slanter, haciendo un gesto afirmativo–. Allí es donde el Croagh inicia su ascensión, rodea Marca Gris y luego la continúa.

Los seis compañeros de viaje volvieron a quedarse en silencio, con los ojos fijos en la fortaleza.

–No parece que haya nadie –dijo Helt un rato después.

–Eso es exactamente lo que pretenden hacer creer quienes están dentro de la fortaleza –dijo Slanter–. Además, a los caminantes negros les gusta la oscuridad. Descansan durante casi todo el día y realizan todos sus trabajos durante la noche. Incluso los gnomos que están a su servicio adoptan su forma de vivir y no se exhiben cuando hay luz. Pero no te equivoques. Están ahí dentro, hombre de la frontera, tanto los caminantes negros como los gnomos. Y también hay algunos otros seres.

–Si conocieran nuestra llegada, esperarían que nos acercáramos por ese sendero –dijo Garet Jax, más para sí que para sus compañeros, después de observar atentamente el sendero que conducía a la entrada de la fortaleza–. Por ahí, o escalando las rocas –prosiguió, mirando a su izquierda, donde la plataforma en que se encontraban se curvaba hacia abajo entre grandes piedras y desaparecía al adentrarse en las montañas por un estrecho túnel–. Aunque quizá no por este camino.

–El túnel está conectado con una serie de pasadizos que ascienden hasta las bodegas de la fortaleza. Por ahí iremos –dijo Slanter, tocando el brazo de Garet Jax.

–¿Están vigilados?

Slanter, como única respuesta, se limitó a encogerse de hombros.

–Me sentiría mejor si pudiésemos encontrar la forma de escalar el Croagh desde fuera –dijo Foraker–. Ya he visto bastantes cavernas y túneles.

–No se puede hacer –respondió el gnomo, haciendo un gesto negativo–. La única manera de llegar al Croagh es a través de Marca Gris. Hay que pasar entre los caminantes negros y quienes están a su servicio.

–¿Tú qué piensas, Garet? –le preguntó Foraker.

Garet Jax continuaba estudiando la fortaleza y los precipicios que se abrían a su alrededor, con rostro inexpresivo.

–¿Conoces el camino lo suficiente para poder conducirnos por él sin correr excesivos riesgos, gnomo? –le preguntó a Slanter.

–Pides demasiado –respondió el gnomo, dirigiéndole una sombría mirada–. Lo conozco, pero no muy bien. He pasado por él una o dos veces cuando me trajeron aquí por primera vez, antes de que empezara todo esto...

Se calló de repente, y Jair supo que estaba recordando el momento en que decidió volver a su tierra para estar con sus gentes y fue enviado por los caminantes para que siguiera el rastro de Allanon. Estaba recordando, y quizás arrepintiéndose en aquel momento de haber dejado que las cosas se torcieran.

–Ya es suficiente –manifestó Garet Jax, a la vez que empezaba a caminar.

Los llevó hacia abajo caminando entre las piedras hasta el lugar donde la plataforma se adentraba en el túnel que conducía al interior de la montaña. Allí, fuera de la vista de Marca Gris, ocultos bajo una enorme masa de rocas, les indicó que se acercaran.

–¿Siempre descansan los caminantes negros durante las horas diurnas? –le preguntó a Slanter.

Allí hacía calor, y una fina capa de sudor cubría sus cejas.

–Si estás preguntando si es mejor ir ahora que cuando oscurezca, mi respuesta es

afirmativa.

–En caso de que nos quede tiempo suficiente para hacerlo –interrumpió Foraker–. Hace ya tiempo que pasó el mediodía, y la oscuridad no tardará en caer sobre las montañas. Sería más aconsejable esperar hasta mañana, porque así dispondríamos de un día completo. Doce horas más o menos no pueden establecer una diferencia determinante.

Se produjo un breve silencio. Jair miró al cielo, escudriñando el borde dentado de las cumbres. ¿Otras doce horas? Una inquietante sospecha asaltó su mente. ¿Hasta dónde había llegado Brin? Las palabras del Rey del Río Plateado resonaron una vez más en su interior: *Debes llegar a la Fuente del Paraíso antes que ella al Maelmord.*

Se volvió rápidamente hacia Garet Jax.

–No estoy seguro de que podamos contar con doce horas –dijo Jair, volviéndose rápidamente hacia Garet Jax–. Necesito saber dónde está Brin. Tengo que volver a utilizar el cristal de la visión, y creo que es mejor que lo haga ahora.

–Aquí no –respondió el Maestro de Armas, tras un dudar un instante–. Entra en la cueva.

Atravesaron la oscura abertura y buscaron a tientas el camino de vuelta a la penumbra. Allí, apiñados, esperaron con paciencia mientras Jair buscaba en su túnica el cristal de la visión. Enseguida lo encontró, y lo sacó colgado de su cadena de plata. Tras depositarlo en el cuenco de sus manos, se humedeció los labios y luchó para alejar la fatiga que lo abrumaba.

–Canta, Jair –le dijo Edain Elessedil.

Cantó en voz baja y susurrante, fatigada por el gran esfuerzo al que la había sometido durante su travesía por las Cuevas de la Noche. El cristal empezó a brillar y la luz a extenderse...

Brin se tomó un pequeño descanso en la penumbra del túnel, y en ese momento tuvo la repentina y desagradable sensación de que alguien la observaba, de unos ojos que la seguían. Era la misma sensación que había tenido al entrar y salir de los Dientes del Dragón: la impresión de que alguien la miraba desde lejos.

Vaciló durante un instante, paralizando sus pensamientos, y entonces un destello de clarividencia iluminó su mente. ¡Jair! ¡Era Jair! Aspiró profundamente para calmarse. No había una explicación lógica para formular tal conclusión, pero lo había hecho. Pero ¿cómo podía ser? ¿Cómo podía su hermano...?

En el túnel, algo se movió detrás de ella.

Había recorrido bastante camino a paso lento y cauteloso, ahuyentando la oscuridad con la antorcha sin llamas de Cogline. No había visto ni oído a ninguna criatura durante todo ese tiempo. Había llegado adonde estaba sin percibir ningún signo de vida, y empezaba a preguntarse si no se había equivocado al tomar ese túnel.

Pero ahora había algo, y no delante de ella como esperaba, sino detrás. Se dio media vuelta con cautela, olvidando la sensación de que era observada. Movió la antorcha hacia delante y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Unos grandes ojos luminosos y azules parpadeaban en su dirección desde la penumbra. Después, una enorme cara bigotuda se aproximó al círculo de luz.

–¡Murmullo!

Pronunció el nombre del gato del páramo con un suspiro de alivio, y se arrodilló cuando llegó junto a ella y frotó su ancha cabeza contra su hombro en amistoso saludo.

–Murmullo, ¿qué estás haciendo aquí? –le preguntó cuando el gato se sentó sobre sus patas traseras y la miró con solemnidad.

Por supuesto, no era difícil adivinar la respuesta a esta pregunta. Al descubrir su ausencia, Kimber, Cogline y Rone debían de haber retrocedido hasta el puente de piedra e,

incapaces de seguirla a partir de aquel punto, habían enviado a Murmullo tras ella. O mejor, Kimber había enviado a Murmullo, porque el gato sólo obedecía a la muchacha. Brin estiró el brazo y le acarició las orejas. Sin duda, para Kimber había supuesto un gran sacrificio enviar a Murmullo solo tras su rastro. Ambos estaban muy unidos y ella confiaba ciegamente en él. Siendo como era, Kimber había decidido ceder a su amiga Brin Ohmsford la fuerza del gato del páramo. Los ojos de la joven del valle se humedecieron, y lo rodeó con los brazos.

–Gracias, Kimber –murmuró–. Pero no puedo llevarte conmigo, ¿lo comprendes? –prosiguió diciendo la joven del valle al gigantesco gato, haciendo un gesto negativo mientras se levantaba y lo acariciaba una vez más–. No puedo llevar a nadie conmigo. Es demasiado peligroso, incluso para ti. Me he prometido a mí misma que nadie se expondría a lo que me espera, y eso también te incluye a ti. Tienes que volver atrás.

El gato del páramo la miró parpadeando y se quedó donde estaba.

–¡Vete ahora. Tienes que volver con Kimber. Vete, Murmullo!

Pero Murmullo no movió ni un pelo. Se quedó sentado, esperando.

–¡Vaya! –exclamó Brin, haciendo un gesto de incredulidad–, eres tan obstinado como tu ama.

No le quedó otra alternativa. Empezó a cantar en voz baja, para el gato, envolviéndolo con sus palabras y su música, ordenándole que regresara. Cantó durante varios minutos con una suavidad inofensiva. Cuando acabó, Murmullo se puso en pie y desanduvo el camino que lo había llevado allí, perdiéndose en la oscuridad.

Brin lo siguió con la mirada hasta que se perdió de vista, luego se dio media vuelta y reemprendió la marcha.

Un momento después, la oscuridad comenzó a disolverse, convirtiéndose en luminosidad. El pasadizo, estrecho y de escasa altura, se ensanchó de pronto vertical y horizontalmente, impidiendo que el resplandor de su antorcha tocara los muros y el techo. Pero ahora había una luz que hacía innecesaria la suya, llenando el pasadizo de un polvoriento brillo gris. Era el sol. En algún lugar cercano, el túnel se abría de nuevo al mundo exterior.

Apresuró el paso, y dejó caer la antorcha sin llamas de Cogline. El pasadizo giraba hacia arriba, convirtiéndose en una escalera tallada en la roca que ascendía hasta llegar a una enorme caverna abierta al exterior. Subió los escalones con rapidez, olvidándose de su cansancio, sintiendo que su viaje estaba llegando a su final. La luz del sol se derramaba sobre la caverna en rayos plateados llenos de partículas de polvo que danzaban y giraban como si fuera cosas vivas.

Entonces subió el último escalón, salió del túnel a un amplio reborde y se detuvo. Ante ella, un segundo puente de piedra se extendía sobre otro abismo, abrupto e imponente, que doblaba el tamaño del primero. Descendía cientos de metros en la roca de la montaña, en un foso tan profundo que ni siquiera los rayos de luz del sol que se filtraban por las grietas del techo de la caverna podían atravesar su impenetrable oscuridad. Brin miró hacia abajo, arrugando la nariz al respirar las pestilentes emanaciones que ascendían del precipicio y sintió náuseas, a pesar de que se había aplicado el ungüento de Cogline. Lo que yacía en el fondo era mucho peor de lo que corría por los albañales de Marca Gris.

Miró lo que había al otro lado a través del puente de piedra. La caverna penetraba en la montaña unos cien metros, y a continuación se convertía en un túnel corto y alto. Pero más que un túnel parecía un pórtico tallado a mano, moldeado y alisado, con extraños símbolos grabados en la roca. La luz descendía en rayos por el lado opuesto y el cielo se ensanchaba a lo lejos en un tenue y neblinoso verde.

Lo miró con más atención. No, no era el cielo, sino la bruma de un valle.

Era el Maelmord.

Lo supo por instinto, como si lo hubiese visto en un sueño. Podía sentir su contacto y oír su susurro.

Apresuró el paso hacia el puente, un amplio camino arqueado de unos tres metros de anchura, con postes de madera clavados en la piedra y unidos por cadenas como barandilla. Avanzó con diligencia, atravesó la cúspide del arco y empezó a bajar.

Ya casi había llegado al final cuando una negra criatura saltó de repente desde una profunda grieta abierta en el suelo de la caverna, a unos tres metros delante de ella.

Hablando entre dientes y visiblemente irritado, Cogline se detuvo, con Rone y Kimber detrás. El túnel en el que se hallaban se dividía en otros dos túneles idénticos, y era imposible saber cuál de ellos había seguido Brin. Nada podía señalar la más mínima diferencia entre ambos.

–Bien, ¿cuál seguimos? –preguntó Cogline a Rone.

–¿No lo sabe usted? –le preguntó a su vez el joven de las tierras altas, mirándolo con insistencia.

–Ni idea. Elige tú –respondió el anciano, haciendo un gesto negativo.

–No puedo –dijo Rone, tras un instante de vacilación, apartando la mirada del anciano para volver enseguida a fijar en él sus ojos–. Pero quizás dé lo mismo seguir uno u otro. Es posible que terminen en el mismo sitio.

–¡Los túneles de los albañales corren *hacia* el mismo sitio, no *desde* el mismo sitio! ¡Cualquier tonto sabe eso! –exclamó el viejo, indignado.

–¡Abuelo! –le amonestó Kimber con severidad.

Pasó entre los dos jóvenes para ponerse a la cabeza y examinó los túneles, estudiando las oscuras aguas que fluían por los canales abiertos en ellos.

–No puedo ayudaros –admitió después de un rato, haciendo un gesto de impotencia–. No tengo ni idea de adónde conducen. Parecen exactamente iguales. Tendrás que elegir tú –concluyó, levantando su vista hacia Rone.

El anciano y el joven de las tierras altas se miraron uno a otro durante un momento como si fueran dos estatuas inmóviles.

–De acuerdo, seguiremos el de la izquierda –dijo por fin Rone, haciendo un gesto de asentimiento y empezando a caminar en esa dirección–. Al menos, ese túnel parece conducir de vuelta al abismo.

Entró en el túnel, sosteniendo con fuerza su antorcha sin llamas ante sí, con rostro ceñudo. Cogline y Kimber lo siguieron tras intercambiar una mirada.

El ser negro salió de la grieta como una sombra surgida del mundo de los sueños tenebrosos y se agazapó ante el puente. Tenía apariencia humana, pero era tan lampiña y lisa como si la hubiesen esculpido en arcilla oscura. Plegada sobre sí misma hasta que se meció hacia delante apoyada en sus largos antebrazos, era más alta que Brin. Sus miembros y su cuerpo presentaban una extraña indeterminación de forma, como si sus músculos no tuviesen ninguna consistencia, o no careciese de ellos y sólo estuviese formada por carne. Levantó unos ojos ciegos y mortecinos para buscar los de la joven del valle, y abrió una boca tan tosca y negra como su piel, dejando escapar un silbido átono y profundo.

La joven del valle se quedó petrificada. No podía evitar a la monstruosa criatura de ninguna manera. Sin duda, la habían puesto en aquel lugar para que vigilara el puente y no permitiera el paso a nadie. Tal vez fuera una creación de los espectros corrosivos con la ayuda de la magia negra. Creado, o llamado a la vida desde algún lugar y tiempo inferiores, tal como habían hecho con el jachyra.

El ser negro dio un paso adelante, lento y seguro, mirando a la joven del valle con

sus ojos muertos. Brin tuvo que hacer unos ímprobos esfuerzos para no salir huyendo. No podía conocer el peligro real que supondría el enfrentarse a la deforme criatura, pero presentía que se abalanzaría sobre ella en el mismo momento en que le diera la espalda o retrocediera.

La monstruosa criatura abrió aún más sus negras fauces y su silbido llenó el silencio. Brin se quedó helada, porque ignoraba lo que iba a suceder a continuación. Y eso la obligaría a recurrir de nuevo a la canción de los deseos. Su garganta se puso en tensión. No quería utilizar la magia élfica, pero tampoco estaba dispuesta a caer en las garras de aquel monstruo, aunque eso significara...

El ser negro atacó de forma imprevista, dando un poderoso salto hacia delante. La rapidez con que realizó el ataque cogió por sorpresa a la joven del valle. Era hipnótico. El cantar se quedó inmovilizado en su garganta a causa de su indecisión. El momento colgó suspendido como un nudo en el hilo del tiempo, y la joven esperó el impacto del golpe.

Pero el golpe no se produjo. Algo llegó con la rapidez del rayo por detrás de ella, en un súbito borrón en movimiento, atrapó a la horrible criatura a mitad del salto y lo tiró hacia atrás. Brin se tambaleó y cayó de rodillas. ¡Era Murmullo! El hechizo de la canción no había sido lo suficientemente fuerte para contrarrestar la orden de su ama. ¡Murmullo había conseguido liberarse del poder de la magia y había vuelto a seguir sus pasos!

Los dos antagonistas se convirtieron en una confusa maraña de garras y dientes. El ser negro fue cogido por sorpresa, porque sólo había prestado atención a la joven del valle. Lanzando furiosos silbidos, luchaba con todas sus fuerzas para quitarse al gato del páramo de la espalda, donde el gigantesco animal mantenía su abrazo de muerte. Una y otra vez se tambalearon a lo largo del puente, mientras las mandíbulas del gato del páramo oprimían el cuello del monstruo y éste se encogía y retorcía convulsivamente.

Brin continuaba inmovilizada por la indecisión a una docena de metros, en el centro del puente. Sabía que tenía que hacer algo. Aquella batalla no tenía que librarla Murmullo, sino ella. Se apartó del fragor de la batalla, y un pequeño grito se escapó de sus labios cuando los contendientes se acercaron peligrosamente a los postes, haciendo temblar las cadenas de hierro. ¡Tenía que intervenir! Pero ¿cómo podía hacerlo? Su única arma era la canción de los deseos, y no quería utilizar la magia. ¡No podía!

Se sorprendió por la contundencia de su decisión. No podía utilizar la magia porque... porque... La rabia y el miedo inundaron todo su ser, mezclándose con la confusión para mantenerla paralizada. ¿Por qué? La pregunta estalló en su mente como un grito de angustia. ¿Qué le estaba pasando?

Entonces avanzó con paso decidido, dirigiéndose al final del arco de piedra, lejos de los contendientes. Había tomado una decisión: emprender la huida. El ser negro sólo la buscaba a ella. Si la veía correr, la seguiría. Y si era bastante rápida, llegaría al Maelmord antes de que...

Se detuvo. Delante, en el suelo de la caverna, vio otra cosa que surgía de la roca agrietada.

¡Era otra criatura!

Se quedó completamente inmóvil. El pórtico que daba acceso a la luz diurna y al valle estaba demasiado lejos, y la segunda criatura negra se interponía en el camino, y ya empezaba a aproximarse a ella. Había salido de la roca y se dirigía al puente a cuatro patas, con sus negras fauces abiertas. Brin retrocedió presa del pánico. Tenía que defenderse sin ayuda, pero se sintió dominada por el miedo y la inseguridad. Debía utilizar la canción de los deseos. ¡No tenía otra alternativa!

El ser negro estaba cada vez más cerca, y emitió un agudo silbido. La joven del valle volvió a sentir un nudo en la garganta.

De nuevo fue Murmullo quien la salvó. El gigantesco gato dejó a la primera criatura,

se volvió con gran rapidez y agilidad y saltó sobre la segunda, apartándola de la muchacha al caer. Tras ponerse en pie, Murmullo se dio la vuelta para enfrentarse al nuevo enemigo, que dio un gran salto hacia él, profiriendo terribles aullidos. Pero el gigantesco gato del páramo se apartó con agilidad y rajó el vientre desprotegido de su atacante cuando éste caía. A pesar del desgarro sufrido en su carne oscura, el monstruo no cayó, sino que se desvió hacia un lado, manteniendo fija la mirada con sus ojos muertos.

La segunda criatura se reunió con la primera, y después las dos empezaron a acercarse con cautela al gato del páramo. Murmullo retrocedió, manteniéndose delante de Brin con su espeso pelaje erizado, que aumentaba al doble su tamaño normal. Agazapados sobre sus cuatro patas, los seres negros ensayaban rápidas embestidas, moviéndose de un lado a otro con una agilidad que contradecía su pesada apariencia. Estaban buscando un punto débil en las defensas del gigantesco gato del páramo. Murmullo se mantenía firme en su sitio, sin retroceder ni un milímetro. Entonces, las dos criaturas se abalanzaron sobre él al mismo tiempo, y sus dientes y garras abrieron surcos en su piel y su carne. Murmullo fue lanzado hacia atrás contra las cadenas que bordeaban el puente, y su poderoso animal casi perdió el conocimiento a causa del fuerte impacto. Sin embargo, reaccionó al instante y se lanzó contra los seres negros atacándolos con furia entre terroríficos bufidos.

Los combatientes volvieron a ponerse al acecho. Jadeando pesadamente, con su brillante pelaje gris manchado de sangre, Murmullo se colocó de nuevo en posición de defensa. Los atacantes le obligaban a permanecer contra la baranda del puente, lejos de la joven del valle. Tenían concentrada toda su atención en el gran gato, sin prestar la más mínima atención a la muchacha. Brin advirtió sus intenciones. Se disponían a abalanzarse de nuevo sobre Murmullo, y en esta ocasión las cadenas no obstaculizarían la fuerza de su embestida. El gigantesco gato del páramo caería al precipicio y moriría.

Murmullo también parecía intuir lo que iba a suceder. Arremetió y fintó, intentando romper el asedio, para situarse en medio del puente. Pero los monstruos se movieron con gran rapidez para impedirlo, manteniéndolo arrinconado contra la baranda.

Brin Ohmsford sintió que el miedo oprimía su pecho. Murmullo no podía ganar la batalla. Aquellas criaturas eran demasiado poderosas para él. Les había producido heridas que deberían haberlas dejado fuera de combate, pero no parecían afectadas por ellas. Su carne colgaba en jirones, pero no sangraban. Eran muy fuertes y rápidas, más que cualquier ser de este mundo. Sin duda alguna, habían sido creadas por la magia negra, no por las manos de la naturaleza.

–Murmullo –lo llamó con voz quebrada y seca.

Debía salvarlo. No había nadie más que pudiera hacerlo. Ella poseía la canción de los deseos y la fuerza de su magia. Podía utilizarlo para destruir a las criaturas, para eliminarlas con tanta eficacia como...

Los árboles entrelazados en las montañas de Runne...

Las mentes de los ladrones del oeste de la cordillera de Spanning...

El gnomo... destrozado...

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. ¡No podía hacerlo! Algo se interponía entre su voluntad y su acción, la apartaba de su propósito y la inmovilizaba con indecisión. ¡Debía ayudarle, pero no podía!

–¡Murmullo! –gritó.

Los seres negros se irguieron y se dieron la vuelta. Entonces Murmullo arremetió contra ellos, dejándolos inmovilizados, y después giró rápidamente a su derecha, se replegó y saltó sobre ellos. Al no conseguir su objetivo, el gato del páramo corrió hacia el centro del puente, al lado de Brin. Los seres negros lo persiguieron, emitiendo furiosos silbidos, atacándolo por los lados para derribarlo.

Tuvieron éxito a unos tres metros de la joven del valle. Los tres se enzarzaron en un

furioso enredo de dientes y garras. Durante algunos angustiosos segundos, Murmullo se impuso a ambos. Después, uno consiguió situarse a su espalda y el otro se liberó. Se apartó del gato que luchaba y se dirigió hacia Brin. Ella se lanzó hacia un lado, cayendo tendida sobre el puente. Murmullo dio un bufido. Con sus últimas fuerzas, se abalanzó sobre el asaltante de la muchacha, con la otra criatura agarrada a su lomo como una araña monstruosa. Su arremetida impulsó a los tres contra las cadenas de la baranda del puente. Los eslabones de hierro crujieron como la madera seca, y los seres negros profirieron alegres silbidos cuando Murmullo empezó a deslizarse del puente hacia el abismo.

Brin se puso de rodillas, con un grito de rabia y determinación. Las trabas que la ataban desaparecieron, la indecisión y la inseguridad cayeron hechas añicos, y su voluntad quedó libre. Empezó a cantar, con dureza y rapidez, y el sonido de su canto llenó las alturas y las profundidades de la roca de la caverna. La canción era más tenebrosa que ninguna de las que había cantado antes; un sonido nuevo y terrible, cargado de una furia que nunca se hubiera creído capaz de sentir. Golpeó a los seres negros como un ariete de hierro, saliendo despedidos hacia arriba a causa del impacto, y sus ojos sin vida miraron con odio. Con los miembros desgarrando el aire y las bocas negras abiertas y en mudo silencio, salieron despedidos hacia el espacio abandonando su presa y la seguridad del puente. Girando como hojas en el viento, cayeron al abismo y desaparecieron.

Todo ocurrió en un breve instante. Brin se quedó en silencio. Su rostro moreno y fatigado estaba enrojecido y vibrante. De nuevo sintió aquella súbita y extraña sensación de perversa alegría, pero más fuerte en esta ocasión, mucho más fuerte. Quemaba en su interior como el fuego. Apenas podía controlar la excitación. Había destruido a los seres negros casi sin proponérselo.

¡Y había disfrutado con ello!

Entonces se dio cuenta de que la barrera que se había interpuesto entre su voluntad y su acción la había levantado ella misma. Era una restricción que se había impuesto para protegerse contra lo que acababa de suceder. Ahora había desaparecido, y no creía que apareciera de nuevo. Sintió que estaba perdiendo el control sobre la magia. No sabía por qué, sólo que era así. Cada vez que la utilizaba, parecía que la apartaba un poco de sí misma. Había intentado resistirse a lo que le estaba haciendo, pero sus esfuerzos por renunciar a la magia siempre eran contrarrestados, como si algún malévolo destino hubiera decidido que ella *debía* utilizar la magia. En esta ocasión, la había aceptado por completo, y sentía que ya no podría luchar contra ella. Sería lo que debía ser.

Con lentitud y extrema cautela, Murmullo se acercó donde estaba arrodillada la joven del valle, y acercó su oscuro hocico a la cara de la muchacha. Ella levantó los brazos para rodear el gigantesco gato, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

La voz de Jair Ohmsford se convirtió en un áspero jadeo, y la luz del cristal de la visión se apagó con ella. El rostro de su hermana había desaparecido. Un profundo silencio llenó la penumbra en la que ahora se encontraban, y los rostros de los seis hombres reunidos estaban blancos y tensos.

–Eran mutens –murmuró Slanter al fin.

–¿Qué? –Edain Elessedil, sentado junto a él, pareció sobresaltarse.

–Los seres negros. Los llaman mutens. Fueron creados por la magia negra. Guardan los túneles de Marca Gris... –El gnomo se interrumpió de repente, dirigiendo una rápida mirada a Jair.

–Entonces ella está aquí –dijo el joven del valle con voz apenas audible.

Su boca estaba seca y sus manos crispadas alrededor del cristal.

–Sí, muchacho, está aquí –respondió Slanter, haciendo un gesto de asentimiento–. Y más cerca del foso que nosotros.

Garet Jax se levantó de pronto, como una sombra negra y leve. Los otros lo imitaron.

–Parece que no disponemos de tiempo ni tenemos otra alternativa. Hemos de ir ahora –dijo Garet Jax, levantándose de improviso, como una sombra negra y leve, y siendo imitado por sus otros cinco compañeros de viaje. Incluso en la media luz de la penumbra, sus ojos eran como fuego. Avanzó hacia ellos, con las palmas de las manos vueltas hacia arriba–. Dadme vuestras manos.

Uno por uno, las extendieron para unirlas a las de él.

–De esta forma sellamos nuestro compromiso –les dijo, con voz dura y frágil a la vez–. El joven del valle conseguirá llegar a la Fuente del Paraíso tal como ha jurado que haría. Todos somos uno en esto, pase lo que pase. Uno hasta el final. Juradlo.

Se produjo un silencio profundo.

–Uno –repitió Helt con su voz amable y grave.

–Uno –repitieron los otros.

Las manos se separaron.

–Llévanos allí –dijo Garet Jax a Slanter, volviéndose hacia el gnomo.

18

Se dirigieron hacia las bodegas situadas debajo de Marca Gris por los pasadizos de la montaña como los espectros que intentaban evitar. Con la ayuda de las antorchas que encontraron almacenadas en un nicho al entrar en el túnel avanzaron lentamente en la penumbra y el silencio, adentrándose en el corazón de la fortaleza. Slanter abría la marcha, con su tosca cara amarilla inclinada cerca de la luz y sus ojos de color azabache brillantes de miedo. Su paso era rápido y decidido, y solamente sus ojos traicionaban lo que hubiese deseado ocultarse a sí mismo. Pero Jair lo vio, y lo reconoció, identificándolo como un reflejo de sus propios sentimientos.

También él estaba asustado. La esperanza que antes le había otorgado un gran poder de decisión, ahora había desaparecido por completo, y su lugar había sido ocupado por el miedo, salvaje y apenas controlable, que crecía en su interior y convertía su piel en hielo. Pensamientos extraños y fragmentados llenaban su mente mientras recorría el camino por el túnel de roca con sus compañeros, y su nariz se irritaba por el mal olor del aire y de su propio sudor. Pensaba en su hogar en Valle Umbroso, en su familia diseminada por las tierras, en los amigos y en las cosas agradables que había dejado atrás y quizás había perdido para siempre, en los seres sombríos que lo acosaban, en Brin y Allanon, y en lo que habían ido a hacer a aquel lugar oscuro. Todos se entremezclaban y corrían juntos como colores disueltos en el agua, y no podía encontrar sentido a ninguno de ellos. El miedo dispersaba sus pensamientos, y puso en guardia a su mente y a su voluntad contra ello.

Los pasadizos se desviaron hacia arriba durante mucho tiempo, cruzándose y entrecruzándose en un laberinto sin principio ni fin. Pero Slanter no se detuvo, sino que siguió caminando a marchas forzadas hasta que vieron una gran puerta forrada de hierro y sujeta a la roca. Cuando llegaron a ella, se detuvieron sin pronunciar una sola palabra, tan silenciosos como los túneles que los habían conducido hasta allí. Jair se agazapó junto a los otros mientras Slanter pegaba una oreja a la puerta y escuchaba con atención. En el silencio de su mente, podía oír los latidos de su corazón.

Slanter se enderezó e hizo un gesto de asentimiento. Levantó con cuidado la falleba que mantenía cerrada la puerta, agarró el pomo de hierro y tiró. La puerta se abrió, emitiendo un ronco quejido. Ante ellos apareció una escalera ascendente que se difuminaba tras el círculo de la luz producido por sus antorchas. Empezaron a subir sus peldaños, Slanter a la cabeza como siempre. Peldaño a peldaño, con precaución y lentitud, siguieron subiendo los diferentes tramos de la escalera. La penumbra y el silencio se intensificaban a medida que ascendían. Por fin llegaron a su final, y se encontraron con un suelo empedrado. De pronto escucharon el sonido de las pisadas de alguien que caminaba por el suelo empedrado, en dirección contraria a donde ellos estaban, hasta que terminaron disolviéndose en el silencio. Jair tragó saliva para controlar sus sentimientos. Era como si no existiese otra cosa que la oscuridad.

Entonces se alejaron de la escalera y entraron en la penumbra. Permanecieron cerca de ella, sin hablar, mirando en todas las direcciones, con las antorchas extendidas. La luz no llegaba a descubrir las paredes ni el techo, pero tenían la clara sensación de que se encontraban en una cámara enorme. En los límites de la luz emitida por sus antorchas podían distinguir la silueta de unos cajones y barriles. La madera estaba seca y carcomida, y sus bandas de hierro oxidadas. Había telarañas por todas partes, y el suelo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo.

En la alfombra de polvo podían verse grandes huellas de pisadas de un ser que, sin

lugar a dudas, no era humano. La evidencia se afirmaba aún más porque ningún ser humano se hubiera aventurado a entrar en los niveles inferiores de Marca Gris. Eso pensó Jair, sintiendo un escalofrío en todo su cuerpo.

Slanter les ordenó por señas que siguieran adelante. Los miembros del grupo se internaron en la penumbra, avanzando desde el hueco de la escalera. El polvo se arremolinó bajo sus botas y se levantó en el aire formando leves nubes para mezclarse con la luz de las antorchas con movimientos perezosos. Montones de utensilios y provisiones estropeadas aparecían ante sus ojos y después quedaban atrás, pero no acababan de llegar al final de la cámara.

Entonces, de repente, todo el suelo se elevó en media docena de escalones que conducían a otro nivel que se extendía perdiéndose en la oscuridad. Subieron los escalones en grupo, avanzaron unos veinte metros y entraron en un enorme corredor arqueado. Unas puertas de hierro, aseguradas con barras y selladas, aparecieron a ambos lados cuando se adentraron en él. Había tocones ennegrecidos de antorchas en sus soportes de hierro, cadenas que se apilaban junto a los muros y una gran cantidad de insectos que huían de la luz buscando protección en la penumbra. Un olor intenso y desagradable, que emanaba en oleadas de la piedra de la bodega, dificultaba la respiración y entumecía los sentidos.

El corredor terminó en otra escalera que ascendía como una serpiente enroscada. Slanter se detuvo un breve instante ante ella, y después empezó a subir sus escalones. Los otros le siguieron. Dos veces la escalera giró sobre sí misma antes de dar paso a otro corredor. El grupo avanzó por él varias docenas de metros, hasta donde se ramificaba en dos direcciones. Slanter los condujo por la derecha. El pasadizo terminó poco después en una puerta de hierro cerrada. El gnomo intentó abrirla manipulando la cerradura, pero no lo consiguió. Su rostro reflejaba una gran preocupación cuando se volvió hacia los otros. Era evidente que no contaba con aquel problema.

Garet Jax señaló hacia el otro extremo del corredor, con una pregunta en los ojos. ¿Podrían volver atrás y seguir el otro corredor? Slanter respondió a su no formulada pregunta con un gesto dubitativo.

Tras un momento de vacilación, Slanter se volvió y empezó a desandar el camino. Sus cinco compañeros le siguieron hasta el lugar donde se bifurcaba el túnel, y tomaron el de la izquierda. Este corredor era más accidentado que el que acababan de dejar, con pozos de escaleras, nichos escondidos en la sombra y numerosas puertas, todas cerradas y aseguradas con barras. El gnomo se detuvo varias veces, indeciso, pero poco después reanudaba la marcha. Transcurrían los minutos, y Jair se sentía cada vez más inseguro.

El pasadizo llegó a su fin ante un par de enormes puertas de hierro, tan altas que Slanter se vio obligado a ponerse de puntillas para alcanzar los cerrojos. Cedieron con una facilidad sorprendente, y la puerta de la derecha se abrió sin hacer ningún ruido. Los miembros del grupo observaron con precaución lo que había al otro lado. Era una cámara de grandes dimensiones, llena de numerosos objetos, almacenados en el más completo desorden. Pero allí la penumbra no era tan intensa porque en la parte superior de los muros, casi a la altura del techo, había unas aberturas estrechas y alargadas que permitían el paso de una luz grisácea.

Slanter señaló primero hacia esas aberturas y después al muro opuesto de la cámara, donde había otras puertas de hierro, también cerradas. Sus compañeros comprendieron perfectamente lo que pretendía decirles. Estaban dentro de las murallas exteriores de Marca Gris.

Precedidos por Slanter, entraron en la sala que, a diferencia de la anterior, no tenía polvo en su suelo ni telarañas en las cajas y los barriles. El hedor, seguía flotando en el aire, sofocante y rancio, pero allí no podía atribuirse sólo al aprisionamiento de los muros, porque también impregnaba al que entraba del exterior. Jair arrugó la nariz con desagrado.

Aquel olor podía acabar con ellos antes de que los seres negros los encontrasen. Era tan malo como...

Algo rascó suavemente en las sombras, a un lado. Garet Jax se volvió hacia el lugar de donde había procedido el sonido con dagas en ambas manos, advirtiendo a los otros del peligro con un grito.

Pero ya era demasiado tarde. Algo enorme, negro y con alas salió disparado de las sombras. Se elevó en la media luz, desplegando su cuerpo correoso como un gigantesco murciélago. Los dientes y las garras emitieron un destello de marfil, y un grito fiero brotó de su garganta. Se abalanzó sobre ellos a tal velocidad que les faltó tiempo para prepararse. Voló en una embestida, pasó a los de delante y se dirigió contra Helt. Chocó contra el hombre de la frontera, golpeándolo con sus miembros alados, y su grito inicial se convirtió en un silbido espantoso. Helt retrocedió, tambaleándose a causa del golpe, luego logró agarrar con las dos manos a la criatura negra y la arrojó con violencia lejos de él, yendo a caer sobre un montón de cajas.

Garet Jax saltó hacia allí, y las dagas volaron de sus manos, clavando a la criatura negra en las cajas de madera.

–¡Salgamos! –gritó Slanter, que se había dirigido al otro extremo de la cámara y había abierto las puertas.

Sus cinco compañeros corrieron hacia la salida. Cuando todos estuvieron al otro lado, Slanter cerró la puerta y la aseguró echando el cerrojo. Después, temblando, se apoyó contra ella.

–¿Qué era eso? –preguntó Foraker, con su barbudo rostro cubierto de sudor y sus cejas levantadas con fiereza.

–No lo sé –respondió el gnomo, encogiéndose de hombros–. Algo producido por la magia negra de los caminantes. Tal vez un centinela.

Helt tenía una rodilla en tierra y se tapaba la cara con las manos. La sangre corría entre sus dedos en hilos escarlata.

–¡Helt! –murmuró Jair, acercándose–. Estás herido...

–No tiene importancia, sólo son unos rasguños –respondió el hombre de la frontera, levantando lentamente la cabeza. Su cara estaba llena de cortes y tenía un ojo tan hinchado, que ya empezaba a cerrarse. Se secó suavemente las heridas con la manga de su túnica.

Pero se estremecía de dolor. Logró ponerse en pie haciendo un gran esfuerzo, apoyándose contra la pared. Había una mirada inquietante en sus ojos.

Slanter se había alejado de la puerta y miraba a su alrededor. Estaban a medio camino en un estrecho corredor que terminaba por un lado en una puerta doble cerrada, y en una abertura escalonada que daba a la luz del día, por el otro.

–¡Venid aquí! –les ordenó el gnomo, dirigiéndose deprisa hacia el lado que daba a la luz–. ¡Corred, antes de que otra criatura pueda encontrarnos!

Todos los siguieron, excepto Helt, que todavía estaba apoyado en la pared del pasadizo.

–¡Helt! –lo llamó Jair, mirando hacia atrás y aflojando el paso.

–Corre, Jair –le respondió el hombre de la frontera, que aún estaba enjugando la sangre de su cara, apartándose de la pared y empezando a andar–. Continúa. No te separes de los demás.

Jair obedeció, consciente de que el hombre de la frontera lo seguía, pero sabiendo también que tenía dificultades para hacerlo. Algo malo le pasaba.

Llegaron al final del corredor y subieron la escalera casi corriendo. La calma fantasmagórica de la fortaleza quedó rota por el sonido de otros pies y otras voces, mezclados, lejanos y confusos. El alarido emitido por el monstruo alado, fue una señal de alarma que advirtió de la presencia de intrusos. La mente de Jair trabajaba a toda velocidad

mientras subía la larga escalera siguiendo los pasos de sus compañeros. No debía olvidar que podía protegerse con la canción de los deseos, que la podía utilizar con eficacia sólo si mantenía la cabeza...

Algo pasó rozando su rostro, silbando, y el joven del valle tropezó y cayó al suelo. Una flecha se estrelló contra el muro de la escalera. Helt llegó enseguida a su lado, y lo ayudó a levantarse. Los cazadores gnomos, unos en el corredor de abajo y otros en los parapetos de arriba, empezaron a disparar flechas contra ellos. Habían conseguido traspasar las murallas de Marca Gris, pero sus enemigos lo sabían. Al llegar al final de la escalera, Jair torció a la derecha tras sus compañeros, siguiendo una línea de almenas que dominaban un amplio patio interior y un laberinto de torres y fortificaciones. Aparecían gnomos por todas partes, con las armas en la mano, profiriendo gritos salvajes. Varios de ellos yacían sobre las almenas, derribados por Garet Jax para abrirse paso. Los seis corrieron hasta la escalera de una torre donde Slanter les hizo detenerse.

–¡La puerta levadiza... allí! –dijo el gnomo, señalando una enorme reja de hierro situada al otro lado del patio, levantada sobre un arco de entrada que conducía al interior a través de una gruesa muralla de bloques de piedra–. ¡Es el camino más rápido para llegar al Croagh! –Su rostro amarillo se contrajo mientras intentaba recobrar el aliento–. Los gnomos no tardarán en darse cuenta de lo que nos proponemos. Cuando eso ocurra, bajarán la puerta para atraparnos. ¡Pero si conseguimos llegar antes, podremos utilizar la puerta para cortarles el paso!

–¿Dónde está la garita de la rueda y el manubrio? –preguntó Garet Jax, con una extraña tranquilidad en medio de la confusa angustia del momento, haciendo un gesto de asentimiento.

–Debajo de las puertas; por este lado –respondió Slanter, señalando el lugar–. ¡Tendremos que atascar la rueda!

Se escuchaban gritos y aullidos procedentes de todas direcciones. Los gnomos habían empezado a reunirse en el patio de abajo.

–Entonces no perdamos tiempo, actuemos antes de que sean demasiados para nosotros –dijo Garet Jax, irguiéndose.

Bajaron la escalera de la torre corriendo. Después cruzaron un recinto, oscuro y cerrado, hasta una puerta que lo comunicaba con el patio interior. Los cazadores gnomos que allí había se enfrentaron a ellos al advertir su presencia.

–¡Maldita sea! –exclamó Slanter, jadeando.

Todos salieron disparados hacia la única puerta existente.

Brin Ohmsford se puso en pie con lentitud, manteniendo una mano sobre la enorme cabeza de Murmullo. La caverna había quedado de nuevo en silencio, vacía de todo signo de vida. Permaneció un momento más en el centro del puente de piedra y miró al otro lado del abismo, al pórtico que comunicaba con el exterior iluminado por el sol. Acarició la cabeza del gigantesco gato del páramo con cariño, consciente de las heridas y rasguños que había sufrido en la terrible lucha que había mantenido con los seres negros, sintiendo el daño que había sufrido.

–Nunca más –murmuró.

Luego empezó a caminar con paso rápido. Abandonó el puente sin mirar atrás, y se dirigió al pórtico a través de la caverna. Murmullo la siguió, sin hacer ruido, con sus enormes ojos azules brillando. Ahora, Brin se movía con cautela, mirando la roca agrietada en busca de cualquier señal que pudiera advertirle de la presencia de otros seres y horrores salidos de la magia negra, pero no había ninguno. Sólo estaban ella y el gigantesco gato.

Minutos después llegó al pórtico de paredes altas y lisas esculpidas en la piedra y grabadas con las misteriosas inscripciones que ya había visto. No les prestó ninguna

atención, y se apresuró a atravesarlo para alcanzar la luz del día. Sólo tenía un objetivo.

La entrada quedó a sus espaldas y se encontró al aire libre. Era ya media tarde y el sol se desplazaba hacia el oeste sobre la línea de árboles, con su brillante luz amortiguada por la niebla y las nubes que cubrían el cielo como un tenue velo. Se hallaba en un saliente desde el que se dominaba un valle profundo rodeado de picos altos y desprovistos de toda vegetación. Las montañas, las nubes y la niebla ofrecían una tonalidad extraña, casi onírica. Todo el valle estaba bañado por un tinte brillante y plomizo. Miró a su alrededor con atención, y entonces la vio. Al filo de la pared rocosa, se levantaba una fortaleza solitaria y lúgubre. Era Marca Gris. Desde mayor altura que las cumbres, en un lugar que quedaba fuera de su campo de visión, la escalera de piedra de Croagh descendía hasta el valle.

Por fin, su mirada se detuvo sobre el valle. Un cuenco profundo y sombrío que se alejaba de la luz hasta que sus profundidades se perdían en una penumbra neblinosa. El Croagh bajaba serpenteando hasta esa oscuridad, perdiéndose en medio de una masa de árboles, enredaderas, maleza y matorrales, lo bastante tupida para impedir el paso de la luz. Aquel bosque era una selva retorcida que no parecía tener principio ni fin, porque su crecimiento desenfrenado sólo era contenido por los muros de roca de los picos.

Brin se quedó mirándolo. De allí procedía el sonido silbante que había escuchado antes en los albañales. Era como una respiración. Entornó los ojos para protegerlos del resplandor de la grisácea luminosidad. ¿Había visto...?

En el cuenco del valle, el bosque se movió.

–¡Estás vivo! –dijo con voz suave e intentó reaccionar contra la impresión que había sufrido al descubrirlo.

Dio unos pasos hacia el borde del saliente, donde lo tocaba el Croagh. Había unos toscos escalones cortados en la piedra, y ella los siguió con la vista hasta que desaparecieron en una curva. Después volvió a fijar su mirada en el valle.

–Maelmord, he venido a ti –susurró.

Se volvió hacia Murmullo, se arrodilló junto a él y le acarició las orejas tiernamente. –No debes continuar conmigo, Murmullo –le dijo, esbozando una triste y dulce sonrisa–. Aunque tu ama te ha enviado para protegerme, no debes seguir adelante. Debes quedarte aquí y esperar a que yo vuelva. ¿Lo entiendes?

Los luminosos ojos del gato parpadearon, y se restregó contra ella.

–Espera mi regreso, si quieres vigilar mi camino de vuelta –le dijo–. Quizá no se cumplan las profecías del Oráculo Siniestro, y no muera. Quizá regrese. Mantén el camino despejado para mí, Murmullo. Protege a tu ama y a mis amigos. No les permitas que pasen de este lugar. Espérame, porque cuando haya hecho lo que debo hacer, intentaré volver. Te prometo que lo haré.

Entonces empezó a cantar, utilizando la canción no para persuadir o engañar, sino para explicar. Utilizando imágenes que pudiese captar la mente del gigantesco gato, le dejó sentir lo que ella quería y le hizo comprender lo que ella debía hacer. Cuando terminó, se inclinó y lo abrazó con fuerza, enterrando el rostro entre su pelaje, sintiendo que el calor del animal penetraba en ella proporcionándole fuerza.

Se levantó y se apartó un poco. Lentamente, Murmullo se sentó sobre sus patas traseras y después se estiró hasta tenderse por completo ante ella. Brin hizo un gesto de asentimiento y esbozó una dulce sonrisa. Estaba preparado para vigilar su descenso. Iba a obedecerla.

–Adiós, Murmullo –le dijo, y empezó a caminar hacia el Croagh.

El hedor que ascendía del abismo que había dejado atrás salió de las profundidades del valle. La joven del valle lo ignoró, y miró al sol que brillaba en el horizonte, sobre los riscos. Recordó a Allanon y se preguntó si podría verla, si de alguna forma estaba con ella.

Respiró profundamente para controlarse, y bajó.

19

Como un solo hombre, los seis de Culhaven se alejaron de la protección que les brindaba la puerta de la torre y corrieron por el patio. Se oyeron gritos de alarma, y aparecieron gnomos por todas partes.

En el centro de aquel torbellino, Jair contemplaba la batalla con extraña indiferencia. El tiempo se fragmentó y perdió el sentido de la existencia. Rodeado por los cinco amigos que habían jurado protegerlo, flotaba, silencioso y efímero, como un fantasma que nadie podía ver. La tierra, el cielo y todo el mundo situados fuera de aquellos muros habían desaparecido, y también todos los sucesos acaecidos y los que aún estaban por acaecer.

Garet Jax lideraba la carga, abalanzándose sobre los gnomos que corrían para impedirle el paso, dándoles muerte con agilidad y precisión. Era como un bailarín vestido de negro, lleno de gracia, poder y fluidez en sus movimientos. Los cazadores gnomos, marcados y curtidos por innumerables batallas, se ponían frente a él con inusitada determinación, blandiendo sus armas con fuerza letal. Pero daba la impresión de que estuvieran intentando retener mercurio entre sus manos. Nadie podía tocar al Maestro de Armas, y los que se acercaban lo suficiente para intentarlo, encontraban en él la sombra negra de la muerte que llegaba para reclamar sus vidas.

Los otros cuatro compañeros luchaban a su lado, no menos decididos en su propósito, y sólo un poco menos eficaces en sus letales golpes. Foraker lo flanqueaba por un lado; su rostro barbinegro reflejaba una terrible ferocidad cuando descargaba su gran hacha de doble filo y los atacantes se dispersaban profiriendo gritos cargados de frustración. Edain Elessedil lo flanqueaba por el otro, blandiendo una delgada espada que chasqueaba como un látigo y un largo cuchillo que evitaba los contragolpes. Slanter cubría las espaldas a los tres, con cuchillos largos en ambas manos y mirada de cazador en sus ojos negros, y Helt defendía la retaguardia, amparándose en un escudo gigantesco; su rostro herido volvía a sangrar, confiriéndole un aspecto terrorífico. Con una gran lanza que había arrebatado a uno de los atacantes, pinchaba y hacía retroceder a todo aquel que intentaba traspasar su posición.

Jair se sintió invadido por un extraño sentimiento de júbilo. Era como si fuera capaz de detenerlos.

Las armas volaban desde todas direcciones, y los gritos de los heridos y moribundos llenaban la tarde gris. Ahora se encontraban en el centro del patio, con la muralla del castillo ante ellos. En ese momento, un golpe imprevisto lo alcanzó, haciendo que se tambaleara a causa del impacto. Aturdido, bajó la vista y encontró la punta de un dardo que sobresalía de su hombro como si fuera un colgador. El dolor se extendió desde la herida por todo su cuerpo, y se quedó rígido. Slanter lo vio y se puso a su lado en un instante, rodeándolo con sus brazos para mantenerlo en pie, empujándolo hacia los otros. Helt gritó con furia y utilizó la gran lanza para obligar a retroceder a los gnomos que intentaban adelantarse para capturarlos. Jair cerró con fuerza los ojos para sobreponerse al dolor. Era consciente de que estaba herido, pero le costaba trabajo aceptarlo mientras avanzaba a tropezones bajo la vigilancia de Slanter.

La puerta levadiza apareció ante ellos. Ahora había gnomos en el umbral, corriendo de un lado a otro y profiriendo gritos de alerta. Las puertas del blocao se cerraron de golpe y los manubrios de hierro empezaron a girar. Lentamente, la puerta levadiza empezó a descender.

Garet Jax dio un gran salto, con tanta rapidez que los otros apenas pudieron seguirlo. Llegó a la puerta en unos segundos, empujando a los gnomos que la guardaban. Pero los

manubrios continuaban girando en el blocao, y las cadenas de hierro desenrollándose. La puerta aún no había bajado por completo.

–¡Garet! –gritó alarmado Foraker, casi enterrado por una embestida que los gnomos habían dirigido contra él.

Fue Helt quien tomó la iniciativa. Cargó introduciéndose entre los cazadores gnomos, con la lanza bajada, barriéndolos a ambos lados como si fueran hojas esparcidas por el viento de otoño. Los golpes llovían sobre él, pero continuó avanzando como si no los sintiese. Los arqueros gnomos dispararon sobre el gigantesco hombre de la frontera desde las murallas de atrás, siendo alcanzado en dos ocasiones. La segunda cayó de sus rodillas, pero se levantó y continuó su avance.

Entonces se encontró delante del blocao, golpeando con su gigantesco cuerpo las puertas cerradas. Cedieron con un crujido y cayeron. El hombre de la frontera entró. Se abalanzó sobre un grupo de defensores, los apartó de la maquinaria como si fueran muñecos y cerró sus grandes manos alrededor de las manivelas para inmovilizarlas. La puerta levadiza primero ralentizó su avance y luego se paró con un rechinar de cadenas y engranajes. Sus dientes se quedaron a unos dos metros del suelo.

Garet Jax dispersó a los gnomos que quedaban ante ella, y Slanter y Jair la atravesaron con paso vacilante, saliendo a otro patio de sombría apariencia. Por el momento, al menos, el patio estaba vacío. Jair se desplomó sobre una rodilla, sintiendo que el dolor de su herida se extendía a causa del movimiento.

–Lo siento muchacho, pero tengo que hacerlo –dijo Slanter, poniéndose frente a él.

Una mano nudosa sujetó su hombro y la otra el dardo. El gnomo dio un fuerte tirón y lo sacó. Jair dio un grito y casi perdió el conocimiento, pero Slanter lo mantuvo erguido. Bloqueó la herida con un tapón de tela que introdujo bajo la parte delantera de su túnica, y lo fijó fuertemente con su cinturón.

En la puerta levadiza, Garet Jax, Foraker y Edain Elessedil formaban una línea contra los gnomos que avanzaban. A una docena de pasos, todavía dentro del blocao, Helt soltó las palancas y la puerta empezó a bajar.

Jair parpadeó a través de las lágrimas producidas por el dolor. Algo empezaba a ir mal. El hombre de la frontera no parecía tener intención de seguir con ellos. Estaba apoyado en la maquinaria contemplando el descenso de la puerta.

–¿Helt? –preguntó Jair con voz débil.

Entonces comprendió lo que se proponía. Quería bajar la puerta y atascarla desde el otro lado. Si lo hacía, quedaría atrapado y eso significaría su muerte.

–¡Helt, no! –gritó el joven del valle.

Pero ya estaba hecho. La puerta llegó abajo, golpeando el suelo con la fuerza de su peso liberado. Los defensores gnomos profirieron gritos de rabia y se volvieron hacia el hombre que estaba en el blocao. Rodeándose con sus propios brazos, Helt lanzó toda su gran fuerza contra las palancas y las arrancó de sus soportes, rompiendo la máquina.

–¡Helt! –gritó Jair otra vez, intentado liberarse de Slanter.

El hombre de la frontera se dirigió tambaleándose hacia la puerta del blocao, con la larga lanza ante sí. Los gnomos llegaban hasta él de todas partes. Se inclinó y la blandió contra su embestida, consiguiendo mantenerlos a raya durante un momento. Luego cayeron sobre él y desapareció.

Jair se quedó paralizado detrás de la puerta.

–¡Vamos! –gritó Garet Jax al joven del valle tras acercarse a él, obligándolo con rudeza a darse la vuelta y a alejarse de allí–. ¡Rápido, Jair Ohmsford, tenemos que irnos ya!

El joven del valle se alejó de la puerta como un sonámbulo, presa del aturdimiento, con el Maestro de Armas a su lado.

–Se estaba muriendo –le dijo Garet Jax. La cabeza de Jair se levantó de una sacudida,

y los ojos grises se quedaron clavados en él–. El ser alado del almacén lo había envenenado. Se veía en sus ojos, joven del valle.

–Pero nosotros... podríamos haber... –murmuró Jair, haciendo un gesto de asentimiento y recordando la mirada del hombre de la frontera.

–Podríamos haber hecho muchas cosas si no estuviéramos donde estamos –lo interrumpió Garet Jax, con voz gélida y tranquila–. El veneno era letal. Sabía que estaba muriéndose. Eligió esta manera de acabar. ¡Corre!

¡El gigante Helt! Jair recordaba la amabilidad con que lo había tratado el hombre grande durante el largo viaje hacia el norte. Recordaba sus ojos dulces. Helt, del que tan pocas cosas sabía...

Siguió corriendo con la cabeza baja para ocultar las lágrimas.

A mitad de la bajada del Croagh, donde se unía al saliente de roca sobre los precipicios que rodeaban Marca Gris, Murmullo escuchaba los sonidos de la batalla que se estaba librando arriba y cuya ferocidad iba en aumento. Estirado todo lo largo que era sobre la piedra ensombrecida, esperaba el regreso de Brin o la llegada de su ama. Su oído era más agudo que el de cualquier humano, y ya hacía tiempo que había captado los sonidos. Pero no constituían una amenaza para él y, por ello, se quedó allí, esperando.

Entonces escuchó un nuevo ruido que no procedía de la batalla que se estaba librando en Marca Gris, sino de algo mucho más cercano. Era el producido por unas pisadas, leves y furtivas, en los escalones de piedra del Croagh. La enorme cabeza del gato del páramo se levantó. Algo estaba bajando las escaleras. Garras que arañaban la roca. Murmullo agachó la cabeza, y todo su cuerpo pareció disolverse en la piedra.

Unos segundos después, apareció una sombra. Los ojos entrecerrados de Murmullo captaron el movimiento. Una criatura negra, igual que aquellas otras contra las que había luchado, bajaba por las escaleras del Croagh. Se deslizaba por la piedra, mirando con unos ojos muertos que parecían no ver. No advirtió la presencia del gato, y éste esperó.

Cuando el monstruo estuvo a una media docena de pasos, Murmullo dio un salto y cayó sobre él antes de que supiera que estaba allí, como una mancha de movimiento silencioso. Agitando los brazos, la criatura salió despedida del Croagh para caer como una piedra en el valle de abajo. Apoyado en el borde del largo espiral de escaleras, Murmullo la miró mientras caía. Cuando se estrelló contra el suelo, todo el bosque a su alrededor se convulsionó en un frenesí de ramas y hojas. Daba la desagradable impresión de una garganta tragando. Por fin, todo volvió a la calma.

Murmullo se apartó del Croagh, con las orejas aplastadas por una mezcla de miedo y odio. El olor de los vapores de la jungla se elevó penetrando por los orificios nasales del gran gato, haciéndolo estornudar, y haciéndolo retroceder hacia el saliente de roca.

En aquel momento, un nuevo sonido le hizo girarse y dar un bufido. Había otras siluetas oscuras en el Croagh por encima de él. Otras dos criaturas negras y, tras ellas, una figura vestida, alta y con la cabeza cubierta con una capucha. Los grandes ojos azules de Murmullo parpadearon y se estrecharon. Ya era demasiado tarde para esconderse, porque lo habían descubierto.

En silencio, se preparó para enfrentarse a ellos, amagando su oscuro hocico.

Jair Ohmsford y sus compañeros avanzaban entre las sombras y la media luz del interior de la fortaleza de Marca Gris. Corrían por vestíbulos impregnados de olor a moho y cloaca, corredores con puertas de hierro oxidado y piedra desmoronada, cámaras que repetían el eco de sus pisadas y escaleras desgastadas y rotas. La fortaleza de Marca Gris era un lugar moribundo, enfermo a causa del tiempo y el desuso, y podrido por la decadencia. Nada de lo que habitase allí podía ser compatible con la vida; sólo podría

encontrar alivio en la muerte.

Y busca mi muerte, pensó Jair mientras corría, sintiendo las dolorosas palpitaciones producidas por su herida. *Intenta tragarme y hacerme parte suya.*

Delante, la oscura silueta de Garet Jax seguía corriendo a toda velocidad, como un fantasma que los atrajera. La penumbra de su alrededor estaba vacía, silenciosa y expectante. Los gnomos se habían quedado atrás y los espectros corrosivos aún no habían hecho acto de presencia. El joven del valle luchó contra el miedo que se había apoderado de él. ¿Dónde estaban los caminantes negros? ¿Por qué no habían aparecido aún? Estaban allí, dentro de la fortaleza, escondidos en algún lugar entre sus muros, los seres que podían destruir las mentes y los cuerpos. Estaban allí y no tardarían en aparecer.

Pero ¿dónde?

Tropezó, chocó con Slanter y hubiera caído al suelo si el gnomo no lo hubiera impedido, sujetándolo con sus fuertes brazos.

–¡Mira dónde pones los pies muchacho! –le dijo el gnomo.

Los dientes de Jair rechinaron cuando sintió aumentar el dolor de su hombro, extendiéndose por todo su cuerpo.

–Me duele, Slanter. Al moverme...

El rostro del gnomo se volvió hacia el suyo.

–El dolor te dice que estás vivo, muchacho –respondió el gnomo, volviendo su rostro hacia el del joven del valle. ¡Ahora, preocúpate de correr!

Jair Ohmsford corrió. Entraron en una sala de forma ovalada, y escucharon el ruido de otros pies que corrían y voces que gritaban. Los gnomos habían tomado otro camino y los estaban buscando.

–¡Maestro de Armas! –gritó Slanter, y Garet Jax se deslizó hasta detenerse junto al gnomo.

Slanter les indicó por señas que entraran en una arcada donde una puertecita daba paso a una estrecha escalera que ascendía hasta perderse en la oscuridad.

–Así podremos continuar el camino por encima de ellos –dijo Slanter, jadeando y apoyándose cansadamente contra la piedra de un muro–. Pero esperad un momento a que atienda al muchacho.

Sacó el tapón de su frasco de cerveza y acercó el gollete a los labios de Jair. Éste bebió con deleite a grandes tragos. El líquido amargo le quemó en su interior, y pareció aliviar el dolor casi de inmediato. Apoyándose en el muro junto al gnomo, observó cómo Garet Jax subía por la escalera, para explorar la oscuridad de arriba. Detrás de ellos, Foraker y Edain Elessedil montaban guardia en la arcada, ocultos por las sombras.

–¿Te sientes mejor? –le preguntó Slanter.

–Sí, bastante mejor –respondió Jair.

–Como en los Robles Negros, ¿verdad? Después de haber recibido la paliza de Spilk.

–Como entonces –sonrió Jair al recordarlo–. Esta cerveza de los gnomos lo cura todo.

–¿Todo? –inquirió Slanter, esbozando una amarga sonrisa–. No, muchacho. No lo que los caminantes negros harán con nosotros cuando nos capturen. Eso no. Vienen a por nosotros, ya sabes, como hicieron en los Robles Negros. Saldrán de entre las sombras, criaturas negras y silenciosas. ¡Puedo olerlos!

–Sólo es el hedor que se respira en este sitio, Slanter.

–Helt... muerto de esa manera –murmuró el gnomo, inclinando su tosca cara, como si no hubiera oído nada–. Nunca se me hubiera ocurrido pensar que perderíamos tan pronto al hombre gigante. Los hombres de la frontera son una raza fuerte, aunque más fuertes aún lo son los rastreadores. Si me lo hubiesen dicho, me hubiera sido imposible creerlo.

–Lo sé –respondió Jair, tragando saliva–. Pero no va a suceder lo mismo con los que

quedamos, Slanter. Los gnomos están detrás. Nos alejaremos, como lo hemos hecho otras tantas veces.

–En esta ocasión no conseguiremos escapar, muchacho –dijo Slanter, con un gesto negativo–. Esta vez no –insistió, apartándose del muro, y su voz se convirtió en un susurro–. Todos estaremos muertos antes de que esto acabe.

Empujó al joven del valle tras él, hizo una rápida señal a Foraker y Edain Elessedil y empezó a subir las escaleras. El enano y el elfo los siguieron inmediatamente. Alcanzaron a Garet Jax varias docenas de escalones más arriba. Peldaño a peldaño, continuaron subiendo, con un pequeño rayo de luz procedente de un lugar más alto como única guía. Los muros del interior de Marca Gris parecían los de una tumba preparada para acogerlos. Jair se entretuvo un instante con ese pensamiento, consciente de su propia vulnerabilidad. Podía morir de la misma manera que había muerto Helt. Ya no estaba tan seguro como antes de que viviría para ver el final de la aventura.

Después rechazó aquel pensamiento. Si no vivía, nadie podría ayudar a Brin. Todo acabaría para ambos, porque no había esperanza para ella si faltaba él. Por eso tenía que vivir, tenía que encontrar la manera de conseguirlo.

La escalera terminó ante una pequeña puerta de madera con una ventanilla protegida con barras. A través de ella penetraba la luz del día que los había guiado en la oscuridad. Slanter apretó su rostro amarillo contra las barras para intentar descubrir lo que había detrás. Los gritos de sus perseguidores se escuchaban más cercanos.

–Tendremos que volver a correr –dijo Slanter por encima del hombro–. ¡No os separéis!

Abrió la puerta de madera, y salieron corriendo hacia la luz del día. Estaban en un largo corredor, de techo alto y artesonado, con ventanas estrechas y arqueadas en toda su longitud. Slanter los llevó hacia la izquierda, pasando ante arcadas y portones envueltos en sombras, armaduras oxidadas sobre pedestales, armas colgadas en las paredes. Los gritos crecieron en intensidad, como si el grupo fuera en su dirección, y de repente se sintieron rodeados por ellos. Detrás, a pocos metros, se abrió una puerta y los cazadores gnomos salieron en tropel. Profiriendo gritos de excitación, se aprestaban a darles caza.

–¡Rápido! –gritó Slanter.

Una lluvia de flechas los adelantó silbando mientras corrían hacia el umbral de un par de puertas de madera tallada, arqueadas y altas. Slanter y Garet Jax se dirigieron a toda velocidad hacia ellas, con los otros pisándoles los talones, y las puertas crujieron en sus goznes y se abrieron. Las atravesaron precipitadamente, tropezando unos con otros al bajar una larga escalera. Se hallaban en el gran salón que Slanter había estado buscando, una cámara iluminada por la luz del día que entraba por unas ventanas altas y enrejadas. Las vigas, carcomidas por el tiempo, se entrecruzaban en lo alto, sosteniendo un cavernoso techo abovedado sobre numerosas mesas y bancos esparcidos por el suelo en completo desorden. Los cinco de Culhaven reanudaron su carrera, esquivándolos frenéticamente. Detrás, sus perseguidores irrumpieron en la sala.

Jair seguía a Slanter, consciente de la proximidad de Garet Jax a su izquierda, y Foraker y Edain Elessedil cerraban la marcha. Le ardían los pulmones y volvió a sentir los dolorosos latidos producidos por la herida del hombro. Las flechas y los dardos silbaban sobre sus cabezas, yéndose a clavar en la madera de los bancos y las mesas. Había cazadores gnomos por todas partes.

–¡La escalera! –gritó Slanter, presa de la excitación.

Ante ellos, una escalera larga y curvada ascendía hacia un balcón, y se precipitaron hacia ella. Pero varios gnomos llegaron antes, desplegándose en abanico sobre los primeros peldaños y cortando su huida. Garet Jax se precipitó contra ellos. Saltando encima de un banco de caballetes, se deslizó por toda su longitud y saltó en medio del grupo. Consiguió

caer de pie como un gato negro, batiendo los brazos contra los asombrados gnomos. Con largos cuchillos en ambas manos, esquivó sus pesadas lanzas y espadones, y los fue matando uno a uno. Cuando llegaron los demás, casi todos estaban muertos, y muchos habían huido.

–¿Dónde está el Croagh, gnomo? –le preguntó Garet Jax, volviéndose hacia él con el rostro manchado de sangre.

–¡Al otro lado del balcón! –respondió Slanter sin apenas aflojar el paso–. ¡Rápido, ahora!

Se apresuraron a subir la escalera. Detrás, otro grupo de perseguidores se reunió al pie de ésta y fue tras ellos. A media subida, los gnomos consiguieron darles alcance. El Maestro de Armas, el enano y el elfo se dieron la vuelta para luchar. Slanter obligó a Jair a ascender una docena de escalones, para protegerlo. Las grandes espadas y mazas de los gnomos atacaron, produciendo un terrible estruendo de metal. Garet Jax retrocedió, separado de los otros por la presión de los atacantes. Entonces Elb Foraker cayó al suelo, con la cabeza abierta hasta el hueso por el corte producido por una espada. Intentó levantarse. La sangre corría por su rostro, y Edain Elessedil se apresuró a ir en su ayuda. Durante un instante, el joven elfo mantuvo a raya a sus atacantes con el filo de su espada. Pero una lanza pinchó el brazo que la sostenía. Cuando bajó la guardia, un gnomo le golpeó una pierna con su maza. El elfo se derrumbó, entre gritos de dolor, y los gnomos se abalanzaron sobre él.

Durante un momento pareció que estaban acabados. Pero una vez más apareció Garet Jax. Su figura vestida de negro se abalanzó sobre los atacantes, obligándolos a retroceder. Los cazadores gnomos cayeron uno tras otro y la muerte los atrapó antes de que pudieran salir de su asombro, antes de que supieran qué los había matado.

Foraker llegó dando tropezones hasta donde Edain Elessedil se retorcía de dolor, y extendió sus nudosas manos para reconocer la pierna herida.

–Está rota –dijo, intercambiando una mirada de entendimiento con Garet Jax.

Vendó la pierna con tiras de su capa corta, y utilizó flechas rotas para entablillarla. Slanter y Jair bajaron deprisa los escalones que los separaban de ellos, y el gnomo dio de beber al príncipe elfo un poco de la cerveza amarga que siempre llevaba consigo. El rostro de Edain Elessedil estaba blanco y contraído por el dolor cuando Jair se inclinó sobre él. El joven del valle se dio cuenta de que tenía la pierna inutilizada.

–Ayudadme a levantarlo –dijo Foraker.

Con la ayuda de Slanter, lo llevaron hasta el final de la escalera. Allí lo apoyaron contra la balaustrada y se arrodillaron ante él.

–Dejadme –pidió el elfo, haciendo una mueca de dolor mientras desplazaba su peso–. Tenéis que hacerlo. Llevad a Jair al Croagh. No os demoréis.

Jair miró con angustia a los otros, cuyos rostros estaban preocupados y tensos.

–¡No! –gritó lleno de cólera Jair, dirigiendo una angustiosa mirada a los otros, cuyos rostros reflejaban tensión y preocupación.

–Jair –le dijo Edain Elessedil, cerrando con fuerza la mano alrededor de su brazo–. Es lo que acordamos, Jair. Lo que prometimos. Aunque todos nosotros caigamos, tú debes llegar a la Fuente del Paraíso. Yo no puedo ayudarte ahora. Debéis dejarme y continuar.

–Tiene razón en lo que dice, Ohmsford. No puede seguir adelante –intervino Elb Foraker con una voz extrañamente tranquila. Puso las manos sobre los hombros del joven del valle y luego se levantó, con los ojos fijos en Slanter y Garet Jax–. Creo que yo también he llegado lo más lejos que he podido. Ese corte de espada me ha dejado demasiado aturdido para emprender grandes escaladas. Continuad vosotros tres. Creo que también me quedaré aquí.

–Elb, no, tú no puedes hacer eso... –objetó el hombre herido.

–Ésta es mi decisión, Edain Elessedil –le interrumpió el enano–. Es mi decisión como fue la tuya la de ir en mi ayuda. Nosotros tenemos un vínculo, tú y yo... un vínculo compartido por elfos y enanos, constituido hace tanto tiempo que nadie puede recordar cuándo lo fue. Siempre estamos los unos junto a los otros. Me ha tocado el turno de hacer honor a ese vínculo. Esta vez, el asunto de mi permanencia no puede ser sometido a discusión, Garet –concluyó el enano, volviéndose hacia el Maestro de Armas.

Entonces aparecieron varios cazadores gnomos en el extremo opuesto del salón. Se retardaron precavidamente, llamando a quienes los seguían.

–Rápido, ahora –dijo Foraker–. Coged a Jair Ohmsford y marchaos.

Garet Jax vaciló durante un breve instante, pero enseguida hizo un gesto de asentimiento y alargó su mano para estrechar la del enano.

–Suerte, Foraker.

–Lo mismo te deseo –respondió el otro.

Sus ojos oscuros se encontraron con los del gnomo un momento. Después, sin pronunciar una palabra más, colocó un arco de fresno, flechas y la fina espada élfica junto a Edain Elessedil, y agarró con ambas manos su hacha de doble filo.

–¡Marchaos ya! –dijo sin volverse, con su rostro barbinegro en tensión y reflejando preocupación.

Jair no se movió de donde estaba, en actitud desafiante. Sus ojos miraban alternativamente a los rostros del Maestro de Armas y de Slanter.

–Vamos, muchacho –dijo el gnomo con voz tranquila.

Unas manos rudas rodearon el brazo sano del joven del valle y lo obligaron a desplazarse a lo largo del balcón. Garet Jax fue detrás, con sus ojos grises helados y fijos. Jair quiso gritar su desacuerdo, decir que no podían abandonarlos a su suerte, pero era consciente de que no serviría para nada. Ya se había tomado la decisión. Miró por encima del hombro hacia donde Foraker y el príncipe elfo esperaban en el borde de la escalera. Ninguno de los dos se dio cuenta. Sus ojos estaban pendientes de los cazadores gnomos que se acercaban.

Entonces, Slanter les hizo atravesar una puerta que comunicaba con otra sala, y la cruzaron a toda prisa. Podían escuchar de nuevo los gritos de sus perseguidores, dispersos y lejanos salvo en la dirección de donde huían. Jair corría en silencio junto a Slanter, esforzándose para no volver la vista atrás.

El camino que seguían terminaba en un pórtico arqueado. Cuando lo hubieron pasado, se encontraron en medio de una luz diurna gris y nebulosa; habían dejado atrás los muros de la fortaleza. Un amplio patio se extendía ante ellos hasta una baranda. Más allá, los riscos y la fortaleza descendían hacia un valle. De él se elevaba en espiral una especie de banda dentada de piedra, que superaba en altura la baranda del patio, para enrollarse al fin en un pico aislado.

Era el Croagh, con la Fuente del Paraíso en su cima.

Los tres del grupo de Culhaven corrieron hacia el lugar donde se unían la escala y el patio, y empezaron a subirla.

20

Los pies de Brin bajaron cientos de peldaños por la escalera del Croagh en su descenso al Maelmord. La estrecha banda de piedra bajaba en espiral, retorciéndose desde las torres de Marca Gris hacia la niebla y el calor sofocante de la jungla en una pendiente pronunciada y vertiginosa a través del espacio. La joven del valle la atravesaba con pasos torpes, con la mente nublada por el miedo y el cansancio, y atormentada por las dudas. Apoyaba levemente una mano en la baranda de piedra para sentir cierta sensación de apoyo. En el oeste, el sol velado por las nubes continuaba su ruta, para ocultarse tras las montañas.

Durante toda la bajada, sus ojos permanecieron fijos en el cuenco que tenía a sus pies. Cuando la inició, el Maelmord era una masa envuelta en la niebla, pero a cada paso que daba, sus características se hacían más patentes. Poco a poco, la vida que había allí fue tomando forma, destacándose en el amplio fondo del valle. Los árboles eran enormes, inclinados, viejos y retorcidos. En medio de ellos había grandes tallos de maleza y cizaña, que habían crecido de forma desproporcionada, y enredaderas que trepaban y se retorcían sobre todo lo que había a su alrededor como serpientes sin cabeza ni cola. El color de aquella jungla no era el verdor primaveral y vibrante, sino un tono grisáceo y sucio que le confería el aspecto mortecino que provocan las heladas del invierno.

Pero hacía un calor terrible que le hizo pensar en un tórrido verano en el que la tierra se agrieta, la hierba se seca y el agua poco profunda se evapora dejando polvo en su lugar. El espantoso hedor de los albañales tenía su origen allí, desprendiéndose del terreno y del follaje en oleadas nauseabundas, deteniéndose en la atmósfera de la tranquila tarde, bullendo como una sopa fétida en el cuenco formado por la piedra de la montaña. Al principio era casi insoportable, a pesar del ungüento de Cogline, aún activo en sus fosas nasales. Pero, al cabo de un rato, tras embotarse su olfato, se hizo menos perceptible. Y lo mismo ocurrió con el calor cuando la temperatura de su cuerpo se adaptó a él. Tanto uno como otro perdieron su eficacia torturadora, y sólo quedó la vista desolada y marchita del pozo, que no podía ser bloqueada.

También estaba el silbido, y la subida y bajada del follaje, como si fuese un cuerpo que respirara. Daba la impresión de que el valle era algo vivo, un solo ser con partes diversas que podían actuar, pensar y sentir. Y aunque no tenía ojos, la joven del valle podía sentir que la miraba, la observaba y la esperaba.

Pero continuó adelante. Era impensable volver atrás. El viaje hasta allí había sido largo y penoso, lleno de sacrificios. Había costado muchas vidas y producido cambios en el carácter de quienes se salvaron. Ella ya no era la muchacha que había sido, al convertir la magia en algo nuevo y terrible. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo al reconocer esa realidad. Había cambiado, y la magia había provocado ese cambio. Tal vez no fuera un cambio lo que había experimentado, sino un aumento de su perspicacia. Quizá la comprensión del alcance aterrador del poder de la canción de los deseos se había limitado a descubrir lo que siempre había estado allí y ella continuaba siendo lo que era. Quizás el único cambio residía en la ampliación de su conocimiento.

Estos pensamientos sólo distrajeron un poco su atención del Maelmord, del que ahora sólo la separaba la curva final de la escalera de piedra del Croagh. Bajó más despacio, con los ojos puestos en la jungla, observando el complicado laberinto de troncos, ramas y enredaderas, cubierto por jirones de niebla, y las subidas y bajadas de la silbante inspiración de la vida allí enraizada. En el seno del pozo, ninguna otra vida daba señales de su existencia.

Sin embargo, en algún lugar perdido de esa maraña estaba el *Ildatch.*

¿Cómo lo encontraría?

Se detuvo, aún en el Croagh, a dos docenas de escalones de su final, con el Maelmord extendiéndose a su alrededor. Paseó por él su mirada, luchando contra la repulsión y el miedo que intentaban dominarla, poniendo toda su voluntad en aparentar calma. Sabía que había llegado el momento de utilizar la canción, como le había dicho el druida. Los árboles, la maleza y las enredaderas de aquella selva eran semejantes a los árboles entrelazados de los bosques próximos al lago del Arco Iris. La canción podía hacer que se apartaran, podía abrirle un camino.

Pero ¿adónde debía conducir ese camino?

Dudó un momento. Algo en su interior le aconsejó prudencia, diciéndole que ahora debía utilizar el poder de la canción de un modo diferente... que la fuerza sola no sería suficiente. El Maelmord era demasiado grande, demasiado opresivo para ser dominado de esa forma. Debía emplear la inteligencia y la astucia. Era una creación de la misma magia que ella ejercía, procedentes ambas del mundo de las criaturas fantásticas, de los tiempos en que la magia era el único poder...

Rechazó aquel pensamiento y levantó los ojos hacia el cielo. El sol calentó su rostro de una manera muy diferente de la del calor del pozo. Había vida y luminosidad en su contacto. La atrajo con tal fuerza que, por un instante, sintió una inexplicable y frenética necesidad de volver atrás.

Apartó los ojos con rapidez, obligándolos a fijarse de nuevo en las profundidades de la jungla envueltas en la niebla, aún sin decidirse a continuar el descenso. No podía adentrarse a ciegas en las fauces de aquella cosa. Primero debía descubrir adónde iba y en qué lugar se hallaba escondido el *Ildatch.* Su rostro moreno se puso en tensión. Debía entender a aquel ser. Debía mirar dentro de él...

Las palabras del Oráculo Siniestro se burlaron de ella, llegaban insidiosas a sus oídos desde lo más profundo su memoria: *Mira dentro de ti, Brin de Shannara. ¿Puedes ver?*

Entonces, de repente, lo vio todo. Se lo habían dicho en el Valle de Pizarra, pero no lo había comprendido. Salvadora y destructora, la había llamado el fantasma de Bremen, surgido del Cuerno del Infierno para convocar a Allanon. Salvadora y destructora.

Se apoyó en la baranda de piedra cuando recibió el impacto de la comprensión. No era en el Maelmord donde debía buscar las respuestas.

¡Era en su propio interior!

Entonces se irguió. Su oscuro rostro reflejaba la certeza de lo que sabía. ¡Qué fácil iba a ser entrar en el Maelmord y encontrar lo que buscaba! No necesitaba abrir un camino en el interior del ser que vigilaba el *Ildatch.* Ni siquiera necesitaba buscar el *Ildatch.* Allí no habría ninguna lucha, ni tampoco confrontación de magias.

¡Se produciría una unión!

Bajó los últimos escalones del Croagh. El techo de la jungla, que ahora estaba sobre ella, pareció cerrarse de repente, ocultando la luz del sol, dejándola envuelta en sombras, calor y pestilencia insoportable. Pero ya no estaba preocupada por encontrarse allí. Sabía lo que tenía que hacer, y eso era lo único que importaba.

Empezó a cantar. Su voz se expandió, grave, fuerte y anhelante. La música inundó la enorme maraña de ramas, enredaderas y maleza. Acarició y halagó con habilidad de experta. Luego se plegó y se cubrió de calidez tranquilizadora. *Acéptame, Maelmord,* decía. *Acéptame, porque soy como tú. Para nosotros, no hay diferencia de naturalezas. Somos lo mismo, nuestras magias se unen. ¡Somos lo mismo!*

Las palabras que ponía en la música hubieran debido horrorizarla, pero le resultaban extrañamente agradables. Antes, la canción de los deseos no significaba otra cosa que un juguete maravilloso con el que podía divertirse, un juguete con el que podía cambiar el

color, la forma y el sonido, pero ahora se le había revelado la amplitud de su uso. Podía utilizarla para cualquier cosa. Incluso allí, donde la maldad era más fuerte, tenía capacidad para actuar. El Maelmord fue creado para impedir la entrada de todo lo que no armonizara con él. Ni siquiera la fuerza inherente en la magia de la canción podía superar el propósito básico de su existencia. Pero la magia era suficientemente versátil para convertir la fuerza en astucia y hacer que Brin Ohmsford pareciese afín a lo que en realidad se oponía a ella. Podía estar en armonía con la vida de aquel pozo durante todo el tiempo que necesitara para encontrar lo que estaba buscando.

Su júbilo iba en aumento a medida que su canto al Maelmord se prolongaba y sentía su respuesta. Tan intenso era el sentimiento que la ligaba a la música, que lloraba de felicidad. En correspondencia, la selva se abría ante ella, las ramas se inclinaban y las enredaderas y la maleza se apartaban para abrirle paso, enroscándose como serpientes. La canción que estaba cantando hablaba de la muerte y el horror que daban vida al valle. Brin jugaba con él, inmersa en su propia creación, para ser considerada como deseaba serlo.

Se replegó en las profundidades de su ser, absorta en su canto. Allanon y el viaje quedaron olvidados, y también fueron relegados al olvido Rone, Kimber, Cogline y Murmullo. Apenas recordaba la misión que la había llevado hasta allí... encontrar y destruir el *Ildatch.* La liberación de la magia produjo de nuevo en ella aquella extraña y aterradora sensación de júbilo. Podía apreciar que su control sobre ella se diluía, como había sucedido cuando utilizó la canción de los deseos contra el gnomo araña en la cresta de Toffer y contra los seres negros en los albañales. Podía apreciar cómo se desenrollaban sus propios hilos. Pero sabía que debía arriesgarse. Era necesario.

La respiración del Maelmord se aceleró notablemente y su silbido sonó con más fuerza. La quería a ella, porque la necesitaba. Encontraba en ella una parte vital de sí mismo: el corazón del cuerpo que yacía enraizado allí, ausente durante mucho tiempo y ahora, por fin, retornado. *Ven a mí,* silbaba. *¡Ven a mí!*

Con el rostro animado por la excitación y el apremio, Brin dejó el Croagh y entró en la jungla.

–¡Por todos los demonios! ¡Estos albañales tienen que acabar en algún sitio! –dijo Rone al salir del túnel y entrar en la caverna que había a continuación.

A causa de la fatiga, le parecía que llevaban toda la vida dando vueltas por las cloacas de Marca Gris.

–¡No tienen por qué acabar! –respondió Cogline, con su desagradable tono habitual.

Pero el joven de las montañas casi ni le oyó, porque había concentrado toda su atención en la caverna. Era enorme. Su techo estaba agrietado, permitiendo que la luz del sol se filtrara por las fisuras en rayos brillantes, y en el centro del suelo se abría un abismo. En silencio, Rone se apresuró a bordear el abismo, sin apartar su mirada del puente de piedra que lo cruzaba. Al otro lado de éste, la caverna se extendía hasta un pórtico de piedra pulida alto y arqueado, adornado con extraños signos, que daba acceso a la luz diurna y el verdor de un valle cubierto por la niebla.

El Maelmord, pensó inmediatamente. *Ahí debe de estar Brin.*

Llegó al puente y lo cruzó, seguido del anciano y la muchacha. Se dirigía ya hacia el pórtico cuando un grito agudo de Kimber lo obligó a detenerse.

–¡Joven de las tierras altas, ven y mira!

Rone se dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. La muchacha lo esperó en el centro del puente. Cuando llegó, ella señaló hacia un lado, sin hablar. Un gran trozo de la cadena de hierro que formaba la baranda estaba suelto y roto, y a sus pies, sobre la piedra, había manchas de sangre seca.

La muchacha se arrodilló y las tocó con los dedos.

–No llevan mucho tiempo aquí –dijo en voz baja–. No más de una hora.

Rone la miró en silencio, impresionado, y en sus mentes surgió el mismo pensamiento. El joven de las tierras altas levantó la mano, como si quisiera rechazarlo.

–No, no puede ser de ella...

Entonces un grito estridente y aterrador desgarró el aire. Era el grito furioso y temeroso de un animal, que rompió en mil pedazos la tranquilidad de la tarde y sus propias meditaciones. Procedía del otro lado del pórtico.

–¡Murmullo! –exclamó Kimber.

–¡Brin! –dijo Rone, dándose la vuelta.

Salió corriendo del puente, y atravesó la caverna y el pórtico, con las manos a la espalda para coger el gran espadón. Era rápido, pero aún lo era más Kimber. Lo adelantó como un animal asustado, y se precipitó desde las sombras de la caverna hacia el pórtico y la luz a la que daba acceso. Detrás, Cogline les pedía a gritos que no corrieran tanto, con la voz agudizada por la desesperación, pero sus piernas torcidas eran demasiado lentas para poder alcanzarlos.

Precedido unos diez metros por Kimber, Rone atravesó el pórtico y salió a la luz. Allí estaba Murmullo, enzarzado en una lucha contra dos oscuros seres sin rostro sobre un estrecho saliente de la roca; una confusión de movimiento y negrura. Más allá, sobre una escalera de piedra que descendía desde los riscos hasta el saliente y después continuaba hasta el valle de abajo, y que Rone reconoció al instante como el Croagh, un espectro corrosivo estaba observando.

Cuando los dos jóvenes se aproximaron, el espectro se volvió.

–¡Kimber, cuidado! –le advirtió Rone. Pero ella ya estaba saltando para ayudar a Murmullo, sosteniendo en cada mano sendos cuchillos. El espectro señaló con las manos en su dirección y un fuego rojo explotó de sus dedos. El fuego pasó sin tocarla, por algún extraño fallo, y chocó contra la roca, desprendiendo fragmentos que saltaron por los aires. Rone se lanzó hacia delante con un grito, manteniendo la hoja de ébano de la Espada de Leah levantada ante sí. El espectro se volvió hacia él, y el fuego estalló de nuevo. Golpeó contra el joven de las tierras altas, atrapado en la hoja de la espada, y todo el aire de su alrededor se iluminó a causa de las llamas. La fuerza del golpe lo levantó del suelo y lo hizo caer de espaldas.

En ese momento apareció Cogline en el pórtico de la caverna, viejo, encorvado y furioso, desafiando a gritos al espectro. Como un pequeño conjunto de carne, huesos y ropa, se deslizó hacia la figura vestida de negro. El caminante se volvió hacia él, y apuntó. Pero el brazo esquelético del anciano se estiró, y un extraño objeto oscuro voló desde su mano para converger con el fuego carmesí. Una tremenda explosión hizo que toda la ladera de la montaña se estremeciera. Las llamas y el humo se elevaron hacia el cielo como un surtidor, y grandes trozos de roca volaron por todas partes.

Durante un breve instante, todo desapareció entre el humo y el polvo. Rone aprovechó el momento de confusión para ponerse en pie.

–¡Prueba un poco de mi magia, comida para los gusanos! –gritaba Cogline, completamente eufórico–. ¡Veamos qué puedes hacer contra eso!

Pasó como una flecha junto a Rone, sin que el joven de las tierras altas pudiera hacer nada para detenerlo; danzando con loca alegría su esquelética figura desapareció entre el humo. De repente, un gruñido de Murmullo se elevó desde algún lugar situado delante de ellos y a continuación un agudo grito de Kimber. Rone soltó una maldición y se dirigió a toda velocidad hacia el lugar de su procedencia, pensando que el anciano estaba loco.

Justo frente a él, el fuego rojo atravesó la niebla. La delgada figura de Cogline voló hacia un lado como si fuera un muñeco arrojado por un niño furioso. El joven de las tierras altas apretó los dientes y se precipitó hacia el lugar de procedencia del fuego,

encontrándose casi de inmediato frente al caminante; su figura vestida de negro estaba desgarrada y doblada. La Espada de Leah cortó una ráfaga de fuego rojo, destruyéndolo. El espectro desapareció. Algo se movió a su espalda, y Rone se dio la vuelta. Pero fue Murmullo el que surgió entre una nube de humo. Uno de los seres negros estaba colgado de su espalda, y el segundo pendía de sus dientes. Rone actuó con rapidez, pinchando con la espada a la criatura que colgaba del lomo del gigantesco gato del páramo y apartándola de él.

–¡Kimber! –gritó.

Un fuego rojo explotó cerca de donde él estaba, pero se interpuso de nuevo con la espada. Una figura encapuchada se dejó ver durante un breve instante a través del humo, y se precipitó hacia ella. Esta vez el espectro no actuó con la misma rapidez que antes. De espaldas contra la escalera de piedra del Croagh, intentó deslizarse hacia la izquierda, con el fuego brotando de sus dedos, pero Rone se le echó encima. La Espada de Leah cayó, y el espectro corrosivo explotó formando una nube de cenizas.

Entonces todo quedó en calma, sólo rota por la ronca tos de Murmullo, que se acercaba a Rone a través de la neblina como un fantasma. Poco a poco, el humo se fue desvaneciendo, haciéndose visibles de nuevo el saliente y también el Croagh. El primero estaba lleno de pedazos de roca, y un tramo del Croagh, en el lugar donde se unía al saliente y donde se encontraba el espectro cuando Cogline lo desafió, había desaparecido.

Rone echó una rápida mirada a su alrededor. No había ningún espectro corrosivo a la vista. No supo si los había destruido o si sólo los había alejado.

–Rone.

Se volvió hacia el lugar de donde le había llegado la voz de Kimber. Apareció en el extremo opuesto del saliente. Se veía pequeña y cubierta de lodo, y cojeaba un poco al andar. Entonces se sintió invadido por la cólera y el alivio al mismo tiempo.

–Kimber, ¿por qué hiciste...?

–Porque Murmullo hubiese hecho lo mismo por mí. ¿Dónde está el abuelo?

Rone se mordió los labios para no decirle lo que pensaba, y los dos juntos buscaron al anciano por el saliente de la roca. Por fin dieron con él, medio enterrado en un montón de piedras junto al precipicio, tan ennegrecido como la ceniza formada por el fuego cruzado en su batalla con el espectro. Corrieron hacia él y lo sacaron de allí. Tenía quemaduras en la cara y los brazos, el cabello chamuscado y estaba cubierto de hollín. Kimber meció con dulzura la cabeza del anciano. Sus ojos estaban cerrados y no parecía respirar.

–Abuelo –susurró la muchacha, apoyando una mano en su mejilla.

–¿Quién es ése? –gritó el anciano de repente, sobresaltando a la muchacha y al joven de las tierras altas, y sus brazos y piernas empezaron a sacudirse–. ¡Fuera de mi casa, intrusos! ¡Salid de mi casa!

»Muchacha –continuó con voz débil, parpadeando y abriendo los ojos–. ¿Qué ha ocurrido con los seres negros?

–Han desaparecido, abuelo –respondió Kimber, reflejando un gran alivio en sus ojos oscuros–. ¿Estás bien?

–¿Bien? –inquirió, el anciano que, aunque parecía aturdido, hizo un gesto de asentimiento sin dudarlo ni un instante, con la voz fortalecida por la indignación–. ¡Claro que estoy bien! ¡Sólo me he excedido un poco, eso es todo! ¡Ayúdame a levantarme!

Rone respiró profundamente. *Sólo puede atribuirse a la suerte el que aún estéis vivos la muchacha y tú,* pensó.

Con la ayuda de Kimber, el joven de las tierras altas puso a Cogline de nuevo en pie y lo dejó que comprobara por sí mismo el estado de su cuerpo. El anciano parecía sacado de un pozo de ceniza, pero no herido. La muchacha lo abrazó con cariño y empezó a

limpiarlo.

–Debes tener más cuidado, abuelo –le dijo–. Ya no eres tan rápido como antes. Los caminantes negros te cogerán si intentas atacarlos de nuevo de la misma forma que lo has hecho aquí.

Rone hizo un gesto de incredulidad. ¿Quién debía regañar a quién, la muchacha al anciano o éste a la muchacha? En qué estaban pensando Brin y él cuando...

Hizo un gran esfuerzo para contenerse. Brin. Se había olvidado de Brin. Miró al Croagh. Si había llegado hasta allí, podía darse por seguro que había bajado al Maelmord. Y ése era el lugar adonde él debía ir también.

Se separó de Kimber y del anciano, y se dirigió con paso apresurado al lugar donde el saliente se unía con los peldaños del Croagh. Todavía agarraba con fuerza la Espada de Leah. ¿Cuánto tiempo había perdido allí? Tenía que alcanzar a Brin antes de que se aproximara demasiado a lo que la esperaba en el valle...

Se detuvo de repente. Murmullo estaba delante de él, bloqueando la escalera. El gigantesco gato del páramo lo miró fijamente durante un breve instante, y después se sentó sobre sus patas traseras y parpadeó.

–¡Déjame pasar! –le gritó el joven de las tierras altas.

El gigantesco gato no se movió. Rone vaciló y después siguió adelante con visible nerviosismo. El hocico de Murmullo retrocedió un poco, dejando escapar un grave bufido.

El joven de las tierras altas se detuvo en el acto y dirigió una furiosa mirada a Kimber.

–Kimber, haz que tu gato se retire de mi camino.

La muchacha llamó al gato del páramo, sin levantar la voz, pero Murmullo se quedó donde estaba. Extrañada, avanzó hasta llegar a su altura y se inclinó sobre él, hablándole en voz baja y tranquila mientras acariciaba su enorme cabeza alrededor de las orejas y el cuello. El gran gato frotó su hocico contra ella y ronroneó suavemente, pero no se movió ni un ápice. Por fin, la muchacha se apartó.

–Brin está bien –le dijo a Rone, esbozando una breve sonrisa–. Ha bajado al pozo.

–Entonces, también tengo que ir yo –respondió Rone, aliviado, haciendo un gesto de asentimiento.

–Debes quedarte aquí –respondió la muchacha, haciendo un gesto negativo.

–¿Quedarme aquí? –inquirió Rone, con una mirada de asombro–. ¡No puedo hacer eso! ¡Brin está sola ahí abajo!

–No puedes –insistió la muchacha, haciendo de nuevo un gesto negativo–. Ella no quiere que lo hagas. Ha utilizado la canción para evitarlo. Ha convertido a Murmullo en su guardián. Nadie puede pasar, ni siquiera yo.

–¡Pero es tu gato! ¡Haz que se aparte! ¡Dile que tiene que apartarse! La magia no es tan fuerte, ¿verdad?

–Es algo más que magia, Rone –respondió la muchacha, mirándolo con una expresión traviesa en su rostro–. Sus propios instintos le dicen a Murmullo que Brin tiene razón sobre esto. No es la magia lo que lo retiene, sino su razón. Sabe que cualquier peligro que pueda esconderse en el valle es demasiado grande. No te permitirá pasar.

El joven de las tierras altas mantuvo su mirada fija en la muchacha; la cólera y la incredulidad congestionaban su rostro. Sus ojos se desviaron hacia el gato gigante y enseguida volvieron a fijarse en la muchacha.

¿Qué debía hacer ahora?

Una gran euforia invadió a Brin, inundándola como un torrente, fluyendo a través de ella como si fuera su sangre.

Sintió que la transportaba al interior de sí misma como una hoja es llevada por las

aguas de un río. La vista, el sonido y el olor se mezclaron y se convirtieron en deslumbrantes fantasías desenfrenadas, algunas bellas y llenas de luz, y otras oscuras y horribles, todas en el flujo y reflujo del ojo de su mente. Nada era como había sido, sino que todo era nuevo, exótico y asombrosamente vivo. Era un viaje de autodescubrimiento que trascendía el pensar y el sentir.

Cantaba, y la música de la canción era la comida y la bebida que la alimentaban, que la sostenían y le daban vida.

Ahora se encontraba en el interior del Maelmord, lejos de la escalera del Croagh y del mundo que había dejado atrás. Estaba en un mundo completamente diferente. Cuanto más se esforzaba ella por fundirse con él, más se extendía y la atraía éste. La pestilencia, el calor y la descomposición de las cosas vivas la abrazaban, considerándola hija suya. Las ramas nudosas, las enredaderas retorcidas y los grandes tallos de maleza y cizaña rozaban su cuerpo cuando pasaba junto a ellos, alimentándose con la vibración de la música, encontrando en ella un elixir que les devolvía la vida. Brin sentía su caricia y correspondía con una sonrisa.

Era como si hubiese dejado de existir. Alguna pequeña parte de sí misma sabía que debería de estar horrorizada por las cosas que se enroscaban a su alrededor y la tocaban con cariño. Pero se había entregado a la música de la canción, y ya no era la que había sido. Todos los sentimientos y razonamientos que le habían pertenecido, que le habían hecho como hasta entonces había sido, estaban ocultos por la magia negra que la había convertido en algo semejante a lo que estaba atravesando. Era un espíritu de la misma clase, que volvía de algún lugar lejano, tan lleno de maldad como aquello que esperaba su llegada. Se había vuelto tan tenebrosa como el Maelmord y la vida que allí se generaba. Formaba una sola cosa con él. Formaba parte de él.

Una pequeña fracción de sí misma comprendía que Brin Ohmsford había dejado de existir, destruida por la magia de la canción. Comprendía que había aceptado convertirse en un ser distinto... en un ser tan repulsivo que, de otra manera, no habría podido soportar, y que no regresaría a sí misma hasta que encontrara el camino al corazón de la maldad que la rodeaba. La euforia y el regocijo causados por el poder aterrador de la canción amenazaba con arrancarla de su propio ser, con despojarla de su cordura, reduciéndola para siempre a lo que pretendía. Todas las fantasías extrañas y asombrosas no eran más que trampas de una locura que acabaría destruyéndola. Todo lo que quedaba de la que había sido, era la pequeña partícula de identidad que aún guardaba cuidadosamente en su interior. El resto de sí misma se había convertido en la hija del Maelmord.

La muralla de la jungla se quedaba atrás y volvía; nada cambiaba. Las sombras se ceñían a ella, tan suaves como el terciopelo y tan silenciosas como la muerte. El cielo permanecía oculto, y sólo penetraba la media luz que precede a la noche, confundiéndose con la penumbra. Mientras caminaba por aquel laberinto de oscuridad y calor sofocante, el silbido de la respiración del Maelmord no había dejado de elevarse de la tierra, y las ramas, los troncos, los tallos y las enredaderas se balanceaban y agitaban con su impulso. El silencio sólo era roto por el silbido; un silencio intenso y expectante. No había ninguna señal de otra vida; ninguna señal de los caminantes ni de los seres negros que les servían, ni del *Ildatch* que les daba vida.

Siguió adelante, conducida por esa chispa de memoria que albergaba en su interior. *Encuentra el Ildatch*, susurraba con su voz débil y hueca. *Encuentra el libro de la magia negra.* El tiempo se fragmentó y se deslizó hasta perder su significado. ¿Había pasado una hora? ¿Tal vez más? Tenía la extraña sensación de que llevaba allí muchísimo tiempo, casi todo su tiempo.

Lejos, casi imperceptible en la vasta maraña de la jungla, algo saltó de las rocas y cayó en el pozo. Pudo sentir su caída y oír su alarido cuando el Maelmord se cerró a su

alrededor, oprimiendo, aplastando y consumiendo hasta que la cosa dejó de existir. Ella saboreó su muerte, gustó su sangre cuando fue devorada. Al terminar, deseó más.

Entonces pudo escuchar unas advertencias que le eran susurradas al oído. De un pasado recordado débilmente, surgió Allanon. Alto y encorvado, con su cabello negro ya gris y su rostro enjuto arrugado por la edad, se esforzaba por alcanzarla a través de un abismo que ella no podía cruzar, y sus palabras eran como gotas de lluvia que chocaban contra una ventana cerrada ante ella. *Cuidado. La canción encierra un poder enorme. Utilízala con precaución.* Oyó las palabras, vio que salpicaban sobre el cristal y se encontró riendo por la forma en que caían. La figura del druida retrocedió y desapareció. *Está muerto,* recordó con sorpresa. *Se ha ido de las Cuatro Tierras para siempre.*

Ella lo llamó para que volviera, como si su presencia pudiera recordarle algo que hubiese olvidado. Regresó, saliendo de entre las nieblas y cruzando de un solo paso el abismo que los separaba. Sus fuertes manos se apoyaron con afecto sobre los hombros de Brin. La sabiduría y la decisión se reflejaban en sus ojos, creando el sentimiento de que nunca se había ido en realidad, de que siempre había estado allí. *Esto no es un juego,* le dijo. *¡No puede serlo! ¡Cuidado!* Y ella, haciendo un gesto de asentimiento, respondió: *Soy salvadora y destructora. Pero ¿quién soy en realidad? ¡Dímelo ahora! Dímelo...*

Una sacudida en la trama de su conciencia se lo llevó, como a un fantasma, y de repente se encontró de nuevo en el Maelmord. Existía un latido de inquietud en el pozo, un tono de insatisfacción en su silbido. Había advertido su cambio y eso le perturbó. Ella volvió a convertirse en el ser que había creado. La canción se elevó y se esparció por la jungla, calmándola, tranquilizándola. La inquietud y la insatisfacción se desvanecieron, llevándose consigo los restos de su identidad.

Ella continuó avanzando hacia la nada, dejándose engullir por el Maelmord. Las sombras se intensificaban a medida que se desvanecía la luz. La respiración del pozo pareció hacerse más pesada. La sensación de afinidad que la canción creaba entre ellos aumentó y la dejó expectante y sin aliento. Ya estaba cerca, de lo que buscaba. La intuición atravesó su conciencia como un repentino aflujo de sangre, y cantó con renovada intensidad. La magia de la canción se elevó en la penumbra, llenándola, y todo el Maelmord se estremeció.

En ese momento desapareció la muralla de vegetación y se encontró en un claro enorme y sombrío, rodeado de árboles, maleza y enredaderas. Una torre, vieja y en estado de ruina, se levantaba en el centro, difusa en el crepúsculo. Los muros de piedra superaban la altura de los árboles del bosque, coronados por varias torretas espirales y mellados parapetos, tan erosionados y descoloridos como los huesos de un esqueleto. En las proximidades de la torre no crecía ninguna planta. Como si estar en contacto con la torre significase la muerte, la vegetación se apartaba de ella.

Brin se detuvo un momento y fijó su mirada en la torre. La música de la canción bajó de tono hasta convertirse en un murmullo expectante.

¡Aquí! El corazón del mal está aquí. ¡El Ildatch!

Ciñéndose las capas de magia que la cubrían, se dirigió a su encuentro.

21

Unas puertas de madera, deterioradas por la intemperie y agrietadas por el tiempo, estaban entreabiertas en la oscura entrada de la torre, colgando de bisagras rotas y oxidadas por el desuso. Envuelta en la música de su canción, Brin las cruzó. La penumbra era densa en su interior, pero había luz suficiente para ver, unos rayos mortecinos y nebulosos que se filtraban por las grietas y hendiduras de los muros desmoronados de la torre. El polvo cubría el suelo de piedra con una alfombra de fino sedimento, que se elevaba en nubes cuando las botas de la muchacha la pisaban. Hacía frío. El calor y el hedor de la jungla se habían quedado fuera, bloqueados por algo.

El paso de Brin se hizo más lento. Un corredor se adentraba sinuosamente en las sombras. Miró hacia atrás. Un tirón de advertencia procedente de su interior, le hizo volverse para observar con atención la selva que rodeaba el claro de la torre.

Luego continuó. El poder de la magia se agitó a través de ella como una oleada de calor repentino, y pareció flotar. Siguió el corredor, con sus vueltas y revueltas, apenas consciente del polvo que levantaban sus pies. En un momento, se preguntó por qué no había allí más marcas de pisadas que las suyas cuando era probable que los espectros corrosivos pasaran por aquel corredor, pero su curiosidad se desvaneció al instante.

Se encontró ante una escalera y empezó a subirla, en una escalada lenta e interminable por el centro de la torre. Oyó unos susurros que parecían tratar de atraerla, voces que no tenían origen ni identidad, nacidas del aire que respiraba. A todo su alrededor, los susurros clamaban. Las sombras y la penumbra se mezclaban y se confundían. Era como si estuviese infiltrándose en la piedra de la torre, deslizándose como un fantasma a través de sus cámaras, expandiéndose para convertirse en parte de ella, como antes se había convertido en parte del Maelmord. Sintió que sucedía poco a poco, y que su cuerpo era bien recibido. La magia de la canción lo provocaba, todavía extendiéndose hacia el mal que estaba allí escondido y se insinuaba dentro de Brin Ohmsford como si en verdad formara parte de él...

Entonces acabó la escalera y se encontró en el umbral de una sala redonda y cavernosa, con techo en forma de cúpula, gris, sombría y desierta. Casi como si actuara por impulso propio, la música de la canción bajó de tono hasta convertirse en un susurro, y las voces que flotaban a su alrededor se silenciaron.

Entró en la habitación, apenas consciente del movimiento de su cuerpo, que parecía no pertenecerle. Las sombras reptaron, apartándose, y sus ojos se adaptaron. La cámara no estaba vacía, como había creído al principio. Allí, casi oculto en la penumbra, había un estrado, y sobre él un altar. Avanzó un paso. Algo se apoyaba sobre el altar, algo muy grande, cuadrado y sumido en una oscuridad que parecía emanar de su interior. Dio otro paso. Una terrible excitación la inundó.

¡Era el *Ildatch!*

Lo supo inmediatamente, antes de que su vista pudiera captarlo con claridad. Aquello era el *Ildatch,* el corazón del mal. El poder de la canción creció y recorrió todo su cuerpo con ardorosa intensidad.

Cruzó la habitación, imponiéndose a la violencia de sus pensamientos, que retrocedieron en su interior enroscándose como serpientes. La música de la canción se convirtió en un silbido venenoso. La habitación parecía alejarse de ella, las paredes se sumergieron en las sombras hasta que lo único que quedó en el mundo fue el libro. Subió los escalones del estrado y dirigió sus pasos hacia el altar donde estaba cerrado. Estaba viejo y maltrecho. Sus cierres de cobre tenían el color verde negruzco del óxido y sus tapas

de piel estaban agrietadas y manchadas. Era un volumen enorme que parecía haber visto pasar todas las épocas de la humanidad.

Se detuvo ante él durante un momento, mirándolo con curiosidad, saboreando la profunda satisfacción que sentía por tenerlo a su alcance.

Después extendió los brazos y sus manos se cerraron sobre él, agarrándolo.

–Niña oscura.

La voz susurró en su mente, y sus dedos quedaron inmovilizados sobre los cierres oxidados.

–Niña oscura.

La canción perdió intensidad y cesó. Su garganta se contrajo impidiendo el paso de la música, sin saber lo que hacía. Permaneció en silencio ante del altar, con el libro en las manos. Los ecos de la voz persistían en su mente, zarcillos que se extendían y la ataban para que no pudiera moverse.

–He estado esperándote, niña oscura. Te he esperado desde el principio de tu existencia, desde que estabas en el vientre de tu madre, hija de la magia élfica. Siempre hemos estado unidos, tú y yo, por lazos más fuertes que los lazos de sangre, más fuertes que la carne. Muchas veces nuestros espíritus se han tocado, y aunque nunca te conocí ni supe qué camino seguías, siempre tuve la certeza de que vendrías a mí.

La voz carecía de matices y tono, y no era de hombre ni de mujer, sino una mezcla de ambas; despojada de toda emoción y todo sentimiento, tenía el vacío de la falta de vida. Brin la escuchaba, y sentía cómo el frío penetraba hasta sus huesos. Muy dentro de ella, la identidad que todavía conservaba y ocultaba se replegó llena de terror.

–Niña oscura.

Escudriñó las sombras de la cámara. ¿Dónde estaba el ser que la llamaba? ¿Qué era lo que retenía con tal fuerza? Volvió a fijar su mirada en el viejo libro, que aún tenía entre sus manos. Sus dedos se habían emblanquecido por la fuerza con que lo agarraban, y un calor ardiente se desprendía de los cierres de metal.

–Soy yo, niña oscura. Como tú, tengo vida. Siempre ha sido así. Siempre han existido quienes podían darme vida. Siempre han existido quienes me dan las suyas.

La boca de Brin se abrió, pero no pudo emitir ningún sonido. La sensación ardiente se extendía de sus manos a sus brazos y empezaba a ascender.

–Conóceme. Soy el *Ildatch,* el libro de la magia negra, nacido en la era de la magia. Soy más viejo que los elfos... tanto como el Rey del Río Plateado, tanto como la Palabra. Aquellos que me crearon, aquellos que me dieron forma, hace tiempo que abandonaron la tierra con la llegada de los mundos de las criaturas fantásticas y del hombre. Una vez fui parte de la Palabra, oculta a la vista y sólo pronunciada en la oscuridad. No era más que un conjunto de secretos. Después ese conjunto tomó forma, escrita y estudiada por aquellos que deseaban conocer mi poder. Siempre han existido los que desean conocer mi poder. A través de las épocas, siempre he estado aquí para ellos y he dado mis secretos a quienes querían compartirlos. He creado criaturas mágicas y otorgado poder. Pero nunca ha habido nadie como tú.

Las palabras resonaban en su mente como susurros llenos de expectación y promesas, y la joven del valle las sentía girar como las hojas empujadas por el viento. El ardor había invadido su cuerpo, produciéndole la misma sensación que la ráfaga ardiente de un horno cuando se abre la puerta.

–Ha habido muchos antes que tú. De los druidas nacieron el Señor de los Hechiceros y los portadores de la calavera. Encontraron en mí los secretos que buscaban y se convirtieron en lo que querían. Pero yo era el poder. De los hombres expulsados de las razas nacieron los espectros corrosivos. Pero de nuevo, yo era el poder. Siempre soy el poder. Cada vez hay una previsión suprema de lo que debe pasar con el mundo y con sus

criaturas. Cada vez, a esa visión le dan forma las mentes de quienes utilizan el poder encerrado en mis páginas. Cada vez, la previsión se prueba inadecuada y el formador falla. Niña oscura, mira ahora una muestra de lo que puedo ofrecer.

Como si tuvieran poder de decisión, las manos de Brin abrieron con cuidado el libro del *Ildatch,* y sus hojas de pergamino empezaron a pasarse por sí mismas. Las palabras murmuraban desde un texto escrito con unos signos y en una lengua más antiguos que el hombre, que se tornaba en voz suave y sigilosa. La mente de la joven del valle se abrió a ellas, y enseguida comprendió el texto. Entonces le fueron revelados los secretos del poder, oscuros y terribles.

Pero las revelaciones se fueron tan rápidamente como habían llegado, convirtiéndose en recuerdos desagradables. Las páginas del libro recuperaron su posición inicial, y los cierres se ajustaron. Sus manos, todavía cerradas sobre el enorme volumen, empezaron a temblar.

–Sólo te he mostrado una ínfima parte de lo que soy. Poder, niña oscura. Un poder que hace que el obtenido por el druida Brona y sus seguidores sea insignificante. Un poder que podría neutralizar al de los espectros corrosivos que ahora me buscan. Siente el flujo de ese poder corriendo por tus venas. Siente su tacto.

El ardor se hizo más intenso, y la joven del valle sintió que se expandía y crecía con su impulso.

–Durante un millar de años, he sido utilizado para actuar sobre tu destino y el de los tuyos. Durante mil años, los enemigos de tu familia han invocado mi poder y han intentado destruir lo que tú tienes. En todo lo que te ha traído a este lugar y a este momento he intervenido yo. Yo soy el hacedor de lo que eres. Yo soy el que ha dado forma a tu vida. Hay una razón en todos los acontecimientos, niña oscura y por tanto, también hay una razón en esto. ¿Sabes cuál es? Mira dentro de ti. ¡Mira!

De pronto, escuchó en su mente un susurro de advertencia, y recordó vagamente a una figura alta, vestida de negro, con el cabello gris y unos ojos penetrantes, que le hablaba de lo que podría engañarla y corromperla. Luchó para aclarar aquel recuerdo, pero no consiguió ningún nombre y la visión acabó siendo borrada por el ardor que la llenaba y el eco persistente de las palabras del *Ildatch.*

–¿No te ves a ti misma? ¿No ves lo que crees? Mira dentro de ti.

La voz era fría, carente de inflexiones y de emoción, pero había una machacona insistencia en ella que hacía zozobrar sus pensamientos. Su vista se nubló, le pareció ver desde fuera al ser en que se había convertido por medio de la magia de la canción.

–Somos una sola cosa, niña oscura, como era tu deseo. Nunca fue necesaria la magia élfica, porque eres lo que eres y lo que siempre has sido. Ésa es la razón de que estemos unidos. Hay lazos nacidos de las magias que nos convierten en lo que somos, porque no somos más que las magias que albergamos; tú dentro de tu cuerpo de carne y hueso, y yo dentro del mío de pergamino y tinta. Somos vidas unidas, y lo que antes desapareció, ahora regresa. Es lo que he estado esperando durante todos estos años.

¡Mentira! La palabra relampagueó en la mente de Brin y desapareció. Sus pensamientos giraban sin orden alguno, y su razón se dispersó. Sus manos todavía agarraban el *Ildatch* como si éste guardase su vida, y se encontró con que las palabras pronunciadas por su voz incorpórea eran extrañamente persuasivas. Sin duda, existían unos lazos que los unían; existía una unión. Ella era como el *Ildatch,* parte de él, similar a él.

Pronunció a gritos el nombre del druida en su mente, intentando encontrar el recuerdo que ahora había perdido. El ardor se convirtió en una rápida corriente que lo arrastró, y la voz empezó a hablar de nuevo.

–Te he estado esperando todos estos años, niña oscura. Desde el tiempo inexistente has venido a mí, y ahora te pertenezco. Piensa en lo que debes hacer conmigo, y dímelo.

Las palabras llegaron en tropel a su mente, como algo negro en la neblina roja de su visión. Intentó gritar, pero el sonido se quedó atascado en su garganta.

–Dime qué hay que hacer conmigo.

¡No! ¡No!

–Dime qué hay que hacer conmigo.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos y resbalaron lentamente por sus mejillas.

–Debo utilizarte –respondió.

Rone, enfurecido, se apartó del Croagh, giró sobre sus talones y volvió sobre sus pasos. Sus manos agarraban la espada de hoja de ébano con tal fuerza que sus nudillos estaban casi blancos.

–¡Ya basta de tonterías! ¡Quita a ese gato de mi camino, Kimber! –ordenó, acercándose a la muchacha y deteniéndose cuando la enorme cabeza de Murmullo se volvió para encararse a él.

Pero, una vez más, la muchacha hizo un gesto negativo.

–No puedo hacerlo, Rone. Actúa en esto según su propio criterio.

–¡No me importa su criterio! –explotó Rone–. ¡Sólo es un animal y no puede tomar una decisión como ésta! ¡Voy a pasar tanto si le gusta como si no! ¡No voy a dejar sola a Brin en ese pozo!

Levantando la espada, empezó a caminar hacia Murmullo, pero en ese instante un profundo temblor recorrió la montaña, ascendiendo desde la oscura jungla del Maelmord. Tan fuerte era que el joven de las tierras altas y la muchacha se tambalearon. Cuando lograron recuperar el equilibrio, corrieron asustados hacia el borde del precipicio.

–¿Qué ha sucedido ahí abajo? –preguntó Rone–. Kimber, ¿qué puede haber sucedido?

–Lo que haya sido, supongo que es obra de los espectros corrosivos –respondió Cogline, que estaba detrás de ellos–. Quizás han convocado a la magia negra para utilizarla contra la muchacha.

–¡Abuelo! –exclamó Kimber, visiblemente enfadada en esta ocasión.

–Anciano, si le ha sucedido algo a Brin porque ese gato me ha impedido bajar...

El joven de las tierras altas se interrumpió de repente. Una fila de sombras, encorvadas y encapuchadas, apareció en la escalera del Croagh, destacándose en la escasa luz de las últimas horas de la tarde. Caminaban de una en una, descendiendo de las plomizas murallas de Marca Gris y acercándose al saliente donde estaban sus compañeros.

–¡Espectros corrosivos! –exclamó el joven de las tierras altas, conteniendo la respiración.

Murmullo, que ya estaba alerta, se había agazapado para defenderse de ellos. La súbita aparición de aire de Cogline silbó en el silencio.

Rone miraba hacia arriba, sin pronunciar una sola palabra, mientras la fila de figuras negras se alargaba y avanzaba. Eran demasiados.

–Manténte detrás de mí, Kimber –le dijo suavemente a la muchacha.

Luego levantó la espada.

Debo utilizarte... utilizarte... utilizarte.

Las palabras resonaban una y otra vez en la mente de Brin, como una letanía persuasiva que amenazaba con disolver todo raciocinio. Sin embargo, quedaba una pequeña parte de lógica que le gritaba a través de aquellas machaconas palabras.

¡Es la magia negra, joven del valle! ¡Es la maldad de este lugar que has venido a destruir!

Pero el contacto del libro con la piel de sus manos y el ardor con que llenaba su

cuerpo la mantenían atada para que nada más pudiera influir en ella. Volvió a escuchar la voz, que la envolvió estrechamente.

–¿Qué soy yo sino un conjunto de lecciones de sabiduría reunidas a través de las épocas para ser usadas por los seres mortales? No soy ni bueno ni malo. Soy conocimiento, ordenado y relacionado para cualquiera que busque saber. Tomo lo que se me da de las vidas de aquellos que emplean mis hechizos y no soy más que un reflejo de ellos. Piensa, niña oscura, ¿quiénes han sido los únicos que han podido usarme? ¿A qué propósitos servían? Tú no eres como ellos.

Brin se apoyó contra el altar, sin soltar el libro.

¡No escuches! ¡No escuches!

–Durante un millar de años e incluso más, he estado en poder de tus enemigos. Ahora tú ocupas su lugar, y tienes la posibilidad de utilizarme como nadie lo ha hecho. Tú posees el poder que es mío. Tú posees los secretos que tantos han utilizado erróneamente. Piensa en lo que puedes hacer con ese poder, niña oscura. Todo lo que existe en esta vida y también en la muerte puede ser cambiado por lo que yo soy. La canción unida a la palabra escrita, la magia con la magia. Sería algo prodigioso. Podrías sentir lo prodigioso que sería si lo intentaras.

Pero no era necesario intentarlo. Lo había sentido ya en la magia de la canción. ¡Poder! Había sido dominada por él, y se había recreado en él. Cuando la envolvía, ella se elevaba muy por encima del mundo y de todas las criaturas que lo habitaban, y en su mano estaba reunirlas o dispersarlas, según escogiera. Entonces, ¿qué más podía hacer y sentir apropiándose del poder del libro?

–Todo lo que existe será tuyo. Todo. Sé lo que quieres ser y puedes hacer el mundo tal como sabes que debería ser. Puedes conseguirlo, puedes hacerlo según tus deseos; no como lo desearon los que te precedieron. Tienes la fuerza que a ellos les faltaba. Has nacido de la magia élfica. Utilízame, niña oscura. Encuentra los límites de tu propia magia y de la mía. Únete a mí. Para eso te he esperado y para eso has venido tú. Es lo que nos hemos propuesto desde siempre. Desde siempre.

Brin hizo un gesto negativo. *He venido a destruir esto, he venido a poner fin...* En su interior, todo parecía romperse, hacerse pedazos como el vidrio al caer sobre la piedra. Ráfagas de un calor espantoso la quemaban por dentro, y se sentía como un ser separado del cuerpo que la contenía.

–Tengo un conocimiento que ofrecerte y te lo entregaré. Tengo un discernimiento que sobrepasa cualquier cosa incluso soñada por las criaturas mortales. Con ellos puedes lograr lo que te propongas. Todo en la vida puede ser cambiado en lo que debe ser, en lo que tú quieras que sea. Destrúyeme, y lo que yo poseo se perderá para siempre. Destrúyeme, y nada de lo que podría pasar sucederá nunca. Conserva lo que es bueno, niña oscura, y hazlo tuyo.

Allanon, Allanon.

Pero la voz interrumpió su grito insonoro.

–Mira, niña oscura. Lo que verdaderamente destruirías se encuentra detrás de ti. Date la vuelta ahora y mira. Date la vuelta y observa.

Se dio la vuelta. Varios caminantes negros encapuchados se destacaron en las sombras, deslizándose como fantasmas, altos, negros y ominosos. Penetraron en la sala redonda y dudaron al ver que Brin tenía en sus manos el libro de magia negra. La voz del *Ildatch* murmuró de nuevo.

–La canción, niña oscura. Utiliza la magia. Destrúyelos. Destrúyelos.

Actuó casi sin pensar. Apretando el *Ildatch* contra sí con gesto protector, invocó el poder de su magia. Llegó al instante, anegándola como las aguas de una inundación. Gritó, y la canción rompió el tétrico silencio de la torre. Atravesó la penumbra de la sala, casi

como una cosa tangible. Envolvió a los caminantes en una explosión de sonido, y éstos dejaron de existir. Ni siquiera quedaron las cenizas de lo que habían sido.

Brin se apoyó de nuevo contra el altar, y la magia de la canción se mezcló con la magia del libro en su interior.

–Siéntelo, niña oscura. Siente el poder que es tuyo. Te llama, y yo formo parte de él. Considera la gran facilidad con que caerán tus enemigos ante ti cuando invoques ese poder. ¿Y aún te preguntas si debe ser así? No pienses más en que puede ser de forma diferente. No pienses más en que tú y yo somos distintos. Tómame y utilízame. Destruye a los espectros y a los seres negros que están contra ti. Hazme tuyo. Dame vida.

Todavía esa parte de ella encerrada en su interior intentaba oponerse a la voz, pero su cuerpo ya no era suyo. Pertenecía a la magia y estaba atrapada en su caparazón.

Emergió de sí misma como un nuevo ser, y la diminuta parte de su identidad que aún velaba la verdad fue abandonada. Se expandió hasta que la sala le pareció pequeña para acogerla a ella. ¡Había tan poco espacio allí! ¡Debía salir en busca del que esperaba fuera!

De sus labios brotó un largo y angustiado grito, y extendió los brazos para sostener sobre su cabeza el libro del *Ildatch.*

–Utilízame. Utilízame.

El poder del mal empezó a adquirir consistencia en su interior.

22

Los escalones del Croagh se sucedían con gran rapidez bajo los pies de Jair mientras corría escaleras arriba detrás de Garet Jax y Slanter, deseando que cada peldaño fuese el último. Los músculos se anudaban y agarrotaban en su cuerpo, y el dolor de la herida le pinchaba, debilitando sus ya menguadas fuerzas. Jadeaba, sentía una fuerte opresión en los pulmones y su rostro bronceado por el sol estaba sudoroso.

Pero sin saber cómo, conseguía mantener el paso. No le quedaba otra alternativa.

Miraba hacia delante con la atención puesta en la escalera y en su baranda, siguiendo el camino de la tosca piedra. Era consciente de los riscos y las murallas que se levantaban abajo, lejanos ahora y alejándose aún más, y de Marca Gris y las montañas del Cuerno Negro Azabache. También era consciente del valle que se extendía a sus pies, cubierto por la niebla y débilmente iluminado por la media luz de un crepúsculo que se acercaba a grandes pasos. Las imágenes se deslizaban con rapidez por los límites laterales de su visión para, a continuación, caer en el olvido, porque en aquel momento carecían de importancia. Nada la tenía, excepto la subida y lo que les esperaba al final.

La Fuente del Paraíso.

Y Brin. La encontraría en las aguas de la fuente. Descubriría lo que había sido de ella, y sabría qué hacer para ayudarla. El Rey del Río Plateado le había prometido que encontraría la manera de conseguir que regresara a sí misma.

Sus pies resbalaron de repente cuando pisó un trozo de piedra desmoronada y cayó hacia delante, arañándose las manos al intentar amortiguar la caída. Volvió a ponerse en pie y continuó el ascenso.

Delante, sus dos compañeros, Garet Jax y Slanter, los últimos del grupo de Culhaven, corrían sin dar muestras de cansancio. El joven del valle se sintió inundado por la amargura y la cólera. Unos puntos de luz danzaban ante sus ojos mientras luchaba por recobrar el ritmo de su respiración. El agotamiento aumentaba sin cesar, pero el viaje estaba a punto de llegar a su final.

La espiral de piedra del Croagh se desvió de improviso a la derecha, y la cara del pico al que ascendían, escarpada y oscura, se elevó junto a ellos hacia el cielo gris. Delante, la escalera ascendía hasta la boca oscura de una caverna que se adentraba en la montaña. Quedaban menos de dos docenas de peldaños.

Garet Jax les ordenó que esperaran, y subió sin hacer ruido los últimos escalones que los separaban de la cima del Croagh y dio unos pasos por ella. Permaneció allí un momento, con su negra figura, enjuta y sombría, enmarcada por el cielo de la tarde. Parecía inhumano e irreal; o al menos, ésa fue la impresión que le causó a Jair.

El Maestro de Armas se dio la vuelta, fijó en él sus ojos grises y les hizo una señal con la mano.

–Corre, muchacho –le dijo Slanter.

Subieron los últimos peldaños del Croagh hasta alcanzar a Garet Jax. La caverna creció ante ellos. Era una cámara monstruosa, hendida por docenas de grietas que dejaban pasar la luz del exterior en rayos estrechos y nebulosos. El resto quedaba en las sombras, y nada se movía en su oscuridad.

–Desde aquí no se puede ver nada –se quejó Slanter, empezando a acercarse.

–Espera, gnomo –le dijo Garet Jax, tirando de él hacia atrás–. Ahí hay algo ahí... algo que espera...

Su voz se apagó. Una calma, profunda y opresiva, se extendió a su alrededor. Incluso el viento que agitaba las nieblas del valle pareció extinguirse de repente. Jair contuvo la

respiración. No cabía duda de que allí había algo que estaba esperando. Podía sentir su presencia.

–Garet... –empezó a decir en voz baja.

–Shhhhh.

En aquel preciso momento, una sombra se separó de las rocas del interior de la caverna, y Jair sintió que se le helaban los huesos. La sombra se deslizó por la penumbra. Era algo que ninguno de ellos había visto antes. No era un gnomo ni un caminante negro, sino una criatura de fuerte complexión y forma casi humana, con un grueso collarín en las ijadas y unas grandes garras ganchudas en los dedos de las manos y los pies. Unos crueles ojos amarillos se fijaron en ellos, y en su repugnante cara se abrió un enorme hocico para mostrar una masa de dientes torcidos.

El ser avanzó hacia la luz y se detuvo. No era negro como los caminantes. Era rojo.

–¿Qué es eso? –preguntó Jair, intentando dominar su creciente repulsión.

El jachyra profirió un grito... un aullido que resonó en el silencio como una carcajada horrible.

–¡Joven del valle, es el sueño! –gritó Garet Jax, con una mirada extraña y salvaje en su duro rostro. Bajó muy despacio la hoja de la espada hasta que tocó la roca, y después se volvió hacia Jair–. Fin del viaje –murmuró.

–Garet, ¿qué...? –empezó a preguntar Jair, haciendo un gesto de incredulidad.

–¡El sueño! La visión de la que te hablé aquella noche de lluvia, cuando nos hablaste por primera vez del Rey del Río Plateado. El sueño que me ayudó a tomar la decisión de acompañarte, joven del valle. ¡Esto es!

–Pero el sueño te mostró algo que ardía... –balbuceó Jair.

–¡Fuego, sí... de esa forma apareció! –le interrumpió Garet Jax. Dejó salir el aire de sus pulmones lentamente–. Hasta este momento había pensado en la posibilidad de haber malinterpretado lo que había visto. Pero en el sueño, cuando me hallaba ante la hoguera y se extinguió la voz que me dijo lo que debía hacer, el fuego gritó como si se tratara de una cosa viva. Y su grito fue casi una carcajada. ¡El mismo grito que ha proferido esa criatura! –Sus ojos grises destellaban–. ¡Joven del valle, ésta es la batalla que se me había prometido!

El jachyra se puso en cuclillas y empezó a deslizarse hacia el exterior de la caverna. Garet Jax levantó la espada en el acto.

–¿Quieres luchar contra ese ser? –preguntó Slanter, sin poder dar crédito a sus palabras.

–Apartaos de mí –respondió Garet Jax, sin ni siquiera dignarse mirarlo.

–¡Nunca había oído algo tan disparatado como esto! –exclamó Slanter, visiblemente asustado–. No sabes nada de esa criatura. Si es venenosa como la que atacó al hombre de la frontera...

–Yo no soy el hombre de la frontera, gnomo –respondió Garet Jax, mirando sin parpadear cómo el jachyra se acercaba–. Yo soy el Maestro de Armas. Y nunca he perdido una batalla.

Los fríos ojos miraron durante un breve instante hacia donde estaban sus compañeros, para enseguida concentrarse otra vez en el jachyra. Jair empezó a acercarse a él, pero Slanter lo agarró por el hombro y lo retuvo.

–No, no lo hagas –le dijo el gnomo–. ¡Desea librar este combate y debes permitírselo! ¡Nunca ha perdido una batalla! Ha perdido la cabeza; eso es lo que ha perdido.

Garet Jax avanzaba con extrema cautela por el reborde hacia donde se había detenido el jachyra.

–Lleva al joven del valle a la caverna y busca la fuente, gnomo. Hazlo cuando la

criatura lance su ataque contra mí. Haz lo que has venido a hacer aquí. Recuerda la promesa.

Jair estaba frenético. Helt, Foraker, Edain Elessedil; todos perdidos por ayudarlo a llegar a la Fuente del Paraíso. Y ahora, ¿también perdería a Garet Jax?

Pero ya era demasiado tarde. El jachyra profirió otro grito salvaje y se abalanzó sobre el Maestro de Armas, convirtiéndose en una ráfaga sobre el reborde de roca. Saltó sobre él con las garras extendidas. Pero la figura negra se apartó con un movimiento elástico, como si no fuese más que la sombra que parecía. La hoja de la espada hirió al atacante... una, dos veces... con tal rapidez que el ojo apenas podía seguirla. El jachyra profirió un aullido de dolor y se alejó, corriendo en círculos para preparar otra embestida.

Garet Jax se dio la vuelta, con una expresión feroz en su enjuto rostro y sus ojos grises brillantes de excitación.

–¡Vete, Jair Ohmsford! –gritó–. ¡Cuando vuelva a iniciar otro ataque, vete!

La ira y la frustración atormentaban al joven del valle mientras Slanter tiraba de él. ¡No quería irse!

–¡Muchacho, estoy cansado de discutir contigo! –gritó Slanter, furioso.

El jachyra atacó de nuevo, y una vez más Garet Jax se libró de la embestida, esgrimiendo su fina espada. Pero fue una fracción de segundo demasiado lento. Las garras del jachyra desgarraron la manga de su túnica y llegaron al brazo. Jair dio un grito, soltándose de Slanter.

Esto le hizo dar media vuelta y lo golpeó. El golpe lo alcanzó justo en la barbilla. Hubo un instante de luz cegadora, y luego todo se quedó a oscuras.

Lo último que lo abandonó fue la sensación de que caía.

Cuando se despertó, Slanter estaba arrodillado a su lado. Lo había incorporado hasta ponerlo en posición sentada y, en aquel momento, lo sacudía con rudeza.

–¡Levántate, muchacho! ¡Ponte de pie!

El tono de su voz era duro e iracundo, y Jair se levantó lo más rápidamente que pudo. Estaban en el interior de la caverna. Slanter debía de haberlo llevado a cuestas hasta allí. La poca luz que había, entraba por las grietas existentes en la roca del techo de la caverna.

–¿Qué es lo que tenías que hacer ahí fuera? –preguntó el gnomo, tirando de él con violencia.

–No podía dejar que... –respondió Jair, todavía un poco aturdido.

–Pensabas salvarlo con tus trucos, ¿verdad? –lo interrumpió el Slanter–. Tú no entiendes nada. ¿Sabes que no entiendes nada? ¡Pues así es! ¿A qué crees que hemos venido? ¿A jugar? –prosiguió Slanter, con el rostro lívido–. Hay decisiones que se han tomado hace tiempo sobre la forma de vivir y de morir, muchacho, y tú no puedes cambiarlas. ¡No tienes ningún derecho a hacerlo! ¡Todos los demás, todos, han muerto porque estaba decidido que así es como tenía que suceder! ¡Y ellos lo aceptaron! ¿Sabes por qué?

–Yo... –empezó a responder el joven del valle, haciendo un gesto negativo.

–¡Por tu causa! Murieron porque creían en lo que has venido a hacer aquí. ¡Todos ellos! Incluso yo tendría que... –El gnomo se contuvo y respiró profundamente–. Habrías hecho una buena acción si hubieses corrido en su ayuda y, como consecuencia de ello, hubieras resultado muerto, ¿verdad? ¡Qué gran lógica hubiera tenido esa acción!

»Ya he perdido bastante tiempo enseñándote cosas que deberías saber –prosiguió el gnomo obligando a Jair a volverse y a entrar en la caverna–. ¡Un tiempo que no tenemos! Yo soy todo lo que te queda, y no te seré de mucha ayuda si los caminantes negros nos encuentran ahora. ¡Los otros eran los protectores reales, que cuidaban de mí tanto como de ti!

–¿Qué le ha sucedido a Garet, Slanter? –le preguntó el joven del valle, aflojando el paso y volviéndose a medias.

–Está librando la batalla que le fue prometida, como siempre ha deseado –respondió el gnomo, encogiéndose de hombros. Después empujó de nuevo a Jair y le hizo avanzar–. Encuentra tu Fuente sin demora, muchacho. Encuéntrala y haz lo que has venido a hacer. ¡Haz que toda esta locura sirva para algo!

Jair corrió a su lado, sin hacer más preguntas, con el rostro enrojecido porque entonces le asaltó un sentimiento de culpabilidad. Comprendía la ira del gnomo. Tenía muchísima razón. Había actuado sin pensar, sin ninguna consideración a lo que los otros habían entregado por él. Sus intenciones habían sido buenas, pero su criterio completamente equivocado.

Las sombras se difuminaban ante ellos, sustituidas por una nebulosa y grisácea luz solar que se filtraba por una grieta enorme abierta en la roca de la montaña. En el suelo de la caverna, escondida en la penumbra, un agua negra y pestilente brotaba de la piedra sobre un gran estanque, bombeada de forma incomprensible a través de miles de metros de roca desde las profundidades de la tierra. Convergiendo y girando, fluía en chorro por una abertura situada en un extremo del estanque hacia un canal que atravesaba la pared de la montaña para precipitarse en los cañones de abajo, donde iniciaba su largo viaje hacia el oeste para convertirse en el Río Plateado.

El gnomo y el joven del valle aflojaron el paso como medida precautoria, aguzando la mirada a través de la penumbra y las salpicaduras del agua para intentar ver lo que se escondía en los profundos nichos y en los rincones de los muros de la caverna. Nada se movía. Sólo la corriente de las aguas oscuras evidenciaba vida, un terrible torrente de veneno que desprendía vapor y hervía al brotar del manantial. En la atmósfera, el hedor del Maelmord colgaba como un sudario.

Jair siguió adelante, con los ojos fijos en la gran charca en que se había convertido la Fuente del Paraíso. ¡Qué contradictorio le parecía ese nombre mientras miraba las aguas corrompidas! *Se acabó el Río Plateado,* pensó con desaliento, y se preguntó cómo la magia del anciano podría conseguir que volviera a ser lo que había sido. Palpó la parte delantera de su túnica y sus dedos encontraron el pequeño bulto de la bolsa del polvo de plata que había llevado con él en su largo viaje hacia el este. La cogió, desató los cordones y miró en su interior. El polvo estaba allí, con la misma apariencia de arena.

¿Y si sólo fuera arena...?

–¡No pierdas más tiempo! –lo apremió Slanter.

Jair se acercó al borde del estanque, consciente del lodo que se mezclaba con las oscuras aguas de la Fuente y de su fétida emanación. ¡No podía ser sólo arena! Tragó saliva para sobreponerse al temor que se había apoderado de él, y recordó a Brin...

–¡Vacíalo de una vez! –gritó Slanter.

Jair levantó las manos, y las sacudió para sacar el polvo de plata de la bolsa, dispersándolo en un amplio abanico por la superficie del lago. Los diminutos granos salieron de la oscuridad de su encierro y parecieron brillar y destellar en la luz de la caverna. Tocaron las aguas y le dieron vida. Una cortina de fuego plateado brotó de la Fuente oscura. Jair y Slanter retrocedieron, cegados por el resplandor, protegiéndose los ojos con las manos.

–¡La magia! –gritó Jair.

Entre silbidos e hirviendo, las aguas de la Fuente del Paraíso explotaron hacia arriba, cayendo después en forma de lluvia por toda la superficie de la caverna, mojando a los dos humanos que se pegaban a sus muros. Entonces se formó una corriente de aire limpio, nacida de la lluvia. El gnomo y el joven del valle contemplaban el fenómeno con admiración e incredulidad. Ante ellos, las aguas de la Fuente del Paraíso fluían claras y

frescas de la roca de la montaña. El hedor y el color negro y venenoso habían desaparecido. El Río Plateado volvía a estar limpio.

Inmediatamente después, Jair cogió el cristal de la visión que llevaba colgado al cuello con la cadena de plata. Ahora ya no tenía ninguna duda. Volvió a acercarse al estanque y subió a un pequeño afloramiento de roca que lo dominaba. Oyó de nuevo en su mente al Rey del Río Plateado diciéndole lo que debía hacer si quería salvar a Brin.

Sus manos se apretaron contra el cristal, y miró hacia las aguas del estanque. En aquel momento desaparecieron todo el cansancio y el dolor.

Arrojó a las aguas el cristal y la cadena, produciéndose un resplandor de luz cegadora, un resplandor más intenso que el nacido del polvo de plata, y toda la caverna pareció explotar en un fuego blanco. Jair cayó de rodillas, asustado, oyendo el ronco grito de Slanter detrás de él, y pensó que algo había salido mal. Pero entonces la luz se disolvió en la superficie del estanque, y las aguas quedaron tan lisas y claras como el cristal.

¡La respuesta; dame la respuesta!

Una imagen empezó a proyectarse lentamente sobre la superficie espejada, primero casi transparente, para después ir tomando forma. Apareció la habitación de una torre, cavernosa y llena de una luz mortecina y cenicienta. La opresión que allí había casi se podía palpar. Jair controló los sentimientos de atracción que le provocaba mientras la veía ensancharse.

En ese preciso instante apareció el rostro de su hermana...

Brin Ohmsford sintió que unos ojos la miraban, que veían todo lo que era y lo que podría llegar a ser, contemplándola de cerca. Aunque estaba envuelta en capas de magia mientras el poder del *Ildatch* se fortalecía en ella, sintió los ojos y entonces los suyos se abrieron.

¡Aléjate de mí!, gritó. *¡Yo soy la niña oscura!*

Pero esa diminuta parte de sí misma que la magia no había conseguido subvertir, conocía los ojos que la miraban y buscaba su ayuda. Los pensamientos que habían sido reducidos a prisión rompieron sus cadenas y huyeron como ovejas acosadas por los lobos, gritando y luchando por alcanzar un refugio. Ella los vio, y el descubrimiento la llenó de furia. Se lanzó tras los pensamientos dispersos que huían y los aplastó, uno tras otro. La infancia, el hogar, los padres, los amigos, las diferentes piezas de lo que había sido antes de encontrar lo que podía ser. Los destruyó todos.

Su voz encontró alivio en un gemido de angustia, e incluso los antiguos muros de la oscura torre se estremecieron ante la fuerza de su lamento. ¿Qué había hecho? Ahora sentía un profundo dolor en su interior, producido por el daño que había causado. Tuvo un breve instante de clarividencia, y oyó el eco de la profecía del Oráculo Siniestro. ¡Era su propia muerte lo que había ido a buscar al Maelmord, y lo que había encontrado! Pero no era la muerte que ella había imaginado. ¡Era la muerte de su identidad por su sometimiento a la magia! ¡Se estaba destruyendo a sí misma!

Sin embargo, a pesar del horror que le produjo aquel descubrimiento, no pudo soltar el *Ildatch.* Estaba atrapada por la sensación del poder de la magia, que crecía y se expandía como las aguas que se desbordan. Sostenía el libro ante sí con un agarre de muerte, escuchando su voz impersonal que le susurraba palabras de ánimo y promesas. Su dolor cayó en el olvido. Los ojos fueron barridos. Sólo quedó la voz. Escuchaba sus palabras, sin poder evitarlo, y el mundo empezó a abrirse ante ella...

En el estanque de la Fuente del Paraíso, Jair retrocedió tambaleándose ante la visión de su hermana. ¿Era ella en realidad? Estaba horrorizado, pero se obligó a mirar de nuevo lo que las aguas le mostraban. Sin duda era ella, pero transformada en un ser apenas

reconocible; era una perversión del ser humano que hasta entonces había sido. Se había perdido a sí misma, como el Rey del Río Plateado había profetizado.

¡Y Allanon! ¿Dónde estaba Allanon? ¿Dónde estaba Rone? ¿Habían fallado, como también había fallado él por llegar demasiado tarde a la Fuente del Paraíso?

Jair Ohmsford no pudo contener su angustia, y las lágrimas resbalaron por su rostro. Había sucedido lo que había predicho el anciano; exactamente lo mismo. Entonces se sintió inundado por una terrible desesperación. Él era todo lo que quedaba. Allanon, Brin, Rone... todos habían desaparecido.

–Muchacho, ¿qué estás haciendo? –le preguntó Slanter–. Apártate de ahí y utiliza lo que el sentido...

Jair cerró sus oídos y su mente a las restantes palabras del gnomo, y fijó de nuevo los ojos en las imágenes reflejadas en las aguas del estanque. Era Brin, que había descendido al Maelmord atraída por el libro del *Ildatch,* subvertida de alguna manera por la magia que había ido a destruir.

Debía ir a buscarla. Aunque fuera demasiado tarde, debía intentar ayudarla.

Recordó la promesa que le había hecho el Rey del Río Plateado al despedirse: *Sólo una vez la magia de tu canción se empleará no para crear ilusión sino realidad.*

Dejó de lado la confusión, el horror, el miedo y la desesperación, y empezó a cantar. La música de su cantar se elevó en el silencio de la caverna, llenándolo, ahogando los gritos de protesta que brotaban de los labios de Slanter. El dolor y el cansancio desaparecieron cuando gritó lo que deseaba. La brillante luz blanca de las aguas del estanque volvió a difundirse en el aire que cubría la Fuente del Paraíso, y de nuevo éstas se elevaron formando un surtidor.

Slanter se apartó, cegado y ensordecido. Cuando abrió los ojos, Jair Ohmsford se había disuelto en la luz.

23

Durante un breve instante, Jair pareció salir de sí mismo. Estaba en la luz y, sin embargo, había salido de ella. Atravesó la piedra y el espacio como un fantasma incorpóreo, y toda la tierra giró a su alrededor a gran velocidad. Breves imágenes aparecieron en esa masa giratoria. Allí estaba Slanter, reflejando en su tosco rostro amarillo sorpresa e incredulidad y con los ojos puestos en el estanque desierto. Garet Jax continuaba enzarzado en su lucha a muerte contra el monstruo rojo, con su rostro enjuto animado por una feroz determinación y su oscura figura ensangrentada y desgarrada. Los cazadores gnomos corrían en una enloquecida confusión por las salas de Marca Gris en busca de los intrusos que habían conseguido huir. Helt estaba caído ante la puerta levadiza con el cuerpo atravesado por numerosas espadas y lanzas. Elb Foraker y el príncipe elfo se encontraban rodeados...

¡Basta!

Pronunció esta palabra con un grito, arrancándola como si estuviera enraizada en la música de su canción, y las imágenes desaparecieron. Descendió verticalmente. ¡Tenía que llegar a donde estaba Brin!

Debajo, la maraña del Maelmord se elevaba hacia él. Podía ver su oscura masa subiendo y bajando como una cosa viva, y también podía escuchar el sonido de su respiración: un silbido desagradable. Las paredes de la montaña se deslizaban en sentido contrario al de su caída, y observó que la jungla estiraba sus brazos para recogerlo. Entonces se sintió invadido por el pánico. En ese momento llegó al Maelmord, y sus fauces abiertas se cerraron sobre él. El hedor y la niebla lo envolvieron, y todo lo demás desapareció.

Jair recuperó lentamente la conciencia. La oscuridad interceptaba su visión como un sudario extendido, y la cabeza le daba vueltas. Parpadeó, y la luz regresó. Ya no estaba cayendo a través del vórtice de la canción ni hundiéndose en la enmarañada oscuridad del Maelmord. Su viaje había concluido. Los muros de piedra de la torre lo rodeaban, viejos y ruinosos. Estaba de pie en el lugar que le habían mostrado las aguas del estanque de la Fuente del Paraíso.

–¡Brin! –murmuró con voz ronca.

Una figura que estaba situada entre las sombras y la media luz grisácea, se volvió. Sus manos agarraban con fuerza un libro enorme con bordes metálicos.

Brin era una distorsión de la mujer que había sido. Sus facciones estaban desfiguradas hasta ser casi irreconocibles. La exquisitez de su belleza y la vivacidad de su cuerpo se habían endurecido, confiriéndole la apariencia de una estatua de piedra. Era espantoso. Había perdido el color, y estaba esquelética y encorvada. ¿Qué le habían hecho?

–¡Brin! –la llamó de nuevo, pero la voz le falló.

Envuelta en el aterrador poder de la magia del *Ildatch,* que por todos los medios intentaba mezclarse con el suyo propio, apenas era consciente de la solitaria silueta que estaba en el otro extremo de la sala. La llamó con voz suave y cariñosa. Ella rechazó la llamada durante un breve instante. Después, ésta consiguió abrirse paso a través de las capas de magia que la cubrían, llegó a la razón que se había replegado en los pliegues más profundos de su interior, y la memoria regresó. *¡Jair! ¡Ah, infiernos, es Jair!*

Pero la magia negra se fortaleció, y volvió a cautivarla una vez más. El poder bulló en su interior, llevándose todo reconocimiento de la persona que tenía delante, reduciéndola a la criatura en que se había convertido. La duda y la suspicacia se

entretejieron en su mente, y la voz impersonal del *Ildatch* murmuró como advertencia.

–Él es maligno, niña oscura. Un engaño creado por los espectros corrosivos. Aléjalo de ti. Destrúyelo.

No, es Jair... ha venido... Jair...

–Robará nuestro poder. Nos matará.

No, Jair... ha venido...

–Destrúyelo, niña oscura. Destrúyelo.

La joven del valle parecía incapaz de imponerse. Su resistencia se derrumbó, y su voz se elevó en un gemido aterrador. Pero Jair, que había captado el destello de odio en los ojos de su hermana, empezó a actuar. Cantó, y su propia magia le sirvió de escudo protector mientras se deslizaba fuera de sí mismo y dejaba sólo su imagen. Sin embargo, a pesar de su rapidez, apenas dispuso del tiempo necesario para escapar. La explosión de sonido que brotó de la garganta de Brin desintegró al instante la imagen y el muro que había detrás, y su onda expansiva lo alcanzó, derribándolo sobre el suelo de piedra como si fuera un saco vacío. El polvo y los trozos pequeños de piedras remolinearon en la media luz, y la vieja torre se estremeció por la fuerza del ataque.

Jair consiguió ponerse de rodillas con gran esfuerzo, ocultándose en la pantalla de polvo suspendido en el aire. Durante un breve instante, no supo si había utilizado sabiamente la tercera magia. Estuvo seguro de ello cuando vio a Brin por primera vez en las aguas de la Fuente del Paraíso y supo que debía ir hasta donde ella estaba utilizando su canción. Ahora, ¿qué debía hacer? Como había dicho el Rey del Río Plateado, se había perdido a sí misma. Se había convertido en algo irreconocible, subvertida por la magia negra del *Ildatch.* Pero era más que eso, porque no sólo había cambiado ella, sino también la magia de su canción. Se había convertido en un ser poseedor de un inmenso poder, un arma que utilizaría contra él, sin saber quién era, sin recordarlo en absoluto. ¿Cómo podía ayudarle cuando su propósito era destruirlo?

Sólo disponía de un momento para resolver el dilema. Se puso de pie. Allanon quizás habría tenido la fuerza suficiente para enfrentarse a tal poder. Rone habría actuado con la suficiente rapidez para eludirlo. El pequeño grupo de Culhaven habría contado con el número suficiente de individuos para dominarlo. Pero todos habían desaparecido. Todos los que hubiera podido ayudarle ya no existían. Cualquier cosa que necesitase debía encontrarla en sí mismo.

Se deslizó con rapidez a través de la pantalla de humo y polvo. Sabía que, para hacer algo por Brin, primero debía encontrar la manera de separarla del *Ildatch.*

El aire se despejó ante él, y vio la sombría figura de su hermana a una docena de metros. Empezó a cantar, y un sonido agudo y vigoroso llenó el silencio, llevando en su música un susurro de súplica. *Brin,* decía, *el libro pesa demasiado, es excesivo para ti. Suéltalo, Brin. ¡Déjalo caer!*

Durante un segundo, Brin bajó las manos e inclinó la cabeza, dudando. Pareció que la ilusión iba a conseguir su propósito y que ella soltaría el *Ildatch.* Entonces, una ráfaga de furia cruzó su demacrado rostro, y el grito de su canción rompió el aire en fragmentos de sonido, imponiéndose a la súplica de Jair.

El joven del valle retrocedió, tambaleándose. Pero volvió a intentarlo, esta vez con una ilusión de fuego, y un silbido que esparció llamas sobre los cierres del viejo libro. Brin lanzó un grito de animal, pero abrazó el libro como si quisiera apagar el fuego con su propio cuerpo. Volvió la cabeza, y sus ojos desprendieron destellos de odio. Lo estaba buscando. Quería encontrarlo y utilizar la magia contra él para destruirlo.

Su canción cambió de nuevo, esta vez creando una ilusión de humo que se elevaba en nubes, llenando la cámara. Pero sólo consiguió engañarla durante un breve instante. Retrocedió hasta la pared y la bordeó, intentando llegar a ella desde otra dirección. Cantó

de nuevo, enviándole un susurro de oscuridad, profunda e impenetrable. Debía actuar con más rapidez. Debía desorientarla.

Corrió por las sombras de la torre como un fantasma, sorprendiendo a Brin con todos los trucos que sabía; con calor y frío, con oscuridad y luz, con dolor y con ira. Ella le atacó dos veces ciegamente con su magia, un estallido de poder abrasador que lo derribó y le hizo temblar. Parecía confundida y, en cierto modo, insegura; como si fuese incapaz de decidir si debía utilizar o no todo el poder que había reunido. Pero aun así, mantenía el *Ildatch* fuertemente apretado contra sí, susurrándole palabras sin sonidos, agarrándolo como si fuera su fuente de vida. Nada de lo que Jair intentase, conseguiría hacerle soltar el libro.

Esto no es un juego, pensó, recordando la dura reprimenda de Slanter.

El cansancio empezaba a hacer presa en él. Debilitado por la batalla que habían tenido que librar para conseguir llegar hasta la Fuente del Paraíso, por su herida y por el esfuerzo del uso prolongado de la canción, se estaba quedando exhausto. No tenía el poder de la magia negra para que lo sostuviera como a Brin; sólo tenía su voluntad y temía que no fuera suficiente. Se deslizaba adelante y atrás a través de la penumbra y de las sombras, buscando la manera de atravesar las defensas de su hermana. Respiraba con dificultad y de forma irregular. Las fuerzas lo estaban abandonando.

Desesperado, utilizó la canción de la misma forma que lo había hecho en Culhaven ante el Consejo de Ancianos de los enanos para crear la imagen de Allanon. Hizo aparecer al druida en la neblina que cubría la cámara, oscuro e imponente, con un brazo extendido. *¡Suelta el libro del Ildatch, Brin Ohmsford!* dijo con voz profunda. *¡Déjalo caer!*

La joven del valle retrocedió hasta chocar con el altar, con una mirada de reconocimiento en su rostro. Sus labios se movieron, hablando con frenesí al *Ildatch,* como si tratara de avisarlo. Entonces, la mirada de reconocimiento desapareció. Levantó el libro muy por encima de su cabeza y su canto sonó como un aullido de ira. La imagen de Allanon cayó hecha añicos.

Jair volvió a alejarse, cubierto por un susurro de invisibilidad. Empezaba a perder las esperanzas. ¿Nada podía ayudar a Brin? ¿Nada conseguiría hacerla regresar? ¿Qué podía hacer? Con gran esfuerzo, intentó recordar las palabras que le había dicho el anciano: *Arroja después el cristal de la visión, y te será mostrada la respuesta.* Pero ¿qué respuesta se le había mostrado? Había intentado todo lo que se le había ocurrido. Había utilizado la canción para crear todas las ilusiones que sabía crear. ¿Qué quedaba?

¡Ilusión!

¡Ilusión no, realidad!

Y de repente tuvo la respuesta.

El fuego rojo explotó alrededor de Rone, desviado por la hoja de su espada cuando se enfrentó al aterrador asalto de los espectros corrosivos. Éstos se agazapaban en la escalera de piedra del Croagh, formando una línea de figuras negras que serpenteaba hacia abajo desde los riscos y la fortaleza, ocultos entre el humo y la niebla contra el fondo gris del cielo de la tarde agonizante. Media docena de brazos se levantaron y las llamas martillearon contra el joven de las tierras altas, haciendo que se tambaleara. Kimber se ocultaba tras él, protegiendo sus ojos y su rostro del calor y la roca desprendida. Murmullo profería aullidos de odio desde la sombra de la escalera, lanzándose contra las figuras negras cuando intentaban pasar.

–¡Cogline! –gritó Rone, desesperado.

El fuego y el humo lo estaban cercando mientras buscaba al anciano.

Los espectros corrosivos se acercaban lentamente. Eran muchos. El poder de la magia negra era demasiado grande. No podía enfrentarse a todos.

–¡Cogline! ¿Dónde se ha metido?

Una figura cubierta con una capucha se abalanzó sobre él desde las sombras, arrojando fuego por ambas manos. Rone giró la hoja, atrapando el arco de la llama y desviándolo. Pero el caminante estaba casi encima, y el sonido de su voz era como un silbido que se imponía al ruido de la explosión. Entonces Murmullo saltó de su refugio, cayó sobre el ser negro y lo empujó ante él. El gigantesco gato del páramo y el espectro corrosivo se revolcaron entre las llamas y el humo, y desaparecieron de la vista.

–¡Cogline! –volvió a gritar Rone.

El anciano, encorvado, salió arrastrando los pies de entre el humo, con su blanca cabellera flotando.

–¡Resiste, joven forastero! ¡Yo seré quien se encargue de mostrar a esos seres negros cuál es el fuego que quema de verdad!

Profiriendo gritos como si se hubiera vuelto loco, arrojó un puñado de cristales contra los espectros corrosivos. Brillaban como trozos de obsidiana al caer entre las figuras oscuras y atraparlas en los rayos de fuego rojo. Explotaron al instante, y unas llamas blancas se elevaron hacia el cielo, produciendo una luz cegadora. El estruendo hizo que la ladera de la montaña se estremeciera, y tramos enteros del Croagh volaron en pedazos, llevándose con ellos a las tétricas figuras de los espectros.

–¡Quemaos, seres negros! –gritó Cogline con alegría.

Pero a los caminantes negros no se los eliminaba con tanta facilidad. Regresaron como sombras entre el polvo y la humareda, con el fuego rojo brotando de sus dedos. Cogline dio un grito cuando fue alcanzado por un rayo, y después desapareció. Las llamas rodearon a Rone y a la muchacha, y los caminantes negros se dirigieron hacia ellos en avalancha. Lanzando el grito de batalla de sus antepasados, el joven de las tierras altas blandió la hoja de ébano. Dos quedaron destrozados al instante, convertidos en ceniza, pero los otros prosiguieron su avance. Unos dedos como garras se cerraron alrededor de la espada y le empujaron hacia atrás.

Después, todos cayeron sobre él.

Cansada por los efectos que el flujo de la magia había ejercido en su cuerpo y confundida por las emociones contradictorias que la atormentaban, Brin se quedó ante el altar que alojaba el *Ildatch,* abrazando el libro con fuerza. La luz disminuía en la habitación de la torre, y el aire estaba lleno de polvo y partículas de piedra. El ser todavía estaba allí, el ser que tanto la atormentaba, el ser que se escondía bajo la forma de su hermano Jair. Aunque había intentado encontrarla y destruirla por todos los medios, no lo había conseguido. Las magias que habitaban en ella, por alguna razón, no se complementaban, como si no quisieran mezclarse. Eran una sola cosa, lo sabía; el libro y ella. Estaban unidos. La voz todavía le decía que era así... le hablaba del poder que les pertenecía a ambos. Entonces, ¿por qué le resultaba tan difícil aplicar ese poder?

–Tú opones resistencia, niña oscura. Tú continúas resistiéndote a él. Entrégate por completo.

En aquel momento el aire explotó, la magia de aquel a quien perseguía estalló a través del polvo y la media luz, y docenas de imágenes de su hermano llenaron la cámara. Las imágenes la rodearon deslizándose entre la neblina hacia el estrado, pronunciando su nombre. Ella retrocedió, aturdida. *¡Jair! ¿De verdad estás aquí? ¿Jair...?*

–Son malignas, niña oscura. Destrúyelas. Destrúyelas.

Obedeciendo a la voz del *Ildatch,* aunque alguna pequeña parte en lo más profundo de su ser reconocía que era un error, atacó ferozmente con su magia, y el sonido de la canción llenó la cavernosa estancia. Una por una, las imágenes se desintegraron ante sus ojos, y fue como si asesinara a Jair una y otra vez. Pero las imágenes seguían acercándose.

Las que quedaban sustituían a las otras, ocupando su lugar, acercándose, tocándola...

Entonces dio un grito. Había unos brazos que la rodeaban, brazos de carne y hueso, calientes y vivos, y Jair estaba ante ella, estrechándola. Era un ser real, no un ser imaginario; era un ser vivo, y habló con ella a través de la canción. Las imágenes llenaron su mente, imágenes de quienes habían sido y de quienes eran, de la infancia y del tiempo posterior, de todo lo que habían sido sus vidas y de todo lo que eran. Valle Umbroso estaba allí, las casas de la comunidad en que habían crecido, las viviendas de madera junto a las de piedra, y la gente reunida al concluir el día para disfrutar de la cena y de los pequeños placeres que proporcionaban la reunión de familias y amigos. La posada estaba llena de risas y conversaciones, iluminada por las velas y las lámparas de aceite. Vio su hogar, sus paseos y los setos que los bordeaban y dan sombra, los viejos árboles con las hojas teñidas con los colores del otoño, resaltados por los últimos rayos del sol vespertino. El rostro de su padre sonreía satisfecho, mientras la mano morena de su madre acariciaba su mejilla. Rone Leah estaba allí, y sus amigos, y... Retornaron uno por uno los soportes que le habían sido arrancados y destruidos despiadadamente. Las imágenes corrían por su interior, claras, dulces y purificadoras, llenas de amor y seguridad. Bañada en lágrimas, Brin se desplomó en los brazos de su hermano.

–¡Destrúyelo! ¡Destrúyelo! Tú eres la hija de la oscuridad –le gritó con voz airada el *Ildatch.*

Pero no lo destruyó. Perdida en la marea de imágenes que penetraban en ella y sumergida en un manantial de recuerdos que creía perdidos para siempre, sintió que volvía a recuperar a la persona que había sido. Esa parte de ella que había estado escondida emergió a la luz. Los lazos de las magias que la habían atado empezaron a aflojarse, deshaciéndose por fin y dejándola libre.

–¡No! ¡No debes soltarme! Debes abrazarme. Tú eres la niña oscura –insistía el *Ildatch* con frenesí.

¡Ah, pero no lo era! Ahora lo sentía, lo sentía a través de la trama de mentiras que le habían obligado a aceptar. ¡Ella *no* era la niña oscura!

La cara de Jair se destacó como si saliese de una profunda niebla. Sus facciones se diluyeron y luego adquirieron unos rasgos definidos.

–Te quiero mucho, Brin. Te quiero mucho –le dijo.

–Yo también te quiero, Jair –le respondió.

–Cumple la misión que te encomendaron, Brin... lo que Allanon dijo que debías hacer. Hazlo ya.

Por última vez levantó el *Ildatch* por encima de su cabeza. Ella no era la niña oscura ni la esclava que el libro quería que fuera. Le había dicho que sería la dueña de su poder, pero mentía. Ningún ser vivo podía llegar a ser dominador de la magia negra, sólo su esclavo. Era imposible la unión de la carne y la sangre con la magia, por bien intencionada que fuera. Al final, cualquier uso que se hiciera de ella, acabaría destruyendo al usuario. Ahora lo veía con toda claridad y sintió un repentino pánico del libro. Estaba vivo y podía sentir. La habría subvertido, la habría despojado de la vida, como ya había hecho con otros, para convertirla en algo oscuro y retorcido como los caminantes negros, los portadores de la calavera o el mismo Señor de los Hechiceros. La habría enviado contra las Cuatro Tierras y todos los que vivían en ellas, para atraer de nuevo a la oscuridad...

Con un movimiento rápido, arrojó el libro lo más lejos que pudo. Al caer, golpeó el suelo de piedra de la torre con una fuerza sorprendente. Los cierres se rompieron, separándose. Las páginas se soltaron y se dispersaron.

Entonces Brin Ohmsford utilizó la canción. Sonó dura y rápida cuando atrapó los restos del libro con su poder y convirtió al *Ildatch* en polvo impotente.

Al borde del Croagh, en los riscos que se levantaban debajo de Marca Gris, Rone sintió que las garras de los espectros corrosivos soltaban su presa como aguijoneados por un fuego que no podían dominar. Las figuras cubiertas con capuchas retrocedieron, retorciéndose y contorsionándose contra la luz del cielo que se diluía lentamente. Sus voces sonaron como una sola en el súbito silencio, convirtiéndose en un alarido angustioso y terrorífico. A todo lo largo de la parte del Croagh que descendía hasta el saliente, los espectros se convulsionaban como marionetas.

–¡Rone! –gritó Kimber, apartándolo del lugar donde el primer fantasma negro se tambaleaba ciegamente.

Las llamas salieron de los dedos de los espectros y explotaron en sus caras cubiertas con capuchas. Luego, uno tras otro, fueron desintegrándose, deshaciéndose como muñecos de barro, cayendo y deslizándose por la piedra del saliente. En unos segundos, todos ellos habían dejado de existir.

–Rone, ¿que ha sucedido? –preguntó la muchacha con voz ronca, sin dar crédito a sus ojos.

Las manos del joven de las tierras altas todavía agarraban la empuñadura de la Espada de Leah cuando se levantó del suelo. El humo, el polvo y las cenizas flotaban en el aire de la ladera de la montaña, en perezosos remolinos. La maltrecha figura de Murmullo apareció como un fantasma.

–Brin –dijo Rone en voz baja, respondiendo a la pregunta de Kimber y haciendo un gesto de incredulidad–. Es obra de Brin.

Y entonces sintió el primer temblor de tierra que ascendió por la ladera de la montaña desde el Maelmord.

Agotada, Brin Ohmsford miraba con consternación la piedra ennegrecida del suelo de la torre donde los restos del *Ildatch* habían quedado reducidos a polvo.

–Aquí está tu niña oscura –dijo con amargura mientras las lágrimas resbalaban por su cara.

Un profundo temblor sacudió la torre, extendiéndose desde la tierra hasta los viejos muros. La piedra y la madera empezaron a crujir y resquebrajarse, desmoronándose a causa de las vibraciones que soportaban. La cabeza de Brin se levantó bruscamente, y sus ojos parpadearon para protegerse de la lluvia de polvo que cayó sobre su rostro.

–Jair... –lo llamó.

Pero su hermano se estaba alejando de ella. Su cuerpo, que tan sólido le había parecido, estaba disolviéndose en el aire impregnado por la niebla como una aparición. Una mirada de incredulidad se reflejaba en el rostro del joven del valle, y daba la impresión de que estaba intentando decirle algo. La silueta de su figura permaneció unos segundos más en la penumbra de la torre, y luego desapareció.

Impresionada, Brin no podía apartar la vista. Empezaron a caer a su alrededor grandes trozos de piedra de la torre, y se dio cuenta de que no podía permanecer allí más tiempo. La magia negra del *Ildatch* había llegado a su fin, y todo lo que había creado estaba muriendo.

–¡Pero yo voy a vivir! –exclamó, con férrea determinación.

Ciñéndose la capa, salió corriendo de la cámara vacía.

24

La luz plateada brilló sobre las aguas del estanque de la Fuente del Paraíso, y Slanter, asustado, volvió a retroceder con paso inseguro. Entonces se produjo una explosión de brillantez asombrosa, un brillo tan intenso y cegador como el del sol naciente extendiéndose en la noche que empezaba a convertirse en madrugada. Lanzó destellos a través de las sombras oscuras de la caverna, se fragmentó en partículas de fuego blanco y desapareció.

Slanter, sobresaltado, miró de nuevo al estanque de piedra. De pie sobre el saliente estaba Jair Ohmsford, maltrecho y visiblemente cansado.

–¡Muchacho! –exclamó el gnomo, con una mezcla de preocupación y alivio en su voz, mientras corría hacia el joven del valle.

Jair se desplomó hacia delante, agotado, y Slanter lo agarró por la cintura para evitar que se diera de bruces con el suelo.

–No he podido sacarla de allí, Slanter –le dijo el joven del valle con voz apenas audible–. Lo he intentado por todos los medios, pero mi magia no tenía la suficiente fuerza. No tuve más remedio que dejarla.

–Cállate, cállate. Tómate un momento para recobrar la respiración –dijo Slanter–. Siéntate aquí, junto al estanque.

Lo ayudó a sentarse, apoyando su espalda contra el muro de piedra, y después se arrodilló a su lado.

–Bajé al Maelmord, Slanter, o al menos una parte de mí lo hizo –prosiguió el joven del valle, levantando los ojos–. Utilicé la tercera magia, la que me dio el Rey del Río Plateado para que ayudara a Brin. Me introdujo en la luz y luego me sacó de mí mismo, como si hubiese dos en mí. Bajé al pozo donde el cristal de la visión me había mostrado a Brin. Estaba allí, en una torre, y tenía el *Ildatch* en sus manos.

»Pero ella había cambiado, Slanter. Se había convertido en algo... terrible...

–Tranquilízate, muchacho. Relájate –insistió el gnomo, sin apartar sus ojos de los del joven del valle–. ¿Encontraste una forma de ayudarle?

–Estaba cambiada, pero yo me sentía seguro de que si conseguía alcanzarla, si conseguía tocarla y ella, a su vez, podía tocarme, todo se arreglaría –respondió Jair, haciendo un gesto de asentimiento y tragando saliva–. Utilicé la canción de los deseos para mostrarle quién era ella, lo que significaba para mí... ¡Para decirle que la quiero! –prosiguió, el joven del valle, haciendo verdaderos esfuerzos para contener las lágrimas–, Y ella destruyó el *Ildatch.* ¡Lo convirtió en polvo! Pero cuando lo hizo, la torre empezó a temblar, y algo le sucedió a la magia. No pude quedarme con ella. No pude traerla conmigo. Lo intenté, pero ocurrió todo tan deprisa. ¡Ni siquiera tuve tiempo de explicarle lo que estaba pasando! Ella... desapareció, y yo me encontré aquí de nuevo...

Jair bajó la cabeza hasta apoyarla en las rodillas, entre sollozos. Slanter lo cogió por los hombros, con sus manos rudas y nudosas, y lo sacudió.

–Has hecho por ella todo lo que has podido, muchacho. Has hecho todo lo que estaba en tus manos. No puedes sentirte culpable por no haber sido capaz de hacer más. ¡Demonios, no sé cómo puedes estar aún con vida! –exclamó el gnomo, haciendo un gesto de incredulidad–. ¡Te creí perdido en la magia! ¡No esperaba volver a verte! Tienes más valor que yo, muchacho. ¡Muchísimo más! –concluyó Slanter, abrazándolo impulsivamente.

Entonces se apartó, avergonzado de su comportamiento, diciendo entre dientes que nadie sabía lo que hacía en medio de toda aquella confusión. Iba a decir algo más, pero

entonces empezaron los temblores. Una serie de retumbos profundos y fuertes que sacudieron la montaña hasta su centro.

–¿Qué pasa ahora? –preguntó el gnomo, mirando por encima de su hombro hacia las sombras que ocultaban el pasadizo que les había conducido hasta allí.

–Es el Maelmord –respondió Jair sin la menor vacilación, poniéndose de pie apresuradamente. La herida de su hombro latió y le produjo un dolor agudo cuando intentó enderezarse, y se apoyó en el gnomo–. Slanter, debemos volver a buscar a Brin. Está sola ahí abajo. Tenemos que ayudarle.

–Claro, muchacho –respondió el gnomo, intentado esbozar una sonrisa–. Tú y yo. La sacaremos de allí. ¡Bajaremos a ese valle negro y la encontraremos! Ahora, pon tu brazo alrededor de mis hombros y agárrate bien.

Con Jair colgando de él, Slanter inició el camino de regreso a través de la caverna, para dirigirse hacia la escalera por donde habían llegado. El crepúsculo cubría la tierra. El sol ya se había ocultado tras las montañas y pequeños rayos de su luz menguante se colaban por las grietas abiertas en la roca para mezclarse con las sombras del ocaso mientras los dos compañeros avanzaban con resolución y dificultad. Los temblores continuaban, lentos y regulares, un siniestro recordatorio de que les quedaba poco tiempo para abandonar el lugar. Partículas de roca y polvo se arremolinaban a su alrededor, formando una especie de niebla que llenaba el tranquilo aire de la tarde. Se oía un grave retumbo a lo lejos como el trueno de una tormenta que se aproximara.

Salieron de la caverna, atravesando su boca oscura, y se encontraron en el saliente que bajaba hacia el Croagh. En el este, la luna y varias estrellas se destacaban en el cielo aterciopelado. Las sombras se extendían por la superficie del saliente, cercando las últimas manchas de luz como tinta derramada sobre un papel no escrito.

Garet Jax yacía tendido en el suelo entre las sombras y la media luz.

Aturdidos, Jair y Slanter siguieron adelante. El Maestro de Armas había caído de espaldas sobre un grupo de rocas; su figura vestida de negro estaba desgarrada y cubierta de sangre, pero una de sus manos mantenía sujeta la espada. Sus ojos estaban cerrados, como si durmiera. Imponiéndose a la indecisión, Slanter se arrodilló junto a él.

–¿Está muerto? –preguntó Jair, realizando un gran esfuerzo para formular la pregunta.

–Sí, muchacho –respondió el gnomo, inclinándose aún más sobre el cuerpo sin vida del Maestro de Armas y apartándose de él enseguida–. Al fin encontró algo que podía matarle, algo que era tan hábil como él. Tuvo que buscar mucho y durante mucho tiempo para encontrarlo, ¿verdad? –concluyó, con un tono de incredulidad en su voz.

Jair no respondió. Estaba pensando en las veces que el Maestro de Armas le había salvado la vida, rescatándolo cuando nadie más habría podido hacerlo. Garet Jax, su protector, había dejado de existir.

Sintió deseos de llorar, pero ya no le quedaban lágrimas que verter.

–Siempre me preguntaba cuál sería el ser que conseguiría acabar con su vida –dijo Slanter entre dientes, poniéndose en pie sin retirar la mirada del cuerpo inmóvil tendido sobre la dura roca–. Necesariamente tenía que ser algo creado por la magia negra. No podía ser nada de este mundo.

»Me pregunto qué habrá sido del ser rojo –prosiguió el gnomo, dándose media vuelta y mirando a su alrededor con inquietud.

Nuevos temblores sacudieron la montaña, y el retumbo se elevó desde el valle. Jair apenas lo oyó.

–Él lo destruyó, Slanter. Garet Jax lo destruyó. Y cuando el *Ildatch* quedó reducido a cenizas, la magia negra se lo llevó.

–Pudo suceder así.

–Sucedió así. Ésta era la batalla que había estado buscando durante toda su vida. Lo significaba todo para él. No podía perderla.

–No lo sabes, muchacho –respondió el gnomo, fijando en él su mirada–. No sabes si era el oponente adecuado para ese ser.

–Sí, lo sé, Slanter –respondió Jair, elevando la vista hacia el gnomo y haciendo un gesto de asentimiento–. Lo sé. Era un rival de envergadura para cualquier contrincante. Era el mejor.

–Sí, supongo que lo era –accedió por fin el gnomo, haciendo un gesto de asentimiento y rompiendo el prolongado silencio que se había producido.

Entonces, nuevos temblores sacudieron la montaña, reverberando fuera de las profundidades de la roca. Slanter agarró del brazo al joven del valle y con suavidad lo obligó a que se diera la vuelta.

–No podemos quedarnos aquí, muchacho. Tenemos que encontrar a tu hermana.

–Adiós, Garet Jax –dijo en voz baja Jair, dirigiendo una última mirada al cuerpo sin vida del Maestro de Armas.

Juntos, el gnomo y el joven del valle se dirigieron deprisa hacia la escalera del Croagh y empezaron a bajarla.

Brin corría entre la maraña envuelta en la bruma del Maelmord, libre al fin de la torre del *Ildatch.* El suelo del valle se estremecía y sus temblores repercutían en los picos de las montañas circundantes. La magia negra había abandonado la tierra y, sin ella, el Maelmord no podía sobrevivir. El movimiento ascendente y descendente producido por su respiración y el silbido que indicaba su vida antinatural habían cesado.

¿Dónde estoy?, se preguntaba Brin con desesperación mientras sus ojos intentaban ver a través de las sombras. *¿Qué habrá sido del Croagh?*

Sabía que estaba perdida. Lo estaba desde el momento en que había huido de la torre. Las sombras de la noche cubrían el valle, y se estaba adentrando en un cementerio carente de señales que indicaran un camino. Entre la maraña de ramas y enredaderas que se extendía sobre su cabeza, podía ver el borde de las montañas que rodeaban el valle, pero el Croagh estaba envuelto en la más completa oscuridad. El Maelmord se había convertido en un laberinto sin salida, y estaba atrapada en él.

Se sintió exhausta. Sus fuerzas se habían agotado por el prolongado uso de la canción de los deseos y por el largo viaje que había tenido que realizar para llegar hasta allí. Estaba perdida, y la magia ya no le proporcionaba ninguna visión. Los temblores continuaban sacudiendo el valle, advirtiendo la destrucción del Maelmord y de todo lo que encerrara en su interior. Sólo su espíritu seguía siendo fuerte, y era su espíritu lo que la hacía seguir buscando una salida.

El suelo se hundía bajo sus pies, cediendo con una rapidez aterradora. Tropezó con una roca y estuvo a punto de caer. El Maelmord se estaba destruyendo, se estaba desintegrando e iba a arrastrarla con él.

Aminoró la marcha hasta detenerse, jadeando sin aliento. No tenía ningún sentido seguir esforzándose. Estaba corriendo a ciegas de un lado a otro, sin finalidad ni dirección. Ya no podía salvarla ni siquiera la magia del cantar, aunque decidiese utilizarla. ¿Por qué la había abandonado Jair? ¿Por qué se había ido? Se sintió traicionada, llena de desesperación e ira irracional. Pero luchó por sobreponerse a esos sentimientos, sabiendo que eran injustos y que carecían de sentido. Jair no la habría abandonado si hubiese podido evitarlo. Aquello que lo había conducido hasta ella, se lo había llevado de nuevo.

O, tal vez, lo que ella había creído que era Jair sólo era una ilusión y nada había ocurrido en realidad. Quizá todo era un sueño forjado por su locura...

–Jair! –gritó.

El eco de su voz se rompió al chocar con los retumbos de la tierra y desapareció. El suelo no cesaba de descender.

Con una resolución y obstinación dignas de encomio, siguió adelante. Ya no corría, porque el cansancio se lo impedía. En su rostro moreno se reflejó su férrea determinación, y lo barrió todo de su mente, excepto la necesidad de poner un pie delante del otro. No iba a ceder. Iba a continuar. Y cuando le fuera imposible caminar erguida, lo haría a gatas. Pero seguiría adelante.

Entonces, de repente, una sombra salió entre la enmarañada oscuridad, enorme, ágil y fantasmagórica. Se acercó, y ella profirió un gritó de terror. Una enorme cara bigotuda se frotó contra su cuerpo, y unos ojos azules y luminosos parpadearon como saludo. ¡Era Murmullo! Se arrojó sobre el gato del páramo con agradecida incredulidad, llorando sin disimulo, rodeando con sus brazos el cuello del animal. ¡Murmullo había ido a buscarla!

El gigantesco gato del páramo dio media vuelta y empezó a alejarse, llevando consigo a Brin. La joven del valle se agarró con una mano al pelo de su cuello y se dejó arrastrar. Se deslizaron a través del laberinto de la jungla agonizante. Los retumbos iban en aumento y los temblores sacudían la tierra sin cesar. Ramas podridas empezaron a romperse y a caer a su alrededor. Un vapor rancio y fétido salió disparado de las grietas que se abrían en la tierra endurecida. Bloques y esquirlas se desprendían de los riscos que rodeaban el valle, cayendo en la oscuridad.

Pero sin que Brin supiera cómo, llegaron al Croagh, que se materializó de repente en la penumbra, elevándose del suelo del valle hasta perderse en las sombras de la noche. El gigantesco gato se dirigió hacia él, seguido de Brin. Trepó con paso inseguro, mientras los retumbos se intensificaban. Unos fortísimos temblores sacudieron el Croagh, en rápida sucesión. La joven del valle cayó de rodillas. A sus pies, la piedra empezó a agrietarse. Tramos enteros de la escalera se desprendían y caían al pozo. *¡Todavía no!,* gritó sin que las palabras salieran de sus labios. *¡No hasta que sea libre!* El rugido profundo de Murmullo se impuso a los retumbos, y se esforzó por seguir al gigantesco gato. Debajo, los árboles se quebraban como madera seca. La última luz del crepúsculo se extinguió cuando el sol se deslizó por debajo del horizonte, y toda la tierra quedó envuelta en sombras.

Entonces apareció ante ella el saliente de roca. Vio unas figuras difusas que se le acercaban, y gritó para llamarles la atención. Unos brazos se extendieron y le ayudaron a abandonar la escalera que se desmoronaba, alejándola del precipicio. Kimber la estaba abrazando y besando, con su rostro travieso resplandeciente de felicidad y los ojos llenos de lágrimas. Cogline hablaba entre dientes y gruñía, enjugando sus mejillas con un trozo de tela sucia. Y Rone estaba allí, con el rostro demacrado y lleno de contusiones, pero reflejando el amor que por ella sentía en sus ojos grises. Pronunciando su nombre en voz baja, la abrazó y estrechó contra sí. Sólo entonces la joven del valle se sintió segura.

Unos segundos más tarde aparecieron Jair y Slanter, que bajaban por el Croagh desde la Fuente del Paraíso. Hubo miradas de asombro y exclamaciones de alivio. Luego, Brin y Jair se abrazaron.

–Fuiste tú quien llegó a mí en el Maelmord –aseguró ella, acariciando la cabeza de su hermano y sonriendo a través de las lágrimas–. Tú me salvaste, Jair.

Jair la abrazó de nuevo para disimular su turbación. Rone se acercó y abarcó a ambos con sus brazos.

–Por todos los demonios, tigre. ¡Suponíamos que estabas en Valle Umbroso! ¿Nunca haces lo que te dicen?

Slanter se había quedado rezagado, contemplándolos con fingida suspicacia, paseando su mirada de los tres que continuaban abrazados al grupo formado por el anciano esquelético, la muchacha del bosque y el gigantesco gato del páramo estirado junto a ellos.

–Nunca me había encontrado con gente tan extraña –dijo para sí.

Justo en aquel momento, los retumbos del suelo del valle se extendieron por la roca de la montaña como un trueno, y los temblores arrancaron lo que quedaba del Croagh. Se desplomó y desapareció en el pozo. Todos los que se encontraban en el saliente se acercaron al borde y miraron hacia abajo. La tenue luz de la luna y las estrellas suavizaba la oscuridad. Con una agitación de sombras, el hundimiento del Maelmord se aceleró. Se deslizó hacia el interior de la tierra como tragado por arenas movedizas. La roca y el bosque agonizante desaparecieron. Las sombras se alargaron y se unieron hasta que la luz de la luna ya no pudo seguir mostrando rastro de lo que había existido.

Todo había terminado.

25

El otoño había establecido sus reales sobre la Tierra, y los colores de la estación brillaban y resplandecían por doquier bajo la templada luz del sol. Era un día claro y frío en los bosques de las Tierras Orientales, donde el torrente de Chard bajaba de las montañas de Wolfsktaag, y los cielos lucían un color azul uniforme. Había helado, y aún podía verse la escarcha, que empezaba a derretirse, en las hierbas más altas, en la tierra endurecida y en las rocas cubiertas de musgo que bordeaban las márgenes del río, mezclada con las salpicaduras espumosas de las aguas.

Brin se detuvo en la orilla del río para poner orden en sus pensamientos.

Hacía una semana que habían salido de las montañas del Cuerno Negro Azabache.

Tras la destrucción del *Ildatch,* de la magia negra y de todas las cosas que había creado, los cazadores gnomos que defendían Marca Gris habían regresado a las colinas y bosques del Anar profundo, a las tribus que les habían obligado a abandonar. Ya solos en la arruinada y desierta fortaleza, Brin, Jair y sus amigos buscaron los cuerpos sin vida del hombre de la frontera, Helt, el enano Elb Foraker y el príncipe elfo Edain Elessedil y los enterraron. Sólo Garet Jax fue dejado donde había caído porque, tras el derrumbamiento del Croagh, la Fuente del Paraíso había quedado incomunicada. Quizás fuera preferible que el Maestro de Armas permaneciera en un lugar inalcanzable para los mortales. Al menos, ésa fue la opinión de Jair.

Esa noche habían acampado en los bosques que se extendían bajo Marca Gris, al sur de donde se ocultaba en las montañas del Cuerno Negro Azabache, y fue entonces y en aquel lugar donde Brin les habló de la promesa que había hecho a Allanon de encontrarse con él después de que el *Ildatch* hubiera sido destruido y su búsqueda terminada. Ahora que todo se había cumplido, debía buscarlo por última vez. Aún existían preguntas que requerían una respuesta y algunas cosas que aclarar.

Todos se mostraron dispuestos a acompañarla: su hermano Jair, Rone, Kimber, Cogline, Murmullo e incluso Slanter. Con ella abandonaron las montañas del Cuerno Negro Azabache, bordearon el sur de las montañas a lo largo de las llanuras estériles del Páramo Viejo y cruzaron la cresta de Toffer hacia los bosques de la Cuenca Tenebrosa y el valle de la Chimenea de Piedra. Después siguieron el curso serpenteante del torrente de Chard hacia el oeste, hasta que llegaron al lugar donde Allanon había librado su última batalla. Habían tardado una semana en completar el viaje y, llegada la tarde del séptimo día, acamparon al borde de la cañada.

Eran las primeras y frías horas de la mañana cuando Brin contemplaba de pie, sin moverse, la corriente del río. Detrás, reunidos en el cuenco de la pequeña cañada, sus compañeros de viaje esperaban sin dar muestras de impaciencia. No la habían acompañado hasta la orilla del río, porque así se lo había pedido ella. Era algo que debía hacer sola.

¿Cómo puedo convocarlo?, se preguntaba. *¿He de utilizar la canción de los deseos? ¿He de usar la magia de la canción para que sepa que estoy aquí? ¿O vendrá sin ser llamado, sabiendo que lo espero...?*

Como si respondieran a sus preguntas, las aguas del torrente de Chard se quedaron inmóviles y su superficie adquirió la lisura del cristal. El silencio se impuso sobre el bosque, e incluso el lejano ruido de la cascada fue disminuyendo su intensidad hasta acallarse por completo. Las aguas empezaron a bullir con suavidad, rizándose y echando espuma como si hirvieran, y un sólo grito, claro y dulce, se elevó en el aire de la mañana.

Allanon, con su figura alta y delgada, erguida y vestida de negro, emergió del torrente de Chard. Atravesó las aguas del río, con la cabeza erguida en las sombras de la

capucha y sus ojos oscuros, duros y penetrantes. No guardaba ninguna semejanza con el fantasma de Bremen. Su cuerpo parecía más sólido que transparente, sin las nieblas que rodeaban a su padre ni del sudario de muerte que lo envolvía. *Parece que está vivo,* pensó Brin.

Él se aproximó un poco más y se detuvo, suspendido en el aire sobre las aguas del río.

–Allanon –dijo la joven del valle en voz baja.

–Hace tiempo que espero tu llegada, Brin Ohmsford –respondió el fantasma del druida.

Brin aguzó la vista, percibiendo entonces el tenue brillo de las aguas del río a través de la oscuridad de sus ropas, y supo que realmente había muerto, que sólo era un fantasma.

–Todo ha terminado, Allanon –le dijo, y se dio cuenta de que le era difícil hablar–. El *Ildatch* ha sido destruido.

–Destruido por el poder de la magia élfica, bajo la apariencia de la canción de los deseos –respondió el fantasma del druida, haciendo una ligera inclinación de su cabeza encapuchada–. Pero destruido también por un poder aún mayor. Por el amor, Brin. Por el amor que te une a tu hermano. Te amaba demasiado para fallar, a pesar de que llegó tarde.

–Sí, también por el amor, Allanon.

–Salvadora y destructora –prosiguió el fantasma del druida, entornando sus ojos negros–. El poder de tu magia iba a convertirse en ambas cosas, y ya has podido comprobar la capacidad de corrupción que tiene tal poder. Su atractivo es terrible y muy difícil de contrarrestar. Te lo advertí, pero mi advertencia no era suficiente. Te fallé, Brin Ohmsford.

–No, no me fallaste –respondió la joven del valle con presteza, haciendo un gesto negativo–. Fui yo quien falló.

–No tengo mucho tiempo, así que escúchame con atención –respondió el fantasma del druida, sacando una mano de entre las vestiduras, y entonces ella observó que podía ver a través de ella–. Yo no pude llegar a comprender en toda su amplitud lo que significaba la magia negra. Me engañé a mí mismo, como te dijo el Oráculo Siniestro. Sabía que la magia de la canción de los deseos podía ser lo que mi padre había advertido, tanto una bendición como una maldición, y que su poseedor podía convertirse en salvador o en destructor. Pero tú tenías inteligencia y corazón, y pensé que no correrías un grave peligro mientras conservaras esas cualidades. Me equivoqué sobre el *Ildatch,* al no darme cuenta de que el peligro de la magia negra podía extenderse más allá de quienes fueron creados para ejercerlo. Porque el verdadero peligro fue siempre el libro; el corruptor de los que utilizaron la magia desde los tiempos del Señor de los Hechiceros hasta los espectros corrosivos. Todos fueron esclavos del *Ildatch,* pero éste no era sólo un conjunto inanimado de páginas encuadernadas que compendiaba la magia negra. Estaba vivo. Era un demonio que podía incitar a su utilización valiéndose del atractivo que ejercía la magia en quienes buscaban el poder.

Allanon se inclinó un poco más, y la luz del sol veteó los bordes de sus negras vestiduras como si estuviesen deshilachados.

–El *Ildatch* quería que fueses a él desde el principio. Pero en primer lugar deseaba probarte. Cada vez que utilizabas la magia de la canción de los deseos, cedías un poco ante el atractivo de su poder. Te dabas cuenta de que había algo malo en la utilización continuada de la magia, pero eras obligada a utilizarla una y otra vez. Y yo no estaba allí para decirte lo que estaba sucediendo. Cuando iniciaste la bajada al Maelmord, eras un ser bastante parecido a los que servían al libro, y creías que te comportabas como debías. Eso era lo que el libro deseaba que creyeras. Te quería para sí. Incluso el poder de los espectros corrosivos era insignificante comparado con el que tú podrías adquirir, porque ellos no

habían nacido con la magia como habías nacido tú. En ti, el *Ildatch* encontró un arma más poderosa que cualquier otra que hubiese poseído antes, incluido el Señor de los Hechiceros.

–Entonces no mentía cuando dijo que me estaba esperando, que existían lazos que nos unían –dijo Brin, dirigiendo al fantasma del druida una incrédula mirada.

–Una media verdad tergiversada –respondió del fantasma de Allanon–. Llegaste a estar tan cerca de lo que él pretendía, que pudo hacerte creer que todo eso era cierto. Pudo convencerte de que en realidad eras la niña oscura que temías ser.

–Pero la canción podía hacerme así...

–La canción podía haberte hecho... cualquier cosa.

–¿Y aún puede hacerlo? –preguntó la joven de valle, tras permanecer un momento en actitud pensativa.

–Aún puede hacerlo. Siempre puede hacerlo.

Brin advirtió que la figura cubierta con la capucha se acercaba más a ella. Durante un breve instante creyó que podría llegar a tocarla. Sin embargo, el enjuto rostro del fantasma se levantó y miró más allá.

–Mi muerte fue profetizada en el Cuerno del Infierno. Mi desaparición de esta vida estaba asegurada. Pero tras la destrucción del *Ildatch,* también debía desaparecer la magia negra. La rueda del tiempo cambia de dirección, y la era termina. Al fin mi padre ha sido liberado, y ha conseguido el descanso que le fue negado durante tanto tiempo, puesto que ya no está atado a mí ni a la promesa que hizo a las razas de las Cuatro Tierras.

–Y ahora también yo me voy. Ningún druida me sustituirá. Pero su responsabilidad es ahora la tuya.

–Allanon... –dijo la joven del valle con angustia.

–Escúchame, Brin. La sangre que puse sobre tu frente y las palabras que pronuncié te la han otorgado. Tú eres la portadora de la responsabilidad que fue mía y antes de mi padre. No tengas miedo de lo que eso significa. No te sobrevendrá ningún daño por su causa. La última magia vive ahora en ti y en tu hermano, en la sangre de tu familia. En ella descansará, segura y protegida. No será necesaria en la era que se inicia. La magia no tendrá ninguna utilidad en esa época. Hay otras enseñanzas que serán una guía mejor y más segura para las razas.

»Pero llegará un tiempo, aún muy lejano y posterior a la vida de varias generaciones de Ohmsford que aún no han nacido, en que de nuevo será necesaria la magia. Como todas las cosas, la rueda del tiempo cambiará de dirección una vez más. Entonces, la responsabilidad que te he dado deberá de ser ejercida, y los hijos de la casa de Shannara serán llamados a cumplir con su deber. Conserva la responsabilidad para ese mundo futuro.

–No, Allanon, yo no quiero...

–Está hecho, Brin Ohmsford –la interrumpió el fantasma del druida, levantando la mano con viveza–. Como mi padre me eligió a mí, yo te he elegido a ti, niña de mi vida.

En silencio, la joven del valle le dirigió una mirada de desesperación.

–No tengas miedo –insistió el fantasma del druida.

–Lo intentaré –respondió Brin, haciendo un gesto de asentimiento.

Entonces, el fantasma de Allanon empezó a apartarse de ella, y su oscura forma se desvaneció lentamente, dejando pasar la luz del sol a través de ella.

–Aparta a la magia de ti, Brin. No vuelvas a utilizarla, porque ya no es necesaria. Queda en paz. –El fantasma siguió retrocediendo por el torrente de Chard, y las aguas se enturbiaron a su paso–. Acuérdate de mí –fueron las últimas palabras que le dijo antes de sumergirse en las aguas del río y desaparecer.

El torrente de Chard reinició su curso.

En la orilla, Brin contemplaba el agua con lágrimas en sus ojos.

–Siempre te recordaré –dijo en voz apenas audible.
A continuación se dio media vuelta y se alejó de la orilla del río.

26

Así fue como la magia desapareció de las Cuatro Tierras y las historias de los druidas y Paranor se convirtieron en leyendas. Durante algún tiempo, muchos afirmaron que los druidas eran seres de carne y hueso, y que vivían en la Tierra como hombres mortales y como protectores de las razas. Durante menos tiempo, muchos aseguraron que la magia había existido en realidad y que se habían librado terribles batallas entre los poseedores de la magia blanca y de la magia negra. Pero el número de creyentes fue disminuyendo con el paso de los años, hasta que acabaron extinguiéndose.

La misma mañana en que el fantasma de Allanon abandonó de forma definitiva el mundo de los hombres, el pequeño grupo se disolvió. Rodeados por los colores y los olores característicos del otoño, se dieron un efusivo abrazo, se despidieron y partieron hacia sus respectivas tierras.

–Te echaré de menos, Brin Ohmsford –dijo Kimber en tono solemne–. Y el abuelo también, ¿no es cierto, abuelo?

–Un poco, supongo –admitió de mala gana Cogline, golpeando el suelo con los pies y haciendo un gesto de asentimiento, pero sin mirar a la joven del valle–. Aunque no echaré de menos todos esos llantos y angustias. Eso no. Desde luego, hemos vivido algunas buenas aventuras, muchacha. Te añoraré por eso. Los gnomos araña y los caminantes negros y todo lo demás. Casi como en los viejos tiempos...

–Yo os recordaré siempre a los dos –dijo Brin, interrumpiendo al anciano y esbozando una sonrisa–. Y a Murmullo. Os debo la vida tanto a él como a vosotros. Si no hubiese bajado al Maelmord para buscarme...

–Él sintió que debía hacerlo –dijo Kimber–. No te hubiera desobedecido si no hubiera sentido esa necesidad. Creo que se ha creado un vínculo especial entre vosotros. Un vínculo mayor que el creado por tu canción.

–En cualquier caso, no quiero que volváis a visitarnos sin avisar –dijo Cogline de repente–. O hasta que os invite. ¡No se va a las casas de la gente sin que te lo pidan!

–Abuelo –le amonestó Kimber.

–¿Vendrás a verme? –le preguntó Brin.

–Quizás, algún día –respondió la muchacha, esbozando una sonrisa y mirando a su abuelo–. Pero ahora no me gustaría separarme del abuelo, ni de Murmullo, ni de la Chimenea de Piedra. He pasado demasiado tiempo lejos y deseo volver y quedarme en mi hogar.

–Yo también deseo regresar al mío, Kimber –dijo Brin, acercándose y abrazando a la muchacha–. Espero que volvamos a encontrarnos.

–Tú siempre serás mi amiga, Brin. –Había lágrimas en sus ojos cuando apoyó la cara en el hombro de la joven del valle.

–Y tú la mía –respondió Brin–. Adiós, Kimber. Gracias por todo.

Rone se adhirió al adiós de Brin, y después se adelantó unos pasos hasta quedarse frente a Murmullo. El gigantesco gato del páramo se sentó sobre sus patas traseras y miró al joven de las tierras altas con curiosidad; sus enormes ojos azules parpadeaban.

–Estaba equivocado respecto a ti, gato –confesó el joven de las tierras altas de mala gana, y después titubeó–. Es probable que lo que voy a decirte te deje indiferente, pero para mí es muy importante. Salvaste mi vida y te lo agradezco. –Se quedó mirando al gato del páramo durante un momento, luego volvió la mirada hacia los otros, desconcertado–. Hice la promesa de que le diría eso si Brin salía sana y salva del valle, pero me siento como un idiota hablando esas cosas con un gato, por todos... por...

Se interrumpió, y Murmullo bostezó, somnoliento, mostrando los dientes.

A una docena de metros de él, Jair también se sentía un poco idiota frente a Slanter, porque no encontraba la forma de expresar la mezcla de emociones que lo embargaban en aquel momento.

–Mira, muchacho –le dijo el gnomo, frunciendo el entrecejo–. Más vale que no te esfuerces tanto. Con decir adiós es más que suficiente.

–No puedo–respondió Jair, con gesto negativo–. No es suficiente. Tú y yo hemos estado juntos, de una manera u otra, desde el principio; desde el momento en que te engañé con las serpientes y te encerré en aquella leñera.

–¡Por favor no me lo recuerdes! –dijo el gnomo.

–Somos los únicos que quedamos, Slanter –prosiguió Jair, cruzando los brazos sobre el pecho–. Y hemos pasado por tantos peligros... tú y yo, y también los otros. Pero ellos han muerto y somos los únicos que quedamos –suspiró–. Han sucedido muchas cosas, y no puedo terminarlas con un simple adiós.

–No es como si nos despidiéramos para siempre, muchacho –respondió Slanter, dando un suspiro–. ¿Por qué todo esto? ¿Es que crees que voy a morir enseguida? ¡Bien, piénsalo más despacio! Sé cuidar de mí mismo; tú lo dijiste en una ocasión, ¿lo recuerdas? No me pasará nada. ¡Y apostaría un mes de noches en el pozo negro a que tampoco te ocurrirá nada a ti! ¡Eres demasiado escurridizo!

–Supongo que eso es casi un cumplido, viniendo de ti –respondió Jair, esbozando una sonrisa en contra de su voluntad. Antes de proseguir, el joven del valle respiró profundamente–. Continúa conmigo, Slanter. Vuelve a Culhaven conmigo y cuéntales lo que pasó. Deberías explicarlo tú.

–No, muchacho –dijo el gnomo, inclinando su tosca cara y haciendo un gesto negativo–. No regresaré allí. Los gnomos no serán bien recibidos en el Bajo Anar durante mucho tiempo, sin que importen las razones que los puedan llevar allí. No, iré a las tierras fronterizas y me quedaré en ellas, al menos por ahora.

–Adiós entonces, Slanter –respondió Jair, haciendo un gesto de asentimiento, rompiendo el embarazoso silencio que se había producido tras las últimas palabras del gnomo–. Hasta que volvamos a encontrarnos.

Dio un paso adelante y rodeó al gnomo con sus brazos. Éste vaciló, pero por fin le dio unas palmadas en la espalda.

–¿Ves, muchacho? No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Sin embargo, necesitaron un tiempo para separarse.

Una semana después de que tuviera lugar esta despedida, Brin, Jair y Rone llegaron a Valle Umbroso y tomaron el camino empedrado que conducía a la puerta principal del hogar de los Ohmsford. Eran las últimas horas de la tarde, y el sol ya se había ocultado detrás de las colinas, dejando el bosque envuelto en sombras y penumbra. Un sonido indefinido de voces flotaba en el tranquilo aire otoñal, procedente de las casas de los alrededores, y las hojas producían un suave y quedo susurro.

Ante ellos se destacaban las ventanas de la casa, iluminadas en el avanzado atardecer.

–Brin, ¿cómo vamos a explicar a tus padres lo ocurrido? –preguntó el joven de las tierras altas por enésima vez.

Habían dejado atrás los ciruelos, ahora casi desprovistos de hojas, cuando la puerta principal se abrió y Eretria la atravesó precipitadamente.

–¡Wil, están aquí! –gritó por encima del hombro, y corrió a abrazar a sus hijos y a Rone. Un momento después, apareció Wil Ohmsford, se inclinó para besar a Brin y a Jair, y dar a Rone un cálido apretón de manos.

–Pareces un poco cansada, Brin. ¿Es que no os han dejado dormir en Leah? –le preguntó su padre.

Brin y Jair intercambiaron una rápida mirada, mientras Rone esbozaba una tímida sonrisa y miraba al suelo.

–¿Qué tal tu viaje al sur, padre? –preguntó Jair, cambiando de tema.

–Por fortuna, pudimos ayudar a muchas personas –respondió Wil Ohmsford, estudiando a su hijo con atención–. El trabajo nos mantuvo ausentes mucho más tiempo del que inicialmente habíamos previsto. Llegamos anoche. Por eso no hemos ido a buscaros a Leah.

Brin y Jair volvieron a intercambiar otra mirada.

–¿Quiere alguno de vosotros decirme ahora mismo quién era el anciano que enviasteis? –preguntó Wil, tras advertir la última mirada que sus hijos habían intercambiado.

–¿Qué anciano? –preguntó Brin, perpleja.

–El que nos llevó vuestro mensaje, Brin.

–¿Qué mensaje? –dijo Jair, frunciendo el entrecejo.

–Un anciano fue a nuestro encuentro en las aldeas fronterizas del sur de Kaypra –respondió Eretria, adelantándose un paso, con una sombra de inquietud en sus ojos oscuros–. Era de Leah. Nos dijo que le habíais encargado que nos dijera que estabais en las tierras altas, que os quedaríais allí varias semanas y que no nos preocupásemos. A vuestro padre y a mí nos pareció muy extraño que el padre de Rone utilizara como mensajero a un hombre de una edad tan avanzada, pero...

–¡Brin! –murmuró Jair, con expresión de asombro.

–Había algo familiar en él –dijo Wil de repente–. Tuve la impresión de que lo conocía.

–Brin, yo no envié ningún... –empezó a decir Jair, pero se interrumpió. Todos lo estaban mirando–. Esperad... esperad aquí, sólo un momento –prosiguió, atragantándose con las palabras–. ¡Enseguida vuelvo!

Entró en la casa como una exhalación, atravesó la sala de estar en dirección al pasillo y entró en la cocina. Se dirigió al hogar de piedra, donde éste se unía al anaquel del rincón, y buscó el tercer estante. Entonces sacó la piedra que había suelta e introdujo la mano en el hueco que había dejado.

Sus dedos se cerraron sobre las piedras élficas, que estaban guardadas en su bolsa de cuero.

Se quedó allí un momento, aturdido. Después, con las piedras élficas en la mano, volvió a atravesar la casa y se dirigió hacia el camino de entrada, donde seguían esperándolo los demás. Con una amplia sonrisa en su rostro juvenil, mostró la bolsa y su contenido a los asombrados Brin y Rone.

Se produjo un prolongado momento de silencio mientras los cinco se miraban entre sí. Luego Brin se colocó entre sus padres y se cogió de sus brazos.

–Madre. Padre. Creo que será mejor que entremos y nos sentemos un rato –les pidió, esbozando una sonrisa–. Jair y yo tenemos algo que deciros.